

# AMERICA



75-76

# **BANCO DEL PICHINCHA**

COMPANIA ANONIMA.—FUNDADO EN 1906  
CAPITAL PAGADO Y RESERVAS: \$ 7'583.671.—

\*

REALIZA TODA CLASE DE OPE-  
RACIONES BANCARIAS EN LAS  
MAS FAVORABLES CONDICIO-  
NES.

OFRECE AL PUBLICO SUS SER-  
VICIOS EN TODAS LAS SECCIO-  
NES AUTORIZADAS POR LA LEY  
DE BANCOS.

\*

OFICINAS: VENEZUELA Y BOLIVIA  
Esquina de la Plaza de la Independencia  
QUITO—ECUADOR

**LIBRERIA ESPAÑOLA**  
DE  
**ARSENIO BRIZ SANCHEZ**

FRENTE A LA UNIVERSIDAD

Teléfonos 13-47 y 9-71.

Casilla de Corero Nº 356.

\*

A LA CABEZA DE LAS  
LIBRERIAS EN EL ECUADOR CON  
SUS 80 SECCIONES COMPLETAS  
Y SU ENORME

BIBLIOGRAFIA PARA CADA UNA  
DE LAS RAMAS CIENTIFICAS  
Y CULTURALES.

LA BLANCURA Y BUEN OLOR  
QUE SU ROPA NECESITA,  
SOLO SE ADQUIERE USANDO

## JABON "MISTER"

UN PRODUCTO DE

ANSOLA Hnos. & Cía.

---

TEJIENDO - CONFORT - NEGRO Y BLANCO  
PARA LIBROS Y REVISTAS

LIBRERIA "ATLANTIDA"

CARLOS L. LOZANO S.

Venezuela, 72. — Casilla 161. — Teléfono 23-46

SABER — ESTO — MIGNON — PAQUITA



# **CALZADO "ARTIGAS"**

Ofrecen el mayor surtido en calzado para  
señoras, señoritas, caballeros y niños

VEA USTED LOS ULTIMOS MODELOS  
EXPUESTOS EN NUESTROS ALMACENES

Calle Venezuela y Sucre  
Calle Bolivia, bajo el Banco de Préstamos,  
Portal Municipal

LA MARCA QUE SE HA IMPUESTO  
EN EL PAIS POR SU GRAN CALIDAD  
Y PRECIOS LIMITADOS

Visite Ud. nuestros Almacenes  
y podrá apreciar la calidad  
de NUESTRO CALZADO

# **BANCO DE ABASTO**

Sociedad Anónima

Capital y Reserva: \$ 1'266.555.48

\*

**S E C C I O N E S  
H I P O T E C A R I A  
Y C O M E R C I A L**

\*

**PRESTAMOS QUIROGRAFARIOS  
Y PRENDARIOS;**

**HIPOTECARIOS A LARGOS PLAZOS.**

\*

**SERVICIO DE COBRANZAS  
DEL INTERIOR Y EXTERIOR.**

\*

**DEPOSITOS  
NEGOCIACION DE CEDULAS**

Local: Venezuela 55. — Teléfono 119

P. O. Box 438.

**QUITO - ECUADOR**

GASOLINA Y KEROSINE

MARCA

**"CHIMBORAZO"**

INSECTICIDA

**"CHIMBA"**

ACEITES LUBRICANTES

**"CHIMBOL"**

Y

**"ANCONOIL"**

PRODUCTOS NACIONALES

DE ALTA CALIDAD

AGENTES:

**Anglo-Ecuatoriana Ltda.**

GUAYAQUIL

QUITO

## LA LIBRERIA MONTALVO

COOPERA PARA LA SOLIDARIDAD Y LIBERTAD DE LAS AMERICAS, PROPAGA LA CULTURA ECUATORIANA EN EL EXTERIOR Y DIFUNDE EN FORMA ECONOMICA LA CULTURA EN EL PAIS; POR ESTA RAZON OFRECE:

A LOS INTELLECTUALES DEL ECUADOR Y DE AMERICA EL MAS COMPLETO SURTIDO DE OBRAS ECUATORIANAS

POESIA — NOVELA — ENSAYO — CRONICA E HISTORIA

OBRAS COMPLETAS

EN LIBROS EXTRANJEROS OFRECE A PRECIOS SIN COMPETENCIA DE LAS MEJORES EDITORIALES AMERICANAS

COMPRA LIBROS Y BIBLIOTECAS A BUENOS PRECIOS

LA LIBRERIA MONTALVO establece el canje de libros ecuatorianos con libros americanos

Dirección local: Esmeraldas y Montúfar

Dirección Postal: Juan J. Concha.—LIBRERIA MONTALVO

Apartado N° 468 — Quito-Ecuador

---

### CERA MERCOLIZADA

BLANQUEA Y HER-  
MOSEA EL CUTIS

LA VENDE EL

**"BAZAR DE NOVEDADES"**

TELEFONO 6-8-2



**LA LIBRERIA QUE MAS PROPENDE A LA  
CULTURA NACIONAL LE OFRECE LOS  
MEJORES LIBROS EN TODAS LAS MATERIAS**

**PARA MEDICOS, DENTISTAS Y VETERINARIOS**

Las mejores obras en Medicina, Radiología, Fisioterapia, Operatoria, Clínica, Oftalmología, Obstetricia, Patología, Odontología y Veterinaria. Todas ediciones de 1942 y con los nuevos adelantos de la Ciencia Médica.

**PARA PROFESORES Y ESTUDIANTES**

Los mejores autores en Pedagogía, Historia, Geografía, Ciencias Físicas y Químicas, Electricidad, Radiotécnica y otras tantas para todas las necesidades del maestro y el estudiante.

**PARA TODOS EN GENERAL**

Tenemos un extenso stock de libros con literatura amena para todas las edades: delicadas y sentimentales novelas, literatura histórica y filosófica y los mejores cuentos del gran moralista Constancio Vigil en ediciones de lujo y a todo color.

**SOLICITE AUTORES Y OBRAS NACIONALES  
VISITE CUANTO ANTES A LA**

**EDITORIAL ARTES GRAFICAS**

Casa fundada en 1914

**POR CANDIDO BRIZ SANCHEZ**

Venezuela 81 — Teléfono 40 ciudad — Apartado 533

**QUITO—ECUADOR, S. A.**

“Dar un libro es casi nada, pero el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron, que los pájaros no comieron y que, cayendo en tierras extrañas, fructificó bajo la bendición de Dios, en fértiles cosechas”.—AVELLANEDA.



FABRICA DE GALLETAS, CARAMELOS,  
CONFITES DE FRUTAS, BOMBONES,  
GALLETITAS DE TE



CHOCOLATE "SUPERIOR" PURO  
Y CHOCOLATINES

FABRICA: Rocafuerte 88.

DEPOSITO: Avenida 24 de Mayo 93

Teléfono 832. — Apartado 575 — Quito

AMERICA



# AMERICA

PUBLICACION DEL  
GRUPO AMERICA

DIRIGEN

ANTONIO MONTALVO  
IGNACIO LASSO  
JORGE ESCUDERO

1943

ENERO—ABRIL

AÑO XVIII

Nos. 75-76

---

Quito.— Imprenta del Ministerio de Gobierno.— 1942

# CONTENIDO:

Una Cruzada Moderna. El Místico Wallace - *NN*  
Cuarto Ciclo de Conferencias - *NN*

IGNACIO LASSO  
Variaciones Sobre la Angustia

AURELIO GARCIA  
La Naturaleza Política del Hombre y sus Formas de Organización

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ  
Confrontación Americanista de la Post-Guerra

CARLOS SALAZAR FLOR  
Método Sociológico de Interpretación de la Historia

JULIO ENDARA  
La Sífilis como Problema de Higiene Mental

ANTONIO MONTALVO  
La Muchacha del Baño  
Bibliografía

ALFREDO MARTINEZ  
David Contra Goliat: Ecuador. Montalvo, Quijote de los Andes.  
Mensaje a Wallace

AUGUSTO ARIAS  
Los Problemas Económicos-Sociales y su Expresión  
Literaria en América

JORGE PEREZ CONCHA  
Manuela Sáenz, Libertadora del Libertador

JULIO P. MERA  
La Biblioteca y la Cultura

ISAAC J. BARRERA  
Poetas Ecuatorianos

Sr. Lic. Dn. Ignacio Lasso

AUGUSTO SACOTTO ARIAS  
De la Naturaleza de los Libros  
La Voz del Grupo América en la Tumba de Ignacio Lasso

Crónica - *192133*

Veredictos del Segundo Concurso Literario Latinoamericano

UNA OF U EDA A MUDLE RMA

GRUPO AMERICA  
DEL ECUADOR

Flores N° 2  
Casilla 75  
Quito, Ecuador



# UNA CRUZADA MODERNA

## EL MISTICO WALLACE

Es interesante la observación que puede hacerse con la actitud y el procedimiento que están observando los grandes conductores de la humanidad en estos momentos de prueba para las ideas y para las doctrinas, para la inteligencia y para la razón, para el hombre y para la humanidad.

La democracia cayó en un terrible descrédito a raíz de la pasada guerra mundial: los guerreros encontraron deficiente la conducción efectuada por los demócratas: cuando hay peligro, decían, el método de consultas instituido por la democracia, es absurdo e inútil. La crisis de la democracia se produjo como consecuencia de este razonamiento.

Y entonces se concibieron ensayos de organización política que prescindirían de la democracia para buscar la virtualidad en otras concepciones: la raza, el proletario, el Estado. Y ante la sorpresa del mundo las naciones de sentido nuevo comenzaron a levantarse con tanta fuerza como insolencia, que parecía que el secreto del porvenir de la humanidad estaba o en Rusia o en Alemania o en Italia; pero que nunca podía encontrarse ninguna solución en la democracia ejercitada por los otros pueblos que se empeñaban en defender la dignidad del hombre, sobre todas las cosas.

En esta situación se produjo la guerra actual, que tuvo la comprobación más fuerte con los magníficos éxitos obtenidos en el comienzo de la campaña: Francia, esa Francia que había sido el orgullo de la filosofía política de los últimos tiempos, caía comprobando la ineficacia de la doctrina, la corrupción de sus hombres, la inopia de las ideas. La democracia recibió el más fuerte golpe con el colapso francés.

Es indispensable que revisemos los hechos para comprender el alcance de otros hechos, de aquellos que están produciéndose en estos mismos momentos de esperanza ya para la dignidad humana. La democracia se ha abierto paso por sobre las ruinas de la guerra para decir a los hombres su mensaje de paz y de esperanza en el futuro. Hubo un tiempo en que monjes humildes o priores sabios, recorrían los campos europeos para levantar a los hombres y empujarlos a las Cruzadas. Esta peregrinación está haciéndose ahora por los dirigentes demócratas, que recorren los pueblos, no para impulsarlos a la guerra, como para pregonar el bien de las doctrinas democráticas. El áncora de salvación en este barco que se hunde, es la democracia.

Es la mística lo que dió valor a las ideas. No es necesario pensar tan solamente, sino creer, con ardor, con entusiasmo, valerosamente. El místico sublima su pensar y eleva su alma; pierde contacto, es verdad con la impureza real, pero comprende con mayor suma de conocimiento el valor esencial de la energía humana. Se perdió la mística de la democracia, y por eso se produjo la situación errada y desviada que impulsó a los hombres a buscar la felicidad en otros lugares; y así se establecieron las nuevas doctrinas políticas, que han producido el actual conflicto que amenaza destruir los valores civilizados para dar a la vida nuevos fundamentos.

Pero entonces ha surgido la democracia que ha revalidado su aprecio. Y lo hace por medio de sus místicos, que están recorriendo por los pueblos para impulsarles a la nueva cruzada. Pero no es la palabra encendida, llena de admoniciones y colérica de insultos, sino el razonamiento comprensivo, suave, lleno de dolor, pero también de amor. No hablan de muerte, sino de resurrección y de vida.

Uno de estos místicos es Henry Wallace, el Vicepresidente de los Estados Unidos. Cuando pasada esta hora de tinieblas se revisen los acontecimientos, se ensalzará como se debe la actitud de este hombre que siente la santidad de la democracia, como un apostolado. Ha salido de su gran pueblo, pero no en recorrido de marcialidad, de propaganda, de exacerbación. Va sencillamente buscando los campos, enseñando la manera de cultivarlos mejor, invitando a la estimación de los productos, alabando la virtud nutricia de los frutos. Y en medio de su disertación, como un paréntesis sencillo, como la expresión de algo que medita, se detiene en su clase de agronomía y pronuncia palabras graves, que se entran por el corazón de todos.



“La democracia niega que el hombre haya sido hecho para la guerra; sostiene que una paz definitiva es inevitable; que todos los hombres son hermanos y que Dios es su padre.” Y después de esta divagación continúa disertando sobre la agricultura, sobre la paz del campo y la hermosura de la vida; para detenerse después y seguir su reflexión cordial sobre los bienes de la democracia: “Nosotros, los hombres de la democracia debemos mostrar el practicismo de nuestra religión.”

En ningún tiempo se alió con tanto empeño la religión con la política, y es que habíamos abandonado la mística con que deben ser puestas en práctica las doctrinas que pretenden conducir a los hombres y dirigir sus destinos. Este deber humano y político viene a recordarnos este demócrata sencillo y profundo, como fueron todos los místicos, que es Henry Wallace uno de los más grandes valores humanos de estos tiempos, por el bien que busca y por la reflexión a que invita.

La democracia ha vuelto a resurgir como una necesidad en los momentos de mayor peligro para los hombres y para los pueblos. Y la democracia llegará a su cumbre por el valor de su mística y de sus místicos.

## CUARTO CICLO DE CONFERENCIAS

El Grupo América del Ecuador, que desde la iniciación de sus labores —13 de Abril de 1931— viene contribuyendo, en la medida de sus fuerzas, al desarrollo de la cultura nacional y su conocimiento y difusión en los centros intelectuales del exterior, como también al fomento de la solidaridad y las relaciones entre los pueblos de nuestra América, organizó, el año pasado de 1942, el IV Ciclo de Conferencias, con la contribución valiosa de cinco de sus distinguidos socios y el apoyo del Sr. Dr. Dn. Ernesto Albán Mestanza, Vicerrector de la Universidad Central, quien dispuso que los actos se efectuaran en el Salón Máximo de la Universidad.

Los conferencistas, Sres. Lasso, Dr. García, Muñoz Sanz, Dr. Salazar Flor y Dr. Endra, recibieron la ovación calurosa del selecto público que acudió a escucharles. La Prensa consignó para ellos merecidas frases de estímulo y valoración por sus trabajos, que el Grupo los recoge ahora gustoso en las páginas de su Revista, en el orden en que fueron dictadas.

Copiamos a continuación, para información de nuestros lectores, el programa del ciclo de conferencias.

Diciembre 9. Sr. Dn. Ignacio Lasso: "Variaciones Sobre la Angustia".

Diciembre 14. Sr. Dr. Dn. Aurelio García: "La Naturaleza Política del Hombre y sus Formas de Organización".

Diciembre 18. Sr. Dn. Juan Pablo Muñoz Sanz: "Confrontación Americanista de la Postguerra".

Enero 15. Sr. Dr. Dn. Carlos Salazar Flor: "Método Sociológico de Interpretación de la Historia".

Enero 22. Sr. Dr. Dn. Julio Endara: "La Sífilis Como Problema de Higiene Mental".

# VARIACIONES SOBRE LA ANGUSTIA

Vivir peligrosamente es cosechar el goce más grande de la existencia.

Federico Nietzsche

El derecho de quejarse del destino y maldecirlo, aunque poco envidiable, es aún así un derecho.

León Chestov

La angustia está en la raíz misma del espíritu: es la contradicción viviente de una voluntad encadenada, que dispara en vano la razón —sutiles dardos sin blanco— hacia el infinito. Hay un problema esencial al espíritu, que sólo la tragedia lo resuelve: la lucha contra el **demonio**, contra las potencias de la necesidad, contra la **superbe diabolique** que atormentaba a B. Pascal. Precisamente, ese problema que acusa, en los grandes ejemplos, una intensidad terrible: quiero rozar con mi curiosidad alerta de hombre angustiado, que vive la tensión de la hora del mundo, y que ha sabido nutrirse de angustia humana, para tener en la sangre, esa dosis conveniente de tiniebla que aconsejaba Stephan Mallarmé, a los que se iniciaban en las arduas alquimias del Verbo.

Vengo desde la tierra ensangrentada de la historia; he vivido la esclavitud, el hambre y la sed. Y aunque traigo la sensibilidad enriquecida por el sufrimiento y el sacrificio, he practicado también, para indemnizarme de las largas vigili-  
as de soledad, ese deporte amargo que nos prepara para la muerte. Con el oído atento y el corazón crecido, he escuchado tantas veces, **la voz del que clama en el desierto**. Entre el ruido, el farrago y el clamoreo de las muchedumbres; entre



las grandes mesnadas de Panurgo; entre los héroes caídos —lamentablemente— bajo el lodo de los carros de la Epopeya; entre toda la balumba del drama colectivo: he buscado siempre la inconfundible voz del hombre sólo, el acento verdadero de la angustia, el mensaje de Dyonisos.

Quiero decir, más hondo y más lejos de la dialéctica; más acá y más adentro de los apasionantes diálogos, las experiencias, las pruebas y los aparentes motivos de la conducta: queda en pie el conflicto fundamental, la rebelión contra la naturaleza, en lo que tiene de fatal frente a nuestros destinos; pues ella nos entenebrece y nos escamotea los horizontes "De la Patria amada". Por eso sentimos rebullir las preguntas que nunca se formulan, y nos encarnizamos con los límites y ebrios de coraje, nos precipitamos hacia los abismos del conocimiento como si en nuestra avidez pudiéramos vencer a la muerte.

Hace mucho tiempo, cuando Platón pretendió echar de su República a los poetas, coronándolos con guirnaldas de pámpanos y rosas, en las apacibles orillas del Iliso, vivía intacto el símbolo de la sabiduría: el Oráculo lo había proclamado así: el más sabio entre todos los mortales. Pero los hombres objetivos que aman el número, la medida, el poder y la ley lo habían condenado a beber la cicuta. Y Sócrates, el filósofo que encarnaba el demonio, la virtualidad del espíritu científico, la embriaguez de la inteligencia lanzada a través del espacio y el tiempo aceptó la muerte; no para salvar a la humanidad, —integridad genérica del *homo animalis*— se rindió ante el enemigo para redimir al conocimiento.

Sólo así nos es comprensible la extraña definición que nos da de su filosofía: una preparación para la muerte.

Desde entonces acá, a través de las épocas, cuántas cabezas de tormenta, cuántos espíritus turbulentos, cuántos mensajes del misterio, la **Vox Clamantis in Deserto**: voces que bajan de la montaña sagrada después de dialogar con Dios; voces que suben arrebatadas en el carro de fuego de Faetón; voces audaces y relampagueantes, fuertes como el cetro de Apolo; voces vertiginosas que ascienden con las alas desplegadas de Icaro, para ser luego precipitadas en la nada.

Pero estas pavorosas luchas del destino, esta terrible voluntad del riesgo, este poder asombroso de vuelo y caída, que es la expresión de la tragedia y que tiene por escena las neuronas encendidas de los hijos de Proserpina, el ágora desnudo y abrupto del espíritu: tienen también que ver con el dolor humano, con la angustia de las masas históricas, con ese

lamento horizontal, que siguiendo la dirección de la tierra la empapa y humedece, con la lluvia de su llanto milenario.

Qué relación, qué puentes se tienden entre la rebeldía luciferina que reta al destino y la dócil angustia de los rebaños domesticados que caminan sus vidas de lo contingente a lo necesario, amenazados siempre por el castigo y con el dogma tatuado ya en la frente? Es que el lento proceso de la razón culmina sus esencias —se quintaesencia— en los grandes espíritus puros. Es como la extracción del oro de la extensa veta de cuarzo. Sucede como con los gramos preciosos del radium, entresacados de las enormes cantidades de la pitchblenda. La oscura noche del instinto humano de conservación, el tránsito cósmico del hombre, como las resacas nocturnas del océano, no tiene más guía y más luz que el incendio de sus propias estrellas.

Hay una palabra cruel y salvadora, que salta como la chispa eléctrica, cuando se acercan los dos polos de la angustia: es la palabra revolución. Palabra mágica, a cuyo conjuro se congregan las esperanzas, y cambia de escena y actitud el drama de los hombres. Funcionan los resortes inagotables del interés. Se derrama la generosa sangre estúpida de las hecatombes; y todo para que los "hombres de acción" de la vieja estirpe de "los piratas del Soberano" construyan sus Imperios de arena —como en la visión de Heráclito— para que el furioso monzón de la guerra, los eche abajo con su sopro implacable.

No obstante, debemos creer, es justo que creamos en la revolución. Seamos inconformes porque la inconformidad es el primer paso hacia la justicia que es perfección. Pensemos que es ineludible defender nuestro sentido heroico de la vida. Porque es heroísmo —quizá el único heroísmo válido— vivir todos los días entre el dolor, la ignorancia, la miseria, y el luto, sabiendo a ciencia cierta y en impotencia de evitarlo, que la especie está condenada a todos los azotes y a la prueba monstruosa de su autodestrucción. Y cómo no ser revolucionarios, si la injusticia y la explotación son Poder que negocia la triste convivencia de las gentes? Seamos revolucionarios porque hay que perseguir el ingenio maléfico que fomenta la picardía, la balandronada y la infamia; porque hay que vencer el egoísmo de las castas privilegiadas; porque hay que acosar al lobo de Hobbes que nos acosa.

Y luego, hay tantas esperanzas que enarbolar. Nos asaltan los problemas y urge resolverlos. Estamos acostumbrados a ver —y no sentir— a cada paso, la herida del prójimo. Al



voltear cada esquina nos asalta la terrible evidencia. Pues existe a nuestro alrededor el hambre de pan y también el hambre de amor. Es la tristeza. Es el abandono. Es el error, la enfermedad o el miedo. Por donde volvamos los ojos: hacia la ciudad atestada y rumorosa, o hacia los campos tranquilos y bucólicos, siempre, el fracaso de los débiles, el espectáculo de los menesterosos, olvidados, en desgracia, como al margen del mundo, como si no tuvieran derecho siquiera a un mínimo de felicidad.

Es fácil advertir la crisis total del mundo contemporáneo. Donde quiera que dirijamos el análisis, constatamos la contradicción, la desproporción y la lucha. Están subvertidos los valores y sobre las hermosas ruinas de la lógica actúan hoy los fermentos del caos. Los hombres desposeídos de sus atributos personales son arrastrados por la marea de la masa. Están casi rotos los diques de contención, y el individuo, el yo, no es sino un guarismo perdido entre la cantidad. Ninguna voluntad aislada cuenta, obedecemos en nuestra inercia, a veces, la dirección de un impulso contrario a nuestros intereses, ajeno a nuestros deseos. La técnica y la máquina contra el hombre. Las más bellas ideas: la libertad, el bien, el goce, también contra el hombre. La economía, la política y aún la religión, contra el hombre. La hegemonía imperialista del mundo contemporáneo, siente crugir sus estructuras y parece que estallarían los pilares de los siglos. Y no es la guerra. La guerra es la apariencia formal y dramática del fenómeno. En el fondo actúa, opera la revolución. Por más que los hábiles y los sutiles, los que toman y se apropian, con astucia y precaución de las señales y direcciones del movimiento: se aferren al áncora salvadora de las palabras, a los viejos símbolos de la obediencia, del temor o del consuelo. Sabemos, ya lo predijo Zarathustra, que existe una revolución en marcha. Los problemas se amontonan como haces de leña inflamables. No hay responsabilidad posible para el crimen, el rencor o el odio, que acerca a los hombres, mucho más que el amor, para las revanchas del orgullo, para el exterminio y la masacre.

Crisis total del mundo contemporáneo, que la sentimos en la carne viva, y naufragos en un mar de duda, asqueados y temerosos nos entregamos a la angustia; a esta honda emoción que nos hace fuertes en la inseguridad y que por parecerse a la agonía, a la víspera de la muerte, nos enseña a vivir con la tensión máxima: cada minuto que pasa, cada paisaje que dejamos atrás, cada placer, cada pena, cada contac-

to y cada sueño. Es la ansiedad de nuestra finitud, de nuestra fragilidad frente al fluir inacabable del tiempo.

La angustia tiene mucho que ver sobre todo con la intuición y la magia creadora del espíritu; pero está distante de las creencias y de la metafísica de las religiones. Desde que el hombre acata el mandato de la razón teológica; desde que constriñe sus facultades al orden de un decálogo, y tiene que acomodar sus actos a las normas de una moral de fines extrahumanos; desde que tiene que inmiscuirse en el rito y someterse a la grey; la angustia ya no corre, ya no tiene vigencia; ha perdido su sustancia específica: la ansiedad, la protesta, el desafío a la muerte, y la conciencia o subconciencia de su inseguridad. Se ha desvirtuado su contenido entrando hacia el reposo, hacia el dócil apoyo, hacia la contigüidad de las almas desvalidas que descansan su dolor y su fracaso en el Panteón acogedor de los Dioses. Se comprende, entonces, como actúa el celo de los Pastores; pues, su imperativo es congregar a las muchedumbres en el sosegado aprisco de la resignación. Comprenden el peligro de la angustia y tratan de extirparla de los corazones. Porque la angustia muchas veces actúa como un antídoto del dogma.

No obstante la angustia que alimentó la soledad y el dolor sobrehumanos de los grandes Fundadores de religiones: Zoroastro, Confucio, Mahoma, Jesucristo, filtra sus nubes ardientes en las torres más altas de las Iglesias, en las agujas góticas de las Catedrales y Basílicas del misticismo. Es en los místicos: —San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Avila, Raimundo Lulio, Eckehart, Ruysbrock— en quienes prende la angustia. En los transportes, en los éxtasis de los doctores iluminados, hay siempre la fiebre ansiosa de la presencia divina, la tremenda nostalgia que hace del alma apenas un solitario y pálido reflejo, algo así como una brizna temblorosa de angustia ante la inmensidad de Dios.

En cambio, todos los misterios de Eleusis, los extraños cultos órficos, esas profusas escuelas y gimnasios de la sabiduría esotérica, fueron construídos sobre cimientos de angustia intelectual. Por eso los Pitagóricos han profundizado en la ciencia compleja de las claves y símbolos. Por eso los Sofistas se han desesperado por explicar la verdad suprema, y en su empresa dialéctica, se han dejado aprisionar en sus propias paradojas y en el sutil dédalo de los axiomas contradictorios.

También debemos achacar a la angustia las hechicerías del Medioevo. La tentación de los alquimistas que perse-



guían obstinados, en sus toscos matraces, la trasmutación de los elementos, la fabricación del oro, el oro poderoso que tanto codiciaban y codician los hombres. La piedra filosofal que hará posible la rápida solución de los más arduos problemas. Y luego, para completar el sueño del Poder: encontrar la fórmula del elixir que nos prolongue la vida y nos acerque a la inmortalidad. Oh la locura y la soberbia de la angustia humana! Para castigarla, la Inquisición multiplicó en Europa las zancas fatídicas de las horcas, y las hogueras terribles, y las ordalías y todos los tormentos más crueles, que puede imaginar el ingenio tenebroso del terror.

Quién sembró inquietudes inéditas en el corazón de los navegantes del siglo XV, la ansiedad creciente de contradecir la fuerza coercitiva de la época y luchar a brazo partido con el destino? Quién, sino la angustia? Simbad el Marino ha violado las rutas vírgenes de los mares ignotos. Marco Polo, Cristóbal Colón, Magallanes, Orellana, Amundsen, y tantos otros tipos de esquizoides angustiados, que han hecho profesión del peligro, la aventura y el salto audaz hacia el más allá. La angustia empujó a estos hombres a los grandes descubrimientos geográficos.

Nos preguntamos ahora, cómo ha podido la angustia abonar con su humus los terrenos de la ciencia, tan bien defendidos con altas empalizadas de principios. En todos los campos de la ciencia, incluso en la ciencia especulativa, edificada sobre verdades apriorísticas, e incluso también, en la ciencia experimental e inductiva, con su barajo interminable de fenómenos y con su copiosa floración de hipótesis, la angustia se ha puesto de manifiesto en ese afán insaturable de profundidad y distancia, en ese prurito de ascender y descender por la escala infinita del análisis y la síntesis, en ese vertiginoso ritmo que se anticipa y precede al método, en la ansiedad de discernir los espacios siderales, el macrocosmos, el mundo de lo infinitamente grande, y el microcosmos, el mundo de lo infinitamente pequeño. Así, la angustia habita como la salamandra de fuego, en el microscopio de los laboratorios, del mismo modo que hace su morada en los enormes lentes que apuntan —al fin cañones de la angustia— contra el cielo.

Sólo a partir del siglo XIX, en que adquieren categoría de ciencia, las investigaciones del alma individual y colectiva, encuentra la angustia domicilio definitivo, su ámbito peculiar, su reducto de lucha y afirmación. Pero como ciencia hundiada en la linde dionisíaca del sentimiento, no son los sistematizadores, los médicos, los biólogos, los psiquiatras, sus ver-



daderos representantes. Charcot, por ejemplo, no es sino un laborioso clasificador de fenómenos e instancias. Havellock -Ellis, Ribot, Young-, y el mismo genio, Segismund Freud: generalizan y abstraen sobre la lucidez espontánea, sobre el vibrante plasma de los espíritus diabólicos, sobre la compleja y protéica materia prima que aportan espontáneamente: Stendal, Dostoiewski, Shakespeare, etc. Es en ellos que hay que buscar las fuentes prodigiosas de la angustia. Es con ellos que hay que aprender Psicología.

Fedor Dostoiewski, el desterrado de Siberia, el nihilista, que estuvo plantado frente al pelotón de ejecución y contó los minutos que le restaban de vida, hasta el penúltimo; Dostoiewski, el vagabundo, el epiléptico, el jugador que todo lo ha arriesgado en una carta; Dostoiewski, solitario, amargado y anónimo: ese mujik terrible que se ha envenenado con el mal, la adversidad y la desgracia; ese sí conoce la angustia y sabe de la profunda psicología, esa ciencia erizada de peligros que está ubicada más allá del bien y del mal. Quien quiera aprender algo del misterio de la vida. Quien quiera escarbar el lodo violento de las pasiones. Quien quiera quemarse los ojos en la realidad ardiente, que lea "Los Hermanos Karamazoff". Y si quiere, además, comprender la angustia de existir, de estar solo, golpeado, abatido, orgulloso y humillado, grato y ofendido, que se asome a los libros de Dostoiewski; y que entrevea siquiera, cómo es de inmensa solitaria y mortal la estepa de las almas ansiosas, en el límite de los cuerpos frenéticos y en la furia de los sentidos.

Y el que quiera, en fin, intuir como nace y se origina el manantial claro de la bondad humana, de la ternura triste, de ese aliento de amor y compasión que une, talvez, las sienas pensativas de los hombres, que lea "El Príncipe Idiota". Que se trate de entender a Dostoiewski, sobre todo en su energía afirmativa, en esa robusta solidaridad humana que emerge de sus libros, en cálidos efluvios de simpatía, piedad y benevolencia.

La vida de Henry Beyle, Stendal, no deja sospechar su grandeza, la envuelve tal atmósfera de vulgaridad y rutina, que sus contemporáneos le ignoraron en absoluto. Desconocieron al agudo diseccionador de voliciones. Se equivocaron al juzgar al hombre: militar primero -pues eran las guerras sucesivas de la Gesta Napoleónica, combatió en Marengo-; luego, se convierte en un buen burgués, en un funcionario del Estado. Se dice de él que leía el Código Civil para ajustar y arriscar el estílo. Escribía largo, borroneaba cuartillas y más

cuartillas, después las guardaba. Este fino espíritu exacto como una balanza de precisión, que en sus novelas ha reconstruido la vida con una eléctrica vivacidad de nervios desnudos para la percepción psicológica; este clasificador minucioso del documento humano, que ha penetrado como los rayos Rotgen, en el tejido íntimo de los motivos íntimos, hasta sacar afuera la subrepticia médula del alma; Stendal hábil relojero de la conducta e impecable pesador de los estímulos; ha permanecido ignorado por su época. Un buen día, la muerte sorprende en media calle. Manos extrañas recogen su cuerpo y el silencio se cierra detrás del cadáver. Y en ningún momento aparece la fama. Ha sido menester que transcurra medio siglo —circunstancia que él mismo la logró predecir— para que empiecen a circular sus obras y se comprenda la magnitud de su genio. La aportación de Stendal —hombre silencioso e introvertido— al edificio de la ciencia de la angustia, puede valuarse con la lectura de sus libros, sobre todo para quien conozca su obra maestra, "Las Confesiones de Henry Blulard".

Tenemos que decir algo de Shakespeare, otro gran creador de la psicología. Shakespeare ha logrado en el teatro, especialmente en la Tragedia, lo que podríamos llamar, una definición máxima de la fuerza dramática. Las creaturas de Shakespeare, seres de carne y hueso, extraídos de la vecindad social, de un medio de interdependencia y choque, traen a la escena la potencia elemental de la pasión. Cada paso, cada actitud, cada decisión que tomen, trae consigo consecuencias apasionadas, corolarios de cólera, de aspereza, de disgusto y crimen. Y es que la sangre, —lo concreto, la vida, el pulso— acarrean glóbulos irascibles de egoísmo y semillas de codicia y de violencia. Primero mandan —mandato, en Shakespeare, sin réplica— los apetitos, y entre estos principalmente los de la carne, el dinero, el lucro. La posición estética de Shakespeare es pesimista. El Rey Lear, Otelo, Macbeth, Hamlet: son pruebas demostrativas de la incorregible bajeza humana, de los turbios designios de la sangre, es decir de la angustia que no puede romper la cárcel de los cuerpos, engrillados a la herencia y a la esclavitud.

Por supuesto que, el hontanar, la fuente primaria de la creación psicológica, debemos remontarla a la tragedia griega. Siempre estaremos en posibilidad de recurrir a la cantera de esos materiales clásicos, que aún conservan su brillo y su rica consistencia, en las obras de Sófocles, Eurípides y Esquilo; y quizá hasta en la mordiente y alternativa sátira de Aristófanes, contrapunto obligado de la tragedia. La misma no-



menclatura científica del Psicoanálisis utiliza vocablos fraguados en las fraguas de la literatura, significaciones dadas ya en forma perdurable en el teatro de los trágicos griegos.

Los aterradores *crescendos* del "Edipo", de la "Electra" o de "Las Euménides", marcan el nacimiento de la angustia en la literatura de Occidente. Antes, talvez lo único digno de anotarse, como primera premisa al advenimiento de la ansiedad del hombre sea: el libro de Job, del Antiguo Testamento, que simboliza el sentido creador de la lucha del hombre contra el destino! que le somete a todas las intensidades de la tribulación. Viene, pues, a ser la apología del dolor sublime que triunfa de la debilidad, del miedo y la amenaza. El temple de Job, el leproso, es uno de los paradigmas inolvidables, en las visciditudes del espíritu, en las contiendas con la fuerza destructiva que se anida en nuestros propios huesos.

Y hemos llegado, saltando el arco tenso de la historia de la evolución humana, al punto más alto de la psicología actual. Estamos frente al caso extraordinario, ante el Fenómeno: Marcel Proust. En Proust se centralizan y adquieren calidad y acento, las diversas tendencias del pensamiento psicológico moderno. El psicoanálisis de Freud, construído sobre la energía de la libido sexual y sus transformaciones. El intuicionismo de Bergson y todas las teorías que han investigado el papel preponderante de "lo irracional", en los procesos de la conciencia y de la cristalización de la personalidad. Las mismas generosas y apasionantes ideas de Ruskin. Los sutiles principios insinuados por Anatole France, como supuestos de un realismo espiritualista. Todo esto confluye, adquiere estilo, en la concepción de Marcel Proust.

Sólo la sencibilidad increíble de Proust, su esquizoidia, que le predispone al éxtasis y le sostiene todo el tiempo, sin desfallecimientos, en la operación introspectiva; sólo su agudísima inteligencia que funciona paralela como un exacto sistema de relojería; sólo su técnica paciente y minuciosa de agotar exhaustivamente la memoria, en uno como balance del pasado, incorporando el acervo del recuerdo al presente, han podido lograr el completo ciclo de la creación psicológica, promovida en un plan de exactitud vital y siguiendo el ritmo verdadero del tiempo concreto.

Tan fino registro de sensaciones, puede precisar en la pantalla de la memoria, el paso del estímulo, la entrada y salida del germen en la levadura de la subconciencia, la carga y descarga efectiva. Más, qué objeto persigue esta vasta empresa de memorización, de reconstitución del pasado? El fin que per-

sigue es la soldadura afectiva, la proyección sentimental unitaria, en medio de las metamorfosis del espíritu. Se pretende condenar por los realistas a **outrance**, la obra proustiana, como estrafalaria, decadente; como una exuberancia lírica y mórbida, que no podrá perdurar por su deleznable contenido. Nada más lejos de la verdad. "A la búsqueda del tiempo perdido" y "el tiempo recuperado", constituyen el más importante testimonio de la cultura psicológica moderna. Muchas reglas, muchas convicciones, la misma naturaleza de la personalidad, han sido agudamente contradichas por Proust.

Difícil repetir la terrible acuidad de este escritor. Imposible superar su misticismo y su entrega global a la vida interior. Cómo reunir fuera de él tan exquisita afectividad, una percepción tan delicadamente minuciosa y tenue, un poder de intuición y expresión tan hondos y tan exactos. El caso Proust es en realidad insólito. Sin embargo, Proust no es más que al fin, un doloroso análisis de la angustia, una víctima del "traumatismo" y de la medusa de la voluptuosidad, que le aguzó los sentidos hasta el tormento, y lo derribó a los pies del **fetiché**, contra el perfume esparcido de las bellas palabras y los acordes enervantes de Vanteuil.



La angustia se inmiscuye también en las gestaciones políticas y en las intrigas múltiples del Poder. No era concebible que tan importante factor de creación y forja estuviera ausente del drama político. Actúa con máxima intensidad en aquellos varones del desinterés, que viven el sacrificio, por eso que, Nietzsche, llamó "pasión de sinceridad". Se comprende que los grandes políticos, los conductores de pueblos, los que domanan las fuerzas sociales y las empujan hacia adelante, hacia el progreso: capten como recias antenas, el torbellino de la angustia que levanta el subsuelo de las naciones. Entonces, esa política de textura heroica y de ética indudable, sí tiene que ver con la angustia, fuerza eminentemente creadora. Los ejemplos afloran a la superficie rugosa de la historia: David y Moisés, Solón Licurgo y Pericles, César, Savonarola, Dantón, Robespierre, Pitt, Cronwell, Napoleón, Bolívar, Lincoln, Juárez, Washington, Lenin.

Pero la angustia no prende en la política farisea, que en largas y lentas etapas de usufructo del poder, pierde sus objetivos esenciales y actúa como mercantilismo sin conciencia. Cómo pueden ser tipos de angustia los políticos del agio, la



felonía y la extorsión popular. Los políticos calcados en el modelo de Fouché, Mariscal General de la estulticia, los avisados, los maliciosos y los cínicos, los secuaces de Maquiavelo: toda esa numerosa estirpe de beduinos: esos no tienen nada que ver con la angustia.

En los Dictadores, en los sombríos Autócratas, en los megalómanos del Principio de Autoridad; la angustia se empoza y corrompe, cambia de signo; de positiva y creadora se transforma en negativa y destructora. La demasia cruel de los fanáticos tiene este origen. Torquemada, El Inquisidor, es un típico ejemplo de angustia negra. Los déspotas de todos los tiempos, atacados de fobias e insensibilidad, los Conquistadores que sucumben vencidos por el odio y la protervia de sus designios, conocen solamente una angustia degenerativa, una psicosis, en la que campean los dos ácidos más corrosivos del alma: el pánico y el terror, el miedo y la persecución.

En los anales de la política de este Continente existen típicos e interesantes casos de psicosis de angustia.

Si, como en las prácticas de laboratorio, fuera dable en la investigación de la psicología social, aplicar cortes transversales, a la estructura de una comunidad política, sería muy segura y fácil la pesquización de muchas relaciones causales. Claro que dicha aplicación, en el rigor del método, es imposible. Pero en cambio, podemos imitar, en una suerte de ficción penetrativa, la técnica del procedimiento.

Escojamos tres hechos suficientemente discutidos y establecidos en la historia: Las Cruzadas, la Revolución Francesa y la Revolución Rusa. Pues bien, los tres eventos son inducciones terminales de la angustia. La primera, una conjuración de la angustia, y la segunda y la tercera, una exaltación.

Si sobre las tres épocas, importantes jalones de la llamada Civilización de Occidente, practicamos algo así como los cortes transversales, iremos viendo una sucesión de extractos de diversa y desigual consistencia; desde la costra exterior idealizada de leyenda, pasando por las capas contiguas de las cabezas dirigentes, las élites, las viejas y nuevas instituciones, la decadencia o vigor de castas y clases, las tramas, intrigas y complicaciones de régimen; hasta llegar a la roca dura del dolor del pueblo, en cuya entraña escondida, se agita el magma candente y fluído de la angustia.

Las Cruzadas no se realizaron por el sólo fervor cristiano de las gentes, ni por la simple codicia, la aventura, el espíritu bélico o alguna otra causa concurrente o predisponente. Los penitentes que siguieron a Pedro de Amiens, para resca-

tar los Santos Lugares: en realidad, fugaron de la terrible y ya insoportable explotación feudal; huyeron de los espectros del hambre y la peste; salieron fugitivos de la desesperación; buscaron el martirio, el heroísmo y la muerte. Trataban de librarse a toda costa de la angustia.

Cuando Urbano II, el Papa precavido y sagaz, lanzó en el Concilio de Clermont —Ferrant el grito salvador: "Dios lo manda"... lo único que hizo fué abrir la espita, la formidable válvula de escape para impedir las peligrosas crecidas de la marea negra que inundaba los pueblos hambrientos de la Europa. Pues, fuera de los Castillos, en donde transcurrían los alegres y lánguidos Decamerones; y enteramente ajenas a las disputas del Poder, las masas de ciervos agonizaban entre la ignorancia, el miedo, la superstición y el hambre. Ya el año mil, las muchedumbres acoquinadas, habían sido sacudidas y vapuleadas con el escalofrío del terror, con la amenaza apocalíptica del vórtice y el cataclismo universal.

Al volcarse incontenible este alud del demos europeo —en el que hay que contar, como siempre en las grandes empresas humanas; caballeros, aventureros, comerciantes y santos—; hacia el cercano Oriente; lo que se desplazaba era en realidad, la angustia de las masas, en una hábil y oportuna maniobra de descongestión.

Le Revolución Francesa, más que una reacción contra el determinismo teocrático de la Monarquía de Derecho Divino; más que una afirmación republicana y democrática; más que la beligerancia y empuje de una clase que entraba a la mayor edad y al vigor: la burguesía, frente a una clase en franca decadencia y en eclipse de fuerza: la aristocracia; hay que juzgarla en el significado de su eclosión primaria y espontánea. Es una revolución de raíz popular, de pueblo, de masa. En imposibilidad material de subsistir debajo de la feroz montaña de exacciones, tributos, contribuciones y gabelas, el pueblo angustiado se ha rebelado... he ahí toda la fuente dinámica de la Revolución.

Y desde que los descamisados, los *sansculottes* —pueblo líquido de las barriadas de San Antonio y los otros arrabales de París—, han derribado en forma incontenible las pesadas y férreas puertas de la Bastilla, quedará ya para siempre, este alarde de viril angustia libertadora, como uno de los más vívidos e incomparables ejemplos de la voluntad colectiva de renovación.

El espíritu de la Enciclopedia que liberta la razón del hombre y le acerca al estado de naturaleza, que preconiza un Pac-



to de Asociación como base de la convivencia jurídica de la sociedad; se preocupa sobre todo, en exaltar la suprema sustantividad del pueblo; por eso crea un esfuerzo de casuística, el mito de la soberanía popular, que en definitiva es una firme adhesión a la capacidad creativa de la masa, un reconocimiento de su dinamia; especialmente, cuando en el apremio de las circunstancias, saltan desde la entraña multitudinaria, los millares de géysers ardientes.

Los rusos son un pueblo eminentemente angustiado, si hemos de creer a Gogol, a Turgueniev, a Tolstoy y a Dostoiewski; si hemos de dar crédito a Leonidas Leonov y a Nicolás Verdiaef. Se comprende que así sea. Sólo en un pueblo que ha sido golpeado por las más duras experiencias de la angustia, que ha soportado tantos siglos, el brutal y sanginario despotismo zarista, han podido nacer esos dos frutos extraños e inquietantes: el Nihilismo y el Bolchevismo.

El largo proceso revolucionario de Rusia, iniciado en los legendarios tiempos de Stenka Razin, llega a su resolución final, en los terribles **"Diez días que estremecieron al mundo"**, cuando las masas proletarias y campesinas de los Soviets, derrotan a la coalición de los ejércitos del Occidente Europeo y a las cabezas de la hidra contrarevolucionaria. Entonces es posible medir la magnitud y apreciar en toda su grandeza, el cuantioso acumulo de fuerzas creadoras de angustia, que el pueblo ruso ha amontonado, sobre los negros horizontes, para lograr incendiarlos con su aurora roja.

Siempre que se piensa en la psicología angustiada de la Rusia, viene a la memoria la imagen flamígera que Dostovieski, pone en boca del Fiscal Hipólito Kirillovich: "Rusia es como la troika fatal que corre desenfrenada, en pleno vértigo, hacia el abismo". Nada descubre en forma tan patética, ese extremado, misterioso e inexplicable amor al peligro, que está inscrito en la sangre de los mujicks: los duros habitantes de la estepa inclemente.



Para culminar este análisis vamos a entrar en la zona incógnita de la poesía y el arte, en el clima auténtico del encanto, en la verdadera atmósfera del misterio. Este sí es el único imperio durable de la angustia. Es tan extenso y profundo que en sus dominios nunca se pone el sol.

La verdadera poesía y el verdadero arte nacen como la lava, de la más honda entraña de la angustia. Por eso, arras-

tran y levantan hasta el cielo, así como las altas olas al ascender parece que salpicaran las estrellas, el viejo limo amargo del ancestro. Quien dice poesía y quien dice arte, dice dolor, soledad y destierro. Porque la misión trascendental, divina del artista, es redimir al espíritu humano de la brutalidad y el egoísmo, de la indelicadeza y el cálculo. Porque en la oscura caverna de las almas se aposenta la bestia, la hidra; y como en la leyenda, es menester el ángel que la destruya. He aquí que, la poesía y el arte representan la tensión más alta de la lucha contra la muerte, del combate contra el demonio. Agonistas, mueren crucificados todos los días entre el desprecio y la befa. Enamorados de la gloria, padecen por ella y muchos de ellos, no alcanzan a la deidad esquivada. Destino trágico este destino de los artistas y poetas!

Holderlin, el Efebo de la voz purísima, nos está descubriendo la clave de la existencia de los poetas. Todos persiguen como él, aunque por diversas rutas, las playas dulces de la "Patria amada". Arrebatados por la belleza, el entusiasmo y el amor desafían todos los peligros, y ensayan el vuelo de la embriaguez divina; aunque las furias les muerdan y despedacen las entrañas; a sabiendas de que, la atracción del abismo les vencerá algún día. Viven con la nostalgia del Paraíso perdido, y atraviesan deslumbrados por la vida, sordos al interés, al cálculo y al goce, muchas veces huérfanos de afectos, desnudos de bienes, atentos al milagro interior, escuchando los acentos píticos del mensaje de la eternidad.

Se explica así que Holderlin, creador del canto inefable, del más puro y sincero sentimiento de la libertad y la luz, haya debido pagar su espantoso tributo a los Dioses, a los cuales arrebató en su osadía los arcanos del Verbo. Fué castigado por el destino, privado de la luz y del fuego que eran sus elementos. Así este maravilloso venero de ternura humana y elevación mística, que iluminó el cielo de la poesía con los claros resplandores de la pureza, se ve de pronto arrojado a la tiniebla y al frío. Es la locura que la ciega los ojos lípidos del entendimiento, y cae sobre sus sienas como una corona de espinas. Los dioses burlones matan al poeta y conservan la vida del hombre, y así lo muestran y lo exhiben sumido en el escarnio: Ecce Hommo. Más de cuarenta años sobrevive el cuerpo al alma. Cuarenta años de inenarrable angustia, de rebelión, de balbuceo y rabia. Aún los versos borbotean y fluyen de esa fuente condenada a la incoherencia; todavía estallan las músicas celestes, en cada reta-



zo de frase alucinante y grandiosa; aún alientan los resabios fogosos del entusiasmo. Pero el poeta está muerto. Lo que vive de él —el grotesco señor Scardanelli, mofa de estudiantes y horteras—: araña en el delirio su pecho atormentado y vaga por el mundo acosado por el demonio, ya tenebroso y maldito.

Holderlin, el gran lírico, hermano gemelo de Schiller y de Shelley, el maravilloso autor de "Hiperión" y "Empédocles", ignorado muchos años, al fin logra la resurrección y es consagrado el gran poeta de Alemania y del mundo.

Toda la tragedia de la poesía acude de pronto y en tropel a mi memoria. Veo aquí la cabeza llameante y la mirada luciferina de Issidore Ducasse; están golpeando aquí en mi frente sus inauditos Cantos, ese torrente impetuoso de metáforas terribles en donde la revelación descorre quizá el secreto de lo porvenir. Cómo pasar por alto la locura sobrehumana del Conde de L'Autremont. Sensibilidad veloz que en su carrera frenética ha dejado atrás el sentido común y la lógica, el sentido moral y todos los prejuicios, y los mismos rutinarios sistemas del sentido estético. Este arcángel caído que nos habla en tono de Apocalipsis, que ha dijido el "mal" —Oh asombro de pureza!—, y ha señalado el punto álgido de la revolución: pasó por el mundo, rápido y desapercibido, como un meteoro negro. Casi nadie ha dado razón de su apariencia y de su tránsito. Fué un hombre triste, oscuro, sin amigos ni anécdotas. Nació en el Uruguay y murió asfixiado de silencio.

Y pasan. Y pasan más poetas. Primero es Baudelaire con su cara crispada de mártir de la sensualidad. "Inventor de un nuevo escalofrío", conoció la escala borrascosa del deseo, el pecado, el remordimiento. Bajó como el reptil a las simas cenagosas del vicio y la experiencia, respiró la fragancia letal del lodo para que crezcan, sobre la podre del corazón, esas flores malsanas, en cuya clorofila se aloja el misterio celeste del espíritu. —Ah, la tristeza de la carne que ha dejado a la sonrisa de Stefan Mallarmé contraída por un rictus—: Cómo chasquean las llamaradas místicas en esta carne cada día contrita de Carlos Baudelaire, manchada de voluptuosidad y exceso. Nos acude a la memoria la frase de Swinburne: "Esta cloaca está toda plasmada de azul".

Por las calles barridas de viento de la vieja ciudad de Boston, camina como un fantasma —zigzagueando y cayendo— el poeta dipsómano Edgar Allan Poe, sombra retorcida entre las sombras. La niebla de la ciudad nace de su cerebro; brotan las alucinaciones, los delirios, los frisos purpúreos de la

pesadilla, el crimen, los gritos de gargantas ahogadas, los lamentos intermitentes. Y entre la niebla, flotando como los resplandores de algún fanal que se hubiera extraviado en la distancia, las siluetas traslúcidas de la obsesión: Sigiea, Morella, Anabelle, Eleanore... El amor que en vano se invocó toda la vida, porque siempre, entre la dulce imagen y la dulce promesa, se interpuso el cuervo fatídico de la desesperanza.

Surgen otros rostros modelados en la melancolía y el éxtasis:

Rimbaud, el prodigioso adolescente de las "Iluminaciones", el *enfant terrible*, que a los quince años ha pasado ya "una temporada en el infierno". Corbiere, el taciturno breton navegante en todos los mares de la poesía. Laforgue, delicado y lunático como Pierrot, se pasa regando cada noche con sus lágrimas, su campo de asfódelos. Oscar Wilde, el sibarita, árbitro de la elegancia y el escándalo, lo veo pasar con su traje a rayas de presidiario de Reeding, y luego convertido por el demonio en el deplorable Sebastián Melmoth.

También visitan mi recuerdo estos otros fantasma de la angustia: los suicidas, los evadidos y los desesperados. Son una teoría completa. Aquí, Gerardo de Nerval, maldito y sagrado a la vez como la piedra negra de la cábala. Un día amaneció ahorcado en los barrotes de un tragaluz de la ville Lantern; acá, Mayakouski, destrozado la garganta de un tiro, él que era el más ágil clarín de la victoria de la revolución. Y aquí está también, Alfonsina Storni, poetisa de América, alondra oscura para el canto y débil estambre de angustia, devuelto un día gris a la playa por las olas del Mar del Plata. Y están nuestros poetas, exquisitos neurópatas, que surcaron prematuramente, las silenciosas aguas de la Estigia, en busca de Citeres, la isla del ensueño interminable.

Y quiero agotar la cita porque nuevos nombres y nuevos rostros acuden al requerimiento del recuerdo.

Más hombres al rojo vivo, golpeados en las fraguas incansables de la angustia.

Soeren Kiergegard, León Chestov, filósofos recientes, que han devuelto al pensamiento amortiguado de duda, el ardor y la agitación renovados de la vida, el plasma nutricional, el élan, la fuerza que se dispara contra los bastiones de la Metafísica, con la seguridad de conquistarla, poseerla y rendirla. Unamuno, filólogo y filósofo español, que tanto ha abogado por un sentido trágico de la vida.



Aquí está sobre todo, con más derecho que nadie a la primacía de la angustia, este loco sublime —paradoja eterna de la aventura y la desventura—: Don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura. Ante su grandeza, lo que se diga siempre resulta pálido. Que cosa es comparable a la locura de un hombre de carne y hueso, que desde su débil condición de hombre, anhela redimir la miseria del mundo y se arma andante Caballero, para cumplir, a cabalidad, su misión? He aquí a la angustia metida en la cota de malla y en el glorioso yelmo de Mambrino, esgrimiendo la lanza generosa del ideal, en pos de la justicia, presto a combatir a los desafortunados gigantes del prejuicio, la cobardía, el egoísmo y la soberbia; a medir sus fuerzas con los encantadores, con los endriagos, con los mandrines y los follones: con toda esa fauna de los listos y embaucadores que cabalgan sobre el dócil lomo del pueblo.

Don Quijote de la Mancha, enderezador de entuertos, apoyo de viudas y huérfanos, perseguidor implacable de la sinrazón, desfacedor de agravios: es agraviado a su vez, por los duros jayanes que le muelen a palos y lo dejan por muerto. Lección de la vida y aparente fracaso del ideal.

La Ética de Hegel se asienta sobre la noción de que, el mal, es la fuerza motriz de la historia. Por consiguiente, todo su sistema dialéctico refleja la angustia del combate entre los dos titanes: la necesidad que irrumpe y la razón moral que constriñe.

El determinismo de Carl Marx y su dialéctica de la lucha de clases, crítica objetiva de las transformaciones del Poder en función de las transformaciones y mutaciones de la economía; en sus motivaciones subjetivas, espirituales, románticas si se quiere, descansa en el principio de que la opresión trae consigo la revolución y la senilidad la avalancha de la juventud. Este principio involucra, pues, choque del espíritu, voluntad de riesgo, subversión, desafío al orden, angustia.

Y el psicoanálisis de Freud, no se ha edificado, como quería Nietzsche en "la lava del Vesubio", en la fluída y caliente libido, con cuyo calor motriz, se alimentan nuestros deseos, nuestras tendencias, nuestros actos y nuestros sueños? El impulso genésico, el mecanismo erótico y el enlace amoroso —este último, agonía breve y simulacro del espasmo mortal—: no son al fin sino, distintas manifestaciones del miedo a morir, del ansia de perdurar peleando cuerpo a cuerpo con la muerte.



Una noche, entre partes de guerra contradictorios y el apretado barrullo de la propaganda de los beligerantes, un despacho de la Prensa Asociada difundió la noticia de la muerte de James Joyce, acaecida en Berna, Suiza, lugar de su destierro voluntario.

El inesperado deceso del famoso escritor irlandés volvió a agitar la discusión en torno a su personalidad y sus obras, y recrudeció a poco la investigación erudita, la exégesis y el ensayo de profundidad, a propósito del sujeto, la estética y el mundo joyceanos.

Era en realidad extraño el caso de este escritor.

Desconocido completamente en las capas del público lector, su reputación y notoriedad se las debía a las élites intelectuales más distinguidas del mundo. En su honor se habían quemado inciensos carísimos. La consagración de su genio venía de egregias mentalidades representativas: Havelock Ellis, Arnold Bennet, Midlenton Murry, T. S. Sliot, etc. Valéry Larbaud sostenía que: "si de todos los escritores contemporáneos uno solo hubiera de pasar a la posteridad, sería Joyce." En definitiva, a pesar de la profusa hermeneútica podemos decir que, el nombre de Joyce es muy conocido, no así sus obras ni el significado esencial de su literatura.

Bástenos saber siquiera apriorísticamente que: a través del "Ulises" y de "Fáinnegans Wake", las más completas claves de la descomposición del mundo moderno, James Joyce se constituye en el Cíclope de las letras contemporáneas. La experiencia mental y sentimental de Occidente vibra, precipita y atomiza en esa magia de lucidez, donde el tiempo resuelve su dinamismo en ralenti e inercia. Trasmutar los contenidos y las expresiones más diversos hasta que pensamiento y lenguaje lleguen a la superlativa y exacta compenetración del equilibrio. Tal es la revolución exterior formal de Joyce. De ahí el carácter de intraducibles que acompaña a sus obras. Joyce utilizó todos los recursos del idioma y del dialecto, pues necesitaba, en realidad, y se sentía con fuerzas para ello, ocupar el ámbito de la literatura de su época, superar los estilos, las preceptivas y las retóricas; la quieta y vieja maquinaria gramatical, que no se acoplaba a las nuevas técnicas de la expresión. Joyce prestó a la palabra escrita: un magnetismo, una penetración y una cadencia de que antes carecía. En la parte interna, la revolución estética de Joyce ha consistido, en una negación de los fines racio-



nales: por eso su actitud ante el mundo es nihilista. La asechancia y la función del mito están en la raíz misma de la humanidad. El instinto nos vence y lo único que podemos hacer con la inteligencia, es desmontar el complicado y abstruso mecanismo del alma. Entregarnos al análisis ya sin ninguna seguridad —sin esperanza— cogidos en el vaivén del cosmos, confundidos en un polvo hecho de los átomos de la ansiedad. Como se ve, Joyce, se ubicó en el nihilismo: la extrema y desesperada ideología de la angustia.

Probemos por el lado de la música: la mas embriagadora y penetrante de las artes.

Bethoveen, que es el genio. Bethoveen: salvaje, desmeleñado, feo como un gnomo, penetra en la gran selva sagrada; derriba en el silencio trémulo a los totems y viola los tabús. Y como un león, a golpes de garra, se adueña de la vasta espesura sonora. Con todo lo que encuentra en ella, empieza a reconstruir, a revivir la polifonía del universo. Posee todos los elementos, todos los matices: desde el trueno que desciende en la tempestad, que echa abajo las altas araucarias, hasta el murmullo tenue, casi imperceptible de la brisa en la yerba. Celoso el demonio de esta audacia todopoderosa, le persigue, se apodera de él, le tumba de espaldas sobre las frescas y recientes melodías; le golpea en la cabeza hasta que, oh inaudito desquite!, le deja sordo, intentando privarle de su fuerza. En el arrebatado de la ansiedad, Bethoveen se revuelve iracundo contra el destino, como una fiera herida, extiende su garra, hasta tocar las cuerdas íntimas del sentimiento creador. En medio de la carcajada diabólica que le sacude el ancho pecho de cíclope, lanza el rugido, la blasfemia: su reto al destino.

Sordo y solitario, sin prosternarse ni en la fiebre de la vigilia, se yergue como un Dios. Y en el gran órgano de la angustia, desgrana los acordes de su mensaje incomparable, el testimonio sublime de su espíritu puro, la prueba de la lucha, en la que él triunfó ampliamente sobre la tristeza, el miedo y la miseria, sobre el mezquino tránsito, y sobre todo lo que querría cerrarle a él —armonía inmortal— las compuertas de ceniza del tiempo.

La imagen que tengo este momento de Federico Chopin es una imagen taciturna. La definiría así: Chopin o el vencimiento, Chopin o la fatiga.

Es en la capilla del Monasterio de Walldemosa. En los muros semiderruidos golpea el agua con ritmo isócrono.

Afuera, la lluvia se encarniza con pretensiones de diluvio, y azota el ventanal con finos látigos húmedos.

El pulso de Federico Chopin, por instantes se desboca violento; y por instantes, casi no se percibe de tan débil. La fiebre pone su corazón al rojo blanco. Es entonces que Chopin, el tuberculoso, siente con distinta claridad su tragedia, que consiste, en no poder disponer de su fuerza, en no poder fomentarla, en no poder exaltarse, en no poder nadar desnudo, con los músculos tensos, en la corriente de la alegría que invita a todas horas. Sentirse débil ante la provocación del placer y el amor; sentirse tan poco robusto para resistir el peso del gozo. Refugiarse en la penumbra de la melancolía. Y tener conciencia de que, la sangre es un vino irremediablemente triste, a pesar de los galopes efímeros, que no hacen más que confirmar, la evidencia del cansancio.

Así se oye el golpetear de la gota de agua, con ritmo isócrono, y así se oye el pulso de la fiebre de Chopin en el Preludio en Re bemol, ese preludio nacido precisamente en la capilla de la Cartuja abandonada en medio de la lluvia.

En cambio la evocación de Ricardo Wagner, es tumultuosa y arrebatada, como un miting. No es sólo la música: es la poesía, el mito y la magia. No sólo es la melodía: es la compleja ósmosis en lo polifónico, del ruido, el murmullo y la onomatopeya. Todos los instrumentos, todos los recursos de la sinfonía y el drama. Ricardo Wagner, el magnetizador, pretende y lo consigue, el climax de la embriaguez sonora, la evasión sonambúlica hacia las zonas del sentimiento, la fuga literal de la realidad, la entrada en los bosques primitivos. Tal es el sentido estético del arte wagneriano. Por lo mismo, lo que se percibe en el fondo de esta música es una incitación a la libertad heroica, un estímulo del instinto y una provocación en el peligro. Ricardo Wagner es demoníaco, en cuanto es el más consciente y el más recio suscitador y conductor del mito. A tal punto se ha juzgado peligrosa la música de Wagner, que algunos antiwagnerianos la rechazan, la abominan, sindicándola de opiática y perturbadora de la razón.

Veamos ahora por el lado de la pintura.

El arte plástico, que tiene que habérsela directamente con la materia, es el arte que más se asemeja al génesis y revive el drama de la creación. Lo plástico, o sea la sensibilidad de la forma; lo pictórico, o sea el sentimiento de la luz y la percepción discernida del color y la sombra. Los pintores saben, que todo el maravilloso mundo que crean, con



su capacidad eidética, y con sus dones de plasmadores de la materia, no habría sido posible, sin el concurso de una larga experiencia visual; sin el impulso enérgico del subconsciente, que exige al temperamento del artista, sacar afuera del yo, expulsar de la matriz inagotable, esa sustancia viva, que es la síntesis de las representaciones y apercepciones del arte.

La tragedia del pintor comienza, desde el instante en que, sobrecogido de inquietud, tiene que responder, con el auxilio de sus manos galvanizadas de emoción, al requerimiento invencible y constante del subconsciente. Pero cuando el pintor es Miguel Angel, Rubens o Rembrandt, el subconsciente es el gran laberinto del horror y el crisol; es la fortaleza del enemigo, con el que el artista tiene que entablar la enconada lucha, el duelo. Hay que derrotar al Minotauro, valiéndose de sus propias armas, adelantándose a sus pérfidos ardidés, bloqueándole en el dintel de su propio dominio.

Ese es el drama oscuro de Miguel Angel, el titán; y así hay que comprender el prodigio de su obra. Parece increíble que el esfuerzo de un solo hombre haya dado cima a tan gigantesca empresa; haya pintado toda esa humanidad que se asoma a los frescos de "El Juicio Final". Pero es que en la obra de Bounorotti hace presencia la fuerza dionisiaca.

Y qué decir de los Aguafuertes de Goya? No son ellos la colección más hermosa y completa del sadismo? Y no es el sadismo, el rito puro y fundamental de las doctrinas pínicas del Marqués de Sade? Goya, pintor de las sutiles variaciones del horror, pudo empapar sus pinceles y estiletes en la mirada relampagueante del demonio.

El caso de Paul Gauguin, es quizá el más desconcertante, porque la zozobra de su destino de hombre, para sacar arriba su destino de artista: es visible, palpable, y para ella no se encuentra explicación satisfactoria. Cómo, el señor Gauguin, honorable banquero, buen burgués, que tiene trazada su vida, en la regla meticulosa del aprecio social, la prosperidad, el ascenso: ha podido de pronto quebrar —en trauma fulminante— la hermosa perspectiva del porvenir? Qué extraño designio obliga a este hombre pacífico, encarrilado y normal, a abandonarlo todo: familia, bienes, rentas, posesión, responsabilidad, deberes y derechos? Cómo se explica —porque es inexplicable en la lógica elemental del filisteo— esta transformación tan intempestiva, este cambio tan radical?

Gauguin actúa bajo el influjo incontrastable del demonio del arte. Su decisión abrupta la ha tomado, para vencer



a la angustia que cobra dimensión en su espíritu y lo empuja a lo desconocido. Gauguin tiene que ir —no puede evitarlo— hacia la embriaguez, hacia la emoción primitiva. El clima que le piden sus nervios es el clima virgen y pagano, el clima de la libertad irrestricta y el placer inocente. Paul Gauguin se embarca para las Islas del Pacífico. Y del contacto con ese mundo agreste y dulce, que su alma con tanta ansiedad reclamaba: nace su arte. Una pintura misteriosa de formas ingenuas y tiernas, de ritmos simples y colores ardorosos y lánguidos. Para calmar su sed de sensaciones, al apremio de su inquietud, pinta muchas telas. En ellas una luz fluída y caliginosa cae sobre el agua, resbala sobre las flores y las hojas vigilantes; al caer sobre la carne de las muchachas polinesias, vibra con una lenta sensualidad sagrada, que las sombras húmedas atenúan como palabras dichas a media voz.

Al fin, Gauguin se avecina para siempre en Tahití, y en esta Isla perfumada y ardiente, donde vienen a morir las resacas del Océano, leproso, abandonado, en completo divorcio con la civilización, este modelo de artista puro, se entrega a descansar en los brazos acogedores de la muerte.

La versatilidad de Picasso, seguramente el primer inventor del cubismo, es una demostración de angustia. No se detiene en ningún estilo y en ninguna escuela. Para él ninguna verdad estética es durable. Acampa en todas las verdades, se apropia de muchas concepciones, ensaya diversas técnicas; y siempre en todo, manifiesta su formidable talento. Picasso ha comprendido que su arte no es sino una persecución de la entelequia a través de conceptos y modos. El sospecha que en cada ismo, en cada tendencia se aloja una parcela más o menos durable de verdad. Pero las épocas cambian y se suceden. Y lo mismo acontece con las edades del espíritu del hombre. Se justifica pues, su nomadismo estético.

Picasso en la pintura, como Stravinsky en la música: son la expresión justa y valiosa de la inestabilidad del arte contemporáneo, sacudido fuertemente por las contradicciones imperialistas y la tragedia en curso de la guerra.

Quizá la más impresionante y patética demostración de dinamismo creador, movido por la angustia, consigna la historia de la pintura moderna, en el modelo de Vicente Van Gogh. Cuando el demonio sube el termómetro hasta el último grado de las calorías, en el manicomio de Arlés, Vicente Van Gogh en una como prisa agoniosa pinta, sin darse reposo, una deslumbrante sucesión de telas. La espantosa vehemencia del enemigo, trezado a la garganta, no le da

respiro, no le permite una pausa de descanso. Y qué es lo que pinta Van Gogh? El pinta la luz extrareal, la luz luminosa de la lucidez, ese relámpago sostenido, brillante y cegador con que se alumbra el pensamiento oscuro de la esquisofrenia. Pinta con los colores inundados de furioso magnetismo y descargas de angustia. Surgen formas veloces, sorprendidas en pleno remolino del vértigo.

Es en el arte de Vicente Van Gogh, donde se patentiza, el aletazo eléctrico y deslumbrador del Príncipe de las Tinieblas.



Quiero recordaros, que en este viaje vertical hacia las profundidades de la angustia, he tenido siempre a mi vera, la sombra de Federico Nietzsche, su presencia estimulante y protectora. Preciso era buscar un guía seguro, una custodia firme. Creo que con la ayuda, el auxilio del pensamiento dionisiaco de Nietzsche: "el espíritu más profundo, fuerte y clarividente de este siglo", en el decir de Zweig; talvez, he logrado una pequeña parte de mi intento. Si no lo he logrado, vosotros sabreis disculparme: mi intención ha sido entusiasta.

También quiero deciros, que en estas Variaciones, he repetido, en distintos tonos, como un leit-motiv, la hermosa leyenda mitológica de Prometeo. Creo que, difícilmente, podría encontrarse una síntesis más elocuente, un resumen más cierto, un símbolo más completo y unánime de la angustia.

Prometeo encadenado a la roca del Cáucaso, roído las entrañas por el buitres, por haber robado —orgullo y rebelión— el fuego divino que alumbra en las Auroras y calienta la Vida.

He aquí la estampa definitiva de la angustia del hombre. Y he aquí, explicado —en una sóla imagen— el destino del espíritu creador.

Y ahora, debo terminar, no sin antes invitaros a decir conmigo, un responso por el descanso de Stefan Zweig, gran espíritu de la angustia.

En la gravedad de la hora del mundo, Stefan Zweig, el Incorruptible, uno de los pocos valores indudables del espíritu contemporáneo y del espíritu eterno de la cultura: se ha tumbado frente a la inmortalidad, en voluntad heroica, en tranquilo ademán de rebeldía y en definitiva protesta de la inteligencia.

Decisión terrible ésta, de tener que afirmar el destino imperecedero del arte, la verdad y el amor, mediante una supre-



ma negación en la muerte. Morir para que vivan los altos ideales, porque sólo muriendo físicamente, borrado el fragor de la lucha cotidiana, la miseria, la tristeza, la cólera y el pánico, que precipitan en la sangre; queda el brillo impecable, la luz que no se extingue, la ruta que han de seguir los corazones rectos; pues sus rastros están hechos de pura sustancia humana: de sinceridad y lealtad, de profunda simpatía, de sacrificios y esperanzas.

Antes de que hagan presencia destructora y tomen cabida, el rencor o la amargura, este espíritu griego, este fino artífice del Verbo, que poseyó los secretos de la sabiduría e hizo de su vida un asombroso cultivo de belleza y amor; nunca estaba dispuesto a permitir que se malogre su estilo, que se mutile o deforme esa obra de arte que fué, ante todo, su existencia; que se empañe, se enturbie o se trice su diáfana presencia entre los hombres; que su mensaje sea escuchado en integridad de fuerza: por eso, a la hora madura del tránsito, como quien apaga el fanal en la tiniebla, que ya empieza a vencerlo todo, Stefan Zweig se acuesta sobre la hermosa lógica del sueño, en acopio de embriaguez y en embriaguez de libertad.

Este dionisiaco que atravesó con las felices alas de Icaro, los laberintos del infierno, este genio del fuego que ha podido alumbrar los limbos del alma, que se creían inescrutables; este ansioso, que se desorbitó buscando el infinito en el misterio de la creación: con la serena y elegante compostura de Sócrates —su viejo antepasado— ha bebido el trago mortal: símbolo eterno de la protesta de la inteligencia.

Hay que cantar en su nombre, no el responso de la paz sino el responso de la lucha. Hay que vengar su exilio de este mundo, en el diablo perverso que ha ensangrentado la época, con la esclavitud, el crimen, la guerra, la infamia y la muerte. Hay que soplar —tenemos que hacerlo sin desmayos— el ozono purificador en el aire corrompido, en el huracán negro desatado que apaga las estrellas, salpica lodo y enfría las hogueras de la historia.

Hay que luchar por su nombre. Porque era generoso de bellos dones, como un Orfeo, al que al fin hubieron de destrozar las fieras, por destruir la magia del canto. Porque era un oráculo de las dudas humanas y un ancho camino de verdad, siempre invitando a la aventura del conocimiento. Porque era alto, esbelto, vertical, libre y grande. Porque era profesor del ímpetu. Porque tenía una excepcional pasión de humanidad, y nunca se cansó de explotar los abismos



del alma y los precipicios que hay que salvar entre los hombres. Porque tenía un maravilloso y elevado instrumento de expresión. Porque era delicado y fuerte a la vez, como el agua y el sonido. Porque tenía su voz —su bella voz inolvidable— los acentos trágicos y las sugerencias del misterio.

Luchemos duro por él y por nosotros y por el destino de la cultura del porvenir. Rompamos el silencio opresor de las gargantas: ese silencio espeso que levanta entre los corazones la muralla del pánico. Que nuestro grito encendido y unánime se propague como un incendio en la tiniebla e inaugure la fe: una nueva aurora de la inteligencia, un alba de libertad y dignidad, una fe que devuelva el futuro a la maltratada especie humana.

Quito, Noviembre de 1942.

I G N A C I O   L A S S O

# LA NATURALEZA POLITICA DEL HOMBRE Y SUS FORMAS DE ORGANIZACION

## I

Hablar de la naturaleza política del hombre es ciertamente un asunto de suyo difícil e intrincado, interesando de un modo fundamental a la Ciencia Política, por cuanto ella estudia, metódica, ordenada y serenamente, la esencia misma de la actividad humana en relación específica con el Estado. Esto no obstante, la naturaleza política del ser humano se ha constituido también en objeto de otras disciplinas científicas, tales como la filosofía, la psicología, la sociología, la ética, la historia, etc., en vista de que sus diferentes manifestaciones espirituales se orientan y se relacionan con los particulares motivos de estudio e investigación de dichas disciplinas.

Al través de estas y otras disciplinas científicas es posible contemplar los modos de ser político del hombre y su respectiva conducta, procediendo de un modo interpretativo y llegando a generalizaciones que delimiten la personalidad difusa y como sumergida del individuo en el seno denso y complejo de la vida política. El interés de semejantes disciplinas radica en rastrear, por decirlo así, las hondas significaciones que determinan y rigen el pensamiento político o el vivir político del hombre, vinculado a una institución o a una simple agrupación que tienda, eso sí, a preocuparse de los asuntos concernientes al Estado, sea en su aspecto parcial o total.

Desde luego, las presentes consideraciones, por lo someras e incidentales, no pretenden penetrar en los campos de

las diversas disciplinas enunciadas, sino tan sólo tocar ligeramente sus umbrales en vista de que el actual propósito de estudio no intenta ir más allá.

En tal virtud, podemos iniciar estas reflexiones manifestando, por modo general, que la naturaleza política del hombre, desde los primeros momentos en que comenzó su estructuración social y luego continuó en su ritmo de evolución, merced a la concurrencia de causas y factores diversos (materiales y espirituales), no ha sido considerada de una manera fundamental y sistemática sino ya desde la época en que la cultura griega llega a un alto grado de desarrollo y en que, como consecuencia de lo mismo, los asuntos y problemas relacionados con la **ciudad** o **polis** cobran una importancia creciente y demandan a la vez una atención teórica esmerada, seria y constante.

La filosofía griega, luego de haberse orientado hacia el campo humano, ya que anteriormente se hallaba orientada hacia la Naturaleza, toma como uno de sus problemas de honda y perseverante meditación a la "actividad política", derivada de la actividad social inherente a las íntimas relaciones del hombre con la ciudad, que entonces se denominaba "Ciudad-Estado".

Los sofistas, en primer lugar, encaran este asunto, si no directamente, por lo menos de un modo indirecto, valiéndose de otras actividades y disciplinas, tales como la retórica y la ética, a fin de proceder de un modo persuasivo hablando y discutiendo con énfasis y rotundidad sobre las cuestiones estatales y procurando lograr la mayor eficacia posible sobre los oyentes, que en su generalidad eran discípulos suyos. Son precisamente los sofistas quienes entablan conversaciones diarias y grandes disputas sobre la **política práctica**, así como sobre la **técnica** que se debe emplear en las actividades políticas, a fin de que las personas interesadas en los menesteres políticos marchen con paso firme, hagan carrera política y lleguen a situaciones de triunfo, de espectación y de dominio decisivo en el extenso y escabroso terreno de los "negocios públicos".

En tales circunstancias, los sofistas no enfocan su pensamiento en el aspecto teórico de la política. Su especulación no se dirige a los principios o a las ideas que pueden informar y orientar el vivir político. Pues para ellos no asoma todavía el perfil de importancia científica en la política, es decir, no aparece todavía la política como un cuadro o un mundo de ideas sistematizadas ni de un dominio de concep-



tos propios y claros conducentes a la formación de una verdadera disciplina metodizada y sistemática. No obstante, los sofistas, a fuer de teorizadores, habían pensado incidentalmente, a propósito de consideraciones éticas, en que el hombre se asocia **no por instinto sino por razón**. La razón busca las ventajas de la asociación humana y entonces el hombre se asocia o agremia. Para ellos la convivencia social es el resultado de un "convenio tácito", como en lo moderno propugnan y sostienen Hobbes y Rousseau, convenio que se funda en la consideración de las utilidades que proporciona o puede proporcionar la mentada asociación. El cuerpo político o estatal, en sentir de los sofistas, pues, constituye una entidad de carácter utilitario y coherente con la estimación reflexiva de lo social por parte de la inteligencia humana. Los sofistas se adelantaron entonces al ginebrino Rousseau en manifestar que el "contrato" es la base jurídica de la sociedad y del Estado.

Posteriormente aparece Sócrates, el fundador de la **razón** propiamente dicha, y mediante este poderoso y eficaz instrumento mental, se preocupa, entre otras cosas, de meditar sobre la política. Para este filósofo, que inaugura el modo de conocer razonado de la subjetividad humana, la política tiene una importancia grande y, por lo mismo, considera como que su **esencia** estriba en la **misma esencia moral**.

El punto de vista especial desde el cual Sócrates desarrolla todo su pensamiento filosófico radica en la moral. Por eso es que dice que "el bien es la esencia de la ética, que a la vez es la concreción de la virtud". Y prosigue diciendo el gran maestro que "si la ética es algo que se refiere fundamentalmente al hombre, éste, mediante su razón, está obligado a saber lo que es el bien y a distinguirlo del mal. La razón es la que le pone en condiciones de discriminar lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo verdadero de lo falso, lo bello de lo feo, etc. Y la razón, por tanto, conduce al hombre al desenvolvimiento de su conducta exterior y en relación con el Estado siempre en el sentido del bien. De ahí que si su conducta en relación con el Estado se denomina "política", esta política no tiene que ser otra cosa que "moral", tanto más cuanto que el Estado constituye el supremo bien, y el hombre tiene que identificarse necesariamente con ese bien consagrándose y sirviendo lealmente al Estado". . . De ahí que se ha entendido que el ciudadano griego sentía en el fondo de su ser y de su alma la idea del Estado como cosa propia y que

llenaba su existencia. El sentido del civismo era algo que se trasmutaba visiblemente en un jirón de su vida.

Esta manera de meditar socrática sobre la política conduce a pensar en los primeros momentos de aparición de tal política como una disciplina, y disciplina filosófica de influjo trascendente que luego servirá de base y guía a la elaboración de la verdadera ciencia política con Platón y con Aristóteles.

En efecto, Platón, el máximo y leal discípulo de Sócrates, piensa al igual que éste en que la esencia de la política estriba justamente en la ética. Pero Platón la idealiza de un modo superlativo y la transforma en un asunto pertinente a la pura "teoría". Lo que quiere decir que eleva a la política al rango metafísico y trata de extraer la función política o la "politicidad" inherente al ser humano de su más alta esencia metafísica en tanto que espíritu. Según la concepción platoniana, el hombre debe tender siempre al bien, ya que su espíritu participa del "espíritu universal y objetivo" cuya esencia consiste en el **bien**. Y la mejor manera de realizar el bien estriba en formar parte del Estado, si se considera que éste no es sino el "hombre amplificado". Así el Estado significa la más amplia concreción de los más altos atributos humanos, predominando entre ellos la "justicia". Para Platón, por tanto, el Estado debe encarnar la justicia y constituir un reino ideal en el que los hombres puedan vivir en disfrute permanente y sin contradicciones de los beneficios de la paz, de la armonía y del progreso. En un Estado de esta naturaleza los hombres no deben necesitar de leyes o normas jurídicas positivas que regulen sus actos. La vida en común —pues Platón profesaba ideas comunistas— se desenvolvería de una manera armónica, orgánica y natural, a condición de que cada cual hiciese y ejecutase lo que por naturaleza debiera hacer: así, el filósofo debiera ser gobernante, el hombre fuerte debiera ser guerrero, y el artesano debiera trabajar para el sustento de los demás.

De otro lado, en opinión de Platón, y en consonancia con su unitaria teoría de las ideas, la "justicia" (*dikaiosyne*) es una expresión de la "belleza" (*kalistes*), así como es una expresión del "bien" (*ágatos*). Indudablemente, Platón anhela que su Estado —el Estado ideal— realice una armonía superior a la de la Naturaleza, asociando los valores del bien, de la justicia y de la belleza. Pero esa armonía no podrá tener lugar sino merced a la consideración fundamental de la transparencia ética que debe haber en las actividades humanas. De



ahí que el pensamiento político platoniano descansa íntegramente sobre una base moral.

La filosofía política de este formidable filósofo, a más de ser ética es metafísica por cuanto arranca de un mundo ideal y trascendente las virtudes que deben llenar la vida moral del individuo y del Estado. Esta forma de intuir las cosas se traduce, pues, en la llamada "utopía estatal".

Corresponde decididamente a Aristóteles la preocupación seria y profunda acerca de la naturaleza política del hombre. Hemos visto que Sócrates y Platón no hacen sino bosquejar idealmente la trayectoria de la actividad política reduciendo la política a mera ética, aunque considerada desde un punto de vista **eidético** o **esencialista**. En cambio, Aristóteles parte desde el primer momento de una consideración **empírica** o **realista** de las cosas y de las actividades humanas; de ahí que la política, en su sentir, no es una parte de aquella, siendo la política la "actividad humana por excelencia". Como consecuencia de esta sobreestimación, la Ciencia Política es para este pensador "la ciencia maestra o la reina de todas las ciencias, y el Estado es la suprema organización social.

Partiendo del principio en virtud del cual "el hombre es un ser naturalmente sociable" (**zoon politikon**), Aristóteles orienta su indagación filosófica en el sentido de trazar los lineamientos fundamentales de la estructura que determina la comunidad política, dentro de la cual dicho hombre encuentra la posibilidad de desenvolver todas sus actividades, de poner de manifiesto sus tendencias esenciales, de realizar sus aspiraciones, de cristalizar sus anhelos y de perseguir fines e intereses que tiendan a la mayor expresión de su alma y a una mejor explicitación de su vida, con su desarrollo y perfeccionamiento consiguientes en el seno mismo de la polis. Y tal desarrollo vitalcultural tiene que ser más amplio y más vigoroso en razón de que el Estado constituye el mejor medio de cultivo y de desenvolvimiento de la naturaleza humana. Por eso es que el filósofo de Estagira acentúa la importancia fundamental de la asociación política al decir que "el Estado es la relación suprema, es el total cumplimiento del objeto que la naturaleza persigue en las relaciones precedentes (familias, aldeas, ciudades). Porque él, es decir, el Estado se basta plenamente a sí mismo (autarquía), mientras que las otras piden otra relación más amplia que las sostenga y proteja. Por consiguiente, el Estado constituye el último fin de la naturaleza, y el hombre es un ser hecho para



el Estado (*zoon politikon*)."

El concepto de "hombre naturalmente político" supone, pues, una determinación de éste hacia la agremiación social y su interés por la polis, que naturalmente engloba el interés por los problemas, idearios, doctrinas, situaciones, instituciones, etc., que en el seno de ella surgen diariamente, toman cuerpo y preponderancia, requiriendo tratamientos adecuados y eficientes para llegar a soluciones previstas y convenientes en diversos sentidos y modos. De ahí que el mismo Aristóteles manifiesta que esto de la asociación innata en el hombre obedece a una ley natural, que emerge espontáneamente del fondo mismo de la Naturaleza, y no se da por coerción o convención artificial.

## II

Tan naturalmente sociable asoma el hombre en la vida que, ateniéndonos a lo que nos dice la historia, por una parte, y a lo que nos muestra la realidad actual, por otra, no ha sido ni es posible concebirlo sino colocado y como incrustado esencial y definitivamente en un medio social, del cual difícilmente, por no decir imposible, puede salir o deshacerse de su condición de agremiado, a menos que, como la misma opinión aristotélica manifiesta, "el hombre permanezca por razón de organización y no por azar en un estado salvaje, o sea un degradado o un ser superior a la especie humana, es decir, sea una bestia o un dios". En semejantes condiciones, se comprende que la constitución espiritual humana es esencialmente política. Esto quiere decir que de un modo lógico la condición "sine qua non" del hombre estriba precisamente en su sentido de sociabilidad. Lo cual supone necesariamente su preocupación por las actividades políticas y por las formas de gobierno, a la vez que por las medidas de administración que debe adoptar a fin de que las funciones estatales sean oportuna y eficientemente realizadas, así se trate de sistemas políticos autocráticos, aristocráticos o democráticos.

Si, pues, el hombre es el *zoon politikon* por esencia y excelencia, su conducta deriva siempre, dentro de cauces psíquicos y sociológicos, hacia su propia organización en cuerpo estatal o político propiamente dicho. De manera que su vida se orienta hacia actividades que presuponen una estructuración de índole grupal determinada. En esta forma piensa y confía en que sus tendencias y finalidades tienen la posibi-

lidad de desenvolverse de un modo conveniente, actuando dentro de un plano de seguridad y de estímulos creadores, a la vez que cobrando el rango que su impulso espiritual les sugiera y su **determinación ética** les fundamente y les configure, en atención a que la base de eticidad constituye la autodeterminación humana como tal, y su impulso hacia su perfeccionamiento como **ser social** recibe de la misma fuente ética. A esta posibilidad, nítidamente humana, se agrega aquella otra que se traduce en el **derecho**, propendiendo en todo instante a la regulación armónica y equilibrada de los intereses humanos en el seno de la convivencia social, ya que el derecho como tal asume la propiedad específica de asegurar y condicionar de un modo coherente y determinado la conducta social del hombre. Sin derecho, como quiera que sea el Estado, la conducta humana exterior no puede desenvolverse de un modo conveniente ni puede responder a los anhelos fundamentales del hombre, incorporado a la cultura y guiado por la propia luz de su espíritu, bien sea que se entienda un régimen político gobernado por un solo hombre, bien sea por varios o por muchos, y aun cuando en la base de la organización estatal se halle un criterio de potencialidad física.

La situación política natural del hombre adquiere mayor relieve y claridad cuando se comprende que desde su nacimiento hasta su muerte se halla ubicado en las redes del Estado, como que éste constituye la adecuada organización dentro de la cual tiene que vivir y desarrollarse en conformidad con las sugerencias, instrucciones y exigencias tanto reales como ideales de dicha organización política. Es por eso que el ilustre profesor y publicista inglés Harold J. Laski manifiesta que "el hombre mientras vive no puede salir de ningún modo del ambiente estatal que le rodea". Y corroborando este aserto, Follet dice que "el Estado le sale al encuentro al hombre por todas partes aun desde antes de nacer, durante su vida y luego después de morir"; y aquello es así porque el Estado, como institución que preexiste al individuo, le tiene trazados los caminos que debe seguir, formuladas las normas a las que debe sujetarse, previstas las dificultades que debe sortear, allanados los obstáculos que debe vencer, etc., así como, viceversa, el Estado presenta al hombre posibilidades y modos de dejarse orientar y modelar por éste, atendiendo al brote de sus ideales, al volumen justificado de sus exigencias, a la racionalidad de sus aspiraciones e intereses, de manera que el Estado puede proceder a



renovaciones parciales o totales de sí mismo y a reinterpretaciones de las ideas y doctrinas que lo fundamenten y lo impulsen por el accidentado camino de la vida.

Tiene para el presente caso alta importancia asimismo lo dicho por Hegel, reflejando, desde luego, el fundamental pensamiento aristotélico en el sentido de que "no está en el arbitrio del hombre separarse del Estado". Este concepto tiene su aplicación precisamente como una enérgica y persistente impugnación a los deseos, esfuerzos o anhelos de carácter anárquico que han tendido ocasionalmente o tienden a derrocar o deshacer la figura del Estado para que los hombres puedan volver otra vez a la primigenia libertad en **status naturalis**. Lo cierto es que el hombre no puede, por mucho que desee, franquear o romper el medio político en que se halla fatalmente encerrado.

Es así como el hombre ha cruzado las edades y ha colocado sus plantas en distintos lugares del planeta, trazando, previendo, columbrando y generando cada vez nuevas situaciones y organizaciones sociales con nuevas formas de convivencia, en busca naturalmente de nuevos medios y eficientes recursos para satisfacer las múltiples necesidades que se presentan en la vida. Pues que, lleno de significación histórico-social, el ser humano ha forjado ideales de vida colectiva y ha estructurado diversas formas de convivencia real, con un sentido de mayor amplitud y profundidad en cada ocasión y con una intención de mejoramiento y de progreso crecientes, merced a las nuevas concepciones que ha tenido de la vida y del mundo. Y aun cuando en aquellas estructuraciones y forjamientos haya empleado inicialmente la "fuerza física" o "violencia", con o sin organización, al promover las contiendas de razas, los choques de clases, los encuentros de pueblos o los conflictos de intereses, la verdad es que el hombre intuitivamente en unos casos, y reflexivamente en otros, ha tendido a la configuración de su propia existencia social. Lo que quiere decir que ha propendido a la configuración de su **existencia política**, pasando necesariamente por situaciones **antepolíticas**. Todo esto ha significado y significa que el hombre anda siempre en pos de trazar y encontrar su propio **destino**.

La tendencia a la construcción de la existencia social ha hecho que el hombre siga un criterio de evolución, haciendo uso de sus **fuerzas genéticas**, a manera de cimiento y preparación para el consiguiente desarrollo de las energías políticas, que se hallan latentes siempre en su propio seno, y luego las engarce con las **fuerzas finalistas o teleológicas** para llegar a los ob-

jetivos deseados y a las metas previstas, tanto más cuanto que, como muy bien observa el distinguido sociólogo norteamericano Ward, "el hombre tiene tendencias de mejoramiento y superación". Así es como, pasando por diferentes etapas, la existencia humana ha llegado, desde hace muchísimo tiempo, a la más alta y complicada situación de convivencia social que en lo moderno significa el Estado. Y tras de situaciones políticas incipientes, tales como la gens, el clan, la fratria, la tribu, etc., el hombre ha arribado victoriosamente, si cabe la expresión, a la situación política denominada Estado, en donde, como afirma Aristóteles, "el ser humano ha encontrado o ha podido encontrar su medio adecuado de vida para el desarrollo total de sus aspiraciones y para la consecución de sus fines e intereses íntegramente."

En las etapas anteriores de convivencia social el hombre no puede desenvolver toda su múltiple personalidad ni puede, por consiguiente, satisfacer todo el cúmulo de sus necesidades, así sean esenciales como accidentales. Ha sido preciso, indudablemente, avanzar a la **situación estatal** (Staat-zustände) para que la vida humana tome cauces de expansión y se oriente en relación con sus impulsos espirituales y los objetivos que se delinear y concretan en su derredor, tanto inmediato como mediato. Y al referirse el hombre, en último término, a su propia situación en el Estado, considera como que éste representa, en lo moderno particularmente, la mejor forma de dirección, integración y condensación de las fuerzas sociales en constante evolución y cambio. Se halla, pues, el hombre, con referencia a su vida estatal, en una estrecha vinculación entre la **subjetividad de su existencia** y la **objetividad de la existencia colectiva** en un sentido orgánico y coherente y con aptitud para irse renovando constantemente. El Estado representa entonces la correlación unitaria y específica entre el **espíritu y la cultura**.

El Estado constituye, en última instancia, la integración y la coordinación más valiosa y más potente de las energías sociales que hasta ahora se hayan dado en el curso evolutivo de las agrupaciones humanas, agrupaciones asistidas de una consciencia política cada vez más vigilante y más definida, encuadrándose unas veces en el criterio de la fuerza, con el triunfo de los más poderosos o valientes, y estableciendo, como piensa y dice Gumplowicz, "la soberanía del hombre sobre el hombre a título de vencedores en las luchas de unos grupos humanos con otros". Lo que significa una correlación de fuerzas o la organización de la **violencia**. Y en otras oca-



siones, la consciencia política evolutiva, atemperándose a los dictados del **derecho**, con fundamentación ética, se expresa en un régimen de equilibrio de fuerzas y condiciones de carácter gubernamental, así como en un sistema de "frenos y contrapesos" para hacer valadero y eficaz el criterio de autoridad en los diferentes sectores sociales que integran el **pueblo** mismo del Estado, entendido que esta distribución de poder o de autoridad implica lógicamente la existencia y la validez de lo que se ha convenido en llamar **libertad humana** y, por consiguiente, **libertad política**. De lo cual se ha derivado la necesaria consagración y garantía de los derechos individuales y fundamentales.

Ahora bien, los objetivos humanos, dentro de un campo de valoraciones espirituales, han sido siempre de diversa índole y condición configurando y limitando en todo caso los anhelos, las preocupaciones y las tendencias que surgen a raudales del espíritu humano en su propio funcionamiento. A este tenor, se dice que existen valores éticos, religiosos, estéticos, jurídicos, etc., que integran la trama estructural de la cultura; como también han surgido los valores económicos que bien pueden considerarse como el **subtractum** de las estructuras culturales, o simplemente como uno de tantos valores que concurren a la formación de tales estructuras. Además, han brotado los valores denominados **pragmáticos** cuya finalidad ha consistido y consiste en hacer de la idea o del pensamiento un instrumento preciso y correcto de la **utilidad**. Todas estas valoraciones en más o en menos han determinado formas especiales de vivir y de comprender las cosas, los hechos, las realidades y las instituciones que se dan y se condensan en el Estado.

### III

En relación con tales objetivos, los ideales humanos se han cristalizado históricamente en forma de asociación política y de configuración colectiva, de manera que pudiesen responder a las necesidades, a las exigencias, a las palpitaciones, a los intereses vitales, etc., que se presentan en variado dramatismo y en numerosas modalidades según el condicionamiento **esencial y perdurable** de la existencia humana en general o de acuerdo con el tejido **circunstancial, relativo y accidental** de la misma.

Del primer modo, la **realidad política** ha podido ser o sencillamente ha sido de carácter **esencialista**, comprendiendo, por tanto, el concepto filosófico que estriba en una "amplia generalidad de lo real". En esta virtud, la más amplia realidad, expresada en el Estado, como organismo político indiscutible, se ha dado de un **modo permanente**, a manera de cristalización de los anhelos definitivamente sociales y de las preocupaciones hondamente políticas, como que el Estado constituye en sí mismo un ser que disfruta de un sentido de **pervivencia**, no obstante las mudanzas que se operan en su aspecto exterior por razón del tiempo y de los estímulos ambientales y objetivos. Del segundo modo, que es lo **accidental**, la "realidad política" se ha ofrecido de un modo variable y relativo en su permanencia, comprendiendo, en este caso, la concepción filosófica relativista que se traduce en la "particularidad de lo real". Según este tenor, el Estado cambia como institución objetiva, adoptando diversos aspectos y variadas condiciones. Estados democráticos, autocráticos, patrimoniales, etc., han sido las fisonomías que ha adquirido el Estado en su propia metamorfosis.

Varios teorizadores de la institución estatal, como Platón y San Agustín, han estimado en el sentido de **esencialidad y pervivencia fundamental**, orientada, por lo demás, hacia el principio de **divinidad** o como una emanación de la **voluntad divina**. Para Platón, como hemos dicho anteriormente, el Estado se realiza o se diluye en la divinidad, practicando la operación de la **methexis** o **participación** de su **ser político** en el Ser Divino. Para San Agustín, en cambio, la divinidad se realiza o se condensa en el Estado. Fluye la esencia divina hacia el Estado, en el que se cristaliza en forma de **autoridad** o de **poder**. Empero, y según manifiesta el filósofo de la historia del derecho, Julio Federico Stahl, para San Agustín, "el Estado es una simple consecuencia del pecado". Lo cual quiere decir que el Estado, sin embargo de ser una creación divina, tiene una misión terrenal o humana propiamente dicha. El Estado sirve para la realización de los fines del hombre. En última consideración, el Estado constituye el revestimiento ordenado de la propia expansión vital humana. Si para el pensamiento platoniano, el Estado es una "amplia unidad política", y que como tal responde a la idea de "participación" en la **unidad objetiva e intemporal del Espíritu**; para San Agustín, el Estado es "una comunidad eclesiástico-civil atemperada al criterio de universalidad divina". Pero su finalidad esencial, después de todo, consiste en "formar al hombre de un



modo apropiado para servir a Dios". Y no puede ser de otra manera la concepción agustiniana del Estado ya que considera a la tierra como la antesala del cielo. En tal virtud, se produce una relación de **perennidad y de esencialidad** entre el espíritu humano que se explicita y toma entidad específica en el mismo Estado.

La doctrina teocrática del Estado, que ha tenido suma importancia en toda la Edad Media, se ha deslizado, sin embargo, por los paucos del renacentismo y luego de la modernidad. No obstante haberse construido las doctrinas políticas medievales sobre bases y sugerencias aristotélicas, la nota dominante ha consistido en aquella época en la formulación de inspiraciones teocráticas, tanto que Santo Tomás de Aquino, con su filosofía de la "esencia divina", ha llenado el extenso volumen de la vida eclesiástico-civil medieval, vida que, de otro lado, se ha caracterizado por el principio inconcuso del "universalismo". De ahí que el hombre de aquella época hubo de disfrutar de un sentido político identificado al sentido religioso y sometido totalmente a la autoridad eclesiástica. La comunidad política, con sus funciones y expresiones diversas, aparece, por ende, en estos tiempos como la cabal expresión del **sentimiento ascético-religioso**, que constituye una de las fases en la evolución del Estado. Por tanto, el Estado en toda esta época tiene un significado místico y es tratado como un verdadero **corpus mysticum**.

Luego se puede decir, siguiendo el criterio historicista de Roberto Mohl, que "a la contemplación cristiana del mundo, propia de la Edad Media, ha seguido en los tiempos modernos la formación de la inteligencia y de la moralidad de la clase media ilustrada en todos los pueblos europeos". De lo que se desprende que la doctrina teológica medieval del imperio universal cristiano, con sus dos jefes (Papa y Emperador) puestos por Dios en la tierra, ha venido a ser completamente sustituida por indagaciones racionalistas y críticas sobre las bases últimas del Estado y de su fin, sobre los fundamentos de los derechos de los gobernantes y de las obligaciones de los gobernados, sobre los atributos y propiedades de las formas de gobierno, etc.

Si es cierto que el Estado, con el andar del tiempo, cobra distintas fisonomías, no es menos cierto que en su parte esencial de organización política, se mantiene siempre inalterable porque se mantiene también inalterable el sentido político del hombre, llevando en sí también el sentido de validez universal y de permanencia. Es por eso que, sin embar-

go de adoptar diferentes modalidades en el ejercicio de su propia autoridad o gobierno, el Estado se presenta como tal en su ser esencial en la trayectoria de la Edad Moderna. Y por mucho que Hobbes, por ejemplo, hable del Estado en el sentido de ser considerado como una especie de LEVIATHAN, asumiendo todas las fuerzas posibles a fin de manejarlas a su entero arbitrio, y al par destacándose el criterio absolutista con la fijación de la soberanía plena en la persona del monarca, para propender a la ordenación social y al bienestar público sobre la base misma del pueblo, dicho Estado —aunque Estado de tipo totalitario, como se estila decir hoy en día—, se mantiene firme en su estructuración fundamental de carácter político, para hacer posible la seguridad de la existencia civilizada del hombre, tanto más cuanto que el hombre, fuera de los límites de la sociedad civil, es decir, en el mero estado de naturaleza (salvajismo), se presenta siempre como enemigo del hombre (*homo homini lupus*). Y aun cuando posteriormente Locke y otros autores entiendan que el Estado es la expresión moral del pueblo desde un punto de vista democrático, liberal y relativista, y sus funciones se orienten y se desenvuelvan en beneficio de los asociados, quienes, constituidos en cuerpo moral y político, poseen y mantienen la soberanía, sin pensar en enajenarla a favor del gobernante o soberano, así como sostiene la doctrina hobsiana, se presume que la significación esencial del Estado como organismo político se conserva incólume a lo largo del tiempo.

Y si con Montesquieu, primero, y con Rousseau, después, el Estado es la resultante de un "convenio tácito entre los hombres", así como han pensado también los sofistas y luego Hobbes, siempre late en su fondo el sentido de permanencia y de esencialidad como una manifestación de la existencia humana en sentido colectivo y orgánico. El concepto de "voluntad general" (*volonté générale*) inspira y modela la forma moderna de Estado, cuya autoridad se distribuye, como ha manifestado la doctrina montesquiana, en los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, para garantizar y hacer efectiva la libertad política y para tornar responsables las funciones públicas procedentes de la soberanía misma que emerge como cosa propia del pueblo y se concreta y actualiza en el Estado. Es decir, en el Estado de tipo constitucional con la existencia, funcionamiento y equilibrio de los tres poderes políticos, a la vez que con su principio correlativo de la garantía y expresión de los derechos individuales.



Más tarde Hegel, opinando que el Estado no es sino "la encarnación de la Idea o la expresión tangible del Espíritu Objetivo o Divino", cree que su duración, esencialmente considerada, debe ser **permanente** y debe tener a la vez un carácter de "validez universal", puesto que en su esfera de gran magnitud se hallan comprendidos sintéticamente y por vía dialéctica el individuo y la sociedad civil. En sentir de este filósofo, "el Estado representa la esencia y la totalidad del hombre, de manera que éste, para encontrarse a sí mismo o para realizarse en su propia esencia y hallar su propio destino, necesita formar parte integrante del Estado". Pero el Estado constituido en semejantes condiciones ejerce o es proclive a ejercer una **autoridad total y absoluta** sobre todos los asociados, quienes se colocan en la irreductible situación de **súbditos**. Su voluntad, que se personifica en el Soberano o Jefe del Estado, no tiene límites ni es susceptible de ser objetada por nadie ni por nada. Ninguna instancia es paritaria ni menos superior a su poder autoritario. Por tanto, aquí no cuenta para nada la voluntad del pueblo. La autoridad del Estado, en tales condiciones, se perfila en el dominio y el imperium absolutos que ejerce el gobernante. De ahí que, conforme a esta doctrina, en las monarquías absolutas y aún en las dictaduras totalitarias presentes, la expresión romana consistente en el **quod principi placuit legis habet vigorem** ("la voluntad del príncipe tiene fuerza de ley"), ha tenido y tiene su cabal y precisa aplicación.

De todas suertes y cualesquiera que fuesen las doctrinas inspiradoras de las organizaciones y formas políticas, tales como las **teocráticas**, con el **derecho divino de los reyes**, las **metafísicas**, con el **derecho absoluto de los gobernantes**, y las **democráticas**, con el **derecho soberano de los pueblos**, el Estado, en tanto que tal, asume y confronta una posición irreductible en el orden del tiempo como **entidad esencial** y como necesidad permanente de la forma, ordenación, encauzamiento y control de la vida humana, sin importarle mayormente el hecho de que los gobernantes respondan de sus actos y funciones ante cualquiera entidad, como sucedía, por ejemplo, con los reyes que respondían solamente ante Dios, y con los gobernantes democráticos que deben responder ante el Pueblo. En cambio, los gobernantes totalitarios actuales dicen no responder sino ante el **Destino**.

Como consecuencia múltiple de aquella **esencialidad**, lo circunstancial de la vida humana, de suyo variada, muchas veces inconexa y aun contradictoria, determina formas de

convivencia política y genera figuras de Estado que concuerden con su modo de ser político. Así es como en la historia han asomado el clan, la gens, la fratria, la tribu, por ejemplo, con sus incipientes modalidades políticas, si políticas cabe llamar a estas sucesivas organizaciones sociales, en donde la autoridad del jefe involucraba toda una suma de poderes, tanto en lo familiar como en lo religioso, en lo económico, en lo jurídico, etc. Posteriormente, y ya cuando la humanidad ha avanzado bastante en su desarrollo cultural, asoma la "polis" griega, en la que se observa que la organización política cobra contornos bastante claros y definidos, en vista, por una parte, del aporte histórico y de la experiencia política que va adquiriendo arraigo y amplitud, y por otra, en atención al aporte doctrinal suministrado por varios teorizadores de la época.

Luego nace la ciudad romana (*civitas*), que pronto se dilata para tomar el nombre de Estado Romano, con carácter y proyecciones imperialistas, siendo asimismo una modalidad especial en el modo esencial de ser del hombre político antiguo. En este tipo de Estado —*Status Romanus*— surge la idea del *imperium* que, con el transcurso del tiempo, tomará el nombre de *soberanía*. El *imperium* constituye entonces el instrumento adecuado para gobernar a una articulación de pueblos que constituyó la base estructural del Imperio Romano. El Senado y el Pueblo Romano (*Senatus Populusque Romanus*), que tienen en sus manos toda la autoridad, dan paso al Imperio y conceden una autoridad omnímoda al emperador, en vista de la necesidad de gobernar con criterio unipersonal y concentrado a un Estado tan vasto y tan complejo como fué el romano. A este respecto, dice Mommsen que el *quid divinum* constructor de ese pueblo requería esencialmente un gobierno centralizado y fuerte.

En el medievalismo, como hemos dicho más arriba ya, surge y se define el Estado-Iglesia. Este tipo de Estado irrumpe en el mundo medieval como una expresión genuina e inmediata de la voluntad divina, y la civilidad toda queda sumergida en el principio autoritativo de la Iglesia catolicista. Por consiguiente, el individuo no vive en esta temporada histórica sino para "el servicio a Dios"; de ahí que su ambiente no se condensa sino en torno a la idea mística, la misma que sugiere e impone normas de conducta en todo orden de actividades.



En el Estado medieval se nota, pues, la unión o la soldadura estrechísima que existe entre lo religioso y lo civil, a tal punto que la política se desarrolla en función de finalidades teocráticas incontrastables. Lo que determina como consecuencia lógica que la "fe católica" da lugar a los grandes y trascendentales hechos históricos como las guerras de religión, las cruzadas, etc. Luego viene el quebrantamiento del sistema estatal universalista prevalente en aquella época y brotan las múltiples fracciones político-territoriales que se condensan en el sistema **feudalista**, el mismo que implica una peculiar arquitectura social y una especial organización jurídica basada en el convenio o contrato voluntario entre gobernantes y súbditos. La modalidad contractualista llena la idea de juridicidad en las agrupaciones político-sociales de entonces. Posteriormente, y merced a grandes y porfiadas luchas entre los señores feudales, se deshace la organización política feudal y surgen, en los albores de la modernidad, las **nacionalidades** que sirven de base para la creación de los Estados modernos: Estado inglés, español, francés, etc.

Desde un punto de vista general, el Estado moderno —que es Estado nacional— se funda y adquiere contornos definidos al influjo de las luchas candentes y constantes entre el **papado y el imperio**. Y este hecho histórico determina la influencia del criterio religioso en la autoridad política. Es, por tanto, la inspiración divina, es decir, el "derecho divino" lo que actúa en la organización del poder político; de ahí que las monarquías se asientan plenamente sobre la base del absolutismo, el mismo que es una emanación divina. Consecuentemente con esta fundamentación, el Estado cobra caracteres de **poder** propiamente ya que su propia subsistencia y perfeccionamiento requieren de tal cosa. Se perfila entonces el tipo de Estado-Poder, con sus diferentes modalidades. El Estado-Poder monárquico, por ende, se considera como una institución de ordenación divina propiamente. El principio autoritario de la monarquía divina sirve, por lo demás, para congregar y unificar hasta donde es posible al elemento étnico, en sí variado y heterogéneo, para que llegue a constituir un verdadero pueblo o nación orgánicamente considerada.

Al Estado-Poder, con carácter divino, sucede el Estado-Poder, con carácter netamente humano y secularizado. Maquiavelo es el principal inspirador del Estado-Poder, con su doctrina consistente en el deslindamiento completo entre el criterio moral y el político, en vista de que la llamada "razón de Estado (**ragioni di Stato**)", o sea, la conveniencia del

mantenimiento del gobierno en un momento dado, supone necesariamente un apartamiento de todo escrúpulo moral y una subordinación completa a todo móvil o factor de "oportunidad" o de "conveniencia" en el régimen de Estado. Para la doctrina maquiavélica, lo prevalente y esencial en el régimen político es la concentración de la autoridad en el príncipe o gobernante. El Poder fuerte y concentrado o centralizado (totalitario se dice actualmente) era el tema fundamental de la política sugerida por el famoso escritor florentino.

El Estado-Poder secularizado se amplía y hunde sus raíces en la conciencia política moderna, determinando, de otro lado, la figura del Estado-Policía. Este tipo de Estado gradualmente va abriéndose campo en la historia y cobra a la vez una importancia preponderante porque sirve de guardián de los derechos del soberano en contra de posibles agresiones o alteraciones por parte del pueblo. La concepción policial del Estado significa, consiguientemente, la anulación de la personalidad de los súbditos, lo que quiere decir que, frente a la omnipotencia de aquél, el individuo no disfruta de ningún derecho, y sí solamente de obligaciones, comenzando por aquello de los impuestos, contribuciones, servicios personales, etc. En este régimen estatal la "felicidad del pueblo" está dada y normada por el simple "querer" del gobernante y no por lo que el pueblo necesite, anhele y pretenda. En tal virtud, el pueblo no puede hacer uso en ningún momento del *jus contradicendi* (derecho de contradicción) ni del *jus adquirendi* (derecho de adquisición). Con este régimen estatal el soberano hace sobrevaler siempre su voluntad frente a los derechos e intereses individuales.

En el Estado-Policía se advierte que su **legitimismo** procede aún de un ente trascendental y posteriormente de una consideración metafísica y racionalista, que eleva a dicho Estado al rango de una entidad sustantiva y suprema, distinta, por ende, de los individuos que la constituyen. Esta consideración se vincula fuerte y estrechamente con la concepción **individualista** de la vida humana que por entonces comienza a delinearse y desarrollarse. Esto obedece principalmente al brote del **jusnaturalismo** en aquella época. Esta doctrina proclamaba enfáticamente la importancia fundamental y decisiva del **individuo**, con sus consiguientes **derechos naturales**. Desde luego, este sistema jurídico-político tiene una fundamentación expresa en la filosofía racionalista que desde Descartes comenzó a extenderse en el campo de las ideas y de la cultura. Esto no obstante, el hombre no participa de los asun-



tos políticos ni llega a influir en las decisiones de la **voluntad política** en la forma en que logra hacerlo más tarde, pero siempre con un criterio de relatividad y mediatización.

Y si por el siglo XVIII las ideas de Rousseau sobre política gradualmente se expanden y penetran en la conciencia de los asociados, dichas ideas, que se refieren especialmente a la "voluntad general" y a la consiguiente capacidad de que el pueblo se gobierne por sí mismo, mediante el sistema "representativo", no desempeñan otro papel que de recursos preparatorios, pero eficaces, para una posterior y nueva concepción de la política. De manera que al llegar la Revolución francesa, por ejemplo, la ideología rusioniana había actuado y continuaba actuando como fermento en la sensibilidad social, a fin de proceder a una profunda transmutación de los valores, de los hechos, de las doctrinas, de las instituciones y de las autoridades políticas. El "legitimismo divino" era reemplazado, merced a Rousseau, con el "legitimismo popular". Esto quiere decir que el pueblo intervenía y se destacaba en el campo de la acción política en lugar del soberano, que anteriormente ejercía sus funciones de un modo totalitario y absolutista. Ciertamente que esta entrada del pueblo en el escenario de la vida política era más teórica que práctica por cuanto la actividad política se reducía exclusivamente a los círculos palaciegos, quedando, por consiguiente, las masas sociales al margen de lo que se iba elaborando como voluntad del Estado.

Luego, en el orden del tiempo se amplía y se fortifica el Estado-Nación, con una expresa manifestación de los diversos nacionalismos que se originan y se desenvuelven de un modo creciente y llegan a cobrar una expansión que tiende hacia la formación de los imperialismos. El Estado-Nación, nacido del seno mismo de las monarquías divinas y semidivinas, se bifurca en Estado-Gendarme y en Estado-Comunidad. Aquél significa la expresión única de la salvaguardia de sus propios intereses generales tanto en el interior como en el exterior, sin intervenir ni ponerse en relación con los intereses y necesidades de las masas sociales. De ahí que sus funciones se han reducido solamente a las de policía, de justicia, de guerra y de diplomacia. A este tipo de Estado se lo califica de "liberal" o "neutral", porque su principio político estriba en la estructuración política de las masas sociales. Esta estructuración toma el nombre de "democracia" gracias a la ingerencia que comienza a adquirir el pueblo en el gobierno de sí mismo. Desde entonces, como se sabe, comienza la era de las

democracias que está durando hasta ahora, pero que se halla en terrible lucha con los sistemas totalitarios de última hora.

En cambio, el Estado-Comunidad, que constituye otra modalidad política en lo moderno, surge cabalmente de las relaciones entre la entidad estatal propiamente dicha y las múltiples entidades sociales existentes en la organización social general. Sus funciones se amplifican y diversifican procurando abrazar las distintas zonas de actividades humanas, concordantes con las necesidades, intereses y aspiraciones procedentes de la convivencia social. El Estado-Comunidad, que también se llama Estado-Servicio, tiende hacia finalidades administrativas, con amplio radio de acción en las esferas sociales, luego de atender a los fundamentales servicios policiales, de defensa exterior del país y de la aplicación de la ley en los casos requeridos por los ciudadanos. Este tipo de Estado supone la desintegración paulatina de la estructura política liberal bajo la acción expansiva y continua de las democracias masivas.

Como quiera que la comunidad política se presente en orden a recoger al hombre de una manera integral y decidida, es lo cierto que éste, desde el punto de vista histórico y atendiendo a las fundamentales leyes sociológicas de la "adaptación" y del "mejoramiento", ha buscado incansablemente y de un modo más o menos consciente formas de convivencia social, cuya organización y marcha funcional se han basado en la fuerza y en el derecho o en la combinación de estos dos factores, y cuyo poder de mando o de dirección se ha concretado en la autoridad política, especificándose de una manera clara y terminante en el gobierno, ya que el gobierno constituye el elemento principal en toda organización política, a efecto de que su funcionamiento sea regular atendiendo al criterio de orden y de libertad.

#### IV

Por otra parte, las valoraciones éticas, que gradualmente han ido surgiendo en la evolución social y desarrollándose en la conciencia popular, ha ido poco a poco imponiendo la necesidad de organizar la comunidad política sobre una base sustancialmente jurídica, a tal punto y condición que sus actividades deban hallarse subordinadas a normas legales positivas, advirtiéndose que tales normas sirven para hacer posible una vida reglada y, por tanto, rodeada de garan-



tías permanentes, a diferencia de una **vida irregular y de violencia** que supone el imperio de la fuerza de un modo exclusivo con todas sus modalidades personalistas o de círculo, acomodándose únicamente a las "decisiones de la voluntad soberana unipersonal" y sin contar para nada en tales decisiones con la voluntad del pueblo. En el primer caso, se organiza el Estado de Derecho —o **Rechtstaat**, que dice la doctrina alemana—; y en el segundo caso, se establece el Estado de fuerza mediante la expresa organización de la violencia.

La preocupación e interés por las cuestiones estatales, con mera fisonomía ético-jurídica o con múltiples facetas sociales y económicas, implica en el hombre y supone en el grupo social un contenido netamente político, aun cuando muchas veces no quiera o no pueda expresar exteriormente, pero contenido que siempre ha pugnado por exteriorizarse y que en el devenir histórico ha cobrado cierta intensidad, preponderancia y validez, en atención naturalmente a la necesidad de actuar en la vida pública y en correspondencia con los ideales, las sugerencias, las motivaciones doctrinales que han surgido en las diversas etapas culturales y en concordancia con la razón existencial en el proceso histórico aludido.

Este contenido político humano va adquiriendo excepcional importancia en la hora contemporánea, de manera que puede comprenderse como algo que afecta al **espíritu del tiempo** y suscita conmociones y crisis en los pueblos. La agudización en la intensidad volicional de actuar en la vida pública, no solamente política, de los conglomerados sociales, de un modo amorfo o clasificado, sugiere en todo instante la posibilidad de producir crisis y transmutaciones en los valores políticos generales y tradicionales para luego colocar en su lugar, sobre los mismos escombros, los nuevos valores con finalidades económicas, sociales y jurídicas. El problema de la redistribución de la riqueza mundial es el elemento fundente de los nuevos valores políticos y sociales. El replanteamiento de la justicia distributiva constituye el contenido de las nuevas normas positivas, a las cuales la ordenación social de ahora y del futuro tiene que sujetarse necesariamente. A este tenor es que las doctrinas socialistas, en sus diversas formas y matices, vienen desde el siglo anterior, laborando intensa y tenazmente en el sentido de transformar el espíritu y la organización política del Estado, calificado de "burgués" o "capitalista". Estas tendencias, por supuesto, se hallan profunda y potentemente inspiradas, entre otras, en la doctrina

marxista, para la cual "el Estado no es sino un instrumento de opresión de una clase sobre otra, es decir, de la clase poseedora y privilegiada sobre la clase proletaria o desvalida".

Estas cosas y estos movimientos están trabajando constantemente en el sentido de causar un verdadero desarme en la tradicional organización de las fuerzas políticas en el mundo. El equilibrio político de tiempos anteriores ya no es posible mantenerlo ahora en atención a que las embestidas sociales y los impulsos de renovación existencial asedian diariamente. La democracia, justamente, cobrando extensión y fuerza en los regímenes constitucionales de Estado, mediante las detenciones alternadas del poder político por parte de los partidos políticos, se ha impuesto en algunas zonas de la humanidad. Pero el proceso sindicalista, con su especial condicionamiento jurídico y económico, es una de las fuerzas que han minado y siguen minando las bases mismas del Estado, transformando la unidad de éste en una pluralidad de fuerzas carentes de cohesión y de un criterio mantenedor de la unidad social. Las diversas instituciones sociales, con carácter de autonomía, también están propendiendo a la desintegración mayor o menor de la autoridad unitaria en el Estado, reduciendo sus soberanas atribuciones a simples actos de supervigilancia y de general garantía jurídica que rodea a dichas instituciones especializadas, únicamente a causa de hallarse de un modo forzoso en el seno del Estado. Todo lo cual implica una coexistencia de sistemas de autoridad soberana en el seno del Estado.

El mismo cariz de desarme del equilibrio político liberal, para proceder a un reajuste de las fuerzas políticas, con incitaciones sociales y económicas, en el seno del Estado, se observa también en el régimen instaurado con carácter totalitario. Pero en este caso el reajuste político, inspirado en doctrinas político-filosóficas peculiares, sigue una dirección contraria a la seguida por el exceso de democratismo. En el autocratismo el movimiento es de concentración de poder en sentido unipersonal, borrando totalmente los límites a la autoridad estatal, lo mismo que las garantías ciudadanas, indispensables para el desenvolvimiento de una existencia propia, libre y razonada de un modo autónomo y consciente. Este sistema significa la desracionalización de la democracia.

Ante tales circunstancias, que son fundamentalmente históricas y vitales, no le es posible al hombre de nuestros días desentenderse de asuntos y actividades de índole política. Sólo que en el campo democrático el hombre actúa como su-



jeto de la política, en tanto que en el autocrático, se limita a ser únicamente el medio o sirviente del Estado, que constituye el objeto propiamente dicho de la actividad política en general, siendo el sujeto o protagonista de la misma el gobernante o Jefe del Estado.

Considerando el asunto político en un plano democrático, se puede atender que al hombre actual no le es potestativo evadirse buenamente de la necesidad de rozarse con problemas de orden político y público en general, sino, al contrario, se halla, en cierto modo, obligado a terciar en asuntos y discusiones provenientes de actividades políticas y sociales una vez que su persona y su vida se encuentran íntimamente vinculadas a la esfera general de la vida colectiva y estatal. Si intentara desarraigarse de semejante situación, correría seguramente el peligro de mediatizar su conciencia política y de anular acaso su personalidad como ser sociable, amputando sus aspiraciones e ideales en su calidad de hombre civilizado. Su voluntad para ponerse al margen de las actividades políticas no es suficiente porque, aun cuando quiera hacerlo, se siente preso dentro de un ambiente que por todas partes rezuma esencia política y se torna además densa y pesada la atmósfera integrada por grupos sociales con finalidad pública en mayor o menor escala.

A este respecto vale la pena recordar que en la época griega, especialmente en los períodos de extensión y agudización democráticas, a los indiferentes en materia política se les tildaba de "idiotai", que quiere decir "privados" o sencillamente "apolíticos", obligándolos a convertirse en "politikoi", es decir, en individuos incorporados a movimientos y finalidades públicas, a objeto de que presten su concurso de inteligencia, sabiduría y experiencia para plantear y resolver los problemas de la "polis", como también para que aporten su valor y sus energías en la difícil y constante empresa de empujar el pesado y remolón carro del Estado. El siglo de Pericles se ha caracterizado precisamente por el estilo democrático de la política, tanto en su aspecto republicano como en el imperial. Y allí fué cuando el ciudadano griego, ateniense o no, llegó a tener considerable participación en los negocios y funciones de la Ciudad. El criterio de alterabilidad en el ejercicio de las funciones y magistraturas públicas determinó la creación de una ciudadanía preocupada conscientemente de la dirección y propulsamiento de los altos intereses sociales y del amplio brote de un espíritu cívico

concorde con las necesidades reales de la época y con los ideales que se condensaban en el horizonte de la historia griega.

En los momentos actuales, se puede hablar en el sentido de que el ambiente político presente del mundo ofrece presión y estímulos constantes, con una rica gama de matices, orientaciones y direcciones, que hace poco menos que imposible que el hombre pueda romper dicho ambiente. No en vano ha dicho un célebre escritor que "hoy en día si el hombre no piensa espontáneamente en la política, en cambio, la política sí está pensando en él y procurando atraerlo por todos los medios posibles".

Ateniéndonos a este hecho de incontestable evidencia, quizá podamos pensar en que posteriormente será muy difícil encontrar en el mundo civilizado hombres indiferentes a la política y que se conformen con el cognomento de "apolíticos" o meramente "privados". Tal es el ambiente de politicidad que gradualmente va prevaleciendo en la vida humana.

Por lo demás, y dentro de un régimen democrático, el hombre contemporáneo civilizado ya siente en cierto modo la necesidad de ser miembro de una agrupación o partido político determinado, según sean sus tendencias y doctrinarios políticos. Tal vez en lo futuro aquella necesidad de ingresar a un partido político cualquiera se convertirá en una obligación de carácter ético, a medida que la cultura y los estímulos del ambiente político sean más numerosos y más definidos. Posiblemente habrá que esperar mucho tiempo todavía para que el ingreso a un partido político tenga un carácter de obligatoriedad pública y jurídica incontestables.

La creciente expansión social, con su ascenso paulatino a las primeras filas de la vida pública mediante una mayor cultura y el agujoneamiento constante de superación, significa el ingreso amplio y sin recelos en el campo de la política. Por otra parte, el florecimiento expansivo y el predominio de la ciudad sobre el campo, considerados de un modo general, constituyen los factores de mayor eficacia en la evolución política con un contenido de masas sociales y una expresión ineludible de reformas e innovaciones en lo económico y en lo jurídico. El movimiento democrático del siglo anterior, que se ha condensado especialmente en torno a la *idea liberal* y luego en derredor de otros idearios políticos, comenzó a dilatarse a causa del formidable desarrollo cien-



tífico y técnico, con modalidades realistas y concepciones positivas, determinando lógicamente una visión política lo más extensa posible en la existencia humana.

A todo esto se añade el factor económico que, como resultado directo de la gigantesca y estupenda tecnificación industrial y fabril, desde hace algún tiempo viene cobrando un desarrollo formidable y a la vez desequilibrador de la natural y apacible vida humana, la misma que en tiempos idos se hallaba regida en su mayor parte por un criterio de economía agrícola o rural simplemente. Pues este factor económico se ha infiltrado y sigue infiltrándose de un modo ininterrumpido en el terreno político y ejerce, por ello mismo, un verdadero predominio en sus funciones, de manera que lo político se halla convertido en un instrumento manejable a voluntad de aquel, instrumento tanto más necesario cuanto que con él es posible llevar a cabo siempre sus resonantes triunfos en el mundo y sus éxitos trascendentales en la historia contemporánea.

No de otro modo se puede comprender, por ejemplo, que el moderno **capitalismo**, habiendo surgido gradualmente por virtud del industrialismo y del comercio en grande escala, ejercite su poder y su influencia en el campo político y disponga de los destinos del Estado en la forma y condiciones que más estime convenientes a sus intereses, obligando a las masas sociales a subordinarse a la voluntad prepotente de los gobernantes, sea que éstos actúen dentro o fuera de un régimen jurídico. Tanto las democracias de tipo **liberal** como las de tipo **neoliberal** o **intervencionista** desarrollan sus funciones ateniéndose a una concepción de poderío económico y financiero. La clase social que se halla en el poder aprovecha de su situación preeminente para imponer su voluntad y conservar incólume, dentro de lo posible, la organización económica de que depende y para vigorizarla aún más, poniéndola al mismo tiempo a cubierto de cualquier riesgo o acometida por parte de las clases sociales o agrupaciones políticas que se hallan fuera del gobierno y en acecho siempre para tomar la alternativa en el poder cuando la oportunidad se presente. La denominada **política social**, consistente en desarrollar la acción política del Estado sobre amplias zonas sociales a fin de tomar a su cargo el mayor número de necesidades para su propia satisfacción, ha servido como de elemento conciliador de situaciones antagónicas y limador de asperezas entre las clases sociales en lucha, procurando cada

vez un mayor acercamiento y comprensión entre dichas clases sociales y el Estado.

Por otra parte, el socialismo, con sus diferentes especies y modalidades, actúa al tenor de un concepto esencialmente económico. La interpretación económica de la historia no significa otra cosa sino que la estructuración social fundamental es de orden económico y que lo demás, es decir, la superestructura está integrada por otros órdenes de cosas. Así es como el comunismo, expresado concretamente en el bolchevismo soviético ruso, funciona con un criterio de interpretación económica en las formas y actividades políticas, teniendo como finalidad, en el plano genuino de la doctrina marxista, la de tender a una transformación radical del orden económico-social vigente, orden que se considera como inconveniente e injusto para la vida de las sociedades actuales, particularmente para las mayorías sociales obreras o proletarias.

Los regímenes de tipo totalitario también funcionan ateniéndose a un alto y concentrado criterio de estatificación de lo económico. En tales regímenes —fascismo y nazismo— las fuerzas y elementos económicos de la nación confluyen irremediablemente hacia planos políticos estructurados, dirigidos y controlados por el Estado. La sindicalización oficial de la producción y del trabajo converge íntegramente hacia el objetivo total del Estado, con el fin de fortificar y fundamentar su poder político y luego transformarlo en un verdadero y potente empresario de la gestión económica y financiera del país en su totalidad. Dicha totalización económica tiende a proveer al Estado de los fondos necesarios para su militarización en grado superlativo, una vez que la guerra constituye la más alta finalidad en su esfera de acción política interior y exterior.

En conformidad con lo anotado, es posible entender fácilmente que los tiempos que corren revelan una evidente, tenaz y acaso indestructible soldadura entre lo económico y lo político, a la manera como, *mutatis mutandis*, ocurría en el medievalismo entre lo religioso y lo político, haciendo de éste asimismo el mejor instrumento de imposición de la "autoridad de la Iglesia" sobre el pueblo, a la vez que el órgano eficaz de trasmisión y expansión del catolicismo. La Edad Media tiene que agradecer mucho a la política por sus valiosos servicios prestados a favor de la autoridad eclesiástica para imponerse sobre las mesnadas feudales. De igual manera la Edad Moderna tendrá que agradecer bastante por los



inapreciables servicios que está prestando la política a la economía, una vez que el afán de ésta consiste en imponerse de un modo amplio y decidido sobre las masas mayoritarias a fin de mantener a los privilegiados en su situación preeminente el mayor tiempo posible.

Con arreglo a lo que se viene diciendo respecto a la invasión creciente de las masas sociales en el terreno público, en relación naturalmente con una concepción democrática de la vida política, es de suponer que posteriormente las gentes considerarán como una tarea inexcusable aquello de contribuir a la formación de la "voluntad política", voluntad que constituye justamente la expresión máxima y definida del concepto general de ciudadanía, como quiera que la voluntad política se halle fundamentada y expresada de diferentes modos. Así, dentro de un criterio "funcional," se advierten los modos agrícola, industrial, comercial, bancario, educacional, militar, etc., como fundamentos de la voluntad política concordante con la misión que debe desarrollar en el Estado. Lo cual quiere decir que los elementos concurrentes a la integración de dicha voluntad salen o deben salir de las agrupaciones sociales y profesionales correspondientes en calidad de representantes genuinos y específicos de sus propios intereses clasistas. También la voluntad política, y esto es lo dominante hasta este momento en varios países del mundo, es la expresión del simple concepto de ciudadanía, no cualificada ni diversificada en oficios ni profesiones, la misma que se manifiesta siempre de una manera difusa y amorfa en lo que se llama pueblo. Todo esto contribuye a la formación del sistema político representativo de índole democrática. El parlamento constituye la expresión concreta y determinada de la voluntad política del pueblo. Por tanto, los representantes parlamentarios deben fundar su autoridad soberana, no sólo en el hecho escueto y rápido del voto ciudadano, sino en la adhesión y en la fe constantes que la misma ciudadanía debe tenerles.

Lo cierto es que esta voluntad política, si refleja fielmente los intereses, aspiraciones y necesidades de los agregados sociales, tiene que perseguir objetivos varios como los de "reajuste económico", de "nivelación social", de "bien distribuida justicia", de "trabajo dirigido," de "planificada formación cultural", de "economía dirigida", etc., etc., cosas éstas ardientemente anheladas y reiteradamente postuladas por las mentadas agrupaciones sociales, las mismas que día a día van adquiriendo más clara consciencia de sí mismas.

más claro conocimiento del valor de su personalidad y más aguda como eficaz convicción de sus derechos. Todo lo cual constituye el contenido de los derechos sociales que se hallan en formación y en marcha en el mundo moderno. La opinión pública, en sus diferentes aspectos, es la que sirve de medio de expresión y de movimiento de estos asuntos que tienen su gestación en el seno mismo de las sociedades y salen a luz en momentos oportunos y de conveniencia general.

De aquí que el ritmo evolutivo de la consciencia social vaya, sin duda, alcanzando mayores proporciones y definidos perfiles en lo contemporáneo, así como también vaya desarrollando grandes zonas de influencia en la existencia humana, generando dilatadas esferas de exigencias culturales y planteando de un modo urgente y permanente al Estado la satisfacción ordenada y controlada de las múltiples necesidades colectivas. Todo esto equivale a la consideración y enfocamiento de problemas que se sitúan en el campo administrativo bajo la consiguiente dirección y sugerencia plural de lo político, subordinando naturalmente la actividad estatal a un criterio de política social propiamente dicha, ya que hoy en día ésta marcha en concordancia con las actividades administrativas públicas y sobreentendiéndose además en el sentido de que éstas coinciden con las múltiples líneas de la realidad social diferenciada y suscitadora de innumerables exigencias y aspiraciones legítimas.

Por otra parte, la franca delimitación de la esfera social frente a la estatal, considerada aquélla como más amplia y comprensiva a la vez de ésta, ha ido tomando con el transcurso del tiempo un valor de indiscutible trascendencia para los efectos de carácter político, económico, jurídico, etc., del individuo y de los grupos sociales, los mismos que integran tanto lo social como lo estatal. Esta situación diferenciada ha dado origen lógicamente a la conveniencia de plantear en toda su magnitud el problema de la **acción recíproca entre el Estado y la Sociedad**. Acción recíproca, que entraña indudablemente la consideración del principio de la "solidaridad social", y que se perfila clara y distintamente al compás de los acontecimientos procedentes de diversas fuentes aunque armónicamente compenetradas dentro de la gran órbita social. Lo importante de esta acción mutualizada es que da margen a ordenaciones jurídicas determinadas, ordenaciones sin las cuales carecerían de un valor y de una eficacia suficientes las



actividades colectivas y las funciones públicas que emanan o pueden emanar de un régimen de Estado cualificado de jurídico y racional como es estima en lo moderno.

## V

Al rozar este problema, de suyo importante y fecundo, conviene manifestar de paso que toda una vigorosa y extensa corriente se ha desarrollado alrededor de las atribuciones políticas y administrativas con un singular sentido social por parte del Estado. La política y la administración fraternizan admirablemente bien en relación con las atribuciones y finalidades fundamentales del organismo estatal. Si la actividad política, por punto general, tiende a la regulación del equilibrio político en su aspecto de fuerzas y condiciones con referencia al Estado, buscando siempre el criterio de oportunidad o conveniencia; la actividad administrativa, por su parte, tiende a la consecución de diferentes fines a efecto de mantener y desarrollar las instituciones del organismo social y de la entidad política en general, con miras hacia el bienestar y el progreso de las colectividades. Pero esta consecución de finalidades no es posible llevar a cabo sino mediante un amplio y eficaz sistema de servicios públicos, servicios que deben responder a las necesidades y a las exigencias generales y que deben hallarse limitados por consideraciones normativas de carácter jurídico ya que lo jurídico en sí constituye la forma y la expresión del orden social en una época determinada. De ahí la importancia de los regímenes constitucionales, aun cuando el sentido de eficacia no puede residir en la letra de las leyes sino en el espíritu mismo de los ciudadanos, sean gobernantes o gobernados.

La especial consideración de los servicios públicos, en relación con la vida misma de la sociedad y del Estado, ha determinado y sigue determinando en nuestros tiempos la necesidad de convertir en "piedra de toque" para comprender el significado científico de la "solidaridad e interdependencia" en el mundo social y para su consiguiente aplicación y desarrollo de una manera positiva y normal. La institución de los servicios públicos constituye la categoría instrumental de que se sirve el Estado diariamente para realizar sus actividades en beneficio de la propia convivencia social, merced a la satisfacción de los intereses de conjunto y de las necesidades que asumen carácter público. El hecho de que la

institución general de los servicios públicos se considere como una obligación que debe cumplir el Estado, no tiene más significación que la de encontrarse éste en la línea de confluencia con las actividades privadas del individuo y de los grupos sociales, confluencia que se produce gracias a la fuerza expansiva del Estado en el terreno esencialmente social y a su arrollador avance sobre las actividades, energías y capacidades humanas en sentido particular, que casi siempre se hallan desprovistas de sistema, de dirección y de una visión que se proyecte largamente hacia el futuro.

Al estimar, con Duguít, y algunos otros ilustres autores, en el sentido de que el Estado no es sino una "relación diferencial de gobernantes y gobernados", constituidos tanto éstos como aquéllos por personas realmente humanas y sin asumir características ni esencial ni accidentalmente diferentes entre sí, la naturaleza misma del Estado no varía ni cobra otra categoría distinta de aquella que integra el elemento humano con todo el caudal de aspiraciones, ideales, intereses, ambiciones, necesidades, etc., y que unas veces guardan posturas de conciliación y armonía, y otras, que son las más, entran en luchas y conflictos en mayor o menor grado, fuerza y apasionamiento. En tal virtud, las funciones gubernamentales, como una emanación de la voluntad real y efectiva de los que "detentan el poder" en un momento dado y merced a circunstancias políticas especiales, tienden o deben tender de hecho y de derecho a realizar el postulado sociológico innegable de la "interdependencia" en la convivencia humana, que se halla en la situación de obediente o gobernada y constituyendo a la vez la base de sustentación del grupo minoritario gobernante. Dichas funciones gubernamentales no son ni pueden ser otra cosa que los ya enunciados servicios públicos en conformidad con consideraciones jurídicas y técnicas apropiadas.

La presente situación política, derivada justamente de la preponderante influencia de los movimientos sociales y de las múltiples necesidades que consiguientemente surgen de los núcleos democráticos, con esfuerzos y significados culturales, induce a creer una vez más en que la intervención política del hombre moderno agrupado se amplía gradualmente, así como es preciso comprender que su posición frente al Estado es cada vez más fuerte, aunque varíen constantemente sus líneas jurídicas defensivas y se rompa o retroceda a menudo el sistema de garantías de que se rodea o debe rodearse contra las acometidas y abusos procedentes de los excesos



o desviaciones de poder del mismo Estado. Lo cierto es que el hombre de ahora está llegando hacia un plano de conciencia tal, conciencia en virtud de la cual comprende que la voluntad política, estructuradora de la existencia misma del Estado, depende o debe depender de la intervención ineludible de cada uno de los ciudadanos, como quiera que tal intervención contribuya con mayor o menor intensidad a la eficacia en la organización y funcionamiento del poder político en general. Ya el sistema de sufragio universal es uno de los medios de intervención de la voluntad ciudadana en la organización y definición del poder político. A lo menos, teóricamente considerado, el sufragio universal guarda una postura política de suma trascendencia aun cuando en la práctica sufre fallas notables y quiebras que perjudican la esencia misma de la voluntad popular como generadora de su propia soberanía y de su ejercicio mediante los poderes del Estado.

Como quiera que conviene dar cabida en los tiempos actuales a la intervención del ciudadano en la política, la situación del Estado es especial y, por tanto, diferente de aquella en que se hallaba anteriormente. De ahí que, conforme sugiere el eminente profesor P. Follet, "en virtud de la expansión de la esfera de acción política del hombre moderno se debe proceder a una profunda reinterpretación del Estado mediante la renovación de sus bases mismas". Esto aseveraba Follet precisamente en los momentos en que la acción de los grupos sociales, tomando cuerpo e importancia, avanzaba amenazante en contra de la tradicional estabilidad del Estado. El Estado, ante tales acometidas, comenzaba a tambalear y a no atinar sobre qué bases seguras descansar. El antiguo concepto de Derecho Público, basado en el criterio de soberanía, comenzaba a ser objetado y criticado enérgica y tenazmente por consideraciones realistas acerca de la naturaleza misma del Estado. Es por eso que el movimiento político-social invasor de la post-guerra intentó afectar el fundamento jurídico del Estado moderno. Surgido éste con carácter individualista por obra y gracia de la formación unificada de las monarquías, allá por los siglos XVII y XVIII, en Europa, y con la soberanía residente en el monarca o gobernante, continuó posteriormente en la misma forma hasta que llegó la Revolución Francesa, en que el poder soberano se trasladó del monarca a la nación. Desde entonces hasta nuestros días el Estado se mantiene, con su soberanía de carácter nacional, en una posición diferente substancialmente

respecto de aquella en que se encuentran los hombres como elementos generadores del mismo Estado.

Indagando un poco más sobre el concepto de la soberanía nacional o popular, que hace del Estado verdadero Estado, se puede decir que desde la Revolución Francesa hasta los tiempos actuales se ha considerado como que el fundamento real y evidente sobre que descansa el Estado es la soberanía del pueblo. Este concepto de soberanía, reflejando la opinión filosófica individualista de entonces, se ha erigido en principio sagrado e intangible de Derecho Público. La opinión política moderna ha admitido como verdad indiscutible dicho principio y lo ha elevado a la categoría de dogma político digno de todo acatamiento y reverencia. Así es como el principio de soberanía ha servido para ejercer mando o dominio absoluto y aun tiránico en ciertos casos, sea que el régimen político responda a un concepto democrático o autocrático. Ante todo y sobre todo ha estado y está la soberanía para el ejercicio de la autoridad del Estado. Y la ciudadanía, por su parte, íntegramente se halla en la situación de obediencia completa con respecto a la autoridad soberana o estatal. Pero dentro de un régimen constitucional, la soberanía se halla limitada por las normas constitucionales a favor de los derechos ciudadanos. Empero, desde el momento en que se estima que el Estado no es otra cosa que la composición real y efectiva de hombres que gobiernan y hombres que son gobernados **—todos de carne y hueso—**, el principio inmutable e intangible de la soberanía ya no tiene razón de ser porque no existe una base superior o metafísica sobre que hacer descansar la esencia misma de dicho principio, tal como postula la doctrina roussoniana del poder soberano. Lo que existe de verdad es únicamente la voluntad humana que se halla siempre en la obligación ineludible de organizar y realizar todo un vasto y eficiente sistema de servicios públicos a fin de propender a la satisfacción de las necesidades de índole general y permanente. Esto quiere decir, en otros términos, que el Estado, en vez de "mandar" o "dominar", conforme supone el clásico concepto de soberanía, tiene que "servir" o desempeñar funciones que tiendan al bienestar colectivo, rebasando los límites de la simple conservación del orden público y de la seguridad nacional, cosas que facilitan la coexistencia de las libertades y derechos ciudadanos en la convivencia social.

Este punto fronterizo entre el dominio o mando y el servicio supone necesariamente una situación de crisis tanto en



la naturaleza como en la unidad misma de la entidad estatal, así como de su base jurídica, en virtud del movimiento que concurre a pluralizar el criterio de la autoridad unitaria y, en cierto modo, a descompagnar el poder único inherente al Estado. La influencia concurrente de diversos factores en el sentido de cercenar y mediatizar la autoridad central del Poder Ejecutivo, por ejemplo, es algo que tiende a producir un verdadero y fuerte desarme en las bases mismas del Estado. Esto trata de reflejarse en el movimiento de descentralización de carácter administrativo. Precisamente el criterio de servicio público encuadrado en una atención inmediata, directa y eficiente en todas las zonas que forman el ámbito territorial del país impulsa y orienta hacia la descentralización de la autoridad ejecutiva, que emana de la consideración unitaria del Estado. Lo mismo sucede con el afán descentralista en el amplio y muy complejo campo institucional. Las instituciones de distinta índole y finalidad que surgen continuamente en la vasta superficie del Estado tienden a recabar constantemente de éste un suficiente carácter de autonomía, a fin de poder regirse por sí mismos y de tener autarquía en las deliberaciones y ejecuciones de sus propósitos y funciones. Esta modalidad administrativa, como se puede observar en cualquier momento en la vida de muchas de las instituciones modernas, obliga, en cierto modo, a perder o limitar su capital aspecto ejecutivo. Se tiene a este respecto ejemplos que confirman lo enunciado, tales como el **sindicalismo**, el **municipalismo**, el **selfgovernment inglés**, los **federalismos provinciales, departamentales y estatales**. Por otra parte, se tiene hasta este momento el sistema político-jurídico de las **Comunidades Británicas** ("British Commonwealth") que participan de una amplia autonomía con matices y modalidades específicos interior y exteriormente considerado. Observando el municipalismo de un modo especial, se tiene que, gracias a su propia característica de autonomía, arrancada precisamente al Estado, se dirige y gobierna de un modo autárquico, alejando en lo posible la intervención del poder central en sus decisiones y funciones. El movimiento municipalista contemporáneo ha tomado gran incremento precisamente por la acción constante de su autonomía y por la enorme e inagotable vitalidad de que dispone intrínsecamente como institución natural y en vías de desarrollo libre y espontáneo. La noción de servicio público, adscrita justamente a la cardinal finalidad de los Municipios, ha hecho que sus actividades, encuadrándose en asuntos y problemas locales, de

carácter social, entre en amplia y continua competencia con las actividades estatales. Pues la misma noción de servicio público municipal tiende a restar autoridad inmediata al Estado en tanto que tal.

## VI

En resumen, estos hechos y otros más acusan de una manera inequívoca la posibilidad del cuarteamiento de la estructura estatal, a la vez que destacan la situación evidente del quebrantamiento del principio de la soberanía reconocido como uno e indivisible. Esta es, pues, una forma de crisis de que se halla afectada la constitución integral del Estado, con su correspondiente Derecho Público, cuyo fundamento actual, según Duguit, lejos de ser el **poder de mando o soberanía** es el **deber de servicio** que le impone la sociedad en todo momento y circunstancia. Por lo pronto, **un sentido de coordinación** en las decisiones de autoridad y en las diversas funciones aparenta trazar una línea de unidad y de superioridad procedente de la voluntad suprema del Estado.

También considerado el asunto desde el actual plano autocrático o totalitario, el concepto histórico de soberanía, cuyo titular ha venido siendo el pueblo o la nación desde la memorable fecha de 1789, se halla sometido a un proceso de crisis toda vez que el poder soberano se ha concentrado nuevamente en la persona del gobernante, cuya voluntad única y exclusiva legítima y fundamenta la autoridad del Estado. En este caso el poder político, saliéndose de los límites legales impuestos por un régimen de derecho, cobra un reforzamiento inmenso y confiere validez al régimen de hecho o dictatorial. Lo cual quiere decir que la soberanía asume una exaltación unipersonal singular y absoluta, con apariencias y sugerencias de orden estatal, arrancando de raíz al pueblo su derecho primordial y esencial de gobernarse por sí mismo y de distribuir las decisiones soberanas en los poderes y magistraturas correspondientes como ocurre normalmente en un régimen democrático y constitucional.

Pero como quiera que se considere el panorama de posibilidades, de hechos y de situaciones políticas en los tiempos que corren, se echa de ver, con caracteres de incontrastable evidencia, la creciente intervención del hombre en el terreno político. Lo cual refluye en un crecido número de sus propias actividades que por naturaleza son ajenas a la polí-



tica, sea que se considere dentro de un concepto administrativo meramente o de uno político en todo su amplio significado, se da el caso de que el hombre en sí mismo constituye un centro de transferencias funcionales y una máquina de comunicaciones, cuyas líneas y grados de actividad pública parten de su persona particular y van a dar hacia la persona social, con carácter particular, semipúblico o público también, avanzando hacia el Estado, en donde se tejen, coordinan y subordinan dichas líneas para luego ser devueltas en forma de acción política y de servicio público en beneficio de la colectividad.

En el sentido indicado los países de estilo y configuración democráticos se distinguen precisamente por la acción combinada y conjunta del Estado y del ciudadano, unificando pareceres, coordinando posiciones, armonizando opiniones, entrelazando intereses, asegurando y unificando actividades dispares, etc., etc. Todo lo cual tiende hacia una vigorosa y definida integración de la "voluntad política", como quiera que tal voluntad se fundamente de un modo individual o social, como también se oriente en un sentido liberal, neoliberal, socialista, etc.

Lo fundamental en aquellos países estriba en promover y desenvolver el sentido de civismo y el espíritu público mediante la concurrencia constante y decidida de la "voluntad popular" para fundamentar sólidamente el edificio estatal y al mismo tiempo legitimar la autoridad gubernamental. De idéntica manera se tiende, mediante la presencia y la sanción de la opinión pública, a la orientación y encarrilamiento de la variada y ardua tarea que lleva sobre sus hombros el poder público en general. Y cuando el sentido democrático es bastante desarrollado y respetado, asumiendo un criterio de responsabilidad ética, como ocurre en varios países, entonces los principios jurídico-políticos como el "referendum", el "recall", el "plebiscito", etc., se hacen sentir de un modo oportuno y vigilante, expresándose de tal manera la importancia indiscutible de la constitucionalidad del régimen político en vigencia. Cosa que, en sentir de Mirkiné-Guetzévich, propende decididamente hacia la llamada "racionalización de la democracia", no obstante hablarse frecuentemente acerca de la supuesta crisis de la misma.

Por otra parte, y como una manifestación esencialmente contraria al funcionamiento político de los Estados democráticos, existen en la actualidad países cuyas organizaciones y funciones han tomado el cariz y el nombre de totalitarios. Es-

tos países totalitarios, que se han constituido en tales mediante la exclusión completa de la concurrencia de los partidos políticos y han erigido consecuentemente a un solo partido en verdadero poder político, de un modo general y permanente, desarrollan su actividad política de un modo unilateral y con abiertos caracteres de "omnipotencialidad" y de "ubicuidad", deviniendo, por tanto, en una especie de "panteísmo estatal". Más claramente comprendido el asunto, en los sistemas totalitarios no existe más que un solo partido político que se ha transformado en poder único y absoluto. A lo menos, esta es la fisonomía aun cuando en el fondo de las cosas la única autoridad imperativa y absoluta es la voluntad del Jefe del Estado. Su voluntad es la ley que tiene que ser obedecida de un modo irrestricto en todo momento y condición por los súbditos. La fórmula imperial romana "quod principi placuit legis habet vigorem" se halla otra vez en plena vigencia.

Como lógica consecuencia de semejante estructuración, los Estados totalitarios intervienen autoritativamente en todo, incluso en la conciencia individual y en la consiguiente modelación de sus ideas políticas, jurídicas, religiosas, económicas, raciales, etc. Con mayor razón, la intervención autoritaria en la formación de la voluntad política es decisiva e incontestable. Dicha formación se la hace desde arriba, a golpes y presiones imperativas, como que la soberanía reside esencialmente en la persona del gobernante, y necesita su legitimación mediante el consenso tácito de la ciudadanía proveniente de su propio silencio e impotencia. En este caso no se trata de consenso o asentimiento ciudadano de ninguna índole sino sencillamente de la imposición absoluta e irresistible del gobernante que se basa y se escuda en la fuerza. Y como muy bien lo afirma el profesor Walter Jones, de la Universidad de Oxford: "La verdadera noción del Estado en el sistema totalitario está limitada a adscribir la fuerza, y se cree que el Estado sólo puede ser fuerte cuando el Poder Ejecutivo está libre de los obstáculos que ofrecen en una democracia las asambleas legislativas. Los parlamentos implican diversidad de partidos y las divisiones internas de los partidos se consideran como una fuente de debilidad por el gasto de energía nacional sin compensación alguna en fuerza motriz. La eficiencia de toda la maquinaria política y legal es juzgada por la facilidad y velocidad que proporciona al funcionamiento de la Nación-Estado. La acción, instantánea e irresistible, debe ser el propósito primario del Estado. Pero el



Estado es un grupo. Por esto, la acción del Estado depende de la existencia de un **conductor** (Führer o Duce) y de una fe incuestionable en el credo del gobierno personal."

En conformidad con lo dicho, el concepto de Führer encarna una unidad de autoridad y de representación del pueblo, pero con un sentido esencialmente místico y trascendental. Lo cual significa que la representación no se refiere a la de una persona o grupo de personas, ni a un conjunto de individuos que integran la nación en un momento dado, sino encarna una especie de "unidad trascendente" colocada en un plano superior a los deseos e intereses de una mayoría transitoria y mudable, entendiéndose entonces que solamente al través de sus palabras y actos la nación es capaz de llegar por primera vez a la vida real y fecunda. En esta virtud, ocurre que los decretos del Führer tienen que ser respetados y obedecidos como si fuesen la expresión de verdades eternas antes que como manifestación de conciliaciones y transacciones entre puntos de vista divergentes en el manejo de intereses colectivos. Por eso es que los nazifacistas ven a su dirigente de diversos modos, pero siempre rodeado de un halo refulgente de misticismo y en actitud de protección a su pueblo. Sucede entonces que ante la visión popular "el Führer es, unas veces, el puño cerrado de la nación en que están simbolizadas toda la fuerza y la resolución del país; otras, es el padre que sostiene la familia, no por el voto o el consentimiento, sino por la autoridad inherente a la paternidad; otras veces, en fin, es el Papa cuyas palabras son verdades infalibles para aquéllos que comparten la fe nacional."

En el sentido indicado, el Estado totalitario es un Estado esencialmente personal y que bien ha tomado la designación de **Führerstaat** (Estado-Guía, es decir, Estado acaudillado y autoritario).

En semejante Estado el Führer gobierna con **iniciativa y decisión** muy personales y muy propias. Su **especial vocación o aptitud para el gobierno** constituye la justificación máxima y la necesaria legitimación de su **suprema, incondicionada e irresistible autoridad**. El no responde de sus actos y decisiones sino ante Dios o ante el Destino. Nuevamente el **providencialismo** de las antiguas monarquías se ha reencarnado en el gobernante totalitario del siglo XX. Pero un providencialismo elevado a la más alta potencia.

Con arreglo a lo que se acaba de manifestar, la intervención política del individuo y su posición en el Estado, dentro de tales maquinarias políticas, resulta forzada y artificiosa,

a tal punto que su consciencia política toma un semblante de simple objetividad sin llegar al fondo mismo de la subjetividad auténtica y viviente en la elaboración de la voluntad política. En este caso, la ética política es de otra índole y textura con derivaciones jurídicas que se asientan definitivamente sobre la fuerza. Así es como la concepción totalitaria del derecho se aparta completa y decididamente de la concepción democrática jurídica que se asienta con firmeza y amplitud en la dignidad, en la razón y en la libertad humanas. La noción de "la dignidad eminente humana", como asevera y subraya el ilustre jurista francés Henry Michel, ha constituido y sigue constituyendo el **substrato** del orden jurídico que rige las relaciones del hombre civilizado. En cambio, para el totalitarismo el derecho no es sino la expresión concreta y determinada de la fuerza. Y la fuerza no entra en acción más que cuando la necesidad del Estado lo requiere. Pero como la necesidad del Estado es permanente, la fuerza actúa también permanentemente. Es por eso que el jurista y profesor germano R. Ihering ha dicho y recalcado siempre que "el derecho no es sino la política de la fuerza."

En resumidas cuentas, y a propósito de la naturaleza política humana, con su innegable capacidad de intervenir en decisiones de carácter público y de terciar en actividades propiamente políticas, cabe expresar que el hombre de nuestros tiempos, y a la altura en que se halla colocado, se siente no sólo invitado, sino, lo que es más, arrastrado y compulsado a entrar en el terreno sugestionante, aunque bastante cubierto de penumbras y de sorpresas de la política. Y es que con tal actitud, se ve obligado a afirmar su peculiar posición frente al Estado, en cuya virtud el hombre se siente en condiciones de hacer valer sus derechos y libertades tanto individuales como políticos.

Pero antes y después de cualquier consideración al respecto, existe la verdad objetiva e incontestable de que si es cierto que el Estado, en una forma o en otra (democrática o autocrática), con márgenes de libertad o no, recoge y absorbe al individuo, es el hombre quien efectivamente crea y configura al Estado. Y por mucho que, en conformidad con cierta doctrina, el Estado llegue a constituirse en una entidad superior, substantiva e independiente de los elementos que lo integran, quizá hasta tocar las lindes de la divinidad y luego participar de sus elevados atributos, es lo cierto que el hombre conserva incólume e irrenunciable su derecho para asumir las actitudes que juzgue necesarias, útiles o convenientes.



tes en el seno mismo del Estado, a efecto de desenvolver su existencia en consonancia con los ideales, aspiraciones y objetivos que se proponga en todo momento, condición y circunstancia, propendiendo siempre a una constante, resuelta y firme superación, tal como incumbe a un ser que posee el esencial atributo de su espiritualidad con innegable y brillante capacidad evolutiva, así en el orden individual como en el social.

Quito, Enero de 1943.

A U R E L I O G A R C I A

## CONFRONTACION AMERICANISTA DE LA POSTGUERRA

Si el porvenir de la especie humana se presenta cada vez más enigmático y sombrío, aún quedan un recurso y una fe: América. Si, por otra parte, se hallan de este lado del mundo algunas ideas en gestación, es un deber de americanos el enunciarlas. El problema de vivir en paz y con justicia ha sido tantas veces planteado y nunca resuelto, que ya no inspira confianza el mejor de los propósitos. A mi parecer, la cuestión estriba no en la novedad del planteamiento, sino en conseguir que se alce frente a un mundo angustiado por el mañana físico, semiderruido, valetudinario, escéptico de su porvenir, inconforme y asqueado de sus líderes, impotente para controlar las fuerzas que asolaron sus cosechas espirituales, conspirando contra su propio vida; que se alce, digo, frente a aquel mundo, otro que introduzca en la ecuación cultural una incógnita nueva: sus energías representadas por valores inmensos y un sentido muy cierto del futuro, no un afán regresivo hacia las más profundas simas abisales: ese mundo sólo puede ser el del Hemisferio Occidental. No sin razón ha dicho Murray Butler que ha llegado la Edad de las Américas. Un americano en cuya conciencia alumbra tal convicción debe confrontar, simultáneamente, dos grandes problemas: ganar la guerra y no perder la paz.

Los conflictos armados secretan literatura abundante. La substancia y volumen de ese caudal dilucidatorio o verbalista definen la justa proporción que corresponde a la naturaleza y amplitud de cada conflicto: si éste abarca el escenario del mundo, el torrente dilucidatorio acopiará, sin duda, los elementos estructurales de la especie humana, en su extensión y poder máximos. Emocional o analítica, poética o sociológica, historiográfica o técnica, de estilo alquitarado o



folletinesco, la literatura de pre-guerra, guerra y post-guerra se carga con todos los efluvios de la época y registra las variaciones más leves de su espíritu. Es la angustia del tiempo que busca su expresión en el planteamiento de incógnitas de futuro.

La Tragedia del siglo XX, cuyo Primer Acto se desarrolló en el cuatrienio fatídico 1914-18, cuyo intermezzo de veinte años se orquesta con todas las falacias económicas y políticas y cuyo Segundo Acto sólo tiene hasta hoy representadas las escenas iniciales; esa tragedia del hombre que por descubrir el reino del átomo olvidó el de su propia alma, que por hacer el largo viaje de su destino lado a lado con la bestia a través de los desfiladeros irracionales, sin sacar ventaja de sus dones excepcionales, desanduvo sus pasos en cada centuria para recaer en abrevaderos de sangre; tragedia inconcebible y en cierto modo paradójica, pues el hombre olvida que con un supremo esfuerzo puede subir hasta los altos caminos del espíritu y remontar sobre el fatídico dédalo que lo condujo desde un mismo punto de partida: la jungla o la caverna, al mismo punto de llegada: el civilizado **homo homini lupus**; esa tragedia, en fin, tantas veces bosquejada en pretéritas culturas, asume hoy, en la del ocaso europeo, toda la objetividad inclusiva, toda la trascendencia y el clímax definitivo. La literatura de tal guerra será la más rica, densa y abstrusa quizás. Hay que prepararse a ver claro. Las refracciones del pensamiento son peligros que se añaden a las consecuencias destructivas de orden biológico, moral y económico, propias de la guerra. Lo contraproducente de sus resultados y el horror de sus únicas reales conquistas —pánico, miseria, desnutrición, locura, hambre, anarquía, odio, relajamiento, enfermedades, invalidez, pesimismo y mucho más—, empujan a la prédica pacifista, renovada e ineficaz hasta hoy.

Anatema de fuego o clamante presagio lanzan las distintas confesiones y el libre pensamiento al despedir a la paz o saludar a la guerra. Conocéis todos la abundosa literatura que el Primer Acto de la Gran Tragedia puso en circulación. Las artes plásticas, la novela, el teatro, el cine explotaron argumentos y temas infinitos. Pero hay una literatura documental y otra de previsión, una evocativa y otra de pronóstico. Gran parte del público saborea su lectura a través de un prisma emocional que incluye todos los matices, uno de ellos el sadismo, otro el espanto, alguna vez la indolencia... Mas, lo que hace falta, la reflexión creadora, no acude pronto ni se extiende bastante. En cambio, el sentido de responsabilidad

se torna instinto simulatorio y política de justificación: surge una literatura inverosímil, hábilmente comentada, acerca de los promotores de la guerra —judíos y bolcheviques, por ejemplo—, quienes sufrirán las consecuencias bajo ambos supuestos: la victoria o la derrota. El pasaporte de estos sindicados lleva escrito en tinta invisible una sentencia: esclavitud o muerte.

La minoría pensante conoce ese deber que consiste en la preocupación intensa de avizorar más el futuro y llorar menos el pasado. Bien está que los lectores de la prensa mundial se regocijen ante lo heroico favorable a su causa y maldigan la barbarie del adversario. Pero el crimen que hoy se combate y mañana se rememora, no es sancionado ni, lo que importa más, evitado por el simple hecho de su evocación repelente: hay que descubrir y aplicar los medios de inmunización contra el crimen colectivo. Las escenas trágicas desfilan ya con tan asiduo empeño durante la guerra, y el ser humano olvida tan pronto a sus muertos y mitiga tan fácilmente sus dolores, que pocos se interesan de lo que ayer abría la fuente de sus lágrimas. El hombre humanizado no se resigna con que venideras generaciones arriben a un mundo de atmósfera envenenada; no quiere ideas caducas ni errores tradicionales, de igual modo que el combatiente no se resignó a ver heridos abandonados o cadáveres insepultos; desearía iluminar los pasos difíciles del futuro, como el guerrador ponerse a salvo de emboscadas.

Las incógnitas de hoy pueden no obtener solución inmediata, pero obligan a preguntarse con honda inquietud si las presentes generaciones tienen derecho a permitir que obscuras fuerzas mal domeñadas hoy abran fosos profundos en el camino de las que advendrán; si no es posible hacer algo para que éstas no sean exhumadas por otras al término de sucesivas masacres, sin resultado útil para ninguna.

Mientras el *intermezzo* de la gran tragedia contemporánea, hubo ilusos —a cuya cabeza se colocó Aristides Briand, con gesto arrogante— que creyeron imposible la repetición, al menos próxima, de la carnicería frenética. Los pesimistas dijeron simplemente que se trataba de una fatalidad inexorable y, además, periódica.

¿Por qué inexorable y periódica? ¿Hasta qué extremo son válidas a perpetuidad las objeciones antipacifistas? La objeción biológica de los Lester Ward, Spronck o Le Dantec —lucha de los seres por la vida—; la objeción moral de los Moltke, Velbert o Millet —la guerra evita el letargo; es santa



y mantiene los sentimientos grandes y nobles: desinterés, valor, virtud—; la objeción metafísica de Hegel y sus discípulos —fatalidad de los hechos históricos y gana toda guerra el más noble y justo: el exterminio de Polonia, la esclavitud de Grecia y la mutilación del Ecuador serían ejemplos edificantes—; la objeción histórica —las grandes cosas de la civilización vinieron con la guerra: el desarrollo inmenso de la prostitución y de las enfermedades nerviosas y mentales realzan el argumento—; todas las objeciones enunciadas y los débiles argumentos que aún podríamos exponer, ¿han confirmado su validez perpetua? Sin duda, mientras hayan "iluminados" que, ebrios de megalomanía, interpretando a través de su individual complejo sublimatorio psicopático la angustia popular, proclamen el racismo, la infalibilidad del Estado unipersonal y omnipresente, el derecho cuasi divino polarizado en un "eje" político multicolor e incongruente para su propia teoría, con poderes ilimitados, si triunfa, para organizar el mundo a su imagen y semejanza, esto es, con superhombres e ilotas; mientras la humanidad sufra tales extravíos, sólo dos objeciones gozarán de transitoria validez: la patriótica y la oportunista. Aduce la primera: nuestro deber consiste en reafirmar las tradiciones guerreras y militares que nos dieron patria libre y hombres dignos; siempre que no olvidemos esta otra verdad: el patriotismo de fronteras adentro y el continental forman un todo indivisible en el alma del verdadero "hombre de América", lo cual significa, también, que ningún país americano puede escribir epopeyas si el tema ha de ser su ensanchamiento fronterizo a costa del derecho y al amparo de la fraternidad. La objeción oportunista declara: si los "iluminados" violan la paz de un continente, la transacción, de no aceptarse el desafío, fuera más peligrosa que una guerra infinitamente devastadora y prolongada.

Establecidas así mis reservas mentales, insisto en la pregunta: ¿por qué inexorable y periódica la guerra? Si lo fuese, si no existiera la posibilidad de que el hombre se aupe hasta los altos caminos del espíritu, evadiéndose del círculo mágico o solución biológica primordial: devorar o ser devorado; si es ineluctable que determinadas generaciones deban alargar sus cuellos en rítmico ademán bajo la guillotina, ¿por qué no participamos con más empeño en una danza macabra final, en un suicidio ecuménico, y no en las necias, penosas y estériles labores reconstructivas? ¿Por qué nadie declara buena la solución del argumento biológico o del metafísico en la vida civil, si casi todos la aceptan en la internacional?

¿Qué calificativo habría suficiente y más certero que los de **stultus, bardus, ineptus y stolidus**, aplicable al hombre que se empeña en el progreso individual y colectivo, si con ello prepara sólo una pérdida más ingente y un balance más absurdo y doloroso? Alguna esperanza se vislumbrará en el horizonte.

Llegó un día, apenas caído el telón de Versalles, en que los vencidos exclamaron a coro, siguiendo a un autor de su raza —Fred Angermayer—: "Nunca más esto", y los vencedores, con frase de Paul Antoine, se preguntaban: "¿Cómo será la próxima?" El vencido, por cierto, no tardó mucho en responder, tomando por sorpresa al vencedor.

Ahora nos concierne la pregunta: ¿Luchamos para que la guerra se aleje a tal punto que su recuerdo apenas signifique el de una pesadilla sin retorno, porque la experimentó un febricitante que desde hoy queda inmune, o luchamos sólo porque ha sonado la hora cíclica de alargar el cuello a la voz del verdugo invisible? En el primer caso, valgan todas las previsiones antibélicas y la fe americanista; en el segundo, todos los epítetos abominatorios.

Pertenezco a los optimistas que se figuran posible la inmunización de la especie humana contra el morbo de la guerra, acaso con tan buenas razones y alentadoras esperanzas como el bacteriólogo cuando enriquece su arsenal de vacunas. El no propugna el adiestramiento de colonias de virus sapientes en filosofía y que, transidos de santidad, renuncien a extender las epidemias: su lógica es más certera y consiste en preparar las defensas orgánicas. De igual modo, la humanidad, como organismo político en cuyo favor actúan poderosas fuerzas mentales y enormes recursos técnicos —fuerzas mentales representadas sobre todo, en este caso, por un pensamiento jurídico de avanzado desarrollo—; la humanidad, insisto, ofrece hoy mayores posibilidades de lo que a primera vista se nos figura para ser inmunizada. No hace falta que el hombre transmute su naturaleza o evolucione de súbito; la evolución vendrá lenta y necesariamente, pues también el hombre puede razonar, logra en veces la cima del altruismo y un día puede asquearse de su papel de "lobo del hombre", como lo calificó Plauto, lo ratificó Bacon y Hobbes, paladeando la frase lapidaria, encendida como una tea, la hizo servir de luminaria para sus dos conclusiones trascendentes: una moral fundada en el egoísmo y una política fuerte en la tiranía. Domeñar al lobo civilizado, si el organismo so-



cial adquiere defensas comparables a las del organismo biológico, no resulta imposible: como éste produce anticuerpos, aquél puede readaptar normas jurídicas a estructuras económicas de elasticidad suficiente para que no se rompa el equilibrio activo que se llama paz.

¿Por qué luchamos? ¿Porque hemos nacido en América y amamos la libertad? ¿No pierden la libertad quienes pierden la guerra?

Si la concordia humana es un mito, pulvericemos a cañonazos las hipócritas frases y no quede ni la sombra del ideal. Desaparezca el anhelo de un mundo que nace para una nueva y mejor vida, es decir, el "sentido" de América; considérese ilógico el por qué de la solidaridad americana. Y no obstante, poderosas naciones del otro hemisferio —antitéticas en lo cultural, lo político, lo histórico o lo étnico— entablen relaciones, conciben proyectos, fundan esperanzas, solicitan apoyo, reclaman aliento de ese Nuevo Mundo que ensaya el primer Frente Unido continental de la historia, cuyo origen, estructura y solidez no son expresiones del terror o fruto de la conquista, sino módulos que conducen intereses comunes y fórmulas que concretan ideales coincidentes.

La concordia no ha sido imposible; mas, conviene hacerla durable y fructífera.

El augurio de reconstrucción de postguerra se alza sobre lineamientos definidos que se enunciaron ya en esquema provisorio. La llamada Carta del Atlántico resume las siguientes ideas fundamentales:

1<sup>a</sup>—Promesa de no imperialismo; 2<sup>a</sup>—geografía política organizada según la voluntad de los pueblos; 3<sup>a</sup>—libertad política y formas de gobierno dictadas por la voluntad de las naciones; 4<sup>a</sup>—acceso de todas las entidades nacionales al comercio y a las materias primas del mundo, sin otro fin que el de su prosperidad económica; 5<sup>a</sup>—mejores condiciones de trabajo; evolución económica y seguridad social, a base de una amplia colaboración en el campo económico; 6<sup>a</sup>—paz que signifique seguridad, en todos los territorios y latitudes, de poder vivir las ideas libres de temor y de necesidad; 7<sup>a</sup>—libre tránsito por los mares del mundo; 8<sup>a</sup>—desarme mundial en dos etapas: inmediata y total para los agresores —hoy, específicamente nazi-fascistas—, y desarme paulatino de los vencedores.

Ya en otro tiempo se enunciaron ideas tan felices. El alba de la paz, cuando concluyó la que se creía última noche

de espanto de la primera Guerra Mundial, fué enunciada por los clarines de oro del wilsonismo.

Pero es indispensable algo más que una declaración, pues al lobo civilizado conviene ese otro proverbio latino que reza: **lupo agnum eripere**, es decir, que arrancarle un cordero al lobo cuando lo atrapa no es de las más sencillas tareas, como no lo es el concluir un tratado de paz durable por justiciero, y antes bien, lo único realizado hasta hoy han sido las treguas o pseudo-tratados de paz que toman al lobo por las orejas y le conceden libertad en todos sus miembros.

Algunas condiciones imprescindibles tiene la paz que América apetece. Entre las principales, me permito señalar éstas:

1ª—Que las promesas de la Carta del Atlántico se cumplan, a trueque de todos los sacrificios. Dos hechos podrían significar un presagio de que en tiempo oportuno se adopten medidas trascendentales y más eficientes que en otra época: el silencio que guardan los líderes democráticos acerca de puntos no menos esenciales que los transcritos, puntos que la opinión mundial ardía en deseos de conocer, y, en cambio, la decisión con que, por suerte, obran esos mismos líderes. Acaso los estadistas de la Guerra actual se hayan curado de lirismo y el documento base de paz exhibido hoy no pueda motejarse de "lucubración de profesores", como el de los catorce puntos wilsonianos.

2ª—Una paz sin transacciones. La lucha no puede terminar con avenencias que dejen subsistir ententes rivales; si perduran, la guerra no habrá concluído; tendremos un tercer acto de la misma aterradora tragedia. Supuesto el colapso final del irracionalismo que propugnara la formación de rebaños humanos, un resultado cierto se perfilará: el triunfo de la inteligencia al ubicarse en su verdadero mundo, pleno de garantías, luz y atmósfera para su desarrollo; triunfo de la integridad moral, vencedora del ancestro; integral triunfo del hombre, claro en su conciencia de los deberes sociales y cívicos, responsable en el goce de su libertad, erguido, generoso y fuerte en la posesión de su decoro; mantenimiento indeclinable del propósito activo de vivir como seres humanos.

3ª—Renuncia definitiva de América al principio de neutralidad en la alta política del mundo. Proclamación de que el Hemisferio Occidental es un organismo solidario en su interés activo por todas aquellas cuestiones que de algún modo puedan repercutir en los mecanismos de paz establecidos mundialmente. Sin duda, el Nuevo Mundo no es una platea para observadores individualmente curiosos e interesados en



las mutaciones económicas, políticas, sociales y técnicas del globo. Jamás debe olvidarse, por ejemplo, que el fracaso de la institución más alta concebida por la mente política, o sea, la Liga de las Naciones, no se debió a lo utópico del proyecto, sino a razones muy obvias y perfectamente evitables. Hélas aquí resumidas en apretada síntesis: no habiéndose modificado la estructura socio-económica del mundo de post-guerra —excepto en un país eurasiático—; determinada con criterio subjetivo la estructura política y no variando substancialmente los conceptos guías de la convivencia internacional, subsistieron, con el espantoso poder de su inercia, los factores retardatarios, y cuando el juego incontrolable de las antinomias se hizo evidente y más poderoso que todos los diques de contención, demagogos reaccionarios empuñaron las teas que despiden alucinantes llamaradas y tras ellas marcharon grandes pueblos con inmensa fe. Tan formidable teatralidad se había amparado bajo una sombra realmente segura: la obsesionante tradición política norteamericana, especie de tabú colectivo, llamada "neutralidad". Conveniente y luminoso pudo ser el ideal aislacionista de Wáshington, en un mundo sin máquinas eléctricas ni dragones metálicos. Ciertos hechos contemporáneos del gran Libertador estadounidense justifican sus pragmáticas advertencias. La desconfianza e irritabilidad políticas provocadas en el ambiente europeo por los años de conflicto entre la Gran Bretaña y Francia, y la inquietud que en los países de arraigadas tradiciones suscitaron los naturales excesos de la Revolución francesa, influyeron poderosamente en el espíritu de Wáshington. Jefferson ratificó esa política. Por suerte, "el aislamiento de los Estados Unidos es un mito", al decir del profesor Murray Butler. Ya en el mes de septiembre de 1901, el Presidente McKinley enunció: "El período de exclusividad ha pasado". De este modo, a partir del vigésimo cuarto presidente de los Estados Unidos, y a través del pensamiento de Teodoro Roosevelt, Taft, Wilson y Harding, arribamos a la nueva política estadounidense que define el clarísimo y vigoroso pensamiento de Franklin Delano Roosevelt. El creador del New Deal delimita con más nitidez que ningún otro hombre de estado yanqui esos dos grandes períodos de la política estadounidense que la historia consagrará como inconfundibles: el del aislacionismo ortodoxo y el del intervencionismo ético. Entre los dos períodos se intercalan zonas de influencias ideológicas beligerantes, actitudes contradictorias, declaraciones ambiguas y

regímenes de oscilación pendular: todo ello anuncia la gestación de la teoría nueva.

El abandono del principio de neutralidad necesitaba, para tener éxito, que el piloto de la hora poseyera las condiciones de Roosevelt. Abandonar el puerto que ampara a los indecisos y a los egoístas y medirse con lo ignoto, de cara al porvenir, es sin duda una empresa muy ardua en la que sólo triunfan los navegantes lúcidos.

Concluida la primera Guerra Mundial y abandonada la Sociedad de las Naciones a su propia suerte, empezó en la política exterior norteamericana un proceso formativo, cuyos principales rasgos se resumirán así: primero, liquidación del imperialismo en sus formas extremas; segundo, rehabilitación de la doctrina Monroe en su pristina pureza, respaldándola con un ideario político más noble, gracias a la derogación del "corolario Roosevelt" —interpretación peculiar que había consagrado el cazador de leones, don Teodoro—, es decir, se empieza pòdando al monroísmo de todo pretexto para futuras intervenciones; tercero, cristalización de una nueva política de neutralidad frente a los conflictos europeos y asiáticos; cuarto, reconocimiento de que es imposible ser a un mismo tiempo nación acreedora y nación altamente proteccionista. Así dispuesto el escenario, interfiere el pensamiento político del segundo Roosevelt y su clarividencia comunicativa hace la luz en la conciencia de su pueblo y en la conciencia de América.

Poco antes de comenzado el Segundo Acto de la tragedia mundial, escribía William T. Stone lo siguiente: "Cuando se logren estudiar cuidadosamente los diferentes métodos para mantener una neutralidad, se verá que ninguna idea legislativa, ya sea rígida o flexible, podrá automáticamente hacer que un país neutral permanezca alejado de una guerra general. Renunciando a alguno de sus derechos, y manteniendo a sus barcos y ciudadanos alejados de las zonas de combate, el neutral podrá disminuir el peligro de verse comprometido; pero tarde o temprano se encontrará frente a la cuestión de que sus propios intereses estatales están amenazados por el conflicto. Es entonces cuando aquél país neutral debe escoger entre pelear para defender sus intereses, o renunciar algunos de sus derechos para mantener la paz."

A lo que se ve, el autor de las líneas citadas no agotó las últimas consecuencias de su propio razonamiento, pues le habrían llevado a la conclusión de que el precio de la paz



no era precisamente el renunciamiento de fundamentales derechos. Roosevelt tuvo la visión exacta del problema.

4ª Revisión total de la economía de la libre concurrencia. "En el mundo libre —consigna el mensaje dirigido por Roosevelt al Congreso Nacional de Comercio Exterior, en octubre del presente año—, todos los hombres y todos los pueblos deben tener ciertos derechos. El derecho a producir, en la más amplia forma compatible con su capacidad, las cosas que ellos están en mejores condiciones de producir. Esto significa la igualdad en acceso a los materiales y al capital. Deben tener una libre elección los que produzcan, gobernados solamente por unos principios económicos y por el debido respeto hacia el bienestar de los demás. Cada país debe tener el derecho de cambiar sus productos propios por las cosas que necesite y desee."

Las incógnitas principales del pensamiento rooseveltiano se refieren a lo que él llama "unos principios económicos" reguladores de la libre elección de "los que produzcan"; otra interrogante aludiría a los nuevos sistemas de "cambiar productos propios por las cosas que se necesite y desee", y sin duda son de capital interés para una confrontación americanista de la post-guerra las cuestiones referentes a aquellos límites que se pretenda señalar a los beneficios y ganancias, y los arduos problemas que han de surgir de las nuevas relaciones entre el capital, el trabajo y la justicia. Para que las reformas anunciadas surtan efecto permanente y fructuoso, es necesario que sean substanciales, y por tanto, no pueden ser confiadas a hombres de ideas anacrónicas; bien entendido que la edad cronológica de los hombres no es la de sus ideas: si lo fuere, sexagenarios ilustres de hoy no debieron nacer aún, y mocetones vivaces deberían poder relatarnos con orgullo costumbres y normas aprendidas al servicio de Atila.

Una idea feliz en la confrontación americanista de la post-guerra expone Wendell Willkie con las siguientes palabras: "Hay dos extremos en la conducta económica de los pueblos: el individualismo aislacionista y el imperialismo penetrador. Estoy en contra de ambos. No habrá prosperidad económica mientras estos conceptos no lleguen a ser cosas del pasado. Esto es más urgente después de la guerra."

5ª Afrontar los problemas sociales del continente y del mundo bajo un ritmo que adelantándose a la política de reconstrucción material, facilite la inmensa obra y la cambie en halagüeño quehacer.

He señalado hasta aquí algunas condiciones que me ha-

bía permitido calificar de "imprescindibles" para la conquista de esa paz que América apetece. Cinco estipulaciones, entre muchas otras, sobre las cuales descansa el futuro venturoso de los pueblos, han polarizado la meditación de muchos hombres. Ninguna puede subestimarse.

El cumplimiento de las promesas que bendijeron los estandartes diafanizará la atmósfera de post-guerra; la paz sin transacciones ahuyentará los espectros que acechan los destinos del hombre; la renuncia de América al principio de neutralidad significa desde hoy el incorporarse definitivamente a la marcha de la humanidad considerada como un todo; la revisión total de la economía de la libre concurrencia propone los más dificultosos temas, para evitar el cuarteamiento casi inmediato del mundo de post-guerra; el afrontar con prelación los problemas sociales invita a precaverse contra el recidivamiento de los tumores cancerosos de la historia moderna.

Amenazado por la enorme amplitud de cada tema, séame permitido decir sólo algo más al rededor de algunas ideas que señalan puntos de proyección panorámica del espíritu continental americano.

Una guerra total sólo puede fundir en sus altos hornos ideas y sistemas que antes parecían ligados por hilos débiles y anudamientos de concomitancias externas. El período de implicaciones entre lo político y lo económico adquirirá en la post-guerra una significación profunda. Por mucho tiempo, lo político dictará sus normas, saturando la atmósfera en que se desenvolverán los otros aspectos de la vida nacional e internacional. La gestión gubernativa, absorta en el control político y obligada por un juego de fuerzas económico-sociales poderosas e irreductibles, implicará y complicará, a cada golpe de su palanca de mando, los mecanismos al parecer más heteróclitos de aquella gestión.

América debe prepararse a respirar en esa atmósfera y encontrar su tono de vida bajo tales condiciones.

La unificación política y la unificación económica se han retardado mucho en la historia; sus contradicciones internas han hecho que el ritmo favorable a la unificación política encuentre obstáculos que parecieron insalvables a la unificación económica, y viceversa. La estructuración cultural latinoamericana, por ejemplo, dependerá de que la economía y la política realicen un canon estricto en lo posible. Una especie de fatalidad histórica se encargó hasta hoy de oponer, con ritmos incongruentes y en compás heterogéneo, los



problemas políticos a las soluciones económicas y los problemas económicos a las soluciones políticas: contrapunto demasiado extravagante que trajo confusión, fatiga y desastre. La unificación política —diríamos, substancialmente democrática— sufre un retardo considerable. Mientras la unificación económica tendía a operarse mediante un proceso originado en los propios mecanismos de la economía, en busca de equilibrio para contrapesar su inevitable expansión, y mientras el desarrollo en paralelidad cultural se opera a merced de este mismo proceso, la unificación política surge como solución de emergencia, como actitud defensiva, como acuerdo provisorio. Pero la guerra, al abreviar el período del americanismo constructivo, nos conduce rápidamente a concluir lo que hacía falta: un libre, satisfactorio, sincero y durable convenio de inteligencias.

El sistema americanista, por otra parte, requiere condiciones de carácter político sui géneris. Entre éstas cabe enunciar la siguiente: el Nuevo Mundo no deberá ser controlado por un grupo racial. Latinos y sajones, indios, negros y mestizos, aborígenes y emigrados, desempeñarán su función propia en el organismo total; entendiéndose por función propia no la que le asigne el criterio de una raza económicamente preponderante, sino la que surja de sus propias características y aptitudes.

Ninguna tarea más ardua que la de una política de cooperación, si pretende realizarla y dirigirla un gran país que enfrenta suspicacias de todo género, resumidas en el denominador común de "¡alerta contra el imperialismo!". El gobernante de ese país ha de sortear los más increíbles obstáculos, para no caer en los errores a que se halla expuesto el político que trata con naciones de tan diferentes características y problemas, y en circunstancias demasiado variables según soplen los vientos de la política interna o de la política mundial en cada país.

La América Latina puede hacer honor a su espíritu de independencia, temperado por su anhelo de solidaridad, si logra hacer honor a su buen juicio que le exige el reconocimiento de algunas verdades y hechos incorporados ya con carácter histórico a su vida política actual.

Señalaré algunos entre los principales hechos.

1º—Estados Unidos necesita de cada país latinoamericano tanto como cada uno de éstos necesita de aquél.

2º—La política de buena vecindad es real y profundamente sincera, y sus proyectos de cooperación económica,

medularmente realistas, no desechan la levadura espiritual, antes bien, sirven de base a todas sus futuras creaciones.

3º—Los Estados Unidos, consecuentes con su Programa de cooperación económica, y Latinoamérica, segura de que han variado los procedimientos intervencionistas, empiezan a ver, y podrán verlo con más satisfacción en el futuro, si perseveran en su política creadora, llenarse sus mercados con artículos que satisfagan ampliamente sus respectivas necesidades, gracias a recíprocos y razonables privilegios que aseguren lícitas ganancias.

4º—El estricto cumplimiento de las obligaciones internacionales y la ecuanimidad reguladora en las negociaciones, pese a momentáneas quiebras de la justicia y la solidaridad, que no deben culparse a inconsecuencia o vacuidad doctrinaria, sino al prepotente influjo de obscuras fuerzas que serán vencidas y de circunstancias que no se repetirán fácilmente; digo que esas manifestaciones del espíritu americanista advienen espontáneamente, como frutos de idiosincrasia política a través de interesantes ensayos, y dan al mundo algo más que una literatura jurídica: una norma y un sistema de vida internacional. En dicha política asaz moralizadora, el Ecuador es un ejemplo vivo.

5º—El conocimiento positivo que se esfuerza por adquirir cada Nación americana a efecto de adaptar su política externa a la índole de cualquiera otra del Hemisferio —sapiencia que aún madura bajo todos los meridianos, pero de la que puede jactarse cuando menos la política rooseveltiana—, lo cual no degenera en flagrante oportunismo, antes favorece la tendencia a uniformar los principios y procedimientos americanistas.

6º—El intercambio cultural intensificado progresivamente lleva y trae, en un proceso de ósmosis benéfico, algo de las juventudes representativas de los dos básicos organismos culturales —indolatino y saxoamericano—, que se latinoamericanizan en el norte y se norteamericanizan en el sur; debiendo entenderse este proceso no como pérdida o desmedro de la personalidad nacional en afán imitativo, pues se trata más bien de un cauce natural de simpatización necesaria en la vida de un continente, cauce no ensayado, por desventura, en los otros continentes, cuya filosofía reitera la eficacia de penetrar en los corazones partiéndolos con bombas. El intercambio cultural en América es un medio de eludir la dependencia de servidumbre, creando la interdependencia de cooperación; es un procedimiento para asimilar lo bueno y



útil que un pueblo ofrece a otro, ya con su avanzada técnica o la originalidad de su espíritu.

7º—La certeza de que no sólo el pasado enseña y el presente obliga a unirse, sino de que el porvenir nos aguarda unidos para entregarnos los tesoros de la paz. Los problemas resueltos con la solidaridad de emergencia son grandes, pero comparativamente bien pocos si se intuyen o confrontan los muchos y difíciles que restan por resolverse. En la gigantesca lucha con lo inesperado y en la trayectoria oscura del destino de la humanidad, los riesgos que acechan son demasiado grandes y los deben afrontar las naciones organizando superestructuras políticas.

Sin duda la doctrina emericanista ha logrado éxitos positivos; mas, no basta la índole superior de una doctrina, ni el rico filón de sus principios, ni la buena fe de sus propósitos para que resulten vencidas las ocultas fuerzas retardatarias de su desarrollo. De ahí esas quiebras inexplicables al parecer de la justicia internacional, que tanto daño irrogan a una doctrina, pues son hábilmente explotadas por sus enemigos.

El americanismo se retrasó en el crecimiento aun más de lo previsible, por alguno de los siguientes motivos:

Porque la extensión geográfica del continente favorecía más el aislamiento físico e intelectual, amparaba el espíritu feudalista y hacía posible la dosificación del pan, la libertad y el alfabeto. Porque no pensamos acerca de los problemas—ni en lo comercial, ni en lo político, ni en lo técnico, ni en lo social— con datos a la vista y disciplinas dialécticas en la mente. Porque el mundo histórico en que se educaron nuestras juventudes se hallaba poblado de leyendas heroicas y de tabús. Porque los errores políticos del siglo XIX en América fueron la suma de los errores europeos y de los propios.

Porque tres grandes idiomas, orgullosos de su riqueza y perfección, se expandieron ahogando y no alentando el espíritu de valiosos idiomas indígenas. Porque el mundo del egoísmo político nacionalista es siempre más fascinante y concede privilegios individuales o de círculo, que se verían mermados en el mundo menos egoísta de la solidaridad internacional.

Ningún enemigo de otro continente es tan poderoso que rivalice en potencia destructiva con estos tres sintomáticos defectos del mestizaje: la indolencia, la susceptibilidad y la suspicacia. Duras realidades en el devenir histórico se encargaron de echar sobre el alma colectiva otro elemento desfavorable: el pesimismo. Entre esos factores de inercia y anarquía

se mueven con éxito los agentes de un antiamericanismo declarado, oculto o en verdad inconsciente.

La esencia del espíritu americano es el amor a la libertad y el respeto a la dignidad del hombre; en fuerza de repetirlo hay quienes se fatigan y optan por el simple rechazo de aquellos principios que nunca se resignarían a ver derogados. La guerra modifica el medio en que han de fructificar las ideas; pero el sentido de los términos esenciales, como la naturaleza del hombre, no se alteran con facilidad. Si una ola mística de sentido positivo o negativo, según sean las mentes que la impulsan, ha invadido el mundo, hay que hacer el balance serenamente desde América. En este instante quedan los siguientes bienes: la ilusión perdida de una cultura europea; la ciencia a la cual sin razón se le responsabiliza por su atrevimiento y sagacidad en descubrir los misterios de la naturaleza que tantos poderes mortíferos le entregaran al hombre; la política de los infalibles que blanden sus cachiporras a guisa de argumentos; el idealismo que enmudece desprestigiado por carencia de dinamia; la fe golpeada por el escepticismo, sin que por eso muera la superstición.

América no puede ya preguntarse si pretende Europa conservar su preeminencia intelectual; si transferirá el contralor histórico de la función cultural a otro grupo civilizador de occidente; si admitirá el reflujó de una cultura elaborada y difundida de oeste a este; América no puede preguntarse tampoco si la cultura de hoy bajará de nivel, porque Europa la subestime: la misión del Nuevo Mundo es edificar su propia cultura, no como excluyente de otras, sino como integrante armoniosa de la cultura ecuménica, destino del Hombre. Y desde este momento ha comenzado a ser de importancia vital una confrontación americanista de la post-guerra.

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ



# METODO SOCIOLOGICO DE INTERPRETACION DE LA HISTORIA

Llamados a una Conferencia por el Grupo América, al que nos honramos en pertenecer y que desarrolla un lucido plan de cultura nacional, hemos escogido, para cumplir tal propósito, un tema de interés denominado: "El Método Sociológico en la Interpretación de la Historia".

Los investigadores en la compleja rama de la Sociología, vacilan al determinar su contenido esencial y muy pocos han configurado su finalidad que se encuadra en la búsqueda incansable de la realidad cristalizada en la entraña misma de la Historia.

Apenas queremos señalar algunos postulados pertinentes al delineamiento del método que debe emplearse para interpretar la Historia y al modo de aplicarlo, anotando los resultados que pueden obtenerse, sin descuidar este procedimiento en lo que atañe al Ecuador. No es otro el objeto de esta Conferencia que la sometemos al juicio de tan distinguido auditorio, sin dejar de expresar que no estamos preparados para una obra de mayor alcance.

Dividimos este análisis en tres partes fundamentales: Especificación del método sociológico. Su manejo. Aplicaciones a la realidad ecuatoriana.

Iniciamos nuestro estudio con la especificación del método.

El pensamiento de nuestros días ha apreciado ya, con justicia, el inmenso aporte de la interpretación histórica que deja un caudal de enseñanzas de enorme beneficio para las generaciones del porvenir.

Los historiadores modernos y contemporáneos, utilizan un plan expositivo y explicativo de los hechos que configuran un ciclo determinado, dando a conocer, además, las condi-

ciones del medio en el cual se han producido esos hechos, sean de cualquier carácter.

Mas, hay una diferencia extensiva entre la narración de los hechos y su interpretación sociológica que contornea, con matices inconfundibles, el espíritu peculiar de la época que se quiere precisar. Conocer lo producido, no es señalar las causas necesarias que han actuado en la obtención del efecto. Esas causas son los elementos de fuerza activa que convergen, con modalidades características, a diseñar una etapa de vida colectiva, con signos tales que plasman en la Historia hechos trascendentales.

Así como los químicos conocen a fondo las reacciones de los cuerpos, porque las han experimentado en la entraña de sus retortas y de sus tubos de ensayo, los sociólogos, igualmente, aspiran a encontrar, en la inmensa trama de la Historia humana, el alma de un ciclo o, si se quiere, de una cultura.

No es otro el contenido propio de la interpretación sociológica. Un objetivo noble y de tal elevación, que suministra nada menos que el conocimiento de los aspectos por los que se debe operar intensamente, para desviar las direcciones negativas de una entidad social, que pueden extinguirla o trasmutarla.



De lo dicho se desprende que es imprescindible concretar el método que debe seguirse para lograr acercarse con evidencia a la realidad de las cosas. La Ciencia nunca podrá recomendar procedimientos arbitrarios o imaginativos, para explicar los hechos por sus causas. Buscará un sendero de objetividad que le dé base para analizar una estructura social que no asome desfigurada sino ceñida a la esencia de la vida misma.

Como punto de partida tenemos que reconocer la existencia de varias escuelas sociológicas. Ellas corresponden a la norma de la división del trabajo. Unas han preferido el factor raza; otras, el factor religioso, el medio geográfico, el económico, el psicológico, etc. Por esta causa podríamos suponer que es necesario el empleo de varios métodos para una interpretación sociológica de la Historia. Esta sería una conclusión aventurada, porque conduciría a un proceso descentrado en las investigaciones y a un juicio unilateral de los problemas. De aquí que nos veamos obligados a afirmar que la interpretación sociológica exige un solo método en el que se



sintetice, adecuadamente, todas las directivas de las escuelas relacionadas con la Sociología.

Quizá haga falta un mayor ahondamiento para la claridad de la premisa anterior. Al efecto, diremos que, en el orden lógico de la vida y únicamente por razón de especialidad de conocimientos, se dividen las cosas en partes para acelerar su apreciación-conceptual. A manera de ejemplo, tomamos la relación jurídica que actúa integralmente, sin dividir sus elementos, pero que, por razones metodológicas, tales elementos pueden estudiarse separadamente, o sea, primero la persona, luego la cosa y por fin el nexo de la relación. En el orden práctico, nadie podrá discutir que la persona sin la cosa, es elemento neutro, en el campo jurídico; de igual manera, la cosa sin el sujeto del derecho. La persona y el objeto sin el nexo, desvirtuarían la naturaleza misma de la relación jurídica tomada en sentido objetivo.

Igualmente, la realidad social es una sola, pero puede estudiarse separadamente sus partes. El elemento humano debe ser investigado desde el punto de vista de la raza, la lengua, la religión, etc. El medio geográfico será conocido en sí mismo, cuando se logre definir su producción agrícola, su ubicación, sus montañas y ríos, pero en un análisis sociológico sería más que absurdo especificar ciertas zonas del planeta sin su conexión con el factor humano que en ellas habita.

En consecuencia, las escuelas sociológicas, suponemos, que no se encuentran en oposición, por más que aparezca la energía y fuerza en la defensa de los principios que sustenta cada una de ellas. De este modo, la psicología colectiva de Le Bon, no se opone a ninguna socio-geografía; ni la lucha etnológica de Gumpłowick, a las leyes de Gabriel Tarde.

Sometiéndose, como se dijo antes, a la indeclinable norma de la división del trabajo, cada escuela tiene su fundamento científico y ha operado sobre uno o algunos de los elementos del todo social. Una interpretación completa de la Historia de un pueblo determinado, requiere, pues, un método integral, agrupador de los postulados de cada escuela.

¿Cuáles son las partes que componen el todo social?

No queremos referirnos sino a la sociología humana prescindiendo, en este trabajo, del magnífico aporte de quienes han estudiado las sociedades animales, como de las hormigas, abejas, especies marinas, etc. En tal virtud, tenemos que tomar, como primera etapa del camino a recorrer, la reunión de hombres formando una sociedad en un momento de la Historia, y en el presente.

Se debe a esta posibilidad, la inquietud espiritual de elevados valores americanos y de nuestra patria. Esa inquietud les ha conducido, entre otras cosas, a tratar de conocer la realidad actual del indio, señalando sus antecedentes en el preincaísmo, en el incaísmo y en la colonia, para, con todos estos antecedentes, definir con certidumbre, la realidad actual del indio.

Axioma fundamental que no se podrá descuidar, es el de que la sociedad humana, total o referida a un pueblo determinado, puede y debe ser estudiada en el pasado y en el presente. Se podrá quizá columbrar el futuro, mas, para tal aspecto, no cabe ninguna interpretación sociológica, porque simple y llanamente no hay Historia. Para el pasado y para el presente, la conclusión debe ser afirmativa, porque los cauces de la Historia han arrastrado su material hasta las horas actuales para edificar la sociedad que vemos y que queremos interpretar.

Aclaremos de paso que al hablar de un análisis de ciclos históricos, se podría suponer que queremos partir de la base de una mera reproducción de hechos, sin explicación de ninguna clase. Esta labor no podemos admitirla, porque sólomente se interpreta el hecho histórico, tomando la realidad actual de un pueblo, esto es, conociendo su organización, sus costumbres e instituciones; pero como todos estos elementos tienen sus raíces en épocas pasadas, hay, con rigor lógico, que estudiar esas raíces. En caso contrario, la interpretación sería deficiente por incompleta.

El elemento humano se manifiesta por varias proyecciones que dejan huella, unas veces honda, otras superficial, en el contorno de la Historia. Los factores sociológicos, convergen a especificar una entidad humana y expanden sus rayos sobre la órbita de acción de dicha entidad. Si se trata de una nacionalidad o de un pueblo, fuertemente constituídos, tendrán siempre su hora de dilatación internacional, como la Francia, con la Revolución de 1789; o Rusia, con su gran construcción social elevada sobre las cenizas de los Zares. La Francia se ha opacado y el pueblo de Stalin, con la inquebrantable fe en las páginas de sus pocos años de justicia social, quiere enfriar en sus estepas, el mito ardiente de la swástica.

¿Cuál será la razón de estos hechos así producidos en el devenir histórico? Sencillamente que la libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución Francesa, elevaron al pueblo que propugnó estos principios, derribando una Bastilla y hundiendo una Monarquía que creía fundar su poderío en los manda-



tos de Dios. Pero estos postulados de carácter político han sido modificados por principios más humanos. Rusia ha innovado el postulado de la libertad ya no ante la ley, sino ante la vida, a fin de variar las bases de una estructura social que mantiene y perpetúa la injusticia en virtud de la desigualdad.

En consecuencia, la manifestación de los fenómenos sociales depende de las ideas que actúen en período determinado, y por lo mismo, sus efectos se configuran por la acción de las energías latentes, en la misma forma que tratándose de los individuos. El todo social esquematizado, se reduce a una agrupación humana especificada por sus fenómenos sociales. Por ello se justifica las directivas de las diversas escuelas sociológicas que incorporan en sus normas de análisis todos los factores sociales, aún cuando haya escuelas que den preferencia a uno u otro de esos factores.

El razonamiento anterior sirve de base a la aceptación de un solo método interpretativo que lo denominamos método integral, quedándonos por señalar la técnica de su manejo para conseguir los resultados deseados, aplicándolo, luego, en lineamientos generales a nuestra realidad.

Sin embargo, creemos del caso establecer previamente algunas diferencias que servirán para circunscribir los procesos de desarrollo del indicado método.

Efectivamente, se diseñan tres planos distintos de investigación: La Filosofía de la Historia, la Sociología y la Interpretación Sociológica de la Historia. En la inmortal obra de Spengler se hace Filosofía de la Historia, y las tres almas, mágica, fáustica y apolínea, son símbolos de culturas con lineamientos precisos. La sociología estudia los hechos sociales en producción y en acción, sin que descuide la forma de averiguar el origen de la sociedad, que es el contenido de la Socio-génesis. La interpretación sociológica de la Historia, como método, tiene que actuar sobre los datos históricos y sobre el presente, con ayuda de las conclusiones de la Filosofía y de la Sociología.

Señalada esta diferenciación, debemos tratar, como es natural, del manejo del método.

El medio geográfico es, de modo indiscutible, el laboratorio de formación y desenvolvimiento de una colectividad humana. Con sobra de pruebas se ha demostrado el inmenso valor de la estructura geográfica. El valle, la montaña y el desierto, modelan características particulares de vida social. Las costumbres, las artes, la religión y la ética de la conducta, no pueden ser semejantes en las distintas estructuras, aún cuando

encontremos ciertos rasgos comunes, en atención a las causas históricas o a la tradición de soberanía territorial.

Dando por aceptado el supremo aporte de la Sociogeografía, creemos oportuno sentar un postulado de valoración lógica: El método sociológico de interpretación de la Historia, no puede ser universal sino particular, porque es casi imposible interpretar en una sola investigación la Historia universal. Mientras decae en grado la extensión del método, sus resultados tienen que ser más configurados y definidos o, si se quiere, precisos. Al contrario, si el referido método se amplía y se dilata, incorporando en su acción aspectos generales, es claro que los resultados no estarán concordes con la verdad.

La Filosofía tiende a ser generalista; el método de interpretación, debe ser particular y concreto para que se logre encerrar en linderaciones conocidas la apreciación efectiva de los hechos sociales.

No dejamos de advertir que la estructura geográfica puede también sufrir modificaciones geológicas, en razón de causas planetarias; pero estas modificaciones, especialmente las profundas, se producen, como es conocido, dentro de largos períodos y, por lo mismo, no pueden tener efecto directo sobre la vida social, ni pueden tampoco transformar la valencia sui-géneris de los factores sociológicos.

Nos encontramos, entonces, con una agrupación llamada sociedad y conocemos el medio en el que se ha formado y en el que se manifiesta en el presente.

Esta sociedad la vamos a considerar, para mayor claridad, como un núcleo rodeado de rayos luminosos en más o menos grado. A estos rayos denominamos: lengua, religión, arte, ciencia, fuerza económica y política. Cada uno de estos rayos, o algunos de ellos, han matizado la Historia y el presente, con mayor o menor intensidad, debiéndose a esta circunstancia el que algunos tratadistas se orienten a dividir la evolución social en ciclos puestos de relieve por el imperio y dominio de determinadas ideas, como la religiosa, la política, la económica, etc.

En la actualidad las agrupaciones humanas, divididas por nacionalidades, sienten la energía impositiva de la idea económica. Este es el rayo más luminoso del núcleo social; los demás, perdieron su intensidad de acción y, por ello, quedan como atraídos y conducidos por la energía predominante. La idea religiosa fué antaño fuerza interna y profunda que manejó pueblos y gobiernos. En el presente ningún movimiento,



mundial o continental, puede deberse a una idea religiosa. Este es un mero factor social sin subido matiz de procedimiento y sin proyección sobre los Estados. La independencia entre el orden político y el orden religioso, es indiscutible. El orden social se mantiene en razón de los principios que precognizan el respeto a la fe y la libertad de conciencia. Por lo mismo, el rayo religioso se ha opacado y es intenso el tono luminoso del factor económico. Este, ha desatado la guerra por la necesidad de conquistar materias primas y tierras, y políticamente su dinámica tiene un símbolo, un totem que proyecta hacia lo externo sus postulados. Por esto, hoy luchan dos símbolos: Una estrella sugestiva y prometedora que se llama Democracia, y una swástica que significa totalitarismo, supremacía de un poder sobre el mundo, en mengua de las libertades y de las más altas conquistas del pensamiento.

El intérprete de la Historia, al referirse a un pueblo determinado, debe clarificarlo previamente, en sus procesos pasados tomando, por ejemplo, en un ciclo, la modelación de los factores sociológicos actuantes y especificando sus contornos hasta llegar al presente de este pueblo, con análisis particular del factor sociológico predominante.

Bajo el control de la idea económica, simple y llanamente, tienen que ejercer su función las demás radiaciones del núcleo social y por tal causa, no se puede desatender la manifestación característica de cada uno de los hechos sociales objetivos, en la conceptualización de Durkeim.

Una vez estudiado el medio geográfico, el elemento humano y sus manifestaciones, es imprescindible concretar en conclusiones indeclinables, los signos de los hechos sociales para afirmar cómo se manifiestan la religión, la ciencia, el arte, la política y las instituciones jurídicas ante la supremacía del factor económico. Aún la lengua puede modificarse, orientándose hacia una nueva modalidad que va limando, poco a poco, la especificidad del idioma autóctono. Se presentan dos casos en América, aún cuando producidos por otros móviles que los económicos. La imposición del Castellano, al tiempo de la Conquista ha dejado supervivir el Quechua, única proyección de un ciclo pasado y transparentado en una clase social que reproduce determinados aspectos del Incario, pero que por ser supervivencia de formas y conceptos sociológicos antiguos, no se encuadra en la estructura política y social de nuestros días. Igualmente, tenemos el caso del idioma brasilero, portugués americano.

Refiriéndonos a estos hechos, podemos hablar de una transfusión idiomática que tiene grandes proyecciones en la delineación de los ciclos de cultura. Si la transfusión idiomática se produce por la fuerza, puede también resultar de la evolución lenta en los casos de yuxtaposición de grupos sociales de distintos caracteres. No debemos en este momento detenernos a explicar cuándo y cómo pueden producirse estos efectos ni las causas psicológicas en que pueden fundarse y desarrollarse. Señalamos apenas ejemplos para sistematizar la labor del método interpretativo de la historia, materia de esta disertación. Pero no olvidamos de manifestar que en los actuales momentos, la supremacía del factor económico, actúa sobre todo el Continente americano y comienza a imponerse el idioma Inglés y sus modalidades correlativas.

Si el factor sociológico que influye con reciedumbre en el núcleo social, mueve y orienta a los demás factores, fáciles es encontrar las normas que ayuden a conceptuar, con firmeza, el contorno total de la sociedad que se analiza.

Así por ejemplo, la esfinge y las pirámides han abierto sus hojas de lectura para demostrarnos el Egipto sacerdotal o mágico que, aunque gobernado por los Faraones, fué comandado por los sabios. Los reyes necesariamente tuvieron que dirigir su acción hacia los horizontes señalados por la más profunda teogonía, de ordinario trinitaria como la de Isis, Osiris y Oro. Así también al moverse la sociedad humana al impulso del factor económico, encontraremos pintura, escultura y música, como proyección indeclinable del alma popular. Igual resultado constataremos con respecto a las instituciones jurídicas que transparentan las necesidades de cada época y que muestran de cuerpo presente los sellos definidores de cada ciclo histórico. En la antigüedad, los trabajadores fueron esclavos y los inmortales monumentos del Egipto fueron construídos a impulso de las fuerzas dominadoras que en vez de hacer desaparecer a los vencidos, los convirtieron en elemento de producción. En la actualidad, y después de una evolución lenta pero invariable, en cuanto a las finalidades humanas, los trabajadores no son esclavos, sino que actúan en el mismo plano que el capital; y así como éste puede mover factores que colaboren a su expansión, la clase trabajadora, igualmente, conquista la más amplia protección jurídica en que se plasma la importancia del trabajo garantizándolo con derechos precisos e indiscutibles.

En el Ecuador y como demostración de las afirmaciones que hacemos, nos referimos al Código de Trabajo: Una clase



social que colabora a la formación de la riqueza, en su más amplio concepto, no podía quedar sujeta a las veleidades y caprichos de la omnipotencia del capital, sino encuadrarse en postulados jurídicos que acentúen la verdad de que el capital por sí solo, nada puede hacer, en tanto no actúe en completa alianza con el trabajo, para obtener armónicamente una sola finalidad de desarrollo y de engrandecimiento colectivos.

Si tomamos de paso la Edad Media que amontona la materia prima para la formación del Estado, tenemos el poderío del Señor Feudal en el Feudo, es decir, en la tenencia de la tierra. La servidumbre nace precisamente de la carencia de dominio territorial. El siervo está a las órdenes del Señor, quien exige el pago del censo, la capitación personal y el impuesto particular, a título de licencia o autorización para celebrar el contrato matrimonial.

Lo antiguo sobrevive en lo nuevo con fuerza singular, dijo muy acertadamente Keyserling. La Historia se repite, reproduce hechos no análogos, pero semejantes; y esta característica extraordinaria jamás puede perder de vista quien quiere interpretar la Historia.

Alguien, con sobra de razón, y estudiando la condición del indio en la América, afirmaba que tal hecho era una reproducción de la Edad Media. En efecto, para el indio hay señores feudales, hay **huasipungos** y hay servidumbre. El indio es un resto del Incario que agoniza lentamente. No se incorpora a la Cultura, forma una clase diferenciada, vive fuera del orden social y nadie la comprende.

Debemos también indicar que en períodos históricos en que el factor económico no era tan preponderante como en nuestros tiempos, la tenencia de la tierra o la posesión de riquezas materiales, creó siempre un poder y enmarcó una clase de autoridad e influencia. Todo esto, dentro del orden interno. Hoy, la proyección internacional del factor económico, con toda la fundamentación de la coyuntura de la economía es tan intensa, que Estados perfectamente constituidos y preparados, pueden señalar normas de acción continental y dirigir la política internacional.

En definitiva, muchos investigadores se inclinan a sostener como verdad irrefutable, la reproducción de la Historia; pero la repetición de los hechos, análogos y no semejantes, tiene necesariamente que adaptarse a la realidad actual, matizada por ideas y principios nuevos que solamente la evolu-

ción ha podido elevarlos a la categoría de normas de vida colectiva.

Se repiten, por tanto, aquellos hechos motores de las acciones sociales, como los acontecimientos que producen la efectividad de una estructura que se compadece con los criterios de justicia y progreso. Esos hechos motores pueden trabajar dentro de la línea tranquila de la evolución social, o en virtud de movimientos violentos que derriban formas opuestas a la figuración de la estructura social que se apetece y se busca.

El grito airado de los pueblos tiende a derrotar el sentido ensombrecido de las iniquidades; y a esto se debe precisamente la reproducción de determinados hechos, pero con un contenido anímico esencialmente distinto, ya que la personalidad de la asociación humana, cualquiera que ésta sea, incorpora de modo natural, los principios exigidos por la época que actúa en el panorama de la realidad sociológica.

Hoy, para no citar sino un caso, es urgente cambiar la denominación de: Derecho Privado por la de: Derecho Social. Indudablemente, en la actualidad, ningún derecho interesa más al individuo que a la sociedad y actuando ésta con la cooperación de los individuos, resulta absurdo oponer un derecho individual frente a un derecho social. El derecho es integral y su obra de armonía y de equilibrio, no podrá producirse sino en tanto el orden jurídico corresponda a la sociedad, garantía plena de los individuos.

Planteados los puntos de vista que dejamos expuestos, podríamos aseverar que se ha agrupado el material con el que debe construirse el método interpretativo de la realidad ecuatoriana. No se puede, por lo mismo, descuidar nuestra Historia ni el momento presente, reflejado en las proyecciones de los fenómenos sociológicos.

Pero el método que trazamos compete exclusivamente a los sociólogos, porque conocen la especificidad de cada uno de los hechos sociales, su conexión y su acción. Apenas podemos determinar los principios de aplicación del método, desde su génesis analítica e investigadora, hasta la consecución del objetivo deseado, o sea, hasta saber cuáles han sido las manifestaciones históricas de la vida social ecuatoriana, cómo se transparenta hoy y qué es lo que necesita esa vida, para propulsar rumbos de cultura que engrandezcan el presente y el porvenir de las generaciones.

Ante todo creemos del caso dejar constancia de un criterio que no ha sido del todo olvidado por algunas escuelas so-



ciológicas. Cuando nace una entidad de vida colectiva, o sea un pueblo, una nación o un Estado, las radiaciones del núcleo social que, como habíamos dicho antes, se concretan en manifestaciones objetivas o externas, como el arte, la ciencia, la religión, las instituciones, etc., aparecen sujetas a una acción conjunta, armónica y centralizada, diremos que el núcleo social opera con una directiva psicológica, o sea que ese núcleo, tiene una conciencia. En caso contrario, la entidad se disgrega, se retrasa, pierde normas fundamentales de vida, oscurece su propia Historia y carece de la visión interna de un destino a realizarse, visión que ha conducido a muchos pueblos a un sitio elevado en el movimiento del mundo.

¿El núcleo social ecuatoriano habrá tenido una conciencia, desde su origen, y la tendrá hoy?

Para responder a esta pregunta deberíamos utilizar todas las conclusiones y aspectos mantenidos por destacados tratadistas ecuatorianos; pero el aspecto señalado no es propiamente objeto de esta Conferencia, la que no debe ceñirse sino exclusivamente a la elaboración de los elementos lógicos de un método interpretativo de la Historia Nacional.

Sin embargo, es del caso que dejemos constancia de ciertas manifestaciones que revelan la actuación de una entidad con índices psicológicos indiscutibles. La Audiencia de Quito con el descubrimiento del Gran Río de las Amazonas y con la revolución de las Alcabalas, es un núcleo de conciencia. El fondo espiritual la conduce a la independización de España y a la Libertad. El sacrificio de los patriotas de Quito levantó la bandera de la República y una labor colectiva y sistemática, con mirajes de un magnífico porvenir, puso en fuga a la realeza.

¿Supervive este factor psicológico del originario núcleo social ecuatoriano? La respuesta tiene que ser negativa para ceñirnos a la verdad, especialmente si tomamos a la República desde su período inicial, a partir de la disolución de la Gran Colombia.

1830 es el año que abre paso a las odiosidades políticas. No hay lucha de partidos, sino profundas rencillas de banderías, exceptuando un momento histórico simbolizado en tres figuras cumbres: Rocafuerte, García Moreno y Alfaro, o sean, la organización, la fuerza de la disciplina y de la ley y la transformación ideológica, mediante la cual una idea, rompe los moldes clásicos de la cultura y acaricia con nuevo aliento las instituciones jurídicas, y en general, sociales.

Por lo demás, la base geográfica del Ecuador que quedó definida por la victoria de Tarquí, empezó a oscurecerse. El número de unidades que correspondieron a nuestra patria en el reparto de la deuda pública, no fué justo. En síntesis, declinaba el elemento directivo psicológico con una declinación progresiva tal, que hasta las glorias históricas están olvidadas y se deshace una realidad a causa de los errores, odios, represalias y venganzas, que han jugado en el escenario ecuatoriano, por un siglo y más, un papel desquiciador. Patria, solidaridad, concordia, ética y justicia, han sido conceptos demasiado conturbados por el capricho rencoroso de los gobernantes y por el desnivel moral de las banderías. Todo esto, ante un pueblo de espíritu inmóvil, por así decirlo, que ha mirado los hechos sin emoción y que ha visto pasar los cuadros de la vida republicana, como el observador frío de una cinta cinematográfica.

Es, pues, un imperativo del momento reconquistar lo que se ha perdido, esto es, actuar en tal forma que resurja y se consolide la conciencia de ecuatorianidad, único elemento que estructurará un pueblo unido por lazos históricos y coordinado por ideas que acentúan el paso seguro hacia las grandes conquistas del porvenir.

En el presente, quizás no se requiera definir los fenómenos sociológicos ecuatorianos, esto es, saber qué características específicas los configuran. Un estudio semejante corresponde a la Sociología aplicada, y sin negar su inmensa utilidad, debemos decir, previamente, que se necesita más acción que teoría, obra colectiva, no aislada, cooperación uniforme para realizar sin decaimiento lo que se juzgue como medios adecuados para reformar y salvar al país, evitando que éste sucumba con todos sus valores morales y materiales.

Ecuadorianidad es, sin duda, conciencia de nacionalidad y esto es lo que nos hace falta. ¿Cómo, entonces, debemos proceder para constituir y consolidar esa conciencia? No es otro el planteamiento del problema que, desde luego, exige abordarlo en un sentido particular y no extenso o general, ciñéndole a la realidad ecuatoriana, porque el método que propugnamos, aplicado a la interpretación de la entidad social en la que vivimos, nos ha llevado a concluir que esa entidad carece de conciencia.

No hay que olvidar que en la búsqueda de los medios de acción para robustecer la conciencia de ecuatorianidad, no debemos temer el juego de una ley sociológica muy bien estu-



diada por el notable investigador español Francisco Ayala, cuya opinión es la de que, el predominio de la nación produce el desplazamiento del determinante político y, a su vez, el predominio del Estado puede afectar la comunidad nacional. Únicamente nos fundamos en la situación actual del Ecuador y por ello buscamos una norma de equilibrio con la sola aspiración de que el Estado con su soberanía accione eficazmente en la formación de la directiva concienencial de la que carecemos, orientando las leyes, las instituciones y, sobre todo, el proceso educativo hacia el pueblo integralmente considerado, hasta despertar en él un **sabor vital** y una aproximación a un mismo destino. Tal sería el primordial deber que tenemos que cumplir todos los ecuatorianos. Por ello, se colige fácilmente que el Estado tiene que laborar sin descanso hasta constituir el estímulo vital de la nacionalidad. En caso contrario, el mismo Estado no podrá subsistir porque no tendrá una comunidad nacional que lo sustente y mantenga.

Nada se podrá obtener sin la persistencia en la acción, como primer requisito; y sin la solidaridad y cooperación, como segundo requisito. Una conciencia apagada por un siglo y más de errores, no se la puede resucitar en poco tiempo. Es indispensable configurarla en relación con las características específicas del medio en que está actuando o va a actuar. Y para obtener este resultado, basta con la obra pensante y activa de las minorías; pues, según el pensamiento del inolvidable José Ingenieros, "ningún progreso sería posible en las instituciones, si las fuerzas activas que lo determinan necesitaran para actuar, el consentimiento de las masas pasivas; es función de éstas resistirlo y no lo ignoran los conservadores al ampararse en su consentimiento. Los más altos problemas de Filosofía Política giran en torno de la voluntad atribuída a mayorías que no tienen ninguna, pues se limitan a servir a quien detenta la máquina del poder. Negar a minorías activas y pensantes el derecho de imponer sus ideales a mayorías que lo ignoran, los temen o los rechazan, es ignorar toda la Historia y proscribir todo progreso futuro."

Esta opinión, demuestra, con sobra de prueba, que el proceso formador de una conciencia, corresponde a las minorías, secundadas por un gobierno que quiera construir una estructura fuerte de nacionalidad.

Pasado el momento inicial, es ya del caso pensar en un plan conjunto e ininterrumpido, cuya finalidad no sea otra que la fortificación del alma nacional. Un plan semejante, debería tener, en nuestro concepto, tres categorías de causas: Pri-

mera: forma educacional, que, procediendo de las leyes del Estado, proyecte sobre el espíritu de los individuos y de la sociedad, una directiva ética de la vida. Segunda: instituciones jurídicas que respondan a la realidad de nuestros días y que no conserven perfiles clásicos propios de edades pasadas. Tercera: disciplina colectiva para la cooperación y la acción.

Entendemos que las tres categorías enunciadas, son las primordiales, sin que desconozcamos la existencia de otras causas secundarias que tendrán su campo de actividad una vez que trabajen intensamente las primeras, en forma invariable y sincera. Sólo así podrá quedar asegurada la armonía y preparado el camino para el triunfo de los ideales colectivos; y las leyes serán, además, expresión de necesidades y nunca normas de desigualdad social.

Este *modus operandi* irá unificando el espíritu nacional, única salvaguardia de la República. Insistimos en este particular por cuanto el connotado pensador ecuatoriano Víctor Gabriel Garcés, expone en sus "Ensayos Sociológicos", el siguiente juicio, que nos permitimos transcribirlo textualmente:

"También en esta hora del Nuevo Mundo, como aquélla de la conquista, merecería hondo estudio sociológico; una reconstrucción histórica del movimiento político, sincrónicamente con el proceso evolutivo de lo social americano. Sería bueno averiguar clara y categóricamente si la acción libertadora del tutelaje hispano, respondió a un imperativo ético encendido en el fondo de la conciencia de nuestros pueblos o acaso a la simple emotividad creadora de los magnos iluminados de América."

En realidad, el autor mencionado, deja una honda duda en el espíritu. ¿La libertad americana procedió de la conciencia de los pueblos o fué mera obra de sus conductores?

Sería necesario un estudio intenso para aclarar este punto y llegar a concretar si la obra libertadora fué de conciencia colectiva o de mero heroísmo individual. Creemos que es aceptable la segunda tesis, porque hemos convenido con el pensamiento de Ingenieros, que cristaliza una ley sociológica, mediante la cual, la energía anímica que proyecta rumbos humanos de alta trascendencia, es patrimonio de los conductores, cuyas múltiples facetas de luz sugestionan y arrastran a las colectividades.

Mas, como quiera que esto sea, la libertad se formó en América. Se constituyeron Estados independientes que para vivir en el escenario interno y externo del derecho continen-



tal, necesitan saber conservar esa libertad en virtud de una conciencia generadora que es un imperativo indiscutible.

Al referirnos al Ecuador, cuya Historia, con determinadas excepciones, no es Historia política, sino de odios que han ido sepultando sus glorias pasadas y desintegrando su personalidad, es urgente corregir los errores y pensar en un Ecuador grande por sus ideales nacionales y continentales y que, a más de conservar su libertad, sepa honrarla con un sincero patriotismo. Un verdadero patriotismo, es cuestión de conciencia, y cuando élla falta, queda abierto el campo a todas las derrotas. Hay desunión y no conducción, normas vitales individuales y no defensas de la vida conjunta. En una palabra, se retrocede cuando en las almas no pervive sino el estupor de los vencimientos que descuaja el sentido del dinamismo colectivo.

Por otra parte, un pueblo homogéneo y fuertemente cimentado en la posesión de su valencia, como entidad específica, tiene dos proyecciones que suponen efectos sociológicos especiales: Una proyección interna que trabaja por la elevación moral y material del mismo pueblo; y una proyección internacional que transparenta la fuerza consolidada de la nacionalidad en postulados y principios que tienen que ser necesariamente acogidos por la superconciencia de la Comunidad de naciones.

Podemos demostrar esta aseveración, refiriéndonos a la estructura jurídica del Panamericanismo, edificado sobre principios de gran contenido jurídico, aún cuando existan pocas normas positivas. Dicha estructura ha sido pulida, por decirlo así, por Estados perfectamente organizados con escuela de política exterior y con rasgos inconfundibles de conciencia interna. El principio jurídico, por inmenso y valioso que aparezca, requiere un fundamento subjetivo que estimule su vibración y que, proviniendo de una parte que es el Estado que lo propugna, impresione al todo, que es la comunidad. La conciencia de la nacionalidad, es el único factor que suministra respetabilidad y sistema de orden lógico de acción. En caso contrario, el principio, por más justo que sea, no hace eco y queda escrito en los discursos diplomáticos.

Modelar los elementos internos que constituyen el alma de una nación, es dotarla de una fuerte armadura anímica que enrumbe su propia vida y que expanda su esencia hacia el orden externo, para salvar con eficacia las normas esenciales de la convivencia humana. Esto se necesita hoy más que nunca, primero, para la defensa contra los orgullos de raza, y

luego, para hacer frente a los duros problemas de la postguerra, ante los cuales, un pueblo desorganizado, sin alma colectiva y sin disciplina, será, a no dudarlo, la más irredenta de las víctimas.



Las tres categorías de causas anteriormente citadas, como técnica de procedimiento, para crear y fortificar la conciencia de ecuatorianidad, son, en definitiva, aspectos motivadores de un resultado psicológico.

Cuando afirmamos que la educación debe imprimir el sentido ético de la vida y que las leyes y las instituciones, deben ceñirse a la realidad rompiendo, si para ello es necesario, sus contornos clásicos; y cuando propugnamos disciplina y colaboración, es claro que aspiramos a organizar la sociedad. Una organización semejante, viene a ser el fundamento de la idea fuerza, o sea, el comienzo de la conciencia de la nación.

Bunge, dice al respecto: "La idea fuerza social constituye, pues, el sentimiento instintivo subconsciente que posee todo hombre de que el coeficiente de sus fuerzas, se eleva inmensamente, cuando forma parte de una sociedad organizada."

Y según las leyes de Wundt, podemos también afirmar que las conclusiones sociológicas son extraídas de la Psicología. Conocemos las conclusiones sociológicas que pueden derivarse de la existencia de un núcleo social sin conciencia, conclusiones evidentemente negativas para el desarrollo de un pueblo en su sentido general; por ello señalamos el procedimiento para obtener esa conciencia, dejando probado que las ideas fuerzas, son el origen de una directiva primeramente individual y luego social. Por tal razón, no tememos equivocarnos cuando hemos sostenido que en la construcción científica de Wundt, los postulados sociológicos son simple y lógicamente tomados de la ciencia psicológica.

No nos queda otro recurso que insistir en el deber de iniciar, sin retardo, una obra de reconstrucción nacional. Nos hace falta unión, ética, para desterrar el odio, y trabajo colectivo y fecundo, para lograr el bien de la colectividad y las finalidades que se desprenden de una sociedad organizada. Hay felizmente fuerzas intelectuales y morales para empezar la cruzada de redención del país. Tenemos, además,



una juventud pujante que pondrá todo su esfuerzo al servicio de la gran causa de la patria. Ya no es hora de hacer doctrina en este aspecto, es hora de actuar con decisión y con el convencimiento de que trabajamos por el bienestar nacional. Para esta obra se necesita conductores provistos de la pureza del ideal que engrandece los actos humanos. Si olvidamos este deber, mañana la inmensa voz de la Historia acusará a quienes pudiendo salvar al Ecuador, han mirado impasibles su desintegración total.

Quito, Enero de 1943.

C A R L O S S A L A Z A R F L O R

## LA SIFILIS COMO PROBLEMA DE HIGIENE MENTAL

La revisión de las estadísticas mundiales de morbilidad demuestra, con la elocuencia de los hechos, que a medida que transcurren los años, el número de pacientes afectos de sífilis parece haber aumentado, en proporción alarmante. Y como se trata de una enfermedad que en el curso de su evolución puede determinar múltiples complicaciones, ya que no hay un sólo órgano de la economía que no pueda ser atacado por ella, resulta que esta infección ha dejado de constituir un problema estrictamente médico u hospitalario, para convertirse en un verdadero disturbio social, que exige atenciones y soluciones en las que tiene que colaborar una diversidad de elementos. Desde que la sífilis plantea interrogantes que interesan por igual a médicos, estadistas, educadores, legisladores, etc., debe entenderse que la calidad de complicaciones dependientes de su difusión pueden alterar hasta la organización familiar, creando así formas de malestar social particularmente llamativas.

No es, sin embargo, que en los días que corren, recién se propague la sífilis con una frecuencia aterradora. Hace mucho que ello ocurre, pues con seguridad su aparición data de épocas remotas. Pero ha acabado por llamar la atención ahora, porque los medios de diagnóstico por un lado, y el sentimiento de responsabilidad social por otro, hacen que en nuestro siglo y como una medida de defensa que interesa a todos, superadas las épocas de los grandes prejuicios, se considere el problema tal como es; en otras palabras, como una realidad que exige soluciones inmediatas y sistemáticamente dirigidas.

Pero hay más. Si la infección específica fuera una de las tantas enfermedades que se las puede dominar en corto



plazo, es claro que su propagación no habría determinado mayores dificultades, una vez que el adelanto de la ciencia pone a disposición del médico elementos cada vez más eficaces y mediante los cuales se puede limitar sus perjuicios, asegurando la mejoría o curación del enfermo. Pero ocurre que la sífilis tiene una evolución tan peculiar, que si no se la trata debidamente, sus más serias complicaciones no aparecen sino al cabo de muchos años, es decir cuando el paciente ha olvidado su lesión inicial, o, por falta de conocimientos, lo ha ignorado. Es así como a menudo ya sea el médico, el paciente o su familia no relacionan el trastorno actual con los accidentes primarios que ocurrieron 15 o 20 años atrás.

Por fin, y concretando más el punto que en rigor es el motivo central de esta conferencia, debemos destacar bien el hecho de que las más graves y alejadas complicaciones de origen específico, denuncian un serio compromiso del sistema nervioso central, el cual acarrea no sólo la invalidez progresiva del enfermo sino también su muerte, después de haber provocado serios y variados conflictos en el medio familiar y social del paciente. Estas complicaciones que atacan al sistema nervioso central determinan muchas veces alteraciones mentales de consideración, las mismas que, por afectar la capacidad profesional, comercial, etc., del enfermo, constituyen cataclismos cuyo origen no siempre se lo relaciona con la existencia de una enfermedad en plena evolución. Es el caso típico de la parálisis general progresiva.

Debemos agregar que no obstante los conocimientos adquiridos en los últimos tiempos gracias a las afanosas investigaciones realizadas por bacteriólogos, farmacólogos, clínicos, anatomo-patólogos, etc., todavía no se trata la sífilis en todos los medios con un criterio uniforme. Subsisten prejuicios y errores técnicos que perjudican al enfermo cada vez que la casualidad lo pone en manos inexpertas. Y si también recordamos la desdichada iniciativa que calificó a la lúes como "enfermedad secreta", atendiendo al hecho de que con frecuencia se la adquiere con la oportunidad de las relaciones sexuales, tendremos una visión exacta de los prejuicios más o menos populares que deben ser vencidos, para atenderla debidamente, lo que no será posible obtener sino mediante la asistencia capacitada y comprensiva de dispensarios, hospitales, etc., auxiliados por una labor de profilaxia conducida con eficiencia y tino.

En nuestro país, por desgracia, y a propósito de todos los particulares que plantea la propagación de la sífilis, pue-

de decirse que gran parte de las labores técnicas, de asistencia y prevención, están por hacerse. <sup>(1)</sup> Por eso conviene que el gran público en general, y el público selecto en particular, estén debidamente informados, aunque sea de tiempo en tiempo, acerca del estado actual de los conocimientos científicos referentes a esta infección y de los problemas que de ella se derivan, para que puedan colaborar con actividad en una cruzada en la que todos deben tener fincado su interés.

La exposición que sigue, si bien carece de originalidad, ya que se refiere a hechos del dominio de los círculos especializados, tiende a nutrir el conocimiento y hasta a excitar la curiosidad, como puntos de partida iniciales de una campaña que en el futuro será de gran envergadura y utilidad. Relataré, pues, a continuación, los datos que en todo momento deben tenerlos presentes las personas cultas, tanto para utilizarlos en su defensa personal como en la asistencia directa o indirecta de sus allegados.

La infección luética se caracteriza por la siguiente evolución: verificado el contagio inicial, sea con la oportunidad de relaciones sexuales, sea por la acción de exudados inflamatorios que contienen el germen sobre mucosas o en general tejidos sanos pero dislacerados, sea por vía hematógena, como ocurre en la sífilis innata, mal llamada hereditaria, se inicia un primer estado patológico, el septicémico, durante el cual encontramos a la espiroqueta no sólo en las lesiones iniciales sino en la sangre.

La invasión es tan intensa, por la presencia del agente infectante o de sus toxinas que, aparte la mayor o menor intensidad de los accidentes cutáneos o mucosos, provoca grandes reacciones aún en formaciones anatómicas profundas, como son las meninges. Terminado el período septicémico (época de las manifestaciones primarias y secundarias), y ya sea por el influjo de la medicación o bien gracias a la potencia de los mecanismos defensivos espontáneos, la espiroqueta, si no ha desaparecido, va a refugiarse en distintos órganos. Entonces se dice que la enfermedad ha pasado al estado de latencia. Transcurrido cierto tiempo, variable según el caso, la espiroqueta, que no ha quedado inactiva, determina

---

<sup>(1)</sup> Según datos proporcionados por la Dirección General de Sanidad en Quito, el dispensario de profilaxia venérea, sólo ha atendido el siguiente número de sífilíticos (en el período comprendido entre 1932 y 1942): 664 hombres y 781 mujeres.



la aparición de nuevos brotes, ésta vez localizados en distintas vísceras y tejidos: se trata ya del período terciario, más serio que los anteriores, desde el punto de vista pronóstico, porque comporta procesos destructivos de los tejidos, que no siempre son reversibles bajo la acción del tratamiento. Cualquier órgano puede ser el asiento de las localizaciones terciarias; la preferencia se hace proporcionadamente a su especial fragilidad. Aquí, por lo tanto, interviene una diversidad de factores que, en rigor, son los que conforman la historia patológica del individuo.

El terciarismo puede ser precoz en sus manifestaciones —y sobrevenir casi a continuación del período secundario—, o tardío, lo que es más frecuente. En el segundo caso, sus manifestaciones se las observa 4 o 5 años después del accidente inicial. Pero de todos modos o en ambas situaciones, el pronóstico resulta todavía muy favorable.

No podemos recordar en detalle las localizaciones terciarias, pero sí diremos que entre las más importantes están las que comprometen el sistema nervioso central y sus dependencias o formaciones adyacentes:

1º—Complicaciones del **mesenquino** o formas meningoconjuntivo-vasculares: meningitis sífilítica, gomas, procesos arteríticos. Con ser graves, éstas localizaciones son todavía accesibles al tratamiento habitual y a menudo se consigue su desaparición o por lo menos se logra mejorarlas considerablemente.

2º—Al lado de dichas localizaciones existen otras que por sí solas constituyen, más que un nuevo período —como se creía antes—, una nueva forma de localización nerviosa de la espiroqueta: se trata de la forma parenquimatosa, que antiguamente se denominaba para o metasífilis, representada especialmente por la tabes y la parálisis general. En la última está comprometido el elemento noble del tejido, la célula nerviosa, en primer término. La forma parenquimatosa de la nuero-lúes tiene la particularidad de no obedecer ya al tratamiento medicamentoso utilizado con evidente ventaja en los demás casos. Aparte de que su pronóstico es sombrío, porque sus manifestaciones clínicas sólo aparecen cuando se encuentra muy avanzado el proceso destructivo, el sinnúmero de manifestaciones mentales que comporta convierten casi siempre al enfermo en un inválido o en un demente, que casi nada puede esperar de la vida, si no es tratado con oportunidad, utilizando recursos terapéuticos muy diferentes de los

que ofrece la farmacología clásica, y ello siempre que las lesiones no sean extremadamente graves.

Antes de considerar con algún detenimiento lo referente a estas últimas formas —lo que acaso constituye el núcleo de nuestra disertación—, retrocedamos un tanto con el objeto de estudiar ciertos particulares de gran importancia y que se presentan en distintos momentos de la evolución del mal.

1º—**Influencia del terreno.**—Como en todas las infecciones, es el estado en que se encuentre el organismo al realizarse el contagio —incluidas sus características constitucionales—, el que determinará la mayor o menor gravedad de la afección. Que los órganos o tejidos más débiles serán más pronto presa del agente infectante, es cuestión conocida por todos. Pero lo que conviene subrayar desde este momento es que si tal cosa ocurre con el sistema nervioso central, especialmente con el cerebro, entonces las características de la infección serán harto serias, porque facilitarán la localización del treponema en el cerebro o la médula, y con ello la aparición de las temidas afecciones parenquimatosas. Ante la observación clínica general, el psicópata constitucional, el desequilibrado, el inestable, el neurasténico —que no son verdaderos alienados—, al infectarse con la sífilis, son los candidatos más seguros para la tabes o la parálisis general, que los individuos psíquicamente equilibrados.

2º—**Peculiaridades de la evolución de la enfermedad.**—A partir del accidente inicial, o talvez comenzando con él, se establece el período septicémico. Sea por la virulencia del germen o de sus toxinas, es lo cierto que todo el organismo pone en juego sus mecanismos defensivos, incluso el sistema nervioso, lo cual se comprueba, por ejemplo, con el examen del líquido céfalo-raquídeo durante el período secundario, que resulta positivo en sus respuestas hasta en el 68% de los casos. Terminado el secundarismo, haya intervenido o nó el tratamiento medicamentoso, el líquido va atenuando progresivamente su positividad, lo mismo que las reacciones serológicas de la sangre, hasta que llega un momento —que sobreviene en el mayor número de los casos— en que se negativizan dichas características específicas y la infección pasa al estado de latencia. Es éste el momento de mayor significación, tanto por los incidentes que apartándose de las normas generales pueden ocurrir en algunos casos, como porque intensificando o continuando el tratamiento, es posible conseguir la esterilización del enfermo. No nos ocuparemos de este



segundo caso —el más general, cuando el paciente sigue un tratamiento regular y bien dirigido—, sino del primero, es decir de aquel en que ocurren anomalías de evolución.

La principal y más seria es ésta: cuando el enfermo, tratado o no, mantiene su líquido céfalo-raquídeo con caracteres de positividad, revelando el estado de infección activa y de posible ataque al sistema nervioso, por un tiempo anormalmente largo. En tales circunstancias está aconsejado intensificar el tratamiento al máximo y aún utilizar los recursos heroicos como la malarización.

La razón es ésta. La positividad del líquido en los períodos primario y secundario es fugaz y a lo más ella indica la aparición de un proceso meningítico puro y simple, destinado a desaparecer en breve plazo. En cambio la positividad persistente supone casi siempre la existencia de una lesión orgánica del sistema nervioso, que debe ser combatido por medios de excepción, pues de no proceder así ella puede tomar cuerpo, determinando procesos destructivos que clínicamente se los aprecia con retardo, o lo que es lo mismo, cuando la eficacia terapéutica es muy limitada. Atentas éstas circunstancias, uno de los más notables sifilógrafos franceses, Ravaut, dividió la evolución de la sífilis nerviosa en dos grandes períodos: período biológico —revelado por los exámenes del líquido céfalo-raquídeo— y **período clínico**, cuyo abundante cortejo sintomático pone en evidencia lesiones perfectamente constituidas y a lo mejor irreparables. El período biológico, a su vez, se divide en dos etapas, la una benigna —aquella del período septicémico, transitoria y obediente al tratamiento específico standard—, y la otra tardía, rebelde al tratamiento antilúético, y que coexiste con lesiones graves del parénquima nervioso. (O. Lange). A esta última, siguiendo a Ravaut, también se la conoce con el nombre de "neuro-lúes pre-clínica", y es la que mayor interés despierta en la actualidad, porque todo tratamiento adecuado que se dirija a combatirla favorece grandemente al enfermo, pues evita que dichas lesiones se agraven, llevándolo hasta la fase clínica, en la cual los recursos terapéuticos son limitados y nó muy seguros en cuanto a la persistencia y obtención de resultados beneficiosos.

Insistimos en estos aspectos, si no novedosos, fundamentales de la evolución de la sífilis, porque conociéndolos se afirma la necesidad de que, en el curso del tratamiento, se efectúen en tiempo oportuno las punciones lumbares necesa-

rias para conocer el estado del líquido céfalo-raquídeo, pues los exámenes de sangre nada pueden aclarar sobre el curso de la infección, ya que con frecuencia son negativos cuando a lo mejor la positividad del líquido céfalo-raquídeo es alta.

Cuándo deben efectuarse las punciones lumbares? El criterio de O. Lange nos parece aceptable sin reservas: en los pacientes atendidos desde el período primario o secundario, el examen del líquido será hecho dos o tres meses después que la sero-reacción— el examen de sangre—, se tornó negativo bajo la influencia del tratamiento específico regular, que por lo común dura entre un año y año y medio.—Si el resultado del examen del líquido es negativo, el médico proseguirá un tratamiento moderado, que se lo destina a mantener y consolidar los resultados obtenidos. Si, al contrario, existieren anomalías licuóricas, el tratamiento se intensificará y se proseguirá siquiera por un año, al cabo del cual un nuevo examen del líquido céfalo-raquídeo será necesario. Si persisten las anomalías, se abandonará el tratamiento específico, el que será substituído por un tratamiento especializado (piretoterapia y medicación específica posterior).—En los enfermos observados desde el período terciario o con lúes latente, la punción debe efectuarse al comenzar el tratamiento. De sus resultados dependerá que nos decidamos por el tratamiento específico clásico o el especializado, que en estos momentos tiene la probabilidad de brindar los mejores éxitos.

En el público, sobre todo entre nosotros, se experimenta un gran temor siempre que el médico expresa la necesidad de practicar una punción lumbar. Unas veces el enfermo, otras sus familiares y hasta algunos médicos de cabecera o consultantes, se muestran temerosos ante esta pequeña intervención que no entraña peligros siempre que la ejecuten manos expertas y sean atendidas sus contraindicaciones. Sobre todo en la práctica privada este falso temor subsiste, y él constituye un obstáculo que es preciso vencerlo hasta acudiendo a la vulgarización de estas nociones, porque mientras perdure, son muchos los pacientes que prácticamente se precipitan hacia las más graves complicaciones de la infección luética, porque el profesional no ha tenido la energía suficiente para imponer el criterio técnico universalmente adoptado. Y es una lástima que en nuestro medio a veces sea el médico quien comete el error de creer que basta y sobra el examen de sangre para controlar los resultados del tratamiento específico, y por ello da de alta a ciegas, confiando con exceso en una Wasserman negativa.



Los riesgos que semejante procedimiento impone a los pacientes son demasiado graves para no recordarlos aquí y decir con voz muy alta: cada vez que un específico no sea atendido por el médico utilizando la punción lumbar y el examen del líquido céfalo-raquídeo, está en el caso de buscar un profesional más competente o que con mayor sentimiento de responsabilidad corresponda a la confianza que se ha depositado en su saber y moralidad.

Acaso este criterio parezca no sólo duro sino absolutista. Pero si se reflexiona con serenidad suficiente acerca de lo que acabamos de exponer sobre la evolución de la sífilis, se concluirá que no existen dos caminos a escoger, que no se trata de selección de técnicas ni de escuelas. Hay tan sólo un hecho que aparece escueto, pero con relieves bien definidos: el peligro que se deriva de las localizaciones profundas y graves de la sífilis, en especial las que comprometen al sistema nervioso central, sólo puede ser apreciado por el examen del líquido céfalo raquídeo.

**Importancia de las localizaciones neuro-luéticas.**—De mos un paso hacia adelante, considerando un nuevo problema, tal como en la realidad se presenta. Cualesquiera que sean las causas, es lo cierto que en todos los países, incluso el nuestro, a medida que se perfeccionan las técnicas o es más rigurosa la observación clínica, se constata que los casos de neuro-lúes clínicas, especialmente tabes y parálisis general, aparecen con mayor frecuencia. Como dato de especial valor, recordaré que el Sr. Dr. Luis A. León al examinar sistemáticamente el líquido céfalo-raquídeo de los enfermos crónicos que acuden al servicio de Neurología, del Hospital "Espejo", obtuvo los siguientes resultados: de 100 líquidos examinados, 45 revelaron infección luética. Y con relación al período de la enfermedad, los porcentajes se distribuyeron así: 17,3% al período secundario; 55,77% al terciario y 20,5% al cuaternario, o sea al de la tabes y la parálisis general.

Dejamos aparte el caso de accidentes terciarios que se localizan en otros órganos y tejidos y las lesiones mesenquimales del sistema nervioso, porque como hemos dicho, ellas casi siempre obedecen al tratamiento específico.

La parálisis general principalmente y luego la tabes, cuando se las diagnostica clínicamente, afirman con absoluta evidencia que el treponema de Schaudin se ha localizado en el sistema nervioso: corteza cerebral, substancia blanca de la médula espinal y sus cubiertas: meninges. Su presencia dela-

ta la existencia de procesos crónicos, talvez ya irreversibles, sobre todo cuando la terapia especializada no alcanza éxitos alentadores. Tanto desde el punto de vista de vida como de eficiencia, naturalmente más el paralítico que el tabético, son elementos sociales casi o del todo inútiles, cuya existencia provoca una verdadera tragedia familiar, no sólo por lo árdua que resulta su asistencia sino porque plantea interrogantes que predicen desolación y angustia. Recuérdese que se trata de una afección que aparece por lo general 10, 15 o 20 años después del accidente inicial, que fué incidente de juventud; es decir que casi siempre la edad del paralítico general, en su fase clínica, oscila entre 40 y 50 años. Por ello, los conflictos de diversa índole se multiplican. Veamos algunos:

a) **Económico:** caso de que la enfermedad no continúe su curso y más bien retroceda, el paciente estará algún día en condiciones de volver a su antigua situación profesional, social, etc., es decir, volverá a ser un factor económico productivo? En la práctica, sobre todo entre nosotros, el mayor número de casos evoluciona desfavorablemente, porque o no han sido tratados, o lo que es peor, han sido atendidos insuficiente o equivocadamente. Huelga el comentario sobre los que no se recuperan.

b) **Patológicas:** Dada la larga convivencia con su cónyuge o la frecuencia de las relaciones sexuales practicadas en el transcurso de tantos años, será aventurado suponer que en muchas ocasiones el paciente pudo contaminar a las mujeres que tuvieron comercio sexual con él? Es claro que ésta y las consideraciones que siguen son aplicables a todos los específicos, presenten o no lesiones de un sistema nervioso. Contagio a la descendencia.—Si el contagio conyugal y extramatrimonial puede considerarse como seguro, no ocurrirá lo mismo con los productos de la descendencia? A este propósito recordemos que Salomón, de la Escuela de Medicina de Harvard, estudió las familias de 555 sifilíticos, encontrando que el 20% de los cónyuges habían sido infectados y que el 10% de sus niños presentaban una Wassermann positiva en la sangre. Es de suponer que el porcentaje de contagio a los niños debió ser más alto; se sabe que tratándose de lesiones profundas y con mayor razón si se han localizado en el sistema nervioso, los resultados de los exámenes de sangre son frecuentemente negativos. De todos modos, las múltiples observaciones coincidentes aconsejan los exámenes sistemáticos familiares en todo hogar donde existan estos



enfermos, a fin de adoptar las medidas profilácticas o terapéuticas aconsejables según el caso.

Y para que el panorama sea más completo, conviene que recordemos otros particulares de importancia:

**Reacciones psicóticas de los luéticos.**— Aparte de las afecciones debidas a la localización del treponema en los elementos nobles del sistema nervioso y a los cuales nos hemos referido hasta aquí de preferencia, hay una gran variedad de accidentes de la misma etiología, aunque de menor gravedad, pero que deben ser conocidos para instaurar a tiempo una terapéutica eficaz. Mencionaremos siquiera los principales: a) **neurastenia sifilítica** (propia de los períodos primario y secundario y caracterizada por: dolores y sensación de presión cefálica, debilidad nerviosa excitabilidad, fatigalidad, desgano, distimia, hiperestesia, irritabilidad, dificultad de concentración); b) **meningitis sifilítica** (cuadro meningítico agudo acompañado de fiebre, obnubilación de la conciencia, delirios); c) **meningitis crónica** (más frecuente en el período terciario; a menudo de localización basilar, razón por la cual comprometen a los nervios craneanos basales, a la misma sustancia cerebral y sobre todo a los vasos de grande y mediano calibre, pudiendo hasta determinar endoarteritis intensas, cefaleas nocturnas y a veces acompañadas de convulsiones y parálisis de diversos nervios craneales; signos de hipertensión endocraneana, obnubilación, delirios, cambios acentuados del estado de ánimo; presencia de gomas con características de tumor cerebral. En las afecciones vasculares hay infiltración linfocitaria de todas las tunicas y alteraciones de la íntima que disminuyen la luz del vaso; consecuencia de ellas son los reblandecimientos y los accesos apopléticos que determinan hemiplejias, afasias, etc. Los síntomas mentales, sobre todo de déficit, pueden ser más o menos acentuados y persistentes, a pesar del éxito del tratamiento; d) **epilepsia sifilítica** (diferente de las formas esenciales, se la diagnostica por las reacciones serológicas y la sintomatología somática característica: trastornos pupilares. Obedece al tratamiento específico y se presenta a menudo en los casos de lúes innata); e) **formas reactivas de tipo exógeno**: adoptan casi todas las modalidades correspondientes a las entidades nosológicas conocidas en el campo psiquiátrico y se las diagnostica más que por su sintomatología mental, por sus trastornos neurológicos y por las reacciones de laboratorio. Es por eso que ante un cuadro de alienación mental, sin que ello sea supervalorar la etiología específica, debemos practicar todas las investigaciones ten-

dientes a ponerla en evidencia, pues que de ello depende el éxito del tratamiento. (Ver. J. Lange)

Un capítulo aparte está constituido por la **parálisis general**. Antiguamente se la consideraba como una forma metalútica, entendiendo por ello que era debida a la acción de las toxinas sobre la corteza cerebral y sus meninges. Pero desde que Noguchi logró demostrar la presencia de la espiroqueta en el cerebro de los paralíticos generales, se la considera como un proceso de encefalitis sifilítica en el estado terciario. Como particularidad especial que la diferencia de las demás formas de terciarismo, se anota la circunstancia de que no es accesible, como hemos dicho, al tratamiento específico, y sí a otras formas de terapia, la principal de las cuales es la inoculación de malaria. Clínicamente se trata de una enfermedad insidiosa y proteiforme en cuanto a la sintomatología. Se inicia con los aspectos más variados: crisis de trastornos del lenguaje, desmayos transitorios, hemiplejias también pasajeras, etc. Al cabo de cierto tiempo se anota una incapacidad de fijación y una distraibilidad creciente, lo mismo que una irritabilidad del temperamento, vulgarmente conocida como neurastenia, todo lo cual trae como consecuencia serias perturbaciones del rendimiento profesional u ocupacional. "El enfermo cambia de lugar objetos importantes, no acude a las citas, realiza buscamente actos incomprensibles, mientras que en el resto de su conducta puede no llamar la atención. En todo caso, la espontaneidad y la energía para la acción disminuyen precozmente. El trabajo continúa siguiendo los cauces habituales; pero el paciente ya no puede adquirir hábitos nuevos; fuera del trabajo está desinteresado y embotado. Se muestra sobre todo fatigado, y al propio tiempo nervioso, fácilmente irritable, susceptible. El mismo se siente agotado. El cónyuge, los buenos amigos y colegas observan sorprendentes faltas de tacto, suciedad creciente, pereza, descuido. Desviaciones crecientes de la conducta no dan lugar a una resonancia emocional. No es raro que llame la atención un apetito sexual creciente o una disminución más o menos rápida de la potencia. Por último hace su aparición el trastorno del lenguaje, se comprueban "negligencia en la escritura", desorden en la contabilidad comercial, falta de crítica al enjuiciar los negocios y personas. Los fracasos son recibidos con resignación apática, sin defensa activa; la debilidad característica del paralítico general se hace cada vez más clara, hasta que la claudicación en el rendimiento profesional, un acceso grave, una falta de tacto muy grosera, una acción



incomprensible o bien la acumulación de pequeñas faltas demuestra que se trata de una enfermedad y no de un exceso de fatiga. (Síntesis de J. Lange). Declarada aquella, se acentúan rápidamente todos los tipos de trastornos psíquicos y comienza a establecerse el estado demencial, que traduce un proceso de desintegración del tejido noble y su invasión creciente por la espiroqueta. Si no se establece con rapidez el tratamiento especial, la demencia progresa y el enfermo muere al cabo de dos o tres años, ofreciendo el espectáculo de una piltrafa humana, sin una luz de inteligencia, conservando apenas y con dificultad sus reacciones vegetativas primarias.

No insistiremos en la descripción de los demás cuadros neuro-psiquiátricos, porque con lo que hasta aquí hemos expuesto se tendrá una idea aproximada acerca de la cuantía y gravedad de las complicaciones sifilíticas sobre el sistema nervioso.

En cambio, y siempre en tema de sífilis, hay un problema que debe ser mencionado siquiera en sus líneas generales: el de la sífilis infantil debida al contagio por la madre. No es secreto para nadie que ya en el claustro materno, el niño está en condiciones óptima para recibir el germen infectante y que entre los recién nacidos se registra un número francamente espantable de trastornos y anomalías que deben ser atribuidos a la sífilis. Todo ello sin contar con los abortos a repetición y con el nacimiento de prematuros, que reconocen la misma etiología.

**Sífilis del recién nacido.** Descontando la circunstancia de que no todos los casos son diagnosticados, por lo menos oportunamente, se advierte que su frecuencia es grande en todos los países. Como datos previos, recordaremos que en los Estados Unidos de América se estima que hay 643.000 enfermos de sífilis, lo que corresponde al 4,7% de hombres y al 3,8% de mujeres con relación a la población total. En cuanto a la sífilis en las embarazadas, citaremos estos datos (Ver. T. Salomone Allievi): Alemania 7%; Suiza 4%; Norte América 4 al 11%; Argentina (1926) 6,61% y (.934) 1,46%; Inglaterra 4 al 9% (Larguía cit. por Salomone). Otro dato argentino (Instituto de Maternidad y Asistencia Social del Rawson): 2, 50% sobre el total de los ingresos.

De las observaciones realizadas en la Maternidad de Quito en casos de aborto, se establece que el 34% son de naturaleza específica y el 16% sospechoso de la misma etiología y que en los abortos repetidos las sospechas de especí-

ficidad avanzan hasta el 52% de los casos. (Ver tesis de J. Arboleda, 1940).

En lo que se refiere propiamente a los recién nacidos, anotamos estas cifras: Alemania 2,7 al 4%; Inglaterra 10%. En una larga lista referente a países europeos se dan cifras que oscilan entre el 0,3% (Berlín 1908-1930) y 30% (París, 1925). En Montevideo se calcula en un 10% los sífilíticos dentro de la población general y 0,26% de sífilis manifiesta en el niño. En la Argentina se acepta la cifra promedial de 3,18% para la sífilis innata en sus diversas modalidades y el 15% con síntomas sospechosos. Es muy posible que la mayor parte de estas cifras sean talvez más bajas que las efectivas, porque una diversidad de factores influyen para que no sean diagnosticados todos los casos. Desde luego quedan fuera del cálculo todos los que pertenecen a la clientela privada, que por razones obvias no son registrados en las estadísticas.

Segunda infancia. Argentina: 6,43% en la consulta externa y 16% en los internados (Hospital Rawson). Con referencia a 2.005 niños que nacieron vivos: 6,64 luéticos seguros; 18,36% luéticos probables (1934).

Gareiso y Escardó, que han realizado un brillante trabajo de investigación clínica y elaboración estadística sobre 20.000 niños, en Buenos Aires, dan las siguientes cifras de la frecuencia con que se ha anotado la sífilis en la etiología de las siguientes enfermedades: Epilepsia 38%; Oligofrenia 36,6%; Encefalopatías (síndrome psíquico y motor) 30%; Hemiplejia espástica 40%; Síndrome de Little 23%; Síndrome de Cecil Vogt 34%. Estas cifras corresponden a los casos en que se ha considerado a la sífilis como único antecedente etiológico de dichas afecciones. Por consiguiente, no están comprendidos dentro de ellas los casos en que la etiología es múltiple, aunque participe también la sífilis en su constitución.

En todos los casos pertinentes se ha abandonado las antiguas denominaciones de "sífilis hereditaria" y "sífilis congénita", substituyéndola por la de "sífilis innata", desde que todas sus manifestaciones patológicas se deben a la presencia de la espiroqueta en el organismo del niño, mediante el contagio realizado por la madre *in utero*; por lo tanto esta afección es posterior a la concepción y de origen exterior a su organismo. (Gareiso y Escardó).

En las afecciones neuro-psíquicas de la infancia, la sífilis actúa de dos maneras: como causa directa y eficiente (es



el caso de las estadísticas anotadas), y en colaboración con otras circunstancias etio-patogénicas como causa coadyuvante o preparante (que no nos ha parecido necesario comentar por ahora). Lo principal que debe tenerse en cuenta es que "la característica más importante de la lesión espiroquetósica está nó en el sitio del ataque, sino en el momento de la evolución del sistema nervioso en que el insulto tiene lugar" (G y E). Aceptando como probable que el contagio se hace en un plazo comprendido entre el 4º mes de la vida intrauterina y el 1er. mes del nacimiento, resultará que la acción deletérea de la espiroqueta resultará multiplicada por el desarrollo ulterior del cerebro; es por eso que se producen agenesias, disgenesias y malformaciones cuya primera causa es un meningitis y que más tarde no reaccionan al tratamiento específico mejor dirigido, ya que "la hora de la reacción inflamatoria ha transcurrido en un momento dado de la ontogenia cuando el sistema nervioso estaba en plena evolución formativa". (Gareiso y Escardó). En todos esos casos, la lesión degenerativa, que comporta destrucción de zonas importantes del sistema nervioso queda fuera del alcance del tratamiento. El hecho, pues, que de 100 niños afectados de enfermedades neuro-psíquicas, el 39% (cifra global), reconozcan una etiología específica irrecusable, lo es un dato de especial significación para comprender la difusión del mal en los distintos países del globo, y que obliga al comentario público, como punto de partida de una campaña profiláctica cada día más urgente.

El breve panorama que se ha ofrecido hasta aquí servirá para fundamentar las bases de dicha campaña, y nos dará pié para citar las normas apropiadas de higiene mental, que necesariamente tienen que formar parte de ella.

Como premisas, podríamos formular las conclusiones que naturalmente se desprenden de cuanto queda expuesto en las páginas anteriores:

1º—Sin considerar los factores que pueden haber determinado un incremento de la sífilis en el mundo entero, es lo cierto que su desarrollo en los centros urbanos y rurales plantea problemas de diversa índole, los mismos que deben ser resueltos a la brevedad posible.

2º—Reconociendo el hecho de que, por lo general, esta enfermedad es muy accesible al tratamiento medicamentoso bien dirigido, las condiciones especiales de su evolución y la existencia de localizaciones nerviosas que no obedecen al tratamiento estandarizado, imponen la utilización de recursos es-

peciales. A este propósito, no se concibe certeza alguna en cuanto a las peculiaridades de su evolución si oportunamente no se practican punciones lumbares, mediante las cuales es posible proceder al examen del líquido-raquídeo. Todo tratamiento que no acuda a este arbitrio, no puede considerarse seguro, desde el punto de vista técnico, y entraña grave peligro para el porvenir del enfermo.

3º—Entre las complicaciones nerviosas se reconocen algunas que, como la parálisis general, por haber comprometido la célula nerviosa misma, entrañan no sólo riesgo seguro de vida sino también la demencia del enfermo, si no es atendido a tiempo mediante procedimientos adecuados. Su aparición provoca graves conflictos familiares y sociales que pueden evitarse siempre que se apliquen oportunamente los recursos aconsejados por la profilaxia.

4º—Dado que existen diferentes posibilidades y formas de contagio, y que la más frecuente ocurre con motivo de las relaciones sexuales, toda campaña tendiente a combatir su difusión exige el concurso de médicos, estadistas, pedagogos, etc., y del público en general.

5º—Algo particularmente notorio es la frecuencia con que la sífilis se contagia en el claustro materno y durante la primera infancia. Las estadísticas mundiales sorprenden con sus altos porcentajes. Y así se explica que las afecciones neuropsíquicas de la infancia reconozcan porcentajes muy altos de casos en que la sífilis constituye el único agente etiológico, y un porcentaje, también subido, de aquellos en los cuales tiene el valor de causa coadyuvante o preparante.

6º—En las enfermedades mentales y con referencia a toda edad, la frecuencia con que se tropieza con la sífilis como factor casual único o coexistente, obliga a ser sistemáticos en la sospecha, como paso fundamental para establecer el diagnóstico y tratamiento de las mismas.

7º—Lo expuesto en las conclusiones anteriores autoriza a delinear siquiera en sus líneas generales lo que pudiera, con relación a este problema, ser más tarde un programa de higiene mental. Y ello con tanta mayor justificación, cuanto que la sífilis ataca y destruye frecuentemente el atributo que distingue a la especie humana: su inteligencia y su afectividad, la doble faceta de su vida psíquica.



## OBJETIVOS QUE DEBE PERSEGUIR LA HIGIENE MENTAL

La higiene mental, desde luego, no puede interesarse sólo por aquellos casos en que la amenaza de alienación o de trastornos neurológicos es cierta. Su campo de acción tiene que iniciarse desde las primeras manifestaciones de la infección, es decir desde su raíz.

**En el campo neurológico y con relación a la infancia.**— Creemos que aquí podríamos adoptar el criterio de Escardó y Gareiso, que trataremos de resumirlo a continuación. En primer término está lo que ellos denominan "preocupación neurológica", que consiste en un estado de alerta respecto de ciertas enfermedades neuro-psíquicas de la infancia. Esta preocupación deberían cultivarla por igual médicos, parteras, maestros, etc., a fin de no aceptar prejuicios o ideas equivocadas respecto de estas infecciones, ni verificar en consecuencia exámenes superficiales, pues al proceder así comprometen el porvenir del enfermo que, si no es tratado oportunamente, se convierte en un despojo familiar y social. Esta preocupación tiene que dirigirse a los siguientes puntos: a) los sospechosos; b) importancia de las convulsiones; c) valor del período silencioso de Pierre Marie; y d) control clínico del desarrollo neuro-psíquico. A propósito de los sospechosos, sobre los que puede haber influido alguna causa capaz de provocar desórdenes neuro-psíquicos, se tendrá vigilancia especial, por ejemplo, sobre todo niño nacido prematuramente, o si a término, con un peso inferior a 2.500 gramos; a todo el que haya padecido de traumatismo obstétrico y aún sin él, cuando su presentación no haya sido cefálica y directa; a todo el que haya presentado convulsiones en cualquier época de su vida. Para el pronóstico, lo mismo que para el diagnóstico, la aparición de convulsiones infantiles, es un hecho casi siempre muy serio. Es inútil que se lo disimule o disfrace con la denominación de "eclampsia infantil", "epileptismo" o "convulsiones epileptoideas". Ya que las convulsiones no son de ninguna manera formas de reacción propias de la primera infancia normal, cuando aparecen es que hay taras o ataques tóxicos o infecciosos que pueden pesar mucho en el futuro patológico del niño. Y de entre éstos, ya sabemos la cuantía con que interviene la sífilis. Por ello es que se afirma que el llamado "Síndrome eclámptico infantil" no es sino un síndrome eliléptico y es sobre este punto que conviene fijar el criterio cuando se observa y trata un niño convulsivo. Es claro que en estos niños no siempre se instala la epilepsia

a partir del primer acceso convulsivo de la primera infancia. Todo lo contrario. A menudo transcurren muchos años —28 y 39— hasta que ella se instale con sus caracteres clásicos. A este largo período de latencia es al que Pierre Marie ha llamado "el gran período de silencio", que se acortará o se alargará indefinidamente según hayan influido o no, o lo hayan hecho con mayor o menor intensidad, la diversidad de causas coadyuvantes. El que se pueda asegurar o por lo menos mejorar el porvenir del niño, dependerá de las medidas profilácticas que se hayan tomado. La norma, por lo mismo, será ésta: **cuidar el cerebro del enfermo**, es decir controlar cuidadosamente el desarrollo de su sistema nervioso; prever la hipocalcemia, vigilar la convalescencia de las enfermedades infecciosas; evitar toda clase de intoxicaciones, aún mínimas, de alcohol especialmente; usar optativamente la medicación sedante, si la observación del carácter y del sueño revelan excitabilidad, y por encima de todo, mantener en continua reserva el pronóstico alejado, cuidando, al mismo tiempo, de no crear en el niño la sensación de una inferioridad social.—Todo esto se hará en el infante cuando se observe un sólo ataque convulsivo. En cambio, si dicho episodio se repite, está aconsejado ensayar el tratamiento específico de prueba, no porque se reconozca en la sífilis la causa unívoca de la epilepsia, sino porque la observación cotidiana demuestra que aún en ausencia de síntomas clínicos o antecedentes ciertos, muchos niños reaccionan rápidamente al tratamiento específico.

La profilaxia de todas estas enfermedades reposará sobre un trípode: **documentación** (datos numerosos y escrupulosamente valorados); **propaganda** (difusión de conocimientos para el gran público y direcciones precisas para los elementos técnicos); y **asistencia** (profiláctica y curativa). A ello se agregaría una legislación adecuada, que permita realiampliamente los objetivos anteriores.

En la práctica, las labores profilácticas estarían organizadas en la siguiente forma: Tres son los grandes centros de concurrencia infantil: maternidades, hospitales y escuelas. La maternidad es la primera línea de defensa, pues permite el examen de la madre antes y después del nacimiento del niño, sobre todo si se cuenta con consultorios anexos para mujeres grávidas; la escuela podrá dar la voz de alarma cada vez que concuran a ella niños difíciles o sospechosos, y los hospitales atenderán afecciones ya confirmadas. Pero antes de que entren en función estas instituciones, hay otras medidas profilác-



ticas de gran significación. En primer término el examen médico prenupcial, ya obligatorio u optativo, según el caso, pero reforzado por una propaganda inteligente acerca de sus finalidades. El convencimiento acerca de su utilidad y la organización del **modus operandi** facilitarían su realización sin resistencias. Al principio, el examen no desautorizaría el matrimonio, sino que pondría en conocimiento de los futuros padres las nociones fundamentales para el caso, en especial.

El examen prenupcial no debería aparecer sólo como una exigencia estatal, sino más bien como un auxilio poderoso que las organizaciones sanitarias, universitarias, etc., prestan a los futuros padres al presentarle el panorama cierto de su realidad fisiológica y patológica a fin de que los nobilísimos ideales del matrimonio puedan llevarse a cabo en toda su amplitud.

El examen prenatal, realizado por consultorios especializados y en lo posible dependientes de las maternidades, trataría de familiarizarse con la futura madre, de adentrarse en su conciencia, de ligarla duraderamente a ellos. Luego se dedicaría a su asistencia y completaría con una organización estadística conveniente. Como norma general, "ninguna embarazada debe llegar al parto sin un examen serológico, y en caso de encontrarse la sífilis, se la someterá al tratamiento inmediato, pero antes de iniciarlo, es absolutamente necesario informar a la grávida y a su marido de los trascendental e imprescindible de este tratamiento para el futuro del niño" (E. y G.). El tratamiento debe efectuarse no en consultorios destinados a la atención de enfermedades venéreas, sino en las mismas maternidades, para vincular más aún a la madre con el lugar donde naciera su hijo y para ahorrarle momentos de temor y vergüenza. Así se lograría además la concurrencia de todos los familiares, padre y hermanos principalmente, que se sujetarían a los exámenes y tratamientos del caso. Se completaría esta labor con la organización de un fichero que permita seguir la evolución del niño a través de algunos años o hasta que sea necesario, una vez que en las maternidades reposaría toda la documentación referente a la madre y el niño.

Punto de especial referencia es el papel que podría desempeñar la escuela si en algunos maestros se injertara la "preocupación neurológica". A ellos les tocaría la catalogación de los sospechosos de enfermedad, que junto con los malos alumnos, debería remitirlos al examen especializado del médico escolar. Muchos de esos niños son psicópatas o enfer-

mos que mediante un tratamiento médico y pedagógico adecuado, pueden talvez hasta lograr el equilibrio que les falta, con beneficio para su porvenir. Es necesario convencerse que desde la escuela —donde muchas medidas coercitivas sólo provocan daños—, la acción del maestro inteligente y de iniciativa, al actuar de aquella manera, puede hacer por el niño más de lo que puede lograr con sus lecciones y prácticas de instrucción corrientes.

**La situación del adulto.**—Pasemos a considerar ahora la situación del adulto, sea que hay contraído la infección luética o que sus condiciones orgánicas y psíquicas lo hagan proclive a ella.

El primer caso sería aquel de un individuo psíquicamente normal, que como consecuencia de sus relaciones sexuales o mediante otro tipo de contagio, se haya infectado. Recordemos a este propósito que en algunos países, el nuestro en particular, subsiste la idea de que la sífilis es un "enfermedad vergonzosa", a pesar de que las condiciones en que se verifica el contagio pone en peligro a casi todos sus habitantes. La emoción que experimenta el individuo al ser víctima de él constituye a menudo una tragedia psicológica, cuando no se trata de un ignorante o de un irresponsable. Ocurre, pues, un traumatismo afectivo de consideración que a veces da lugar a impulsos trágicos. El papel del médico, en tales circunstancias, tiene que ser tino, discreto y suficientemente enérgico. Como se trata de una enfermedad que asusta sobre todo por lo largo del tratamiento, está aconsejado que la actitud del profesional no sea ni muy pesimista ni muy optimista. Será científico y humano; científico en el sentido de explicar con claridad al paciente que no se trata de una enfermedad irremediable, que puede obtener su curación completa si dedica a ello toda su constancia y buena voluntad, para seguridad de sí mismo y de los suyos, y para que pueda acometer con tesón y entusiasmo las tareas propias del ser humano y de parte integrante de la comunidad. Y tiene que ser humano porque en su trato con el enfermo, debe esforzarse por atenuar la gravedad del mal acudiendo a toda suerte de argumentos y emitiendo sus opiniones y consejos con el calor de un amigo. Nada del charlatanismo que aparenta una falsa euforia, pero tampoco nada de actitudes intransigentes y espantables, propias de los tiempos inquisitoriales. Todos los extremos son dañinos, y aún más cuando en ellos intervienen la ignorancia o la mala fe. Por eso estamos lejos de los carteles terroíficos que en vez de convencer inducían



a la ocultación y al miedo, factores negativos para un tratamiento sistemático y bien conducido.

El segundo caso se refiere al paciente que inicia su tratamiento. Ya hemos expuesto cuales son las normas cuya eficacia está en la actualidad universalmente reconocida para que la atención técnica se cumpla con seguridad y eficiencia, procurando no sólo la curación del enfermo sino la prevención de los accidentes graves, entre los cuales constan en primer término los de índole neuro-psiquiátrica.

El tercer caso comprende a los individuos psíquicamente anormales. Tipos dotados de constituciones psicopáticas, están expuestos más que los otros, tanto al contagio como a las peores complicaciones. Su inestabilidad, su forma de vida irregular, su irritabilidad, su inescrupulosidad, etc., los pone en condiciones de inferioridad ante la gran tarea de conservar su salud. Es aquí donde la labor de muchas organizaciones estatales y la del médico convergen, pues por un lado tiene que realizarse una tarea de defensa social ante estos anormales tan difíciles —porque no se trata de dementes o alienados—, y por otra el médico tiene que atender a dos problemas patológicos: el de la sífilis en evolución y el de un temperamento psicopático, que aún antes de contraer la enfermedad estaba constituyendo un caso clínico. No vamos a enumerar ahora la inmensa variedad de temperamentos y constituciones anómalas, pero sí recordaremos que en todas las sociedades hay dos representantes típicos —cuando contienen disposiciones endógenas— de dichas personalidades: el delincuente y la prostituta.

Inermes ante los peligros del medio, víctimas preferidas de toda clase de desviaciones, y además ignorantes y por ello irresponsables e indiferentes al interés de la salud social, son el pasto de las enfermedades venéreas, que no representan dentro de sus vivencias psíquicas mas que incidentes sin importancia u oportunidades para saciar consciente o inconscientemente sus impulsos de resentidos. Como no cuidan ni respetan su propio persona, lo que es ajeno vale para ellos menos aún; dentro de su psiquis sólo cuenta la satisfacción de los impulsos primarios. Están infectados e infectan con la naturalidad del hombre normal que respira o que pasea. Aquí el papel de la higiene mental tiene que ser esencialmente coercitivo, y por eso se impone una legislación adecuada. La reglamentación de la prostitución y la educación sexual desde los bancos de los establecimientos de enseñanza, la organización de instituciones que en materia penal y penitencia-

ria lleven a cabo no sólo una tarea represiva sino sobre todo educativa; el establecimiento de consultorios de higiene mental donde se asista a los psicópatas desde sus primeras manifestaciones; la labor ardua, por lo amplia y compleja, de las visitadoras sociales, que representan el lazo de unión entre hospitales, consultorios, dispensarios y el hogar; la propaganda educativa que, despojándose de prejuicios y timideces, aborde a la luz del sol los problemas de la generación, de la sexología, de la psicoterapia, de la neuropsiquiatría, etc. todas ellas son instituciones de higiene mental. Y todas ellas son útiles, porque el monstruo de mil cabezas no puede ser atacado y dominado sino desde una multiplicidad de frentes.

Tratándose de psicópatas o más llanamente de individuos psíquicamente anormales, la tarea de profilaxia mental tiene que cumplirse sobre la base de una orientación y de organizaciones técnicas que en lo posible impidan que sobre dicha anomalía se injerte la sífilis, o que el anormal mental sífilítico se vuelva un agente activísimo de la propagación del mal.

Si esta clase de conflictos tienen que ser resueltos con la colaboración de luéticos inteligentes y psíquicamente normales, entonces se puede hablar de una verdadera educación del sífilítico, que tendrá dos fases: la referente a las directivas que lo pondrán a cubierto de complicaciones graves, y la instructiva, mediante la cual obrará en lo sucesivo en forma de no constituir una fuente de contagio.

Pero como ésta es una situación excepcional, por lo pronto, lo más hacedero será difundir por todos los medios la instrucción acerca de esta clase de problemas, a fin de crear una conciencia y un sentimiento de responsabilidad, sin las cuales aún las medidas coercitivas más radicales no pueden lograr un beneficio apreciable. En muchos países se ha creído —y se ha llegado a realizar— que la propagación de las enfermedades venéreas, especialmente la sífilis, debía ser combatida mediante una legislación especial que tenga como punto de partida el establecimiento de una nueva figura penológica, el "delito de contagio venéreo". Materia árdua de discutir en este momento, pero cuyo recuerdo y el de que el problema interesa por igual a la legislación penal (delito de contagio venéreo, el contagio venéreo y sus aspectos médico legales), a la legislación civil (como impedimento para contraer matrimonio o como causa de divorcio), y a la legislación obrera (accidentes de trabajo), afirma la importancia de la cues-



ción que algún día tendrá que ser materia de debates apasionados y fructíferos también en nuestro país.

Si las páginas cuya lectura tan benévola habéis escuchado, sirven en algo para despertar la preocupación general acerca de estos problemas palpitantes y que son de orden público y privado, me sentiré feliz de haber contribuido a ello, porque no es posible que frente a estas dolorosas realidades la entraña misma de nuestra nacionalidad se vea minada por estos males, si bien gravísimos y difundidos por todo el orbe, pueden y deben ser regulados por la ciencia y la voluntad social de superarse, mediante un esfuerzo inteligentemente mancomunado.

Quito, Enero de 1943.

- Arboleda Jaime: "La infección sífilítica en la etiología del aborto". Tesis. Quito, 1940.
- Bumke O.: "Tratado de las Enfermedades Mentales". Barcelona. 2ª edición.
- Gareiso A. y Escardó F.: "Neurología Infantil". Bs. Aires. 1936.
- Genil-Perrin: "Syphilis and Mental Hygiene". *Proced. of the First International Congress on Mental Hygiene*. Vol. One. Pags. 406-444.
- Lange Oswaldo: "Sífilis nervosa pre-clínica". S. Paulo. 1938.
- Lange Oswaldo: "O Líquido cefalo-raquídeo em Clínica". S. Paulo. 1937.
- Lange Oswaldo: "Profilaxia da Sífilis Nervosa". *Rev. de Neurol. y Psiquiat. de Sao Paulo*. Vol. VII. Nº 1. 1399. Pags. 1-4.
- Lange Joannes y Bostroem J.: "Psiquiatría". Madrid. 1942.
- León Luis A.: "Técnica de análisis y semiología del Líquido Céfaloráquideo". Tesis. Quito, 1935.
- Nonne Max: "Sífilis y Sistema Nervioso". Madrid.
- Rojas Nerio y Bonnet F.: "El Contagio Venéreo ante la Medicina Forense". Buenos Aires. 1938.
- Salomone Allievi S.: "La Sífilis del recién nacido". Buenos Aires. 1937.
- Segunda Sesión Académica de la Asociación Médica de Quito. En: "Bol. de la As. Méd. de Quito". T. I.—Nº 1. Págs. 18-30. (Exposición del Dr. Luis A. León).

J U L I O E N D A R A

## LA MUCHACHA DEL BAÑO

*Erguida sobre el plinto del trampolín elástico,  
bajo el sol que retuesta su cuerpo en primavera  
y el cielo fulgurante de diáfana alegría,  
la muchacha del baño, que una nereida fuera,  
recorta su figura en el azul fantástico: ..  
junco sensual prendiendo los ámbitos del día.*

*Gaviota jubilosa que va a arrancar el vuelo,  
con los brazos en alto, tenso el cuerpo vibrante  
mira en rosas azules temblar el agua pura.  
Ojos faunales punzan la floral escultura  
y ella siente mordida su carne palpitante  
por la revuelta ronda de los vientos en celo.*

*Luego, púdica y ágil, flexiona en ritmo breve,  
y en graciosa parábola cruza el aire, curvada,  
sirena retorcida en la marina fragua.  
Hirió la luz el vuelo de ese cuerpo de nieve  
y saltó hacia los aires, brillante e irisada,  
la loca pirotecnia de las estrellas de agua.*



*Pez de las nacaradas espeluncas marinas  
flota, moviendo leves, en la azul transparencia,  
las dos estrellamares de sus manos votivas.  
Túrgidas se dibujan las líneas femeninas  
del cuerpo en movimiento, cuya plástica esencia  
besan las ondas ávidas con mil bocas lascivas.*

*Brillan al sol los peces de los muslos dorados.  
Algas enrojecidas juegan en la melena.  
Y, cuando va de espaldas, en las aguas tendida,  
remándose con brazos de lirios recortados,  
parece que llevara la juvenil sirena  
su cola en las dos piernas anfibias dividida.*

*Salta a la orilla, esbelta, cubierta de rocío:  
en el pecho temblándole los senos florecidos  
y el cuerpo reluciente de nácares rosados.  
Cuando, fugaz, se aleja, sin dejos fatigados,  
una música extraña, de celestes sonidos  
y un perfume de rosas quedan en el vacío.*

# DAVID CONTRA GOLIAT

La madre sufre para que su hijo pueda vivir. La vida nace de la muerte. Para que el trigo crezca es preciso que la semilla perezca. Ningún pueblo ha surgido sin purificarse en la semilla del sufrimiento.

**Mahatma Gandhi**

Ojalá pudiérais vivir en la fragancia de la tierra, y, como plantas aéreas, sosteneros de la luz...

**Gibrán Jalil Gibrán**

El que se sienta libre y limpio, coja la honda de David y lance la piedra de la protesta a la frente de Goliat.

**Alfredo Martínez**

## ECUADOR

A Dña. Hipatia Cárdenas de Bustamante

El Ecuador es una lonja áurea sobre el lomo del monstruo mesozoico del mundo. En él, la arteria del termómetro se ha estirado espantosamente: desde la orilla calurosa del Pacífico hasta la cúspide gélida de los Andes. El clavicordio del clima, por esta audacia, orquesta en su teclado de seis mil trescientos metros, la singular sinfonía de las temperaturas, que se derrama en colores y fragancias... Los geodésicos prendieron en su pecho la banderola que avisa el equilibrio terráqueo. Y pregonaron que en el anillo de oro de la línea ecuatorial está engastada la constelación diamantina de los nevados eternos.





El misterio, en su vuelo creador, llegó a su seno virgen. Y la pasión supo llenar el vaso de sus anhelos. Desde entonces, la fauna repasa el abecedario de la danta; rememora su pasado en el hueso pétreo del mastodonte. El cóndor, desde el barrote del aire, picotea el corazón del sol. La serpiente, aguja de cuerda, cose la tela verde del bosque. La flora gotea sus pomos de almíbar; relampaguea en el guiño oloroso de los pétalos. El caracol desenvuelve su alfombra de vidrio para que pase la espiral de su cuerpo. Los insectos, lentejuelas con alas, trazan en el pizarrón del espacio los secretos del vuelo.



En el crisol de sus hoyas se forja el hombre cósmico. El indio barniza su bronce y obtiene el trigo del mestizo; el blanco mezcla sus mármoles con el marfil del montuvio. El negro cosecha auroras de hierro. En arterias tan singulares, sólo el futuro ha de descifrar el oro de su poder...

La conquista: llaga de lanza; la colonia: látigo de paria; la república: papeleta de farsa electoral. Tres vampiros del egoísmo; tres gobiernos espúreos, han lacerado sus carnes con el cilicio de la infamia. Empero, nuestro hombre, beodo de ocio, de alcohol, de miseria, se abriga en el rescoldo del porvenir.



Conferencia de Río de Janeiro. Una mesa redonda. Veintiún hombres de América. Cuarenta y dos pupilas midiendo la hermosa lonja del Ecuador, que es un corazón palpitante en la bandeja de un mapa. Una voz entre dientes: —La presa no es despreciable... Se pregona la unión de los pueblos. Se llama a la concordia. Estos no asisten. Se han refugiado en la penumbra del futuro. Se cita a la razón. Esta responde airada: —No es dable ni honroso la mutilación de un cuerpo. Cortaos un brazo y dadme la respuesta. El derecho lanza el ascua de su protesta: —Os he enseñado a defender lo vuestro; a respetar lo ajeno. Si no practicáis estas enseñanzas, romped la balanza de la justicia. La tiniebla del silencio prendió sus colmillos en las almas de los congregados. Una diestra rapaz se alzó amenazante. El turbio re-

lâmpago de un puñal manchó el recinto. Hubo un grito: el dolor de cien años. Cuando huyó el dragón del delito, los cancilleres sostenían en sus manos cómplices el corazón mutilado del Ecuador.



El perfume de una voz limpia suavizó el ambiente. El espíritu jesucristino del Canciller Padilla anunciaba: —Acercaos a la lumbre de la concordia y de la justicia. Sin equidad, la paz no existe. La discordia tiene abiertas sus fauces de exterminio. Sólo la paz, fulgor de la concordia, engrandece y unifica a los pueblos. . .

## MONTALVO, QUIJOTE DE LOS ANDES

El que no tiene algo de Don Quijote no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes.

Juan Montalvo

El bronce y la piedra han apresado tu espíritu de llama inconforme. Hasta ayer ambulabas removiendo y suscitando. Acercándote con el día. No obstante el silencio cómplice de nuestros oídos, la ceguera pusilámene de nuestros ojos. La coraza de la estulticia en que vivimos soterrados, se ha endurecido tanto. A cien leguas de distancia percibimos el taldro de tu palabra que chisporotea en el acero de la indiferencia.

Ya te podemos ver. Ya te podemos sentir mejor. La fama te ha revestido de formas gloriosas. Nuevamente arderá tu frase de antorcha incendiaria. Otra vez crecerá en tu cerebro la constelación del universo, y se dará al hombre en el relâmpago de un pensamiento puro. Por tu presencia augusta, la calumnia se ha de cortar la lengua. La lanza redentora de tu pluma dejará en cada noche una aurora perenne.

Cómo te ve mi instinto. Cómo te siente mi espíritu. Para llegar a estas laderas has escogido la envoltura sublime del Quijote. Llegas en buena hora cabalgando en el rocín de las pasiones. Siempre fuiste oportuno. Hay que dasfacer agravios. Enderezar entuertos. En tu primera jornada encontrarás al pueblo atado a la encina de su propia libertad. Sus espaldas azotadas por el amo del tiempo. ¡De este desacato, que tu lanza de buena cuenta!



Ciento diez años te ha esperado la angustia de este pueblo que pasa como Job a la puerta de su tienda exhibiendo sus llagas. Los siete pecados capitales andan sueltos, y han tomado formas horripilantes. No hay senda ni albergue que no escondan la traición y la inquina. Quien habla de justicia es un loco de atar. El templo de la patria está poblado de fariseos. Los hombres no se cansan de vender el alma en rezagos. Es por esto que el diablo anda entre nosotros, como cualquier amigo, asido de las manos. Véngate como Jesús! Que el látigo de tu cólera imprima en la canalla el estigma de su culpa.

Caballero impoluto, purifica este ambiente. Enseñadnos a amar sin el cobre del interés. Enseñadnos a trabajar para que todos tengan la sombra de un alero. Que tu palabra sea el trigo de nuestra hambre; la brújula de nuestros pasos. Que tu virtud alumbré el infortunio. Que nazca con el germen de tu prédica la luz de la concordia. Que tu nombre sea el símbolo de la democracia tantas veces citada pero desconocida.

Caballero, hermano del Mesías. Se acercarán a tí el vulgo bostezando su ignavia y el forjador de frases sonoras pero huecas. Tú sabes que el pigmeo te ha de llamar "grande hombre". No ignoras que el mediocre se deshace en loanzas. Incorpórate, Maestro, en tu gamelgo. Hierde a la turba con tu palabra sabia: —Menguadas y sordas criaturas. Por ventura, habéis sentido crecer en vuestras entrañas el alba de la sonrisa de Dios? La virtud es su huella y el regocijo de nuestras obras. La nobleza se forja en el crisol del bien. Y es tan vasto su imperio. Para medirlo, hay que desenvolver las hebras infinitas del sol. Sólo el perverso tiene un centímetro para apreciar su alma. . . Acercaos a mí, como un hombre a otro hombre, como se juntan un río a otro río. No tratéis de encumbraros si vuestras plantas no conocen mi escala. Y si practicáis las normas de la hidalguía, venid conmigo a derribar al gigante del mal. . .

## MENSAJE A WALLACE

Tú que sentiste arder en tus hombros el manto imperial del sol de los incas. Tú que alegraste tu sed con el agua que se desborda de las copas inmensas de los nevados ecuatoriales. Tú que purificaste con el hálito puro de los Andes tus pulmones tiznados por el humo de las fábricas. Tú que llevas es-

crito en la lámina del paladar el sabor jocundo de la tierra. Tú que mediste con el buitre de tu avión lo capacidad luminosa de las cumbres. . . Encierra en la redoma brillante de tu palabra la superficie mutilada del Ecuador. Y si el bisturí de la conmiseración te desgarrá el pecho, lanza a los cuatro vientos la llamarada de tu protesta. Tú sabes que el americanismo no conculca el derecho de los pueblos. Y que la concordia y la paz del Continente pueden ser realidades si se extrangula al demonio de la injusticia.



Tú escarmenaste el vellón de nuestros niños: florecillas silvestres, abandonadas del jardinero que les arrime a la línea vertical. Tú oíste el acento bronco de nuestros hombres: árboles desnudos y macilentos, sin nidos ni cantos en sus ramas reseca; tiritando de soledad. Tú redescubriste la imagen abstrusa de los indios: vástagos taciturnos de un imperio en que el mundo era más grande porque era de todos. Tú subiste a las torres sin campanas de nuestros jóvenes: niños de treinta años, con las frentes manchadas por el polvo de sumisiones bárbaras. Si este cuadro que guardas en la sala de tu alma, no tiene los matices eternos de la energía, ni el fluido magnético de la invención, castiga a la incuria que nos da sus pesones de sombras. Alaba, es justo, lo que nos sobra: la esperanza, que nos abre una ruta con brochazos de luz. Y por élla, que este lienzo de América, conquiste el dólar de tu aprecio.

Si el tiempo no te llevó al borde de nuestra entraña, el buzo de tu percepción pudo ver escondido en la ceniza del dolor el amanecer de un diamante. . . No te asombre el hueso de la pereza. Ni el poder de la célula que sueña en la brasa de nuestra sangre. No te asombre tampoco que aun nos queda, a pesar de los golpes infames de Caín, algún río que ríe a carcajadas para enseñar en sus lenguas el júbilo del oro. Cualquiera día, el vértigo del trabajo nos halará de la mano hasta dejarnos en la cumbre. . . allá, donde nuestro hombre dejará de ser dos manos descarnadas que desgarran el vientre del espacio. Que Dios nos libre entonces de los malos instintos. La ambición de los fuertes es dolor de los débiles. La fuerza de los grandes, arrasa el verde plantío de los dulces anhelos. No hay imperialismo que no triture algún germen benéfico. La paz vive en peligro. No nos pueden temer. . . Quienes un día crearon en América la libertad latina, y co-



locaron en Río los cimientos de la concordia, no tienen otra cosa que el acíbar del calvario. ¡Dios está con nosotros!

Señor de la monstruosa yanquilandia. La huella de tu sandalia es ahora nuestro campo de aterrizaje. Ya pueden venir, en el avión de la sinceridad, los maestros preclaros, los nuncios del porvenir. Los surcos están abiertos para el grano benefactor. Puede llegar hasta Cristo en el aeroplano del Bien. Si nuevamente encuentra fariseos, no faltará más de un Cireneo. Señor de las estrellas del Norte, que predices el siglo del pueblo. Tu palabra, torrente de agua clara, se filtra, perla a perla, en las breñas calcinadas de nuestros espíritus. La primera flor que brote ha de lucir el perfume de tu prédica santa. La enviaremos también para que la encierres en la redoma de tu palabra, junto a la superficie del Ecuador mutilado a nombre de la concordia americana, como si la concordia hubiera requerido para su bajel un océano de lágrimas...

**Notícula.**—El Sr. Wallace ha dicho en Guayaquil: "Para recibir, hay que contribuir primero." Esta frase ha caído en el pueblo como una bomba inesperada. El Sr. Wallace conoce el sacrificio del Ecuador en Río de Janeiro. Conoce también su contribución para la defensa del Continente: Las Islas Galápaos...? ¿Se puede exigir a un país de escasos recursos mayor sacrificio? Creemos en sus frases de solidaridad americanista y de cristiano demócrata. Jesús dió una lección sublime de verdadera cooperación, enseñando al que tenía dos túnicas, desprenderse de la una en favor del que no lo tenía.

A L F R E D O M A R T I N E Z

## LOS PROBLEMAS ECONOMICO-SOCIALES Y SU EXPRESION LITERARIA EN AMERICA

Acerca de si los problemas económico-sociales alcanzan en América su expresión literaria, no cabe establecer afirmaciones concluyentes. Y escribir la palabra de una rotunda negación, tampoco es posible, a lo menos si se considera que varias de las inquietudes sociales, todas, en su raíz, de orden económico, cuentan en el Continente, con novelistas que buscan la realidad de esas dolencias, con cultivadores del ensayo que las han elevado a su prosa meditadora o revoloteante y con poetas que, olvidándose de la imagen puramente romántica, quieren dar a su sensibilidad el tema de las desigualdades económicas y tocan, por lo mismo, en la entraña social. Los sociólogos en América no constituyen, de verdad, un frente avizor cuya fortaleza llegue a la intensa propaganda de la cual reclamaría una labor restañadora, y creo que la sociología se diluye, más bien, en la curva interrogante del ensayo y ahonda, como es natural, o repasa por lo menos, aún sin pretensiones de querer descubrir fórmulas ni remedios, por los capítulos de la novela. Y asimismo la Biología. Allí en donde se descubre la estructura anímica y física del hombre de América, personaje de novela y de ensayo y figura de poema, están delineándose una biología y una sociología que, para ser americanas, habrán de salir de los dominios del hombre americano, si vitalmente parecido al de Occidente, esencialmente distinto en cuanto el ambiente lo conforma, la Geografía lo regla, el valor étnico lo impulsa o lo detiene en sus luchas o en sus aspiraciones, y se debe tanto a la voluntad de la tierra, como a la de quienes, de una u otra manera, gobier-



nan a esa tierra y se incautan del hombre, por más que sea justo establecer que en el Continente de América, que ya no es el de la duda, ni tampoco el de un estreno demasiado primerizo, el hombre está menos sujeto a las ligaduras férreas de la esclavitud, así del cuerpo como del espíritu, y la tierra, más dilatada, no suele restar, como en los estadios en los que la civilización cumplió con su tarea de siglos, iniciando quizá una etapa de recomienzo que ha de hacerse a trueque de una era sangrienta, hasta el aire respirable y el mínimo lugar en el que se siembre el grano de la felicidad. Esto no obstante, no cabe proclamar tampoco la felicidad perdurable e incondicional del hombre de América. Sujeto está, quizá por sino adánico, a las torturas o a las angustias o por lo menos a los dolores del hombre. Y aquellas y estos tienen que reflejarse en su literatura. Y si la obra literaria ha tenido y tendrá, si quiere mantener su trascendencia humana, un contenido y una eficacia sociales, es preciso que los problemas económico-sociales de nuestro hemisferio, sean buscados en las expresiones literarias de estos pueblos, como lo fueron y continúan siéndolo en todas las épocas de la historia y como se marchó, por ejemplo, a conocer las expansiones indias y el comienzo arduo de la lucha racista en Mahabaratás y Ramayanas, y como, más tarde, detrás del bello mito de Helena, resorte sin duda para las luchas helénicas, hubo de encontrarse que problemas económico-sociales estaban, sin ocultación posible, así en los griegos raudos y combatientes como en la Troya rica y sitiada y que, sin ir mucho a la descarnada forma de la humanidad, en el mismo viaje leyéndico de La Odisea, existió la interminable curiosidad de los marinos y su angustia económica de aventura, como años después en los españoles y en los portugueses. Y no hay que olvidar que Ulises fué uno de los Argonautas y que ayer, como ahora y como mañana, se habrá de continuar buscando el vellocino de oro o los tentadores Eldorados de América. Pero, ¿los problemas económicos sociales tienen en América una expresión literaria condigna, propia, ajustada a la verdad y que pueda servir, sin réplica, como de un documento al que acudamos para saber cuáles son esos problemas, y, una vez conocidos, si no en el escuetismo de pruebas realísticas, en la carnación creativa de obras literarias, colmadas de belleza, —tanto mejor si se trata de la del nuevo realismo—, entregarlos para su resolución a todos cuantos tengan que hacer y deban realizar en estas tierras a las que algún poeta continuaría llamándolas colónidas? Esa es, a mi ver, la cuestión que quiere plantearse el in-

terésante Congreso de Literatura Iberoamericana que va a levantar la palabra de América al cabo de los cuatro siglos y medio de su descubrimiento y que se propone un tema tan vasto como atractivo: El Nuevo Mundo y su Concepto Literario.

Entiendo que este breve trabajo debe aplicarse más bien a suscitar que a concluir, porque si tal pretendiera, estaría desconociendo la misma fértil labor del Congreso, en sus perspectivas y en sus conclusiones. Vale, por lo mismo, más que las citas que van a surtir con parquedad, sin enlace cronológico y más bien que como puntos de partida, como simples recuerdos para el comentario del Congreso, el aprecio insinuado al comienzo de estas líneas. La literatura de América contiene expresiones de los problemas económico-sociales que le han afectado, ayer quizá por razones de su modo arcádico menos premiosos que en el momento, influido notablemente por la crisis universal, pero no son muchas las que clarifican el sentido de esos problemas, o a lo menos sería de desearse que surja el que las antologizara, sujetándolas a una prueba selectiva, o que es posible aguardar, así de la angustia como de la esperanza de este girón del mundo en el cual está para muchos el futuro del Universo, al ensayista que, sin prisa y sin dilaciones, sin acerbidad y sin fervores ilusos, se diera a interpretar, como en un jalón para el sociólogo y el biólogo, para el gobernante y el político, y para el propietario y el obrero, y para el burgués y el hombre medio, las realidades de América, que asumen, es claro, caracteres un tanto diferenciales, según los medios económicos y los climas, pero que si conservan alguna unidad que las acerca y emparenta.

Es posible sostener que los problemas económico-sociales de América se han reflejado en buena parte de sus expresiones literarias, pero también conviene abrir un paréntesis discreto para las posiciones extremas de esa literatura, en cuanto feudalista o burguesa, o proletaria. Y de modo parecido a como los griegos de la tragedia vieron el espectáculo de "su mundo", ha tenido que ocurrir con los literatos de nuestro Continente. (Esquilo desde su sitial de eupátrida; Sófocles detrás de su gusto pulido de la clase media y Eurípides más cerca de la popular). Y aun cuando el parangón no resulte perfectamente exacto, y apuntando las salvedades de que varios escritores de largos recursos económicos pudieron comprender el dolor de las clases llamadas bajas por su indigencia o peor aún por su desesperante tono medio frente a imperiosas sollicitaciones de posición y decoro, lo frecuente ha



sido que se hiciera o una literatura aristocratizante, de "torre de marfil", de sordera elevada, o, en otro plano, una ponderación demasiado cruda y falsa de cifras humanas que ni siquiera llegaron a sospechar el ademán de sus procuradores artísticos, sinceros o interesados, sin que hubiese faltado esta última calidad, cuando se hizo una literatura deliberadamente socializante con el propósito de que la masa irredenta de "los de abajo", sirviese de trampolín, para los que quisieron, por tal medio, llegar "hacia arriba". Y no que se pretenda que, como se dijo de la égloga, que debiera de haber sido escrita por pastores para que no resultara artificial, la novela del indio fuera trazada por indios sobre la dureza de su misma parcela, o el poema negro por un poeta de color que estuviese en el centro de su misma ardencia, ventilada apenas en los tubos de la marimba, porque el indio ha menester, justamente, del primer respiro civilizado, y el negro, por lo general, de una obra que les destiñera el pensamiento, pero si que precisa de una atención asidua a la realidad, o de una justeza que vuelva de valor más efectivo y durable al documento literario. Palabras que, desde luego, no se oponen a lo que tiene de vibrante, como propaganda, el tono urgido que, acogiéndose a los datos móviles de la imaginación, tal como lo buscó y lo aceptó el arte de todos los tiempos, agranda los contornos de las figuras y el perfil de los episodios, para mostrárselos al espectador despreocupado o miope, o vuelto adrede incomprensivo y evadido.

Una breve visión de la literatura de América puede justificar el que sus problemas económico-sociales estuvieran por lo menos revelados en todas las épocas, aún en las llamadas "sombrosas" de la Colonia. El caso de Espejo, en el Ecuador, es más que sintomático. Y desde la Colonia, entre golillas y letrados, váse a la revolución de las alcabalas, y es allí en donde se incuba la Independencia, por el aprecio del problema económico-social, que se le siente más que se le denomina, por la desigualdad entre españoles y criollos y por la fortuna quebrada del indio. Recordaré de paso como al mismo Espejo, amigo de marqueses como el demócrata de Selva Alegre, hombre de ilustre pluma, de erudición adelantada y cáustico decir, se le inscribió, a su fallecimiento, en el registro destinado a los indios y los negros, y anotaré como, en el proceso colonial, el problema económico se caracterizaba por el tributo ponderoso que debían pagar los indios, (la mita, por ejemplo), y como de nuestras tierras vírgenes via-

jaba el oro hacia lares castellanos, a trueque, eso sí, del perenne dorado de nuestros templos de joyel y encajería.

Pero hay que llegar a épocas más próximas en las que el problema económico-social se manifiesta, en la literatura, con rasgos más precisos. Entre los escritores de América, creo que uno de los que mejor lo comprende es Sarmiento. De tal modo su **Facundo** ha de quedarse como una revelación auténtica de lo que, no sólo en la Argentina de su época, (1845), sino en la mayor parte de nuestros pueblos ocurría en el conflicto de los destinos camperos y los graves sojuzgamientos impuestos por caudillos bárbaros. Y Sarmiento pensó, más que ningún otro hombre de estos lares, en la necesidad de civilizar y desanalfabetizar. Porque, ¿qué gana el indio con que le hagamos leyes si no puede conocerlas en su letra y disfrutarlas plenamente? Y así resulta que escribimos literatura de indios para letrados y que si el indio no va a la escuela, ignorará por siempre la epopeya sangrienta o pintoresca que hacemos de su vida y ha de continuar arrastrando su precaria existencia, sin la que no hubiera, desde luego, el material propicio para la forma buida de nuestras páginas. El gran Sarmiento quiso la hora de la escuela y la traza de su **Facundo Quiroga** decurre todavía por nuestros andurriales, aun cuando ya no sea a caballo. El ecuatoriano Montalvo dijo que le gustaría escribir una página sobre el indio que hiciera llorar aún a lo inerte, coincidiendo, pero ya en modo polémico, con el "Sun lacrimae rerum" de Virgilio. Y el tocó también, con su fusión helenística y castellana y criolla, en la carne del problema político de América, origen de los sociales, en lo que estos se entranan en las dictaduras o surten de las mismas.

Y sin que se piense en poetizaciones como la del notable uruguayo Alejandro Magariños Cervantes, cuya novela **Curumurú** aclara, otra vez, la ruta difícil de la raza doblegada por el conquistador, y resbalando sobre obras excelentes como la de Ricardo Palma, aptas para el rastreo, en las tradiciones, de problemas sociales que nos fueron afines, y dejando de lado las novelas del chileno Blest Gana, así como las del mexicano Altamirano, habría de buscarse, como un ejemplo de comprensiva americanidad, de enjuiciamiento fuerte, de ahondamiento en los problemas sociales, las páginas del peruano Manuel González Prada o la estela inapagable de Martí, el americano más de América que se haya conocido a través de sus páginas y de su vida, siempre en vivac



y en busca de que hallaran solución los problemas económico sociales de los hombres de América.

De tomar algunos hitos de la expresión literaria de América se daría con continuaciones o afinidades de temas americanos. Y así, pudiéndose hablar de los martiílatras, no sería difícil tratarse de huellas montalvinas. El venezolano Blanco Fombona, pongamos por caso, espíritu criticista, poeta también y a ratos cultivador del cuento americano, eleva su antena de lucha. E incita y busca, aún sin proponerse rotundamente, la cuestión social. Y si más tarde aparecen, clareando la expectativa de conocer o reconocer esos problemas, filósofos como Ingenieros, hay que llegar, años después, a las primicias de una novela más fuertemente afirmada en tales problemas, reconociendo en las antecesoras el paisaje que se traza con fortaleza y fidelidad, y las figuras que se delinean, pero que todavía no han revelado como están encerradas por esas montañas, mordidas por ese paisaje, sufriendo a la vera de esas minas, metidas en el fangal que no arde al capataz o arrastrándose también, con maña de rifleros y postura de forzados, en la revolución que el caudillismo forja y enciende, o peor acaso en el paisaje citadino, escondiendo dolores detrás del overall del obrero, o más, para mi juicio, bajo la raída levita del burócrata.

Entre los que hicieron paisaje más acerca de la realidad de nuestro tiempo, está, por ejemplo, Horacio Quiroga. Y antes, Luis A. Martínez, cuya novela **A la Costa**, entiendo que casi desconocida en América, analiza valientemente el problema regional, delata la lucha intestina, agotadora de recursos en la captación de la política a salto de mata, y narra, pictoricistamente, la lucha del hombre con la Naturaleza inhóspita en donde no ha triunfado la técnica y con los campos que aguardan todavía, aquí como en otros medios, el saneamiento que no deje marchitar, ciento por ciento, la vida del hombre.

Los críticos de nuestro hemisferio están acordes en que la edad de la novela, un poco antes de este casi promedio del siglo, constituye el documento más importante de las realidades nuestras y vale, por lo mismo, como la expresión más verdadera, no obstante los reparos anotados, del problema económico-social. También alcanza fuerza documental el ensayo, como los de la realidad peruana de José Carlos Mariátegui y "El Indio Ecuatoriano" de Pío Jaramillo Alvarado, y el poema "cartelista" consigue imágenes que le aproximan a esas realidades; más, la novela, como grupo de

lador, como cosecha abundosa de incitaciones en torno de esos problemas, tiene, en el Continente, una corporeidad ya viva y constante. Acudiré de modo especial a la novela de América para que valga la tesis de que las cuestiones económico-sociales de nuestros territorios alcanzan una expresión convocadora de atenciones colectivas en las páginas de sus escritores de los últimos años.

Cronológicamente, una de las novelas más antiguas del nuevo grito es "Los de Abajo" de Mariano Azuela. Para entonces está en latencia la guerra europea iniciada en el catorce, pero su capitulario se nutre de savia americana neta, mexicana más bien. Y aquel es el relato de los que se reparten, arriba, el fácil botín, mientras los de abajo, (más bien los del medio), ascendran inútilmente una cultura, para quedar al margen o morir.

Insistiré en que estas páginas no han de ser ni un esbozo de historia literaria, función de reposo y mayor cuenta. Anotaciones solamente que ya deben llegar a su término, y con las cuales, a fuer de americanista sincero, difiero a la honrosa invitación que me hiciera el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana a su Tercer Congreso. Por eso, como en viaje saltante, hallo, en Venezuela, a Rómulo Gallegos, con su "Doña Bárbara", que es la novela del medio vasto y hostil al propio tiempo, en donde ya no canta el epicismo del antiguo llanero, pero cuyo nieto crece moldeado por la barbarie y el nomadismo. O llego a Colombia, para detenerme frente a la conmovedora "La Vorágine" de José Eustasio Rivera, matizada de tono romántico, según varios; poema de color dolorido, en el aprecio de otros; arte de fresco bravío para los demás, pero patético cuadro, para todos, de la selva múltiple en donde el cauchero deja su vida a cambio del espejismo de conquistarla. O al Perú, cuyo civilismo exprimió a sus Sánchez o a sus Alegrías, sin que por esto sus lápices se aplicaran menos al ensayo o a la novela pepuanos, tal como hemos visto en la obra de Ciro Alegría, en esa bien lograda novela del río Marañón, "La Serpiente de Oro", que consume a los ribereños en trabajo forzado, en rehacia dureza o en avadido masticar de la hoja serenizadora y somnífera. Y ahora, recientemente, en "El Mundo es ancho y ajeno", popularizada por el premio que obtuvo en los Estados Unidos y que trae esa preocupación fundamental, común a nuestros pueblos: la tierra dilatado y no obstante ajena, es decir las extensiones incultas, las grandes superficies prietas o bordadas que ya son un tema de futuras



conquistas para las expansiones históricas. Y todo con figuras virilmente delineadas e imágenes vegetales que saben identificar al indio con la gran diosa de su suerte oscuramente pánica: la tierra. O busco, en los noveladores bolivianos, el espectáculo que, sin postura de Remarques criollos, han sabido trasladar a capítulos tácitamente admonitivos, de la sangrienta guerra del Chaco, tal como Oscar Cerruto en "Aluvión de Fuego" o Augusto Céspedes en "Sangre de Mestizos". Destrozamientos restadores de vitalidad que abren la mirada hacia otro problema social y económico de la sangría de América, en el que al Ecuador le ha correspondido su hora de tragedia, digna, asimismo, cuando se la documente con certeza, de pasar a la novela que la reproduzca y enjuicie. O daré con el ensayo cubano, hecho para contener o evaporar la angustia antillana, manchado a trechos con una zozobra alegre parecida a la de Martí, si pasa la paradoja. O al chileno que arrancando del fértil pesimismo de pasados infértiles, redondea la esperanza de un mundo nuevo, por la cultura y el sentido de la humanidad. O hallo en el contenido crisólico de la novela y el ensayo argentinos, ese caso de no desconocerse ni desatenderse, de lo que ya es una especie de "universalia", digna más que nunca de revisiones prontas, para que la personalidad de América tenga el justo resalte y el peso de su destino.

Se ha dicho que la novela ecuatoriana es, por su conjunto, una de las más completas de América. Y así lo creo sin exclusivismo. A la Costa de Luis A. Martínez, es de los relatos mayores de América, por la cronología y la vigorosidad. Y entre los nuevos, vale citar algunos nombres no extraños a los lectores de América. Jorge Icaza es quizá el novelista más difundido. Su Huasipungo, una de las novelas más citadas y leídas, es la tragedia del indio, así como En las Calles hay el episodio de levantiscos designios, de asonadas, como en válvulas, casi siempre fatales, para la salida de inquietudes económicas y en Cholos se dibuja la clase menos que media, debatiéndose en la ignorancia y el azar de una vida trabajosa. Humberto Salvador ha escrito la novela del burócrata, (Camarada), simple renglón de presupuesto y cifra de opresiones, claudicante y amortecida. Y la de la dictadura en que va alternando la tragedia con el humorismo (Noviembre). José de la Cuadra en su cuento de paisaje tupido y estilo esencial, caló en la vida montuvia, aventurera y criminosa, no obstante su lealtad, también sin largo tributo de acciones beneficiosas, precisamente por la apretura so-

cial. (Los Sangurimas es un retrato de esa dualidad montuvia). Enrique Gil Gilbert, en "Nuestro Pan" encara fuertemente el problema de las vidas tropicales en un descriptivismo en el cual paisaje y personajes forman un tono unísono y diverso y en torno del cultivo del arroz se agita toda esa naturaleza —hombre y campo— sufrientes y pródigos por igual, y asimismo explotados e incompletos, pese a su fertilidad nativa y a despecho de sus reservas puras y hasta de su ensueño. Y así Alfredo Pareja, desde El Muelle, narración de la vida porteña en donde hay burgueses lascivos y sirvientas que darán en la tuberculosis y el hospital, hasta la forma criolla de su Quijote tropicalista Don Balón de Baba. Y Demetrio Aguilera Malta, el de Don Goyo y Canal Zone, novela panamita en la que se ve aparecer alguna advertencia del conflicto reciente. Y Humberto Mata con sus novelas de la apretura austral, para citar solo a los más conocidos fuera de los linderos de nuestros Pichinchas y Chimborazos y allende el Guayas platinado o la isla de Puná, que es una especie de soldadura entre el agua dulce que lleva naufragios de balsas y la ya translúcida del Pacífico, espejo de tiburones veloces.

El que la inquietud de los problemas económico-sociales haya llegado a los escritores de América, es innegable, así como la certeza de que el arte de todas las épocas hubo de partir de lo social o tendió a su creación, a su conformación, a su ambiente. A los espíritus críticos les corresponde el separar la autenticidad de los falseamientos, y ya se conoce como la búsqueda de la verdad es una de las más difíciles y hasta me atrevería a decir que peligrosa, por lo que pudiera frustrar propósitos audaces de reforma, en lo que se refiere a la propaganda social-económica que ha de hacerse por las letras. Queda, de los documentos literarios que vuelvo a recorrer ahora, el convencimiento de que el campo de América, relativamente más dichoso y confiado sin duda que los de las demás fajas del universo, con su selva y su barranco, su pampa vacía y su matorral inculto, su valle y su páramo, con su indio y su cholo, con su llanero y su charro, con su roto y su compadrito, ha menester de organizaciones más eficaces para que ya no se vuelva de rojo homenaje el sudor humano y esté lejos del hambre de los más ese "nuestro pan" que ellos mismos lo cultivan, y ya no sea este mundo nuevo "tan ancho y tan ajeno" para las propias cepas, sobre todo humanas, de sus



campos. Y aquí la valía de obras literarias como expresiones del problema social del hemisferio.

Este ensayo fué escrito para el Tercer Congreso de Literatura Iberoamericana, reunido en diciembre último bajo los auspicios del Instituto Internacional de Literatura y patrocinado por la Universidad de Tulane, en New Orleans y en el Charles Hotel, vivamente descrito por Sarmiento. Fueron delegados de honor a invitación de la Universidad de Tulane: Augusto Arias y Jorge Carrera Andrade, por el Ecuador; Gilberto Freire y Afranio Preixoto, por el Brasil; Alfonso Reyes y Carlos González Peña, por México; Baldomero Sanín Cano, Germán Arciniegas y Luis López de Mesa, por Colombia; Jorge Basadre, por el Perú; Fernando Diez de Medina, por Bolivia; Arturo Usler Pietri y Antonio Aita, por Venezuela; Alberto Zum Felde, por el Uruguay; Arturo Torres Riosco y Raúl Silva Castro, por Chile; José María Chacón y Calvo, por Cuba; Henry Seidel Canby y Archibal MacLeisch, por los Estados Unidos y Federico de Onis, por España. Los temas de los asuntos propuestos a estos delegados por la misma Universidad de Tulane integrarán un volumen bajo el título "El Nuevo Mundo en busca de su Expresión".

A U G U S T O A R I A S

# MANUELA SAENZ, LIBERTADORA DEL LIBERTADOR

## I

Dentro del ambiente colonial de Quito —revestido con la suntuosidad artística de sus templos y conventos— vivía, casi al tocar el Siglo XIX, don Simón Sáenz de Vergara, Regidor Perpetuo y Cobrador de las Rentas Reales, por disposición expresa de la Corona de España. Su hogar —constituido por su esposa, doña Juana del Campo y Valdivia, y por sus tres hijos, que, de mayor a menor, respondían a los nombres de Manuela Eulalia, José María e Ignacio— estaba considerado como un santuario de hidalga corrección.

Pero, he aquí que, pese a la alta condición del funcionario, este no pudo resistir la tentación de mantener relaciones amorosas con una criolla que, a la postre, habríale de dar una hija, que, al igual que la legítima, quedó bautizada con el nombre de Manuela. El hecho preocupó, sin duda, la mentalidad de don Simón, que, si, por una parte, no se convenía con la idea de haber cruzado su sangre con la de una mestiza; por otra, tampoco podía aceptar que su hija, sea cual fuere su condición, se formara en un ambiente distinto del que él gozaba.

En estas condiciones, se resolvió a confesar su falta, y, tras el preámbulo del caso, expresó a doña Juana lo que, a la sazón, pasaba. . . Y el resultado fue que, tras el disgusto consiguiente, la esposa convino en que, dentro de ciertas condiciones, la adúltera llegara hasta su casa, donde habría de criarse un tanto alejada de sus medio-hermanos.

Corría, por entonces, el año 1796.



Planteadas así las cosas, don Simón, hombre comprensivo y bueno, hizo venir, desde las riberas del Chota, una esclava de color, llamada Jonatás, a la que impuso la obligación de tomar sobre sí los cuidados de la infante. Y, así, esta inició el desenvolvimiento de su vida, entre la indiferencia de la madrastra, la frialdad de los hermanos y el amor disimulado del padre.

Corrieron los días, y, con el transcurso de los mismos, se hacía más ostensible la diferencia de condición planteada dentro de casa, pues, a las circunstancias antes dichas, se unía el desprecio que, contra quien, a su pesar, resultaba su sobrina, sentía doña Juana Sáenz de Manzano, que, siendo hermana de don Simón, no dejaba de hablar sobre este asunto.

Por lo demás, sólo el padre sabía, a ciencia cierta, el apellido materno de la infante, pues, doña Juana, y, con ella, el resto de la familia, se había negado a entrar en más averiguaciones. Sin embargo, según se ha establecido luego, quien, con tanto amor, concibió a la niña, pertenecía a una rama de la familia Aispuro, que, aunque de origen granadino, estaba bien relacionada en Quito.

Al fin, llegó el día en que la intrusa cumplió los 18 años, edad en que, de acuerdo con las modalidades de la época, las jóvenes debían entrar en los conventos, con ánimo de aprender los quehaceres hogareños. Pero, en tratándose de esta, el hecho no podía realizarse dentro de los caracteres de distinción que animaban a su padre, pues, esto estaba reservado para su hermana del mismo nombre, por ser producto de relaciones lícitas. De allí que, mientras esta cruzaba los dinteles conventuales propios de la gente de su casta, aquella trasponía los claustros de las monjas carmelitas, que eran los destinados a las hijas naturales, esto es, a aquellas que se habían formado al margen de las consideraciones del ambiente.

Pero, un hecho había que, desde un principio, tenía que rozar la sensibilidad moral de la recién llegada. Y era la vida inquieta y deshonesta que, a la sazón, se hacía en dicho ambiente, pues, a menudo, se veía desfilar, entre las sombras de la noche, la figura de más de un religioso, que entraba con el fin de dar la extrema unción a enfermas no existentes... En el acto, Manuela sintió la necesidad de rebelarse, sin ser escuchada por su padre, que, fiel al criterio de su cónyuge, era incapaz de atender la más ligera queja.

Corrieron los días, y, con ellos, aumentó la desolación y angustia de quien, momento por momento, iba tornándose

en mujer. Hasta que llegó el instante en que, cuando menos lo esperaba, una pasión inusitada apoderóse de su espíritu, tras los requerimientos amorosos que, en forma decidida, le hacía un servidor de la Corona, que, con gallarda apostura, vestía el uniforme de Oficial de sus ejércitos. Y, así, Delhuyart —que, según parece, era el apellido del mancebo— hizo concebir, en la mente de Manuela, la idea de la fuga, la misma que, después de poco, fue puesta, con felicidad, en práctica. El hecho conmovió el ambiente, pues, a lo inesperado del suceso, se unía la alta condición del funcionario, al que, con los temores consiguientes, se le confesó, a continuación, el caso. Don Simón se inquietó en el acto, y, contando con el apoyo de las autoridades respectivas, dió, horas después, con la feliz pareja, que, en esta forma, vió concluído un idilio que, seguramente, creyó interminable: Manuela retornó a los claustros del convento y Delhuyart, arrestado, fue, seguramente, alejado de las filas.

Por desgracia, no obstante la rapidez de los acontecimientos, el hecho trascendió al público, provocando las más contradictorias conjeturas. Y, con esto, el nombre del funcionario —que era, por lo demás, hombre correcto y educado— entró en el terreno de los conciliábulos, lo que, sin duda alguna, deprimió su espíritu. Pero, he aquí que no en vano don Simón se había casado con una mujer que poseía recursos insuperables, según lo demuestra el hecho de haber hallado, en el acto, la fórmula salvadora, esto es, la que debía poner el nombre de la familia por sobre las fauces del escándalo. Y, así, con el correr de pocos días, doña Juana entraba en conferencias con un médico inglés, al que vientos desconocidos habían arrojado a nuestro medio. Llamábase Jaime Thorne. Y, aunque según el decir de muchos, era poseedor de una vasta erudición científica, muy pocos eran los que aceptaban sus servicios, pues, conforme a los prejuicios de la época, había el peligro de quedar excomulgados. Doña Juana fue, como siempre, contundente y clara. Y, después de un rápido entendimiento, quedó concertada la boda que el flemático inglés debía realizar con la hija adúltera. En el acto, se hizo conocer el compromiso. Y, antes de haber pasado un mes, Manuela Sáenz Aispuro unía sus destinos a los de Jaime Thorne, en la casa de su padre, situada a poca distancia de la plaza principal de Quito.

Era el año de 1818...



## II

Al iniciar su nuevo estado, Manuela se perfilaba ya como una de las mujeres más interesantes de su medio, pues, según dicen quienes la conocieron "era una equivocación de la naturaleza, que, en formas escultóricamente femeninas, encarnó espíritu y aspiraciones varoniles". (1) El doctor Thorne, por el contrario, era, de acuerdo con los caracteres psicológicos de su raza, hombre de temperamento tranquilo y reposado, incapaz, por lo mismo, de mantener el calor pasional por mucho tiempo. Además, entre los cónyuges había una disparidad tan grande de edad, que, cuando Manuela frisaba los veinte años, el doctor Thorne tenía exactamente el doble...

Estas circunstancias, unidas a la forma en que se había realizado el matrimonio, hizo comprender que este habría de terminar en un fracaso. Y, en efecto, las diferencias de criterio surgieron en el acto, pues, si el espíritu del inglés no podía comprender los arrebatos de su esposa, el temperamento de esta no podía tolerar la flemática calma del marido. Por último, la diversidad de creencias también los separaba, pues, mientras él profesaba principios anglicanos, ella, acaso sin sentirlo, decía ser atea...

Y, sin embargo, el doctor Thorne era un caballero, deseoso, cual ninguno, de mantener la armonía indispensable para la mejor comprensión del matrimonio. A su modo, amaba a Manuela, aunque, según esta lo confesó después, la celaba con frecuencia, surgiendo, a continuación, las discusiones, en las que la esposa recurría a métodos violentos, pues, no sabiendo llorar, "se encolerizaba como los hombres de carácter duro". (2) Al fin, el doctor Thorne cedía, y, de este modo, terminaban las disputas.

Así las cosas, el médico inglés resolvió abandonar Quito, en busca, quizás, de un ambiente más amplio para ejercer sus actividades. Y, con los últimos días de 1819, se despidió de sus amigos, y, en unión de su esposa, se dirigió a Lima. Era en las horas en que la capital peruana se hallaba enardecida con los últimos sucesos, que habían puesto al General José de San Martín en condiciones de entrar, poco después, en ella. A Manuela le interesó muy vivamente el

---

(1) Ricardo Palma — Tradiciones Peruanas.

(2) Ricardo Palma — Tradiciones Peruanas.

hecho señalado, pues, desde mucho antes, sentía profunda admiración por quienes, en un afán de afirmar las libertades, habían levantado el pendón de la revuelta. Y era que en su sangre hervía el germen de la insurrección, como consecuencia, no sólo de las condiciones de su origen, sino, también, del régimen de opresión que había soportado en sus primeros años. De allí que, desde 1809, en que su ciudad natal pronunció el primer grito de emancipación, en la América del Sur, no fuera indiferente al desarrollo progresivo de los hechos. Y si, por desgracia, su espiritualidad hubo de soportar, entonces, un terrible desconcierto, no, por esto, se arredró su ánimo. Por el contrario, creía que era necesario luchar hasta abatir el poderío español en nuestro medio. Las escenas que, en 1810, había contemplado en las calles de Quito, estando en plena adolescencia, habían dejado en su espíritu una huella que no podían borrar el tiempo y la distancia.

Al fin, el General José de San Martín entró en Lima, el 9 de julio de 1821. Al principio, fue un hecho secreto, pero, poco después, se hizo del dominio público, motivando una intensa inquietud por conocer al Héroe, el mismo que hubo de determinar que el 28 del mismo mes y año, se reunieran, en la plaza principal, todos los habitantes, con el fin de jurar la independencia. Así se realizó, en efecto, y, ante la masa compacta de individuos, el Protector hizo flamear la bandera roja y blanca, exclamando, al propio tiempo, lo que sigue: "Desde este momento, el Perú es libre e independiente, por la voluntad del pueblo y por la justicia de su causa."

El acto fue, en verdad, emocionante, y, por esto, Manuela, que tan de cerca seguía el desarrollo de la gesta libertaria, no pudo ser extraña al mismo. En efecto, desde el balcón de una de las casas vecinas, contempló, con admiración, el hecho, aplaudiendo, con todo fervor, los términos que antes quedan consignados. Por la noche, concurrió al baile que el Cabildo de Lima ofreció en honor del General San Martín, donde, después de ser presentada a este, alternó con los más destacados personajes de la época: Hipólito Unuane, García del Río, Vidaurre, etc.

Poco después, el Protector del Perú, investido de las funciones propias del Gobierno, tuvo a bien conceder una condecoración a las damas que, en una u otra forma, habían contribuido al mayor éxito de la causa libertaria. Se llamó la Orden Al Mérito. Y Manuela, que, sin ser limeña, se había conquistado las simpatías de las más trascendentales figuras del



momento, fue merecedora a la presea, pues, no en vano tenía un alma capaz de comprender los más grandes problemas de su raza.

En estas condiciones, concurrió a todas las festividades realizadas con el fin de celebrar la fundación de la República. Y si, como se ha dicho, asistió al baile oficial, en el que, en presencia del Protector, hizo derroches de alegría, se le vió también, en la plaza de toros, cuando, con igual motivo, se realizó la célebre corrida, a la que concurrió el indicado personaje, exhibiendo su traje de parada.

Mientras tanto, se acercaba la hora en que Manuela debía regresar a Quito, donde habrían de esperarle nuevas emociones, pues, la ciudad de Guayaquil, después de proclamar su emancipación política, el 9 de Octubre de 1820, había movilizadado sus repartos, con ánimo de continuar la acción. Pero es el caso que, habiendo conocido tan trascendental acontecimiento, el Libertador Bolívar dispuso que el General Antonio José de Sucre se dirigiera al teatro de las operaciones, con el fin de asumir el comando de las huestes. Por esta razón, Manuela llegó a Quito en circunstancias en que estaba por decidirse la suerte de su medio, lo que obró en su espíritu en tal forma, que estuvo a punto de ser reducida a prisión por los realistas.

Al fin, llegó la hora en que los toques militares anunciaron la proximidad del enemigo, o sea, del ejército que, traspasando los Andes, se acercaba, con paso franco, a la capital de la Real Audiencia. Manuela vibró de gozo, y acto continuo, se aprestó a contemplar, desde el techado de su casa, la acción que habría de librarse en uno de los cerros que circundan Quito. Y, así, siguió el desarrollo del combate en que Sucre afirmó la libertad del Ecuador, el 24 de Mayo de 1822.

A continuación, el vencedor entró en la ciudad, en medio de las ovaciones propias de un pueblo alborozado. A su lado, marchaban los más caracterizados personajes de la localidad, que, desde mucho antes, habían venido distinguiéndose por su decidida adhesión a la causa libertaria. Entre estos, hay que mencionar el nombre del Marqués de Villa Rocha y Solanda, el mismo que, andando el tiempo, habría de llegar a ser su suegro . . .

Pero, el triunfo registrado en los riscos del Pichincha, venía a facilitar el paso del Libertador, quien, a la sazón, se hallaba detenido en Pasto. En consecuencia, al entusiasmo propio de la victoria, se unía el fervor correspondiente al hecho de que, después de pocos días, Bolívar entraría perso-

nalmente en Quito. Ante estas circunstancias, se reunieron los más conspicuos caballeros, con el importante fin de elaborar el programa de festejos que habría de desarrollarse con motivo de tan grato acontecimiento. Y, así, entre otras cosas, resolvióse erigir una pirámide en la cima del Pichincha, colocar una placa en la Sala Capitular del Convento de San Agustín, exhibir los bustos de Bolívar y Sucre, etc.

Por fin, llegó el día en que el Libertador debía entrar en la ciudad, o sea, el 16 de junio del año en referencia. "No tenemos palabras —dice uno de los comentaristas de tal hecho— para expresar, con entera precisión, las escenas de entusiasmo, cariño y gratitud de toda la población, al ver la apuesta figura de Bolívar, sobre el hermoso corcel, que dominaba como consumado jinete, en el vigor de la vida, vestido con el sencillo y elegante uniforme de Capitán General, contestando los innumerables saludos y vítores de la multitud embriagada de felicidad, llevando, en la mano, el sombrero elástico, que dejaba al descubierto la cabeza del Héroe, adornada de cabellos castaños, sedosos y ondulados, lanzando a las preciosas quiteñas, miradas de águila, con sus dos ojos negros, centellantes, cuya expresión no era posible afrontar, dejando entrever la sonrisa que le asomaba a los labios, velados por un bigote fino, y recibiendo la multitud de coronas que le arrojaban desde los balcones". (1)

Por último, la comitiva, desembocó en la plaza principal, de cuya esquina oriental, una mujer, trémula de emoción, arrojó una corona de laureles, que, envuelta en los colores nacionales, fue a ceñirse en las sienes del Padre de la Patria. Este reaccionó, en el acto, y, al contemplar la imagen respectiva, quedó, como electrizado, sin poder prorrumpir una palabra. El desfile continuó hasta el centro del lugar que antes queda consignado, o sea, donde el patriotismo de los hijos de la ciudad había levantado un tablado, desde el que doce niñas, vestidas de blanco, saludaron al Héroe, con una nueva ofrenda. Enseguida, la comitiva se dirigió a la Catedral, donde debía cantarse el célebre Tedeum, después del cual continuó hasta el lugar destinado para residencia, en el que, por fin, hubo de detenerse.

Pero no terminó aquí el programa de festejos, pues, por la noche, la Municipalidad de Quito ofreció un suntuoso baile, al que asistió el Libertador, con el séquito militar correspondiente. Y, al ser presentado a una de las más hermosas

(1) J. M. Restrepo — "Reminicencias"



damas, no pudo menos que detenerse un instante, al reconocer la imagen que había contemplado horas antes: Era Manuela Sáenz de Thorne, según don Juan Larrea, quien, atento al ceremonial establecido, hacía las presentaciones consiguientes.

### III

Ante la imagen de Manuela, el Libertador sintió renacer el amor, en sus más violentas formas. Y si bien los problemas de gobierno requerían su atención, en forma inusitada, nunca fueron lo suficientemente graves para hacer olvidar a quien había despertado, en su espíritu, el fulgor de nuevas ilusiones.

Bolívar y Manuela empezaron a conocerse. Y, tras las primeras emociones, la entrega se produjo, de un modo inevitable. A la sazón, nuestra heroína contaba veinte y seis años, y, según el diplomático colombiano, don Próspero Pereira Gamba —que es uno de los que, con más exactitud, han descrito su figura— “tenía el rostro de color de perla, ligeramente ovalado; los ojos, negros, animadísimos, brillantes, súmamente imperativos; el cabello, negro también, caía, suelto y ondulante, hasta más abajo de los hombros; la dentadura, bellísima; el tamaño, más bajo que el de Bolívar”. Además, “era de viveza extremada y de mano aristocrática, que sabía por igual, tejer encajes y manejar la espada y la pistola”. Por último, “en su palabra, correcta, fácil, sin afectación, dominaba la ironía”, produciendo, con esto, un conjunto espiritual y físico, en el que “la vaporosa bata cubría formas muy bien repartidas.”

Naturalmente, el hecho alcanzó caracteres de leyenda, pues, tratábase del hombre que, en esos momentos, concentraba en sí todas las miradas. En consecuencia, las entrevistas que, a espaldas de los prejuicios de la época, hubieron de sostener estos dos seres, fueron rápidas, apasionadas y continuas. Unas veces, en la ciudad; y otras, en el campo. Hasta que, urgido por las circunstancias, el Libertador abandonó Quito, el 28 de junio del año en referencia, fecha en que salió con dirección a Guayaquil, donde habría de esperarle otro escenario de grandezas.

Manuela quedó, por lo tanto, sola, alimentando la esperanza de que, en breve, habría de unirse, nuevamente, con su amante. A la sazón, el doctor Thorne había quedado en Lima, pues, por razones que aún no se ha podido determinar, no hubo de regresar a Quito, conjuntamente con su esposa.

Y esto, si, por una parte, daba más libertad al adulterio, por otra, servía para que el público clavara, con más razón, las garras del escándalo, en el nombre de la protagonista.

Entre tanto, a su arribo a Guayaquil, Bolívar había alcanzado una recepción inigualable, pues, deponiendo las diferencias políticas que, por entonces, agitaban el ambiente, la gran masa ciudadana se había constituido con el fin de tributar el homenaje de admiración que, con tanta justicia, merecía el Héroe. Con anterioridad, la Junta de Gobierno había mandado a levantar un arco triunfal, que, en su parte superior, decía lo que, a continuación, se copia: "A SIMON BOLIVAR, Presidente de la República de Colombia, el Pueblo de Guayaquil". Así mismo, dispuso que la escuadrilla de lanchas —compuesta de once cañoneras, con colizas de veinte y cuatro y otras piezas de menor calibre— formase una línea, más arriba de Ciudad Vieja, a fin de que rindiera los primeros honores. Por último, despachó, con dirección a Bodegas, una falúa, ornamentada con toldo y almohadones de damasco, con franjas y flecaduras de oro, impulsada por veinte remeros.

Al fin, llegó el 11 de julio de 1822, o sea, la fecha fijada para el arribo del Libertador al Puerto, lo que, como se ha dicho, constituyó el más grande acontecimiento registrado dentro del medio respectivo. En efecto, desde el momento en que, al llegar a una de las curvaturas del río, se descubrió la falúa que antes queda consignada, la multitud vibró de gozo, sin poder contenerse, hasta el momento en que Bolívar, al poner pie en tierra, fue saludado por el Alcalde de la ciudad, en frases adecuadas al momento. A continuación, 21 cañonazos, disparados, alternativamente, por los tres castillos construidos en el Malecón, anunciaron la presencia del Padre de la Patria, que —en medio del ensordecedor bullicio producido por el repique general de las campanas, la explosión de los cohetes, la armonía de las bandas militares y al algarabía incontenible de la multitud— salvó la distancia comprendida entre el muelle de desembarco y la casa habilitada para residencia. Por la noche, la ciudad permaneció iluminada, dando, con esto, un extraordinario golpe de vista, que impresionó gratamente a los numerosos miembros de la comitiva libertaria.

Dos días después, el Libertador hizo conocer una proclama, en la que puso de manifiesto la necesidad de que el pueblo de Guayaquil se pronunciara a favor de Colombia. Y, acto continuo, comunicó a la Junta de Gobierno que, para



evitar funestas consecuencias, había resuelto encargarse del mando político y militar de la provincia, "sin que esta medida de protección coarte, de ningún modo la absoluta libertad del pueblo para emitir franca y espontáneamente su voluntad, en la próxima congregación de su representación".

A partir de este momento, la anexión estaba prácticamente realizada, razón por la cual los miembros de la Junta de Gobierno hubieron de declinar sus cargos, embarcándose, horas después, en una de las naves peruanas que estaban surtas en la ría, siguiendo, a continuación, con dirección a Lima.

No obstante lo anterior, el pueblo de Guayaquil reiteró su homenaje al Libertador, tributándole una serie de atenciones, que hubieron de comprometer su gratitud. Pero, cuando todo parecía tranquilizarse, una nueva noticia vino a sorprender el ambiente y a agitar las diversas opiniones en que se dividía la conciencia de las masas: Era el General José de San Martín, que, de un modo inesperado, se encontraba en el Golfo, sin saber que, antes que él, había llegado Bolívar.

Ante este acontecimiento, el Libertador se apresuró a mandarle una misiva, en la que, entre otras cosas, le manifestaba el inmenso dolor que produciría en su espíritu la noticia de que el Protector se hubiera negado a seguir con dirección al Puerto: "Tan sensible me será el que usted no venga hasta esta ciudad, como si fuésemos vencidos en muchas batallas; pero, nó, usted no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar, en el suelo de Colombia, al primer amigo de mi corazón y de mi Patria". Ante este requerimiento, el Protector continuó hasta Guayaquil, donde se entrevistó con Bolívar, el 26 de julio de 1822.

A continuación, el pueblo de Guayaquil, por resolución del Colegio Electoral, reunido el 29 del mismo mes y año, proclamó su anexión a la Gran Colombia, siguiendo los principios sustentados por el Arbitrio de la Paz y de la Guerra.

Pero volvamos a considerar la vida afectiva del Libertador, en medio de las circunstancias del momento. Bolívar permaneció en nuestro Puerto principal hasta el 1º de septiembre, siendo objeto de múltiples atenciones por parte de los más variados elementos. Y fue en esta época cuando conoció a Joaquina de Garaicoa y Llaguno, conocida, más bien, con el nombre de la Gloriosa, por quien Bolívar demostró especiales deferencias, sin que pueda decirse que estas atenciones hayan sido demostraciones de amor o cosa parecida. Por el contrario, el Libertador continuaba obsesionado

con la visión que había encontrado en Quito, sin que tampoco sea cierto el que, durante este tiempo, Manuela abandonara su ciudad natal, para fijar su residencia en Bodegas, donde era continuamente visitada por su amante. Para demostrarlo, bastará recordar el hecho de que Bolívar no salió de Guayaquil sino en la fecha que antes queda consignada, dirigiéndose a Naranjal, para seguir, por esta vía, con dirección a Cuenca, donde llegó siete días más tarde, deteniéndose hasta el 25, día en que salió para Loja, ciudad a la que arribó el 10 de octubre, permaneciendo hasta el 21, en que emprendió viaje de regreso. El 25 estuvo nuevamente en Cuenca, de donde salió el 30, para pernoctar el 1º de noviembre en Alausí, el 2 en Guamate, el 3 en Riobamba, el 4 en Ambato, el 5 en Latacunga, entrando el 7 en la ciudad de Quito.

Manuela respiró ante el arribo de quien ya constituía, para ella, la única razón de su existencia. Como en la vez anterior, la recepción alcanzó caracteres extraordinarios, para lo cual, previamente, se dictaron las disposiciones correspondientes. Pero, concluidos los actos oficiales, el Libertador recibió a su amante, reiniciándose, en el acto, el idilio interrumpido. Y, así, aunque las circunstancias políticas requerían atenciones especiales, se daba modo de concurrir a las citas concertadas, las mismas que, en igual forma, se realizaban unas veces en la ciudad, y otras, en el campo. Las promesas de amor se repetían casi a diario y fue seguramente durante esta época que el Libertador resolvió unir su vida a la de quien constituía, para él, un remanso, en medio de la lucha.

Sin embargo, las condiciones del momento, agravadas con la insurrección de Pasto, ciudad que, después de liberada, había izado, otra vez, el pendón de los realistas, contrarió, profundamente, su espíritu, obligándolo a disponer que el General Sucre, que, a la sazón, ejercía las funciones de Intendente del Departamento de Quito, saliera, con sus huestes, con ánimo de restaurar el orden. Pero es el caso que, como consecuencia de los ingentes desembolsos que, para mantener las fuerzas libertarias, había sido preciso realizar, el Fisco estaba por demás exahusto, haciendo imposible la preparación de una División como la que, para el efecto, se requería. Entonces, la iniciativa particular se puso de manifiesto y fue Manuela quien, en primer término, se dirigió al vencedor de Pichincha para ofrecer la contribución que, en forma espontánea, hacía, en favor de la causa libertaria. He aquí el documento en referencia:



“Quito, 4 de noviembre de 1822.

Al señor General Antonio José de Sucre.

Tengo la satisfacción de poner a la disposición de V. S., para el servicio de la República, ocho bestias. Y si algo siento es no tenerlas tantas cuantas puedan necesitar los bravos soldados sobre cuyas fatigas descansamos. En todo caso, cuente V. S. con las facultades que poseo, que, a pesar de ser pocas, serán las más prontas, sin que jamás les dé el nombre de sacrificios, los que tan sólo conozco por un deber.

Soy de V. S. con la mayor consideración,

Manuela Sáenz de Thorne.”

Sucre, en el acto, agradeció tan generoso ofrecimiento, de acuerdo con los siguientes términos:

“Intendencia del Departamento del Sur.

Cuartel General en Quito, a 5 de noviembre de 1822

A la señora Manuela Sáenz de Thorne.

Los soldados sobre cuyas fatigas se apoya la libertad de Quito, sienten multiplicar su entusiasmo al contemplar el patriotismo de las hijas del Ecuador, del que usted ha presentado un testimonio, en su carta de ayer. El Gobierno da las gracias por el donativo que usted hace de las ocho bestias, para que sirvan a las tropas de la expedición. Y, viendo, con el aprecio merecido, la virtuosa oferta de sus propiedades, para la defensa del Estado, cree un deber suyo publicar este brillante rasgo de generosidad y estímulo, que honra a las colombianas del Sur. Usted aceptará el agradecimiento de los Cuerpos del Ejército Libertador que se hallan en el Departamento, a cuyo nombre puedo asegurar que nada les es tan lisonjero como hallar heroínas con quienes partir las glorias que la República concede a sus guerreros y que ellos tienen el noble orgullo de distribuir entre los que ayudan con sus sacrificios a conquistar la libertad de la Patria.

Dias guarde a usted muchos años.

A. J. de Sucre.”

Por felicidad, la acción sobre Pasto resultó rápida y efectiva, pues, durante los días 23 y 24 de noviembre, las fuerzas libertadoras desbarataron los contingentes insurrectos. Con todo, el Libertador resolvió concurrir personalmente al foco de la respectiva insurrección, con el fin de dictar las medidas tendientes a afirmar la pacificación de este sector. Así lo hizo, saliendo de Quito el 8 de diciembre, deteniéndose en Ibarra hasta el 29 y entrando en Pasto el 3 de enero del año siguiente. Sin embargo, no hubo de prolongarse su permanencia en esta plaza, pues, el 22 del mismo mes y año, entraba nuevamente en Quito, ciudad que lo atraía con la visión imantada de Manuela.

Se ha dicho muchas veces que la amante, impulsada por su pasión impetuosa por Bolívar, acompañó a este, durante el viaje que antes queda consignado. Pero esto no es exacto, pues, aún cuando, en Quito, todos los vecinos conocían las relaciones existentes, estas se mantenían en un plano de aparente protocolo. Para comprobarlo, bastará recordar el hecho de que existe una carta suscrita por Manuela, en la actual capital ecuatoriana, cuyo texto es el siguiente:

"Quito 30 de diciembre de 1822.

Incomparable amigo :

En la apreciada de usted —fecha 22 del presente— me hace ver el interés que ha tomado en las cargas de mi pertenencia. Yo le doy a usted las gracias por esto, aunque más las merece usted porque considera mi situación presente. Si esto sucedía antes, que estaba más inmediata, qué no será ahora que está a más de 60 leguas de aquí? Bien caro me ha costado el triunfo de Yaquanquer. Ahora dirá usted que no soy patriota, por todo lo que voy a decir: mejor hubiera querido triunfar yo de él y no que hayan diez triunfos en Pasto. Demasiado lo considero a usted: lo aburrido que debe estar en ese pueblo. Pero, por desesperado que usted se halle, no lo ha de estar tanto como lo está la mejor de sus amigas, que es

Manuela."

Es la primera carta amorosa que se conoce de quien ya había cautivado al Libertador. Su estilo, a fuer de sencillo, resulta sincero, como que era la explosión de un alma que no podía convenirse con la ausencia. "Bien caro me ha costado la victoria de Yaquanquer", dice, al referirse al mo-



tivo de la separación, que, por corta que fuera, no era capaz de serenar las inquietudes de la amante.

Vuelto, otra vez, a Quito, el Libertador renovó sus entrevistas con Manuela, a quien ya amaba intensamente. Dícese que se divertía escuchando sus continuos alegatos, "no sólo porque lo dicho era casi siempre ingenioso, sino porque cuanto hacía la señora de Thorne le caía siempre en gracia". (1) Y era que Manuela poseía, como casi todos los quiteños, la agudeza propia de los mismos.

Empero, una preocupación ocupaba la mente que estaba llamada a la dilucidación de los más grandes problemas de Estado: el Perú, que durante el viaje del Protector a Guayaquil, desconoció el Régimen Político que presidía este, había devuelto la División del ejército colombiano que, de acuerdo con lo convenido con el General San Martín, Bolívar había enviado a Lima. Esto lo preocupó profundamente, haciéndolo pensar en la necesidad de trasladarse a las riberas del Guayas, desde donde podía contemplar más de cerca el desarrollo de los hechos. Así lo hizo, saliendo de Quito, el 30 de enero del año en referencia, y desembarcando en nuestro Puerto principal, el 7 del mes entrante.

A la sazón, el Libertador se había dirigido al Congreso de Colombia solicitándole la autorización necesaria para trasladarse a la ciudad de los Virreyes, a la que deseaba convertir en Cuartel General de sus ejércitos. Pero, por muchas circunstancias, la autorización se demoraba, causando las consiguientes desazones. Bolívar, mientras tanto, continuaba en Guayaquil, pues, en su concepto, de un momento a otro, debía llegar la referida resolución. Por esta razón, Manuela hubo de radicarse en Bodegas, donde el Libertador la visitaba con frecuencia, pasando, con ella, largas horas. Pero, como, en vista de que, contra su voluntad, la solicitud en cuestión no era resuelta, optó por regresar a Quito, el 22 de junio de 1823, permaneciendo en esta capital, hasta el 1º de agosto: Manuela quedó en su ciudad natal y el Libertador regresó al Puerto, para seguir, acto continuo, con destino al Sur, lo que, en efecto, hizo, cinco días después.

---

(1) Maximo Soto Hall — "Monteagudo"

(Continuará)

J O R G E P E R E Z C O N C H A

## LA BIBLIOTECA Y LA CULTURA

No trato de sustentar una conferencia. Ni de tal puede calificarse este atropellado y modestísimo bosquejo de algo que tengo en mientes desde antes. Ni menos aspiraría nunca al honor de ser tomado en cuenta en el ciclo de las tan galanas y brillantes que, a cargo de conocidos escritores y prestigiosos literatos, el Grupo América de Quito —de los más altos exponentes representativos de la cultura nacional— ha tenido el acierto y la exquisita gentileza de organizar y lo está llevando gallardamente a cabo, como la más valiosa y significativa contribución a nuestras Fiestas.

Notas, acotaciones, divagaciones de una dedicación de ayer a esa grata misión del Bibliotecario, y de la devoción más íntima y constante, y los fervores, idealidades y anhelos que me han merecido o inspirado siempre, al margen del libro, al rededor de la Biblioteca, cabría decir en el seno acogedor de la Biblioteca, —eso y no más lo que sintetizarán estas cuartillas,— un paréntesis que se abre cordialmente en ese como elegante torneo de la intelectualidad. —Y como en un paréntesis, para decir las en tono menor, trazadas como han sido por una pluma que si allá, en los amaneceres de la vida, se alistó en las filas y quiso librar las campañas del periodista, esa misma apresuración del vivir, tragedia de una vida y de un ensueño... la hiciera prestó y casi del todo arrinconarse, enmohecerse, olvidarse... — Si, no obstante, me he decidido a leerlas en tan solemne ocasión, no ha sido sino por la acogida que debemos a ciertas sollicitaciones que nos honran y la amistad, la indulgencia las vuelven casi indeclinables, y esos imperativos que lo son para mí de las Bibliotecas y que me ponen ahora en el caso de procurar cumplirlos.

Tengo que invocar para tan honrado deseo, ese mismo amparo de vuestra benevolencia...



## EL LIBRO

Hablar del libro como quien traza una página del libro, no es, por cierto, para los que, ávidos más que todo de amar y comprender, sólo a ese título oficiamos en su culto. Con un hondo sentido de Su Excelsitud la Ciencia, de la religiosidad del Arte. . . —Que si lo tocamos aquí, más es a otro propósito, y la bondad del mismo, la llaneza de quien no se atreve con las formas literarias, podrán al menos librar a nuestro escrito de ese como estigma con que la antigüedad solía condenar a los autores de los libros o cualesquiera otras producciones de la inteligencia que reputaba malos: "Oleum perdidisti".

Y pretender espigar cuanto sobre el libro se ha dicho, qué conjunto polífono, qué concierto de voces múltiples y unísonas, actuales o lejanas en el tiempo o en el espacio, pero de cualquier momento siempre, a virtud del mismo libro, no podríamos escuchar?— Himnos de amor y exaltación férvida, lirismos, confidencias de la emoción o sentencias de la sabiduría, podrían decirnos concertadamente de todas las bondades y excelencias del libro. Porque los malos no lo son, sino por mal nombre, y tampoco hay, si sabemos leerlos, libros excepcionales. . .

Pero nada de todo eso vale ante los himnos que arrancamos de los libros mismos, como de instrumentos sonoros, cuando nos engolfamos en ellos, y repercuten como ecos de lo que nos dicen y mejor de lo que se callan, para que nos lo digamos nosotros mismos; de su influencia en nuestras almas o de lo que las sugieren de su propia virtualidad y su grandeza.—El libro que se apodera de nosotros y nos está subyugando con embelesamiento. El que nos axalta, nos transforma; sacude hasta las fibras de nuestro ser más íntimo; lo envuelve como en lampos de luz o en ondas de una música celeste. El libro bueno y confidente, que nos hace sus dádivas en silencio y más generoso y callado es ante nuestras miserias. El libro fuerte que nos muestra los puños crispados cuando quiere que con él pretendemos atrevernos. Los libros ecuménicos, los libros integrales, los libros vertebrales, los libros másculos. . .

Esos himnos que surgen al calor de nuestra propia alma y allá, en las reconditeces de nuestro espíritu, están resonando armoniosamente, son los que lo elevan, le remontan a otras regiones y dicen el mejor elogio del libro. El elogio del libro es la siembra prolífica y la eclosión bien lograda en nuestras

almas. Porque a ellas ha llegado el libro, las ha descubierto a nuestros propios ojos y las ha dado esa palabra nueva y profética, que es claridad, casi adivinación y consolación: aquella que rima con nuestras afecciones, y ya es el treno propio de nuestros dolores, el langor de nuestras melancolías o el frívolo acento de nuestros goces o satisfacciones; que traduce todas nuestras inquietudes y tormentos interiores, hasta los más sutiles e intraducibles matices de nuestro pensar y sentir. Y se va más lejos o más hondo: buzo del alma humana, que exhuma lo que ya acaso no es riqueza común de ellas, o varilla mágica que aprisiona esos rayos subitáneos que cruzan por nuestras mentes. Porque eso es el libro, el libro es todo: suscitador de nuestras fuerzas latentes y hasta de las rebeldías o la insumisión de la originalidad en que se manifiesta el temple de ciertas almas o en que aspiran a troquelarse. Y aún de este modo, de las ideas o las elaboraciones propias de su mente. —Maravillosa cristalización artística de cuanto se agita y pugna por alcanzarla en la mente y el corazón del hombre. El hombre mismo, si se quiere, un fragmento o simulacro de hombre; su creación máxima; su definición de sí, del mundo y de la vida; como su transfiguración y entrega misma a los demás hombres, a modo de esa en que los católicos creen recibir en los suyos, el propio cuerpo de Cristo...



Y el libro en que se supera el hombre, por la misma razón le vence. Vence sus limitaciones o más bien las ensancha y dilata, en cuanto llega a ser la voz de un pueblo, la expresión de una época, el signo, la síntesis o el ápice de una civilización.

Y entonces el libro ya no representa sólo a un hombre, sino a un pueblo. Patrimonio de ellos, son como jalones luminosos en la historia humana. Se han anticipado con esa presciencia casi natural a sus hechos, los han preparado o los han realizado, con el fuego del ideal que encendieran en los corazones y la fuerza invencible que les comunicaran a los hombres.

Así, sigue la dura forja de la historia, al yunque del trabajo humano... —Las ideas son las simientes de las cosas, e infiltradas en nuestro ser, son ya nuestro instinto, son nuestra conciencia y en su proceso misterioso y en su herencia fatal, son nuestro destino.— Qué poder para sobreponerse a ellas?



La humanidad ha quemado hombres y ha quemado libros. Pero de entre las cenizas de las hogueras prendidas por Nerón o el Califa Omar, por Julio César y Torquemada y Carlos V y Napoleón y mil más hasta nuestros días, renacieron siempre los libros, como el ave de la leyenda, para evidenciar la impotencia de los que retuvieran en sus manos las mayores potencias de la tierra.

La hecatombe actual del mundo que, como se ha anotado repetidamente, contrapone dos ideologías y se desencadenara contra la civilización que propugna una de ellas, mal podía perdonar al libro —sustentáculo, gonfalonero de la misma—, élla que nada, nada en su irrupción apocalíptica, ha podido perdonarlo. Sus atentados contra el libro, la publicación, doctrinariamente opuestos o divergentes, cargarán también con las mayores execraciones que caigan y vienen cayendo sobre élla. Esas compensaciones han sido siempre terribles para sus perpetradores. En los baldones de la época mismo, ahí está esa célebre Biblioteca de la Universidad de Lovaina que, incendiada en la Guerra del 14, después de la bárbara invasión de las hordas germanas en la heroica Bélgica, ha sido restaurada magníficamente. Leed una de las inscripciones que ostenta el nuevo edificio, que es el mejor del mundo, según se dice, que en la actualidad se haya dedicado a una Biblioteca Pública: "Face Consumpta Fax Universo accendaris ipsa". (Quemada por las antorchas incendiarias, tú misma te has convertido en antorcha del mundo.)

Los bárbaros, los fanáticos de la política y las religiones, los oscurantistas y retrógrados de las sociedades, han combatido, han proscrito, han destruído, han incinerado los libros. Los déspotas, los tiranos, los "providenciales" obsesionados con la que creyeran su misión sobre la tierra, se han ido contra todo y contra todos los que les salieran al paso, engulléndose especialmente carne humana. La sevicia ya reveladora del paranoico ha podido más contra los hombres que contra los libros. El mito eterno de la idea, encarnado en Galileo. . . — Las ideas no mueren. Evolucionan. Nos abren cada vez nuevos y más vastos horizontes. Forman el clima espiritual de los pueblos, que se insufla en sus almas y hacen de ellas sus refugios más inexpugnables!

Y otro tanto diríase que ha pasado hasta con las fuerzas ciegas y desencadenadas de la naturaleza. Los grandes pueblos de la antigüedad han desaparecido; las civilizaciones primitivas pasaron con ellos; los siglos han seguido hundién-

dose en el abismo de los siglos. . . Pero nos quedan los testimonios de la palabra escrita. Vamos descubriendo, vamos desentrañando lo único que quizá de ellos no ha podido ser tragado en esa vorágine insondable: sus libros, sus bibliotecas, que nos recorren el velo de los tiempos más remotos y nos presentan los cuadros de las vidas más pretéritas.

Persépolis, la antigua Persépolis fué todo ruinas, y ya no será ni eso. Pero, quién había de decirnos que, entre ese hacinamiento de escombros, en esos ladrillos cocidos o placas de arcilla, se hallara el primer tesoro inapreciable del saber que en ellos encontraríamos? —De los subterráneos de Herculano, que las furias del Vesubio immortalizaron en la muerte, surge la más rica colección de papiros que se haya conocido. Y Nínive, la célebre capital asiática, aun después de que fué, nos ofrece en los centenares de millares de esos mismos cóctiles *latísculis* una Biblioteca espléndida, más numerosa, según se ha observado, que la que se formase de todas las obras griegas y romanas conocidas, que apasionando a los sabios con sus caracteres cuneiformes, que se descifran y se leen ya como cualquier lengua viva, nos descubre toda la civilización caldeo-asiria de hace ya más de veinte siglos.



Y así el libro ha venido prevaleciendo, sobreviviendo, como un poder mágico; enrumbando la marcha cambiante y sucesiva y siendo un instrumento máximo de las civilizaciones. Y a la vez, transformándose en sus elementos y formas materiales. Tenemos así desde el escrito en esas baldosillas, el de las láminas de plomo enrolladas o llanas que se juntaban como las hojas del libro actual. El de las tablas de madera y los llamados *tabulae lintex*, *oelumina lintea* o *libri lintei*, según que se tratase de la tabla forrada de lienzo o tejidos de hilos, de la tabla suelta formando rollos o en hojas planas y unidas también como nuestros libros. Los de pieles de animales, los de hojas de árboles, hasta el *liber* —caligrafiado en la membrana o corteza de los mismos— y el del papiro y el pergamino y cuantas han sido, hasta la invención del papel, las materias escritoras en las diversas épocas y pueblos. Y hasta la de la imprenta, las formas de fijación del pensamiento humano. Los primitivos volúmenes, los palimpsestos, los libros encadenados, los libros iluminados, los incunables. . . —Encanto de bibliófilos y bibliómanos, de esa especie de fetichismo del bibliólatro—, todos los que han



"estado" ahí, entre esa numerosidad ya casi exahusta y transfundida, como para no desear ya más, en su elemento: el exotismo o el primor de esos curiosos códices que miniaban artísticamente los pacientes monges medioevales, la sugestión de esas venerandas reliquias de las artes gráficas... Como habían de gratificarse después con la perfección de obras tan cumplidas como esas con que los Aldós, los Stéfano, los Plantino, los Elzeviro y tantos otros editores famosos de diversos púeblos y siglos posteriores, realizaran esas artes hasta el esplendor, la maravilla.— Pasto de esotra casta de bibliófagos, que son los malos lectores, los "devoradores" bastos e insubstanciales de los libros. Cuando éstos no han de ser, no deben ser para todos —y que ni hace al caso sus arreos suntuosos o su ropaje humilde que muchas veces puede hasta que nos predisponga como una revelación de la austeridad y honestidad del mérito auténtico— más que un instrumento preciosísimo e indefectible, un medio el más calificado sin duda de cultura y disciplina intelectual, de una de las más nobles y difíciles funciones de la mente, cual es la de la lectura. La lectura —compenetración de los espíritus— que Goethe, en su senectud gloriosa, extrañándose de que las buenas gentes no sospechasen siquiera el tiempo y el trabajo que cuesta aprenderla, decía no haberlo conseguido aún, con haber estado persiguiéndolo durante 80 años!

Sin la imprenta, el libro ha existido y ha hecho su obra. Con la imprenta, es aún más poderoso e indestructible. Prodigiosamente múltiple y fecundo. Se esparce con la celeridad vertiginosa de la propia luz. Aparece con las civilizaciones más antiguas; culmina con las culturas más adelantadas. A su ritmo, sigue la marcha de la humanidad...

El pensamiento humano que lo forma —célula o evolución de célula para los seres organizados, sangre del espíritu; es hasta como una nueva molécula para los inorgánicos, para cuanto existe: un principio esencial de vida que condiciona la de los primeros y en cierto modo también, para ellos o ante ellos, la de los últimos. Que aún después de ellos subsiste y toma mil transformaciones vitales, aún a nuestra propia vista, desde las concreciones o aplicaciones en el mundo material —todo el stock de las conquistas que para nuestro bien y nuestra vida ha alcanzado la civilización— hasta las más excelsas manifestaciones del espíritu.

Grandeza y superioridad del hombre es el pensamiento y cofre del pensamiento es el libro. Se diría que el divino **Fiat**

humano de su creación le ha infundido también esa simiente vital, ese principio creador que vienen de Dios al hombre y del hombre al libro, y harán la grandeza de los individuos y los pueblos.

"Sólo un suceso hay en la historia —expresa un escritor— que puede superar en importancia y trascendencia a la venida del libro, y es la venida de Dios."

## LA BIBLIOTECA

Desde que existen los libros, existen las Bibliotecas. Al par que el libro, ha venido evolucionando la Biblioteca a través de los siglos y luego perfeccionándose hasta el grado de la institución magnífica, la gran transformación que admiramos hoy en algunas naciones de Europa y América.

Autores ha habido que han señalado hasta un origen antediluviano a las Bibliotecas, lo que sufragaría en favor de los primeros hombres que ya sabían lo que importaba guardar. Los hebreos, más adelantados, comprendieron más: que eran sagrados objetos tales como las Tablas de la Ley y las conservaban en los Tabernáculos. Los templos, las sinagogas —símbolos anticipados de lo que serían las Bibliotecas— custodiaban los escritos de los Profetas. Y otro símbolo emblemático que la aurora de los tiempos lo ha hecho resplandecer hasta hoy: "Ciudad de los Monumentos de la Nación", como llamaban los fenicios a la que, reuniendo las colecciones de sus datos y noticias, habían convertido en una Biblioteca. Y así hasta llegar a las que históricamente se consideran más antiguas. Como la que ese supuesto Rey de Egipto, Osynandias, fundó en Tebas y en cuyo frontis, anticipándose también a su época, hizo gravar esta inscripción: "Tesoro de los Remedios del Alma". Como la que esos ladrilletes encontrados en Nínive perpetuaron la de Assur Bani-Pal. O como la de Pérgamo, en el Asia Menor, que, por rivalidades con esotra más famosa de Alejandría, a cuyo frente se hallaba el poeta Apolonio de Rodas, hizo hacer el uso del pergamino que de esa misma ciudad tomara su nombre.

El invento maravilloso de Gutenberg es como el alborear de la Era Cristiana para el libro y, por ende, para las Bibliotecas. Con el **Pralmorum Codex**, la primera obra del mundo, según reputan algunos y el más bello monumento del primitivo arte tipográfico, del que apenas si existen tres o cuatro ejemplares impresos por Fust, en 1457, el libro no continuará ya teniendo, sobre su valor intrínseco, cualquiera que



él fuese, aquel otro de la originalidad o exclusividad en la confección, aun tratándose de una misma obra; alcanzando precios que se equiparaban a tesoros y siéndolo mismo de los que los acaparan en la tierra, —el libro que debe ser como el sustento de las avecillas del cielo, y la luz del sol y el rocío celeste y el hálito de la naturaleza que se difunden y se derraman a manos llenas para todos los hombres!

Pero la evolución había de ser lenta hasta llegar al libro y la Biblioteca de nuestros días. La de la última, en algunos de los países más cultos y a partir de menos de una centuria, entraña una de esas transformaciones básicas y totales que cambian por completo y casi substancialmente a una entidad.

Bien quisiera trazar el cuadro de pinceladas hasta inverosímilis que élla nos ofrece. He de limitarme a un somero apunte incompleto circunscrito al tipo de las Bibliotecas de los Estados Unidos, porque sin duda van a la vanguardia y por el deseo de suscitar cada vez más su consideración o estudio entre nosotros.



Desde la parte material habrá de interesar vivamente a nuestros espíritus. Los mejores edificios, se dice, son por lo regular los destinados en cada localidad a las Bibliotecas. Algunos tienen, incluso, restaurants. Y en la dotación de sus más medios y elementos, magníficos y profusos, quizá una sonrisa afloraría a nuestros labios advirtiéndole la presencia de lo que considerárase extraño, disonante y hasta incongruente. Pues esa es la tendencia y en parte la realidad de esas Bibliotecas: convertirse en un centro de las actividades múltiples del pueblo, con el designio, claro es, de hacerlas refluir en las de su auto educación y mejoramiento. Y para ello es la atracción como de circo, como de cinematógrafo para el niño; como de club para el joven o el adulto; como de gabinete "reservado" para el estudioso; como de lugar de cita para la mujer. . .

Inmensos los recursos materiales de esas casas de todos, de ese hogar intelectual del pueblo, para cuyo establecimiento mismo todos han contribuido, en imponentes oleadas cívicas de la ciudadanía, en movimientos de fervor y cooperación verdaderamente populares. Como contribuyen para su sostenimiento y fomento, con la misma espontaneidad y natural comprensión con que se aporta un impuesto para el de

la higiene, la luz o cualquier otro servicio público. —Y cuál otro puede serlo mayor que el que atiende o se refiere a los intereses del espíritu?— Si conviene hasta con el más noble objeto o una justificación misma de la vida. . .

Inmensos sus subsidios y asignaciones y sus gastos. Gran número de Bibliotecas se ha fundado y se sostiene exclusivamente merced a la iniciativa y la filantropía particulares. Afortunado el pueblo en el que no se espera todo de la paternal acción gubernativa! Y que comprende, sobre todo, que la obra fundamental de la Educación, de la cultura es la primera que le compete, y que sus deficiencias o descuidos serían para cubrirle de sonrojo!

Las donaciones a las Bibliotecas alcanzan a millones y los Andrew Carnegie son siempre en legión, para seguir el ejemplo que les legara regalando, él solo, más de 2.000 Bibliotecas, que representan más de 60 millones de Dóllars!

Revelador el origen que se cuenta de ese interés de Carnegie por las Bibliotecas Públicas: un voto secreto que formulara, por la eficiencia con que había podido beneficiarse en una de esas instituciones cuando, pobre muchacho telegrafista, acudió a ella en busca de luces!

Esos bienes son realmente grandes y múltiples. Y es que las Bibliotecas han dejado de ser ahí los depósitos muertos, los archivos o cementerios de libros, para ocupar, remozadas y vitalizadas, el sitio que les corresponde entre los factores de progreso y de cultura más poderosos e influyentes, los organismos más importantes, las instituciones más beneméritas del país.

La nota más saliente que las relieves en estos conceptos es, precisamente, esa que tanto contrasta con lo que fueran en el pasado, con lo que siguen siendo en la mayor parte de los países: su actividad, su "dinamismo", su "agresividad" —la "agressive library"—, impuestas por las graves y vastas responsabilidades que han asumido, conceptuando que corresponden a su razón misma de ser y al ideal y desiderátum de su vida.

En qué no participan y militan o en qué no obtienen que se les de alguna participación directa o indirecta esas Bibliotecas, en el sentido, como es obvio, de su propensión a la cultura, al mejoramiento social?

Ellas saben que "la obra entera de la Biblioteca —como escribe Miss Isabel Lord— es tan amplia, como varios son los intereses de los seres humanos; tan profunda, como las posi-



bilidades que yacen en la personalidad y tan alta como puede serlo la aspiración del más ardiente de los soñadores."

Y se han incorporado desde luego, de manera efectiva y casi diríamos preponderante, al sistema educacional. Complemento de la Escuela, o más que eso, marchan a la par de ella, llegando en cierto modo a sobreponérsele. Lo son también, cuando no sus subsistutos, del Colegio y la Universidad. Son centros docentes para toda clase de personas; son la verdadera Universidad del pueblo.

Y no así nominal o pasivamente, no circunscribiéndose, como lo he insinuado, a las cuatro paredes de sus grandiosos edificios, no dejándolo nada a la voluntad o la iniciativa individual, no escatimándolo nada tampoco para la mejor realización de su obra.

"Cien años de experiencia —observa el notable publicista y educador Ernesto Nelson, en su preciosa obra sobre las Bibliotecas de los Estados Unidos, en la que forzosamente tendrá que documentarse quien quiera que se ocupe en ellas, y cuyos datos, por lo mismo, prefiero— cien años de experiencia con la Escuela Pública han demostrado que ésta no obra tanto comunicando conocimientos, como inculcando el deseo de saber. El gran problema del día es continuar la educación después de que la Escuela ha inculcado en el niño y en el adolescente las primeras nociones del mundo y de la vida." Pero la Escuela no es para todos. Menos el Colegio. Y muchísimo menos la Universidad. Y en las sociedades atrasadas, sólo para aquellos a quienes se concede como un privilegio, el del saber. . . Vale decir el de nutrirse y existir!— La vida es el gran laboratorio común. Ella, la escuela de todos; la del aprendizaje más arduo. El del contacto áspero y las arremetidas fieras de la realidad; el de los zarpazos brutales de los acontecimientos y los hechos. Como adheridos a ese engranaje en que van produciéndose, pasamos por la vida cayendo o viendo caer en sus ruedas, por la mayor parte, a esos a los que se les negó el saber o se lo negaron a sí mismos, y van a aumentar la cohorte de los torturados y de los vencidos. . .

Ese problema ha sido afrontado resuelta y vigorosamente por la Biblioteca. Y no nos referimos precisamente a las destinadas en particular a la infancia. Hay, más bien, respecto a éstas, según parece, la tendencia a suprimirlas hasta en los planteles o reducirlas a uno como "réclame" de las otras para los escolares. De esta suerte, se trata de ir inculcándoles el concepto y la ubicación de la entidad bibliote-

caria, para su más autónoma transición más tarde: institución perfectamente definida y responsable, con finalidades propias, de más cuantiosos recursos y más amplio radio de acción para continuar la formación del individuo, y no mero anexo o dependencia del plantel.

Valor esencial, hondo significado para la educación en los primeros años, los que tiene la Bibliografía infantil, tan difícil y asaz escasa en todos los idiomas. Tenía que ser primordial el interés de esas Bibliotecas por élla. Y lo de menos les es ahora poner en manos del niño o el joven el libro que pedagógicamente les corresponde, y que Corporaciones o personalidades especializadas, y hasta en imprentas propias, tienen el encargo de editar. El libro propio, pues, y la dirección inteligente y la enseñanza metódica —sí, porque se trata de una verdadera enseñanza formal y objetiva, restringida principalmente a materias bibliográficas— hacen fecundas las horas de la chiquillería turbulenta en las Bibliotecas. Y mucho más gratas y felices todavía, los Clubs o centros sociales formados en éllas con sus pequeños parroquianos, y, sobre todo, la organización de los **story telling** y los **story hour**: los cuentos plácidos —adustez de la verdad que encanta envuelta en el manto deslumbrante de la fantasía—, los relatos instructivos e inolvidables para los niños, como en la tibieza cariciosa del regazo hogareño...

La ternura para con los niños han de compartirla también esos otros seres inermes e igualmente dignos de la protección social, en las Bibliotecas para Ciegos. Admirable organización que, así mismo, dispone ya de una Bibliografía notabilísima, y tanto hace por llevar con la luz, la serenidad y la alegría al alma de esos infortunados; por incorporarles, en su eterna noche, a la vida social.

Las Bibliotecas Especiales sobre tal o cual ramo del saber, ya se comprende la importancia que revisten mayormente para quienes los cultivan. Pero es mayor y para el mayor número, la que tienen las Bibliotecas Viajeras. Ninguno quizá, entre los arbitrios peregrinos, las formas de acción más simpáticas y benéficas de la Biblioteca Moderna, como ese de los **book-wagons**. De aldea en aldea, de granja en granja van regando, como maravillosa semilla, el libro. Abriendo el surco, fertilizándolo más o matando el agostamiento de las almas aridecidas. Que la siembra en éllas es como en el campo; el misterio en el vientre telúrico es como en el seno de las almas. Obra buena y hermosa, misión alta y humana, la de concurrir para que llenen también las suyas, embelle-



ciéndose y fructificando, el alma, la tierra... Epifanía triunfal de la vida que se acendra y esparce, al igual que en la sazón de los frutos, en la madurez de las ideas...

Pero no es sólo esa iniciativa del gran bibliógrafo Mévil Déwey. Y el libro que busca afanosamente al lector en donde quiera o se envía sencillamente a su taller, a su oficina o a su hogar es, con el mérito de esa primacía, otra de las grandes, de las innumerables facilidades y comodidades que brindan las Bibliotecas metropolitanas. Sus servicios, que corresponden a su categoría, no dejan de ser menos valiosos y apreciables que los que prestan a la niñez,— para el empleado y el obrero especialmente, para la mujer, para el extranjero o el turista, para todo el mundo.

Hacer circular el libro hasta los últimos rincones del país, creando o arraigando el hábito y la necesidad de él —necesidad y hábito vitales—, en una como cruzada de abnegación o empeñosa campaña de cultura. Multiplicar las Bibliotecas que, además de dirigentes de la cultura nacional y como organismos activos y militantes —cuyo celo por el país mal puede hacerles rehuír nada de lo que con él se relacione, y cuyos métodos de publicidad y propaganda, como sólo sabe hacerla esa gran Nación del Norte, se extienden enormemente más todavía, —ejercen también, entre sus funciones, las que las identifican a oficinas de la más seria y amplia información, de que reportan tan buenos servicios sobre todo los inmigrantes. Dotarlas de todos los medios y elementos que parecería dable apetecer, desde el personal que se prepara y especializa en Escuelas y Cursos Intensivos, Asociaciones de Bibliotecarios y más. Porque su misión lo impone en estos tiempos más que nunca, por donde en algunos países se exige en quienes van a desempeñar, hasta títulos académicos, y eso lo requiere la Biblioteca Moderna, como una de sus condiciones y factores básicos, contra el prejuicio que envuelve un sacrificio y un sarcasmo de que cualquiera podía ponerse al frente o servir en ella, como sino se tratase más que de "empleos sin hombres" o una forma inveterada de cohonestar una "jubilación" cualquiera... —Y los de carácter técnico que demuestran también el gran desarrollo y el valor que se ha concedido a la ciencia y el arte de las Bibliotecas, con los sistemas de clasificación y registro de los libros, las fichas y listas bibliográficas, los Programas y bocetos de lecturas, los índices de la prensa, los Boletines que publican algunas Bibliotecas y señaladamente la del Congreso de Washington, que es como la directora de todas las del país.

Estimar el libro nacional, el libro "regional", que no podrá faltar en esos repositorios que recogen celosamente hasta la última hoja impresa del pensamiento autóctono, con miras también al acopio de documentos para esa tendencia que se ha señalado, de fijar y acentuar la fisonomía moral de las comunas. Procurar, con ese mismo designio, la selección general de la literatura más adecuada y adaptable a cada una de ellas. Y, por cima de todo, mantener o intensificar ese gran movimiento cultural que hace del país como la sede del progreso bibliotecario actual, por medio de instituciones reguladoras y consultivas tan notables como la American Library Association, que son autoridades mundiales en estas materias; por medio de Congresos Especiales o Internacionales, etc., etc.— Son aspectos —entre otros— que nos llevarían a consideraciones de mayor extensión que la que hemos procurado acortar hasta aquí, sobre una gran obra de un gran pueblo.

No podría, sin duda, ella sustraerse a las observaciones. Mas, no encierra un fondo de idealidad, un concepto desinteresadamente humano que se excluyen con ese sentido atrozmente práctico que ha sido la nota común para la civilización anglo-americana?— Y aún aceptándolo, no nos hace trocar el antiguo desdén por la simpatía más viva, la emulación, el anhelo con que quisiéramos que fuese imitado en otras partes, ya que su aplicación para la expansión de la cultura no tiene por menos que producir los bienes más grandes?

En la admirable tierra azteca y la opulenta del Plata y algunos otros países del Continente, no es menos digna de tomarse en cuenta, por muchos conceptos, la labor de sus Bibliotecas. No es posible, por ahora, el referirnos a ellas, a todas las grandes y más ilustres Bibliotecas, a las esplendentes de Europa, madres nutricias que fueran de las que vinieron también a nuestra conquista e incubaron la liberación. . . —Ni que hace falta a nuestra intención casi sólo insinuativa de la labor que realiza la Biblioteca Moderna y de la que nos induce que está llamada todavía a realizar.



"A la Biblioteca Pública —escribe Nelson— deberá la civilización ocho contribuciones importantes:

La primera nace de la oportunidad que le brinda la presente demanda por bibliotecas y nuevos libros;



la segunda procede del ejercicio de aquella forma superior de filantropía que se anticipa al mal para curarlo de antemano con su antídoto;

la tercera emana de su función como institución complementaria de la educación de muchos jóvenes;

la cuarta proviene de intensificar la educación cívica del pueblo y en especial de las clases inmigrantes;

la quinta deriva de su acción al diseminar la información y facilitar su contacto con quien la necesita, pero carece de capacidad para buscarla;

la sexta procede de la organización que realiza de las actividades educacionales que la Escuela ha descuidado;

la séptima se origina en la diferenciación que promueve entre los grupos sociales y los individuos.

Finalmente, la octava dependerá de la perfección con que la Biblioteca acepte el verdadero espíritu de la democracia, contribuyendo a que las divisiones sociales, doctrinarias o intelectuales —vale decir las divisiones agresivas y disolventes que son una negación de la cooperación— desaparezcan siquiera en ese terreno común donde se encuentran igualadas en sus privilegios, todas las clases de la sociedad."

Templos, ayer y hoy, de la religión universal del saber; refugios de un cenobitismo espiritual cuyo prestigio fuera de los más respetables de la época y de los que salieran en antes las más doctas y copiosas aportaciones del culto a las ciencias y a las letras; son ahora eso y mucho más, abiertas ya para todos, como el Alma Mater del pueblo... Y en el futuro, sus proyecciones acaso serán una realidad de la institución ideal que concebimos y amamos tanto, por cuanto sus mismas dimensiones y perspectivas nos hacen concebir. Quizá está ahí en germen, si está en el libro, el futuro mismo de los pueblos. Potencialidad de primer orden, hontanar de todas las fuentes de cultura, acaso su mayor desenvolvimiento, sus recursos más abundantes y de mayor eficacia, el ángulo de su posición y su universalidad lleguen a hacer de ella el centro favorito de las actividades más nobles y la más intensa vida intelectual en cada país. El establecimiento docente, complementario o sucedáneo de la Escuela, el Colegio o la Universidad, más efectivo y más técnico, y a la vez la institución verdaderamente y hasta "oficialmente" directora o reguladora de todos esos organismos y demás entidades educativas y culturales de un pueblo. Vértices de convergencia y divergencia de las fuerzas todas y las relaciones y manifestaciones más altas de la cultura. Símbolos señeros

de esas magnas fuerzas generadoras de las sociedades futuras, —generadoras y responsables de sus destinos!

En todo caso, la Biblioteca no puede reducirse ya a la faena material de la custodia y el préstamo del libro, que aun entrañarían otras preocupaciones más nobles, como la de no dejar perder el oro viejo del libro antiguo y raro y fundir en nuevos moldes el metal del que se agota, y salvar o procurar salvar también de su ineditismo el que guarda en sus gavetas el escritor, haciendo de élla el verdadero y sagrado depositario del tesoro intelectual del país. Ni aun siquiera a esa dirección inteligente ahí donde haga falta, a la sugestión o persuasión para la lectura o el estudio. Y nada más... Antes bien, a una colaboración activa —o más bien una concomitancia de acción— con los demás establecimientos de enseñanza, puesto que también lo es; con las Corporaciones científicas y literarias, la prensa, los escritores, los intelectuales, cuantas son las fuerzas vivas al servicio de la cultura. A promover, patrocinar o secundar cualquier obra o empresa relacionadas con élla. A una verdadera campaña por difundirla y democratizarla. A una constante y eficaz labor bibliográfica. A ese rol, en fin, de actividades que ha venido extendiendo en las naciones más cultas...

**Importa subrayar algunas de esas modalidades de la extensión bibliotecaria.**

Las masas más ensanchadas del pueblo, que en parte no han frecuentado siquiera la escuela, la tienen ahí, en la Biblioteca—, la escuela de los niños grandes. Con éllas ha de obrar ésta más intensa y extensamente. Entra en sus responsabilidades, la de procurar su mejoramiento en lo posible, para su participación más alta en la vida local y nacional y su actuación, cual corresponde, en las jornadas cívicas, y esto sólo bastaría para dar a las funciones de la Biblioteca el mayor valor y amplitud, ciertamente incompatibles con la capacidad de élla sola. Pero ningún otro organismo o entidad pueden quizá disputarle este terreno, en la extensión y dominio que se anotan.

Preparar al hombre para la vida cívica en países en que más se resiente élla por el estado cultural de sus habitantes, es efectivamente hacer Patria. Si las mayorías son cultas e ilustradas, mayor es, en número y grado de actividad, su intervención en la vida pública, de relieves más destacados y más pulcros. Su indiferentismo, su abstención o incapacidad política hacen, por el contrario, de la Patria el feudo de unos pocos, y ésta revierte al caos de su formación, como entidad



estatal y encarnación de la democracia. El pecado o el crimen de la abstención política engendran otros aún mayores y nefastos en quienes, sin el lastre tampoco de la cultura suficiente, que es ética de la acción en primer término, realce de la dignidad humana, han llegado en la administración o el gobierno de los pueblos, a la supuesta o sarcástica representación de esas mayorías indiferentes. . . .

Las clases medias o menos ilustradas de la sociedad, el común del pueblo, las masas rurales constituyen la materia prima por excelencia de la Biblioteca. Para hacer la familia, la sociedad, la Patria.

Patria en que la cultura nos vuelva cultos, dignos, grandes, para poder serlo élla misma —que la Patria será siempre lo que sean sus hijos—, y mostrarse grande y fuerte y respetable ante las demás naciones, Patria en que la cultura nos enseñe lo que es la Patria, nos haga "sentir" la Patria misma y obrar para con élla como élla lo reclama, desde el plano de la labor pacífica y constructiva y la noble contienda política hasta la consagración, si es posible, de esa santa virtud del patriotismo que culminó ya en lo épico en esos vuelos sublimes de los héroes y los mártires!

Y la Patria ha de formarse también desde el taller humilde o el antro sórdido y obscuro que necesitan, ante todo, que entre con el de la tierra, un rayo de sol de la instrucción. Es élla uno de los coeficientes en el ajuste de la cuestión obrera. Ella y sólo élla —la cultura— el sostén o punto de apoyo de las reivindicaciones sociales del proletariado, pues sin élla la obra de sus conquistas más que todo materiales, será siempre unilateral y como aparente, artificiosa o deleznable. El escalón, en todo caso, que coloca a sus beneficiados en un plano social de posibilidades más asequibles para "comenzar", en rigor, su obra de mejoramiento espiritual.

Otra porción de esa materia humana casi intacta está en el agro, más cerca de la gleba espiritualmente también que del mundo civilizado. Extendemos nuestra mirada por esos campos y con élla se extiende y ensancha nuestra tristeza. . .

La naturaleza plena y espléndida; el agua, "inocencia de la naturaleza" que corre por ahí murmurando; el campo inmenso henchido de todos los dones magníficos de Ceres, y el sol, como una irradiación de la suprema inteligencia creadora, que lo domina y vivifica todo. . .

Ah, y el hombre?— El ser superior que debe reinar ahí y en todas partes sobre los demás seres?

Todo es la grandeza de la creación. El afán triptolémico. El hombre nada ha hecho casi por el nombre. . . Y cuánto no podrían hacer por ahí los agentes de la civilización, los labradores de ese secano humano, el libro solo?

Pero el maestro, esos benefactores no existen; el libro está guardado en las Bibliotecas. . .

Caudal que no se consume con su uso, hay que conservarlo, eso sí, que es el máspreciado en el comercio con la vida, y es la herencia de nuestros semejantes. Y siendo así, cómo no amar aún más el libro propio, el libro nacional? —Son las personas más cercanas, son las personas más amadas, dilectas también más de los dioses, quienes lo han compuesto. Se vinculan más con nuestras propias almas, con nuestras propias cosas. Acaso éllas son su objeto o su argumento. Acaso lo hemos inspirado de algún modo y visto nacer, adentrándonos en ese divino secreto de la creación artística. Son nuestra historia, nuestra tradición, nuestra leyenda. Realidad e idealidad de la Patria. Su blasón más augusto, su símbolo más glorioso; a modo de una bandera de la Patria, la de sus grandes conquistas, la de sus más altos triunfos, que más alto ha flameado, desplegando airosamente sus páginas a los vientos del mundo.

Velé la Biblioteca por el libro nacional, para velar también con él o por medio de él, por el honor del país ante los demás países.

Su significado es aún mayor como aporte para la formación o robustecimiento de la personalidad nacional, del espíritu de la verdadera ecuatorianidad, como documento o revelación suya.

Y es esencial el empeño de cuantos están obligados a él, en diversas formas o maneras, por ir acentuando los rasgos o lineamientos que habrán de reflejar —al mismo tiempo que anulando aquellos otros contrapuestos, negativos o deprimentes— esa personalidad, que los pueblos, como los individuos, sólo son tales cuando han descollado con perfiles propios, con contornos definidos de las multitudes anónimas y amorfas.

Formación de la personalidad nacional, que arguye el poder del libro entre los de sus medios o factores más poderosos, al mismo tiempo que "da" el libro, entre sus revelaciones o testimonios más altos. Igual, en uno y otro caso, que en los individuos.

La cultura de éstos —en la parte que reclama también como suya la sofistería contraria— ha sido y será siempre, y



ante todo, elaboración auto personal. Y la de los pueblos no viene a ser sino como una resultante de la selección de esas fuerzas incontables. Determinadas o indeterminadas, conscientes o inconscientes que, incluso, toman su arraigo en la raza, en la tierra, personifican sólo cuando han arrancado del brazo de los espíritus superiores o la mente de los genios. Fluidos de esa energía creadora, forman estotro ambiente que respiramos y que, en suma, nos "hace" en cierto modo, como el medio físico.

Sólo que hay que clarificar el ambiente y volverlo propicio... Vivimos si no, aun siendo tan influenciados por él, como los que, envueltos en el que les da el oxígeno, ignoran que les da la vida. Y la grandeza de los pueblos estriba en la mayor compenetración de sus conglomerados más vastos con el ambiente.

Obra inmensa de todos, de los propulsores de la educación, de los trabajadores y apóstoles de la cultura y entre éstos y en parte principalísima, de las Bibliotecas.



Los progresos de la Bibliología son un complemento cuando no han impulsado más bien los de la Biblioteca.— Labor silenciosa, abnegada, generalmente desdeñada o tenida en menos esa de una de sus ramas, con la que suele confundírsela, viene a ser una orientación, un guía, un auxiliar preciosísimo para los investigadores y estudiosos, para los auto-didactas, y un paso gigantesco que les ahorra gran parte del camino fatigoso y difícil que sin élla tendrían que recorrer.

La Bibliografía es el vestíbulo de la ciencia, se ha dicho aunque incompletamente. Y escribía Cooper que la "familiaridad con las fuentes del conocimiento es tan importante como la posesión del conocimiento mismo". Mas, lo será a condición de dignificarla con los datos y la crítica que por si solos encierran una muy apreciable suma de conocimientos y que hacen de ese ramo de ellos, uno de lo smás gratos y utilísimos.

Esquema de la crítica, estadística literaria, si así pudiéramos decirlo de una parte de su contenido y no sólo por su semejanza con aquella ciencia en la iniciación rudimentaria y la franca subestima en las sociedades incipientes. Su valor

es inmenso y positivo, no sea sino por lo que se ha anotado en orden al beneficio personal y por la valorización que trahuntada de la crítica, si no la elabora por sí misma y le permite ir estableciendo las necesarias clasificaciones y conexiones entre las producciones de la inteligencia, en sus diversos ramos o disciplinas y ofreciéndonos esas grandes sinopsis y panoramas del acervo intelectual de un país. "Sensibilizándonos" ese "paisaje" que entonces creeríamos se identifica más a un estado de alma colectivo y descubriéndonos, más luminosos y alucinantes, todos los horizontes. . . Estadísticas de las letras y como la otra, obra seria y oculta, fruto es de la abnegación y honestidad de espíritus cultos, en pueblos más adelantados que pueden apreciar y beneficiarse con esa datología precisa, esas síntesis bibliográficas y más, que van como tomándoles el pulso y determinando la orientación de su marcha en la esfera de la cultura. Y resulta, por extraño paradójismo, aún más importante y urgente ahí donde no ha comenzado siquiera a cultivársela, y donde suple esa labor, si no sistemáticamente y no siempre para las mayorías iletradas, la de esos espíritus adelantados y esos escritores atentos cuya función rebasa el medio en que actúan y, por supuesto, la época en que anacrónicamente vive todavía.

Bibliología, ciencia moderna, verdadera ciencia, materia cautivante, digna de la cátedra, y de la Biblioteca, el libro, la Imprenta!

## ENTRE NOSOTROS

Demasiado se sabe de nuestra realidad. . .

Hemos llegado, en los países más cultos, al remozamiento de este organismo viejo, anquilosado, anacrónico que fuera también en ellos hasta no hace muchas décadas, el de la Biblioteca. Y seguirá ésta en su mayor y fúlgido desenvolvimiento.

Cómo no detenernos en otros, como el nuestro, a considerarlo, pensando, al mismo tiempo, en nuestras Bibliotecas y esa como monopolización del libro —crimen sin nombre o suicidio lento y colectivo de los pueblos— que en gran parte todavía subsiste, aunque ahora a favor de las clases más extendidas de la intelectualidad y los sectores medios?



El progreso bibliotecario es una revelación del progreso intelectual de un país, que comienza lógicamente por el de su sistema educacional, y de las modernas orientaciones de éste.

Muy lejos estamos de poder ufanarnos ante el panorama que nos presenta el nuestro; pero se nos alcanza que algo pudiéramos hacer desde luego por las Bibliotecas, en un plano de visiones más amplias y renovaciones positivamente radicales.

La preocupación más honda por las cuestiones educacionales; la exacta valorización aún de los hechos que se reputaran mínimos, intrascendentes y que al parecer se desprenderían ya de ellas, siempre hablarán muy alto de un pueblo, de su cultura, de sus posibilidades de superación. Y el ahinco inquebrantable por afrontarlas y resolver sus problemas hasta ahí, hasta el límite que razonablemente se oponga a su voluntad, pero sin hacerla desentenderse ni menoscabarse para tratar todavía de rebasar ese límite, —antójasenos la revelación justamente de ese predominio de la voluntad nacional, vale decir la plena y consciente y energética voluntad de vivir. . .

Los pueblos, como los individuos, viven sólo por la cultura. ¡Ay! nosotros necesitamos de ella —el codiciado fuego del cielo que había de animarle— como el hombre que creara Prometeo. Pero nosotros parodiamos a Prometeo mismo y su obra, abandonados, como encadenados a un desgarrón de tierra atormentada, con todos los males implacables que nos devoran las entrañas. . .

Todos los males afligen a la Patria. Un mundo de problemas gravita sobre ella. Pero quizá todos ellos, todos no se reducen sino a uno solo: el problema básico, vital de la cultura. Es el gran problema nacional, la enfermedad nacional; pero ahí está por el mismo caso la salvación del país. Ahí está la clave de lo que somos y de lo que queremos ser, —no hay que cansarse de repetirlo y gritarlo alto y recio en todos los ámbitos de la República. De nuestros grandes dolores; de nuestras grandes desgracias. . . —Porque la cultura es también el respaldo mayor de los pueblos pequeños y débiles, la fuerza que pueden oponer a la fuerza brutal y agresiva de los más grandes y poderosos. . .

Una nueva vida se pregona para el Ecuador. Una nueva vida quisiéramos gritar para todos nuestros organismos educacionales, para nuestras Bibliotecas. Y no que se trate

más que de algo así como una noción de número ordinal... La acción de ellos, como la diástole y la sístole de un inmenso corazón, hará circular esa nueva vida que galvanice y regenere a nuestro país. Y no podemos sustraernos a ella sólo nosotros, sin correr el albur de mayores males y más funestos desastres, ante el terrible y espantoso caos en que se debate el mundo y en que se organizan —en medio de la horrible paradoja de la desorganización, de la destrucción y de la muerte— furiosamente, las fuerzas y los elementos de un mundo nuevo.

Fatalidad de la historia no parece sino que fuera también la de que los pueblos, como muchas veces los individuos, tengan en no pocas que caer en los mayores excesos de lo que nos atreveríamos a llamar la **barbarie civilizada**, para levantarse. Y sus reacciones son tanto mayores cuanto más dura y dolorosa fuera la experiencia de sus caídas, más aleccionador y fuerte el sentimiento de acabar con ellas. Quien sabe, pues, si esta hora de angustia universal, esta hora de densa tiniebla no es la que está precediendo a la aurora de los tiempos nuevos, de una vida mejor de la humanidad, para la que ella debe prepararse?

La acción de la cultura, el campo inmenso en que se desarrolla constituyen, en esta convulsión trágica del globo, la única fuerza, el arma formidable, el último refugio que les queda a los pueblos débiles para salvar en lo esencial y en parte, ese legado que tiene su génesis en ella misma, ante el crimen por antonomasia de la guerra, y salvarse a sí mismos. Prevenirse con ese mismo claro y pleno sentido de responsabilidad para las que, por su aceptación y acordada actitud de solventarlas, les hagan también dignos de esa Nueva Era alucinante...

La cultura y sólo la cultura, —la verdad única e inmensa, que debiera ser con aquella otra de "Guerra a la Guerra" y como justo corolario suyo, la suprema divisa de todos los pueblos que quieren vivir. La cultura, taumaturgia de los dioses, que crea virtualmente de nuevo al hombre; puede regenerarle como en el milagro de una palingenesia y "humanizar" a la humanidad...

En los más pequeños y atrasados, se plantea fatalmente, con caracteres más imperativos y urgentes, como el dilema de Hamlet, como un principio de la existencia misma y la personalidad sociológicas.



Que la realidad de esa nueva vida del país, no sea otro desencanto que ahonde las heridas sangrantes de los ecuatorianos, y esplenda también con la luz potente de nuestras Bibliotecas. . .

Ambato, 1942.

Conferencia preparada, y que, sin embargo, su autor no pudiera entonces leer, para el Ciclo de las que auspició el Grupo América, en la Casa de Montalvo, de Ambato, en Noviembre de 1942, con motivo de la Exposición del Libro Ecuatoriano.

J U L I O P. M E R A

## POETAS ECUATORIANOS

De entre los varios libros de versos que me han llegado, en estos últimos tiempos, destaco dos para dedicar una breve nota. La poesía corre en el Ecuador una aventura; cambió de actitud y vestimenta, y también de tema. El lirismo ya no se contiene en la emoción; se ha trasvasado al sentimiento social. Se sufre por todos y se olvida del individuo. Además, el verso regular se ha escondido. El verso moderno es verso porque así se lo llama, no por otra razón. Claro que también en esta nueva escuela han asomado poetas que lo son a pesar de todo convencionalismo literario. Así Sacoto Arias.

Esta nota está dedicada a dar cuenta a los lectores del apareamiento de dos libros de poemas: **Viaje y Camino**, de Augusto Arias y de Antonio Montalvo. Por una coincidencia digna de anotarse, los dos poetas, que pertenecen a diversa generación, no han podido abandonar el verso clásico, y siguen escribiendo de cosas modernas en estilo antiguo. No antiguo por lo envejecido, sino por el desuso a que le condenaron los poetas modernos.

Arias es un poeta de gran lirismo. Sus libros de versos van aumentándose al pasar de los años. Comenzó a escribir y a publicar, desde su niñez, y continúa cada vez más perseverante en la penetración poética, que es la investigación de lo nuevo. Y es por esto por lo que en los versos de hoy se encuentra la reminiscencia clásica, junto al registro metafórico de factura moderna. **Viaje** es la colección de los últimos poemas de Arias; los conservaba, como conserva todo poeta, para el refugio de su intimidad, para el recuerdo de dolores o alegrías idos. Los ha publicado ahora, más por diligencia amistosa que por anhelo propio.

**La Egloga en voz reciente** es la acertada imagen de la actual obra de Arias: la voz recoge el eco actual, pero el acento es clásico. Y los nombres y las emociones que pasaron



se mezclan y forman el encanto de la hora, de lo presente, de lo que renace. **Viaje** es un hermoso breviario de poesía de buena clase.

**Camino** se titula el libro de Montalvo, poeta fácil, suave, de sencillez en la pintura del paisaje, pero de una entonación llena de refulgencias y de color. Este poeta anda recogido en la intimidad de su modestia y hasta ha olvidado que hace algunos años publicó ya un libro de versos que fué leído con agrado y aplaudido por la crítica. No ha publicado otro libro desde aquel de sus mocedades. ¿Por qué tardó tanto en decidirse?

A este poeta le tomó la crisis o la revolución literaria cuando tenía fervor en la obra comenzada. Pero la renovación indicaba otros caminos, y entonces le entró la perplejidad en el alma: ¿había de abandonar lo escrito? Mientras se resolviera la contienda literaria, guardó sus poemas. Aun más; continuó escribiéndolos, pero sólo para su íntimo placer. En muy rara ocasión consintió en publicar poemas en revistas o periódicos.

Creo atinar en la interpretación del silencio prolongado de Montalvo, o más bien de su falta de entusiasmo para publicar un nuevo libro. Hoy lo ha hecho con la reserva de una edición limitada, que sirva tan solamente para que llegue hasta los amigos y continúe en la calidad de íntima con que los poemas permanecieron en el escritorio del poeta.

Montalvo es un poeta absorto ante la naturaleza y sus versos descubren muchos aspectos del paisaje andino cantado en **Camino** con melancólica suavidad y distinción de tono.

Dos hermosos libros de versos los de Arias y Montalvo. Dos obras de verdaderos poetas, más bien.

# DE LA NATURALEZA DE LOS LIBROS

## NOTAS DE CRITICA LITERARIA

### "VIAJE": ANTOLOGÍA POÉTICA DE AUGUSTO ARIAS

Lucrecio dió este título a la obra fundamental de su pensamiento: "De la naturaleza de las cosas". Acogiéndome a la singular intención lucreciana he titulado a mis notas de crítica literaria: "De la naturaleza de los libros". Crítica literaria que cultivaré a merced de mi propio método, esto es en un gozoso y apasionado ánimo creador o re-creador.

Trataré en mis primeros artículos acerca de la naturaleza de los más recientes libros ecuatorianos de poesía: *Viaje*, de Augusto Arias, *Camino*, de Antonio Montalvo, *Nuit*, del gran Alfredo Gangotena, *Canción de la soledad y la pena*, de Vicente Moreno Mora, y *Ventana al Horizonte*, de César Andrade y Cordero. Estos dos últimos libros nos dan la fisonomía de la novísima poesía cuencana, víctima desde hace algún tiempo de ciertos furros críticos, y a pesar de ello siempre segura de su alto destino en las letras castellanas.

Augusto Arias selló de repente con siete sellos sus volúmenes periódicos de poesía, dándonos así la impresión de renunciamiento a su vocación lírica. Pero para quienes siguieran con ojo fino y voz de aplauso el camino literario de Arias, en los nuevos tramos de su creación —biografía, ensayo, crítica literaria, crónica periodística—: no les fuera inadvertida su esencial voz poética. Y si en verdad su prosa, madurada al familiar calor de los grandes hablistas latinos y castellanos y enriquecida con el vibrar de la imagen moderna, tuviera para la generalidad de los lectores inconfundible sello de poesía, ellos no habrían de advertir que el esquema vital de los libros de Arias fuese, en definitiva, materia poética. De ahí el discreto pólen de maravilla que circunda cada página de sus biografías, cada página de sus ensayos, cada párrafo de sus diarias crónicas. Arias no ha renunciado enton-



ces a su destino poético. Corpórea e incorpórea es, ciertamente, la presencia de la Poesía. El libro nos da su corporeidad o nos la dará el poema. El rostro dramático del poeta, la mesa cargada de libros y de papeles del poeta, ese balcón refulgente en la memoria del poeta. —¿verdad, Romeo y Julieta?— nos darán, entre otras maneras, la incorporeidad de la Poesía.

Mas he aquí que surge nueva modalidad creadora en el poeta de verdad: la de antologizar su obra. ¿Impulso irresistible de perduración? ¿Clamor fáustico en demanda de la imperecedera luz? ¿Dolorido y sereno inventario de los días más dramáticamente vividos? En la antología poética de Augusto Arias que está circulando, en manos de los favorecidos con su regalo, se ha producido, tal vez sin premeditación, el dolorido y sereno inventario de sus días de plenitud pasional —lo confirma el subtítulo de *Viaje: Versos de antaño y de ayer*—, de sus meditaciones profundas y de sus anhelos cimeros. Pequeña filosofía del viaje es este libro pequeño. Del viaje nuestro por la Tierra, del eco de nuestra sangre en la Tierra. Si difícil es hallar la coincidencia de la voz física del poeta con la voz o letra de su poesía: en Augusto Arias ese hallazgo es tan obvio, tan convincente, que quien le escuchara por una sola vez en la tertulia o el coloquio, tendría ante sí el ritmo preciso de su imagen poética. Poesía en tono menor, se diría, si en su vena no sonara el golpe de mar del pensamiento profundo.

Los *Sonetos exhumados* son, sin duda, la parte más rica del volumen en sustancia plástica y musical. Sonetos ejemplares. Doblemente ejemplares: por su fidelidad a la norma clásica y por su fidelidad al drama que los dictó. El final pañuelo de viaje de la adolescente novia, el del coro de mujeres casi metafísicas en el batallar romántico sin victoria, el de diamante funeral de la madre... Siempre el pañuelo de los viajes: ¡ese entrecejo terrible del Tiempo ante el ojo del hombre!

*Egloga en voz Reciente* es un apasionado balance de los valores inmortales de la poesía de nuestra lengua. En el solo pretexto de este balance nos demuestra Arias su dominio del verso castellano.

Los *Episodios* hacen un breve paréntesis en la unidad romántica del volumen. (No sentimos pánico los nuevos poetas ante el vocablo *romanticismo*). Un aire épico corre por los versos de estos episodios.

Con los poemas de *Viaje* —sección que da título a la antología— se cierra el pequeño volumen. Ese dolorido y sereno inventario de nuestro poeta. Pero con firme voluntad de vivir, de sufrir, de crear! Y cómo nos tiembla en el labio al voltear la última hoja de *Viaje* —¿Antología de viajes del Alma?— ese profundo verso final, que es nuestra heráldica de fatales viajeros, voz de viajeros vieja como el Tiempo:

Hemos venido, aquí estamos y nos iremos un día.

**"CAMINO": EL PRIMER LIBRO DEL POETA  
ANTONIO MONTALVO**

Nicolás Jiménez, con su finísimo sentido crítico —la crítica literaria fue la excelsa función de su espíritu—, trazó el retrato del poeta Antonio Montalvo con estos términos: "Su modestia que es el retraimiento de todo poeta, le mantiene aparte de toda exhibición, en el fervoroso cultivo de la poesía. En ella sus facultades se vigorizan: su imaginación que tiene colores para todas las cosas; su visión lúcida del mundo exterior, y la rara y exquisita flor de su espíritu, que es el unguento aromático que pasa del alma del poeta a sus poemas, como el hálito creador del Edén, y les da la consistencia incorruptible de la inmortalidad." No cabe alterar los rasgos con que el magistral crítico trazó el retrato de Antonio Montalvo. Cualquier tentativa por desdibujarlos resultará arbitraria. Pues Montalvo ha de figurar en la galería de los nuevos poetas ecuatorianos, de aquellos que se difundieron con el signo de América —la revista que enaltece el espíritu de las letras ecuatorianas en la última década—, como lo identificara el grande y querido Nicolás Jiménez. Y que la excesiva modestia del poeta Montalvo malograra esa emoción juvenil de los veinte años por la publicación del primer volumen, nos lo revela el hecho mismo de que recién ve la luz su libro primigenio de poesía, con este título sencillo y profundamente sugeridor: *Camino*.

No se podría afirmar, con inminente riesgo de negar la obra artística, que el voluntario encierro del poeta en morada propicia a la ineditéz, sea precisamente el magno incentivo para la creación lírica. El hombre poeta vive en comunión feliz con el alma de todos los hombres y de la Tierra toda. Mas la Poesía, con esta vital intención, no ha de convertirse en reclamo patético del oído colectivo. Ni morbosa solicitud de compasión —la de los cultivadores del falso romanticismo—, ni búsqueda de liviana celebridad. Tal debe ser la pulcra y varonil consigna del verdadero poeta.

La inclinación de Antonio Montalvo a la ineditéz malogró, ciertamente, la cuantía de su obra, pues su primer libro lo publica sólo al tramontar los treinta años, pero —y es lo esencial— la esquivez de sus criaturas poéticas, del poema que, en su prístina envoltura de sangre, parpadea a la luz, ganará en cristalinidad, vigor musical y fuerza cósmica y humana.

Una deliciosa zona de nuestra geografía palpita en la mayoría de las páginas de *Camino*: el corazón de la villa de Ambato y sus floridas vegas (Moza lírica y hermosa —la villa de Juan Montalvo: —a cien leguas de distancia— su aroma autóctono embriaga). Son la voz de este testimonio los poemas de *El Canto Prófugo*, *Armonías Vernáculas*




y **Rincón de Romancero**. Poesía cargada de la fragancia de nuestras comarcas andinas. Poesía de la más fina música interior vibrando en los pasajes tiernos del poema. Pero con el señorío del color. Casi en el límite de la exhuberancia cromática. Por ello afirmó Jiménez, que en Antonio Montalvo, es su visión lúcida del mundo exterior la que logra la alborozada y nerviosa captura de las imágenes de la Poesía.

Si en los poemas de **El Cantó Prófugo**, **Armonías Vernáculas** y **Rincón de Romancero**, no se dejara herir la voluntad de Montalvo por las resplandecientes aristas de la metáfora novísima, ya en el laboreo de la creación poética —esa difícil sencillez de la Poesía!—: de pronto en los sonetos de **Horizonte Arcaico**, la voluntad del auténtico creador, acaso en subterránea pugna con la voluntad del simple gozador de los frutos líricos al alcance de la yema privilegiada, se yergue magnífica y logra, con maneras castellanas de áurea cepa, lo más señero de **Camino**.

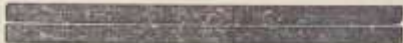
Y con este su primer libro se revela la potestad lírica de Antonio Montalvo, a cuyo signo se dirige mi saludo cordial y mi fraternal demanda para que pronto nos convoque al encuentro de nuevos y más anchos caminos de su poesía.

Quito, Abril de 1943.

AUGUSTO SACOTTO ARIAS



Ya en prensa este número llega la infausta nueva del fallecimiento de nuestro compañero el Sr. Lic. Dn. Ignacio Lasso, uno de los directores de esta Revista. El Grupo América dictó el acuerdo de condolencia que insertamos en estas páginas. El traslado del cadáver del distinguido poeta y escritor constituyó una demostración del cordial homenaje, así como la voz de la prensa capitalina. Desde la casa mortuoria hasta el Cementerio de San Diego fue conducido en hombros de sus compañeros y amigos. En el momento de la inhumación hicieron uso de la palabra el Dr. Augusto Sacotto Arias, en representación del Grupo América; Dn. Jorge Reyes, en nombre de la Sociedad Jurídico Literaria y Dn. Alfredo Chavez, representando al Sindicato de Escritores y Artistas. En el próximo número de la revista consagraremos nutridas páginas a la memoria de Ignacio Lasso.





Sr. Licd. Dn.  
**IGNACIO LASSO MENESES**

+ EL 28 DE ABRIL DE 1943



Carbón de Carlos Rodríguez.

## EL GRUPO AMERICA DEL ECUADOR

### Considerando:

Que ha fallecido su distinguido consocio el Licenciado señor don IGNACIO LASSO MENESES, poeta y escritor de brillantes méritos;

y que esta pérdida significa un motivo de duelo para las letras ecuatorianas,

### Acuerda:

Hacer público su sentimiento; invitar a sus compañeros y amigos para que asistan al sepelio que se verificará en este día; enviar una ofrenda floral para su tumba y comisionar al doctor Augusto Sacotto Arias para que tome la palabra en sus funerales; colocar su retrato en la galería del Grupo; y encomendar al señor Augusto Arias la biografía de su consocio y enviar una copia de este acuerdo a la familia del compañero fallecido.

Quito, a 30 de abril de 1943.

Isaac J. Barrera,  
Secretario General



# LA VOZ DEL GRUPO AMERICA ANTE LA TUMBA DE IGNACIO LASSO

✧ PALABRAS DE AUGUSTO SACOTTO ARIAS,  
A NOMBRE DEL GRUPO AMERICA

Ignacio Lasso:

Tus compañeros de la víspera, tus compañeros de ayer y de siempre del **Grupo América**, congregados aquí junto a tu lengua sin sonido, junto a tu frente que la Muerte dióle anchura total, junto a tus manos definitivamente señoras de la rosa del descanso y del vino de tu anhelada quietud, me han pedido, Ignacio Lasso, que interprete su angustia y que responda a tu "adiós".

Tú, que ayer no más descorraste los siete velos negros de la Angustia con su verbo puro como el agua de nuestras montañas que ya tus ojos nunca más verán, podrías decirme, Ignacio Lasso, ¿cuál la angustia apenas comparable con la angustia de tus compañeros de ayer y de siempre ante la suprema verdad de tu muerte?

Tú, que ayer no más nos conmoviste con tu cestillo de las rosas negras de la Angustia en la mano, ese cestillo que tu sabiduría y tu gracia y tu gran presentimiento de la Muerte lo habrían de convertir fatalmente en tu última fortuna poética para los herederos de tu grandeza y de tu orgullo, podrías decirme, Ignacio Lasso, ¿cuál la angustia apenas comparable con la angustia de tus compañeros de ayer y de siempre ante la suprema verdad de tu muerte?

Tú, que ayer no más, y ya al reflejo de ese fanal de luces lívidas, el labio movías pregonando los siete acentos de la Gran Angustia, esos siete acentos o siete caminos que inexorablemente conducen a la Tierra Prometida de la Poesía y el Arte, podrías decirme, Ignacio Lasso, ¿cuál la angustia apenas comparable con la angustia de tus compañeros de ayer y de siempre ante la suprema verdad de tu muerte?

No hay, no habrá angustia comparable con la angustia nuestra, Ignacio Lasso, ante la suprema verdad de tu muerte.

Tú, que tenías siempre vibrando en la mano la honda de David contra los pequeños Goliat de la farsa, de la retórica y de la torpeza —porque ese fué tu destino ¡ay! hijo de la Poesía—; tú, Ignacio Lasso, que aquí mismo junto a los mármoles y metales y maderas de la Muerte habrías arrojado tu saliva sobre las tablillas de cera negra de esas oraciones fúnebres derretiéndose en lagrimones falsos y falsos dítirambos: ¡no nos perdonarías que aquí, en el umbral de tu morada última, tu nombre queridísimo profanáramos en demanda de la moneda de notoriedad!

Por esto, Ignacio Lasso, no es el biógrafo de cementerio el que en este momento rompe con la tempestad de su llanto interior tu fría caja para besar tu fría frente y desgarrar la fría blanca venda que apretó aún más los delicados músculos de tu rostro de hijo de la Poesía: es el compañero tuyo de ayer y de siempre el que, con voz singular y colectiva, a tu palabra final "adiós" responde con la palabra "adiós".

Adiós, Ignacio Lasso! En otro día, en otras noches —estamos enterrando tu sagrada arcilla o labrando tranquilo nido para el Fénix de tu corazón en la plenitud de la tiniebla, como si las columnas de mármol de la Muerte fuesen la carne apretada de nuestra amargura—, si, en otro día, en otras noches recogeré tus papeles devotamente, te invitaré a mi mesa de solitario, allí donde los Angeles y los Demonios de la Gran Angustia nos sirven, en bandejas sangrientas, el verbo de la Poesía: recogeré tus papeles, me prenderé en las pupilas el color de tus modestos trajes y con un haz de tus paisajes quiteños sobre las cuartillas, escribiré tu biografía. Te juro que la escribiré.

Y ahora, Ignacio Lasso, te digo, antes de que mi lengua enmudezca —porque largamente enmudece mi lengua después de cada adiós supremo—: ya está la sustancia ideal de tu nombre en la lengua del hombre quiteño, de todos los hombres ecuatorianos que han de nutrirse con el pan de la Poesía, como está la de los tres nombres de ayer tan queridos: Arturo Borja, Humberto Fierro, Ernesto Noboa Caamaño.

Mas yo no quiero, no queremos tus compañeros de ayer y de siempre del Grupo América dejar de decirte, Ignacio Lasso, ¡cómo es de grande el imperio de nuestra angustia ante tu muerte! Y lo he de decir con esas tus mismas palabras de Variaciones sobre la Angustia —tu profundo y maravilloso testamento poético—: "Este sí es el único imperio durable de la Angustia. Es tan extenso y profundo que en sus dominios nunca se pone el sol."

Quito, 30 de Abril de 1943.



# B I B L I O G R A F I A

## EL NUEVO LUCIANO DE QUITO

Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo

Prólogo de Isaac J. Barrera

Advertencia Crítica del P. Aurelio Espinosa Pólit S. I.

Ediciones CLASICOS ECUATORIANOS,

de la Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador.

Quito—Ecuador

La Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador, creada por Decreto Ejecutivo, tiene, como principal misión, la de formar la Biblioteca Ecuatoriana, mediante la edición preferente de los clásicos ecuatorianos. Las obras de estos clásicos, como las del Padre Gaspar de Villarroel, —quien abre los caminos de la historia literaria en el país— del Padre Juan Bautista Aguirre, del Padre Juan de Velasco, permanecen hasta este momento ignoradas de los ecuatorianos, y de los extranjeros con mayor razón. Apenas si ellas han llegado al conocimiento de sólo contados estudiosos que se han interesado en el proceso del desenvolvimiento literario nacional. Y esta labor de restauración de nuestra historia literaria es la que se ha encomendado a la Comisión aludida, la cual tiene preparado ya su plan de ediciones, entre las que se cuenta la presente obra de Espejo, que acaba de publicarse, aunque rompiendo el orden de la cronología histórica que informa el plan editorial, por la razón de no haber obtenido oportunamente los originales de las que le debían anteceder, que son: la del Padre Villarroel, una selección de los poetas coloniales y la obra del Padre Aguirre. Villarroel y Aguirre, cuyas selecciones fueran conseguidas por el celo de Gonzalo Zaldumbide, llevarán prólogos de este distinguido escritor ecuatoriano, y verán muy pronto la luz pública.

Se ha considerado a *El Nuevo Luciano de Quito*, de Espejo, como una de las fundamentales obras del ilustre precursor americano. Esta nueva edición, pues, se hará accesible, ahora sí, para un gran número de lectores, gracias a la forma y propósitos que lleva implícitos, y

gracias también a la intervención del humanista padre Espinosa cuyo interés y conocimientos han acopiado un acervo de factores, a fin de que nada falte para que ésta pueda llamarse, sin temor a dudas, una completa y perfecta edición de *El Nuevo Luciano*. Pues, fuera de verificar comparaciones con las fuentes originales, que son los dos manuscritos que existen de esta obra, —uno de propiedad de la Biblioteca Loyola de Cotacollao, otro de los franciscanos,— primera edición hecha en 1912 por el Ilustrísimo Arzobispo señor González Suárez, se han hecho acotaciones críticas, históricas y filológicas, que comprenden éstas la traducción completa de los textos latinos, que esclarecen ampliamente el contenido de la obra.

En plena obscuridad colonial, Espejo, uno de los excelentes frutos de la hibridación racial, criollo de auténtica cepa americana, enciende su luz de inteligencia para tratar de transformar un medio social e intelectual en el que no cabían ni su espíritu, ni sus sueños de hombre de cultura y de patriota.

A través de los nueve diálogos de *El Nuevo Luciano* no está sólo el hombre de letras que desmenuza y filtra en su tamiz crítico una incipiente realidad cultural, cargada de teologismo, de culteranismo, de oratoria cristiana; está también, y primeramente, el transformador, porque, no es una mera función literaria la que ejerce Espejo con *El Nuevo Luciano*, obra de enjundia y alcances revolucionarios en su tiempo. No es para poner a prueba su amplísima erudición, su capacidad y gusto críticos, ni sus conocimientos científicos ni sus grandes iniciativas didácticas, ni sólo para recrearse en el ejercicio literario que escribe sus diálogos. La savia que corre por esta obra está encendida con una finalidad más honda, más trascendental, que irá a reventar más tarde ya claramente fructificada en las ideas emancipadoras, en el primer periódico colonial, *Primicias de la Cultura de Quito*.

A través de sus célebres personajes dialogantes, hoy identificados plenamente: el doctor Luis Mera, ex-jesuita ambateño y el doctor Miguel Murillo y Loma, médico quiteño, Espejo realiza un severo enjuiciamiento de la expresión cultural de su época. Critica con sentido didáctico, poético y filosófico la pedantería intelectual en boga, que encarna tan ampliamente la figura del doctor Murillo.

*El Nuevo Luciano de Quito* no es solamente la revelación de Espejo; es, además, la revelación de una época; de los principios de la historia de la cultura ecuatoriana, que ha permanecido inaccesible hasta estos momentos a la curiosidad e interés nacionales y extranjeros.

La edición de los clásicos ecuatorianos vendrá a constituir la obra más eficaz y valedera que pueda realizarse en bien de la literatura ecuatoriana y de la restauración de su historia cultural.



**MEDIA VIDA DESLUMBRADOS**

Jorge Icaza

Quito—Ecuador

En el orden de las novelas, ésta ocupa el cuarto lugar cronológico de la bibliografía de Icaza. Tiene el escritor ecuatoriano, siempre que se trata de la elaboración de una obra de esta naturaleza, el acierto indiscutible de ir al encuentro de una novedad sociológica, gravitante en la vida y en la psicología del pueblo ecuatoriano. Esto se puede comprobar revisando la trayectoria de su novelística y verificando el contenido dramático de sus novelas anteriores, cuyo sitio cimeró ocupa **Huasipungo**.

La novedad de *Media Vida Deslumbrados*, reside en haber extraído de la médula popular un fenómeno social que pudiera traducirse, psicológicamente, como el de un "complejo de inferioridad", producto de la hibridación racial. Contra aquello que sentenció Fombona: que, en América, "el que no tiene de inga, tiene de mandinga", aquí el mestizo ecuatoriano —y pudiera entrar toda una vasta gama de jerarquías sociales— no quiere considerarse ni geográfica, ni étnica ni socialmente indio. Hay un sentimiento dual de inferioridad y de superioridad originado por los pigmentos de la piel. Con análisis de sociólogo y fino humorismo satirizante, Icaza traduce en esta novela este fenómeno psicológico, no como generador precisamente del drama que se desarrolla en ella, sino como un argumento de fondo, alrededor del cual giran los problemas relacionados con las dos capas antagónicas de la sociedad. El realismo de Icaza, en esto, es ambivalente, ataca sencillamente, pero con crudeza, los fondos vulnerables y complejos de nuestra constitución social.

Otra de las características afirmada en este libro de Icaza, es la que pudiera considerarse como "una aberración estilística", al reproducir, quizás en virtud de "su realismo", en interpretación fotográfica la fonética del habla de sus personajes. Esto en sí encierra un arduo problema filológico y estético. Familiarizados con nuestro medio, para nosotros puede ser comprensible el dialecto de sus personajes: *Cashe mi' jito... Cashe... Uste ca nu' es longo... Angelito... Ele aura claro pes... ya tenemos onde cairle: si no paga le mos di' acer descontar con los gringos*, pero esta jerga idiomática se volverá ininteligible fuera de las fronteras, lo cual restringe, evidentemente, la comprensión y difusión de la obra. Se dirá que Zorrilla, Hernández y Güiraldes, no procedieron de otro modo con sus personajes. Pero en ellos este realismo del habla, se limita sólo a la necesaria identificación de aquellos. Y es difícil que Icaza rectifique su método literario. Sin embargo, los valores sustanciales de esta novela, le aseguran perduración en la historia de la literatura nacional.

LA PINTURA ECUATORIANA DEL SIGLO XX  
Y PRIMER REGISTRO BIBLIOGRAFICO DE  
ARTES PLASTICAS EN EL ECUADOR

José Alfredo Llerena y Alfredo Chaves  
Quito—Ecuador—1943

Hace falta en la expresión de la cultura ecuatoriana una obra global de crítica e interpretación de la pintura, o mejor dicho de las artes plásticas, en su larga trayectoria histórica; o, lo que es lo mismo, una obra de historia del arte en el Ecuador. Un estudio de conjunto y de síntesis de su desarrollo y evolución, desde sus orígenes, hasta nuestros días. Obvios son los alcances que tendría, para el interés nacional y extranjero, una obra semejante. Ayudaría al esclarecimiento de los problemas que para las artes actuales comporta el pasado plástico ecuatoriano. Ayudaría, por ejemplo, a la dilucidación de la dubitativa de si, en verdad, existió o no la llamada "escuela quiteña", a la constatación y explicación quizás de las ideas o ideales que animaron los estados evolutivos de esas artes.

A llenar, en parte, este vacío, vino este trabajo, publicado en 1942, muy meritorio y muy importante, de dos de nuestros jóvenes escritores ecuatorianos: José Alfredo Llerena y Alfredo Chaves. El primero aporta un ensayo histórico de la pintura ecuatoriana, a partir del siglo en marcha, en el que se determina los motivos de la temática pictórica y aparece el indio, como símbolo e imagen irrenunciable, como recurso principal, que no ha escapado ni a los pinceles ni a los cinceles de casi todos los artistas comprendidos en las cuatro décadas y más que abarca tal estudio; señala, por otra parte, las instituciones impulsadoras del desenvolvimiento artístico, y, lo que es fundamental y valioso, presenta el desfile de casi todos los artistas incorporados con sus respectivas obras al movimiento general de las artes plásticas ecuatorianas.

Cada artista es analizado, a través de su obra, sus ideas estéticas, y apreciado su valor en la expresión artística conjunta, tarea en la que el autor emplea su personal enjuiciamiento crítico. Además se consigna datos biográficos de cada uno de ellos.

No es, dice el autor un "libro escrito por un pintor, pero si así fuera, interesaría a un público mucho más reducido: al público contado de los artistas. Nuestro propósito es dar a conocer a las mayorías acerca de un importante aspecto de la cultura ecuatoriana: el arte pictórico". Y, esto lo ha cumplido bastante ampliamente; aunque, estamos seguros, han escapado a su mirada algunos artistas que debían considerarse en esta obra, en gracia misma de sus propósitos enunciados, como también, al tratarse de los artistas guayaquileños no se ha consignado los juicios que merecían sus obras y sus personalidades artísticas.



Corresponde a Alfredo Chaves la realización de este, justamente, el Primer Registro Bibliográfico de Artes Plásticas, que lo consideramos de inestimable valor, pues que, desde su publicación el historiador de arte, el estudioso o investigador de nuestra cultura, hallará en este trabajo, una fuente preciosa de información. La mayor parte de lo que se ha publicado en el país sobre esta materia y sus ramas afines, se ha recopilado en tal registro, que complementa, justamente con algunos cuadros pictóricos de nuestros artistas, este libro de mérito inequívoco y de significación para las letras nacionales.

### PROMETEO

Humberto Salvador

Quito—1943

Esta es otra de las novelas con que el fecundo escritor ecuatoriano aumenta su propio acervo bibliográfico y enriquece las letras nacionales. Los motivos argumentales de Prometeo han sido extraídos de la propia realidad ambiental. Sus dones de novelista aparecen en esta obra más clarificados, más precisos. Al describirnos el drama del profesor, en el que el autor se biografiza irremediamente, Salvador aparece en esta novela, no solamente como el observador de profunda mirada, como el novelista sagaz que esgrime un ideal estético y social, sino también como el psicólogo de sutiles investigaciones, que utiliza sus conocimientos científicos en la elaboración artística, aprovechando el material humano que le rodea y los problemas que se ciernen sobre determinado elemento de la sociedad. Y, aparece asimismo como el personaje actuante. Sus largos años de catedrático de literatura le han permitido sin duda, conocer en carne propia los dramas de la docencia burocrática, de los que él mismo, en esta novela, puede ser el actor, y es, con fidelidad acabada su intérprete. Pues, paisaje social y personajes asoman en esta obra identificables al menor análisis, gracias al realismo con que han sido descritos.

El héroe de la tragedia esquiliana, simboliza en esta novela especialmente, en una imagen semejante, la vida de aquel que siembra conocimientos y hace luz en las conciencias de las juventudes, a trueque de sacrificios nunca bien comprendidos ni pagados.

Aunque PROMETEO pueda caracterizarse por su sabor nacional, los problemas sociales que en ella se pintan, alcanzan una significación ecuménica, y su valor, como novela, es universal.

**NUESTRO ORIENTE**

Ingeniero Julio César Granja  
Quito—Ecuador—1942

La bibliografía sobre el oriente ecuatoriano, se ha enriquecido con esta nueva obra del Ingeniero nacional señor Granja.

NUESTRO ORIENTE no es un tardío alegato reivindicatorio. Se trata de un libro que, más bien, parece hubiera sido escrito con una evidente intención didáctica, a pesar de que, según confesión del autor, pretende sólo ser un libro de notas de viaje. Pero el interés que entrañan estas notas para los ecuatorianos, tiene, en su simplicidad y sencillez, los alcances de un texto escrito con la espontánea amenidad de quien se ha propuesto difundir elementales y valiosos conocimientos generales sobre el oriente, rodeándolos de la sugestión de las descripciones de un viaje, pero sobre todo tiene el valor de las observaciones realizadas objetivamente.

Una relación de los itinerarios de penetración al oriente; un acervo de revelaciones etnográficas sobre las diversas tribus que lo pueblan, la vida de éstas, sus costumbres, los dramas que se desarrollan son descritos, sin ninguna pomposidad lírica, pero con amenidad escueta, en esta obra, cuya parte más valiosa es la que se relaciona con la geografía oriental; fauna, geología y minería, etc., son de suma importancia. Podrán ser éstos, a medida que las investigaciones científicas se hagan más precisas y frecuentes, modificados o rectificadas, pero valen por el estudio y las observaciones de visu, hechas por un profesional que los ha recogido con el sólo interés de difundir su conocimiento entre los ecuatorianos, especialmente.

**LA MUJER Y EL DELITO**

Jaime Barrera B.  
Quito—Ecuador—1942

Es la tesis que el conocido escritor ecuatoriano, doctor Jaime Barrera B. presentó al tribunal universitario de la Central, para la obtención del doctorado en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Puede considerarse este trabajo como un profundo y ameno tratado de sociología ecuatoriana, que tiene, como motivo central, el estudio y análisis de la delincuencia femenina. Un problema complejo y lleno de escollos que el autor, hombre de letras y de ciencias, ha sabido salvarlos, merced a sus conocimientos científicos y a la sugestiva investidura literaria con que lo presenta.

Fenómeno social o "morbo" social, la delincuencia de la mujer, requiere, para su dilucidación y explicación, es decir para plantearlo



como tal y con las características especiales que le infunde su medio de origen, un arduo camino de investigación a través de la psicología y de la biología femeninas principalmente, que es lo que ha hecho el autor de esta obra, fuera de otras constataciones de carácter sociológico, extraídas de la propia realidad ecuatoriana, que abarcan todos aquellos factores necesarios para ofrecer el problema en una visión conjunta de "hechos" constitutivos y vitales.

No se trata, por lo dicho, en este estudio, de una interpretación de la delincuencia femenina, ceñida a un canon determinado de determinadas ideas filosóficas o jurídicas; trabajo de envergadura científica su tema es abordado sin exclusión de ninguno de los puntos de vista que conforman el fenómeno, pero tampoco sin subordinación deliberada a ninguno de los mismos.

Consideramos el estudio del doctor Barrera un valioso aporte a la obra literaria de investigación sociológica en el Ecuador. Un tratado de significativa trascendencia, de fácil accesibilidad, por su atracción literaria, que ha de contribuir eficazmente al esclarecimiento y perfeccionamiento de la legislación penal para la mujer, en el país.

A N T O N I O   M O N T A L V O

# C R O N I C A

## 12 ANIVERSARIO DEL GRUPO AMERICA

El 13 de Abril último, fecha aniversaria del nacimiento de Don Juan Montalvo, el Grupo América cumplió el duodécimo año de su existencia, periodo de tiempo en el cual ha llevado a cabo, con esfuerzo y entusiasmo dignos de su causa, la realización sistemática y progresiva de sus ideales americanistas, de acercamiento intelectual, de difusión literaria, por todos los medios que han estado a sus alcances.

En lo internacional, uno de los hechos más significativos para el Grupo América, es el de que sus iniciativas de carácter americanista hayan tenido resonante eco y efectiva cristalización en algunos países hermanos, al fundar filiales de nuestra entidad, que, desde hace algunos años a esta parte vienen laborando, con dinámica acción constructiva, por idénticos y comunes propósitos, en pro de la cultura de América, el esclarecimiento de sus problemas, el mantenimiento y depuración de los principios fundamentales de su existencia.

Una labor organizada, aunque no desarrollada en la intensidad que se hubiera deseado, ha permitido, sin embargo, al Grupo América, cumplir fielmente sus propósitos fundamentales. La publicación ininterrumpida de esta Revista, a la vez que ha propiciado la difusión de gran parte del movimiento literario nacional, ha venido también provocando un mayor estrechamiento de relaciones intelectuales y artísticas, y el mantenimiento de un contacto permanente con el desarrollo cultural extranjero.

Una nutrida vinculación de valiosas amistades internacionales le ha permitido, asimismo realizar uno de sus mejores y más grandes postulados americanistas, recibiendo en la Casa del Grupo a ilustres y prestigiosos visitantes extranjeros, que a través de conferencias o disertaciones han contribuido a difundir y esclarecer los problemas que ata-



ñen, de manera más visible y honda, a la vida y los intereses comunes de América.

Otra de las actividades del Grupo, de mayor significación ha sido la organización anual de ciclos de conferencias, sustentadas por sus socios. Estas conferencias, relacionadas con los diversos tópicos sobre la realidad cultural ecuatoriana, han sido publicados tanto en esta revista, como en folletos separados que han servido para mayor difusión en el país y en el exterior de las principales actividades de la Institución.

No menos importante ha sido la actividad de la Biblioteca del Grupo. Aumentada día a día su riqueza bibliográfica, merced a su propio servicio de canjes, y, también a los frecuentes y valiosos donativos hechos por las amistades internacionales, este organismo de nuestra entidad, ha cumplido hasta el momento, y con éxito ampliamente satisfactorio, su cometido cultural.

Al cumplir sus doce años de vida el Grupo América, se encuentra, como todos los organismos que en el país y en el Continente deben cumplir una misión histórica, de trascendencia cultural, con los nuevos problemas que el conflicto bélico mundial ha creado, especialmente para el futuro de las Américas. Esto no quiere decir sino que para nuestra Institución se han confirmado su misión y sus deberes. Pues, los principios de su actividad y de su razón de ser, consignados, por lo demás, en su carta estatutaria, preveían ya cuál debía ser su lucha para laborar por la estructuración de una América en la cual fuera posible una auténtica vida de libertad y de democracia, lucha en la cual, el Grupo América intensificará su acción, en cumplimiento de su misión histórica que le toca desempeñar.

#### INAUGURACION DEL BUSTO DE MONTALVO

El 13 de Abril último, aniversario del nacimiento del Maestro, fué inaugurado en esta ciudad, en la actualmente llamada la "Avenida del Ejército", el busto del egregio pensador ecuatoriano, réplica del que existe en el square de la América Latina, en París, que fuera obsequiado años atrás por ecuatorianos residentes en la Capital de Francia, a la Capital ecuatoriana.

Circunstancias que las consideramos desgraciadas, unidas a la falta de un plan debidamente organizado, que hubiese correspondido a la majestad de la inauguración de este monumento, y a la dignidad del nombre y del recuerdo de Montalvo, y a la significación de su presencia pétreo, hicieron que tal acontecimiento pasara, por la forma en que tuvo realización, casi desapercibido para el pueblo quiteño.

Mas, en fin, la gran figura rebelde, ya está entre nosotros. Y que su presencia sirva para volver a su ejemplo. Para que este pueblo pueda encontrarse a si mismo. Y volviendo a la voz admonidora de Montalvo, quiera labrarse su propio destino y el destino de la Patria.

#### WALLACE Y EL GRUPO AMERICA

Entre las Instituciones que destacaron sus representantes para saludar al Vice-Presidente de los Estados Unidos Mr. Henry A. Wallace, estuvo también nuestro Grupo, representado por los consocios señores don Oscar Eñen Reyes y don Alfredo Martínez, quienes departieron con el ilustre visitante sobre tópicos internacionales del desarrollo cultural, y, acerca del movimiento literario y artístico contemporáneo en nuestro país.

El cortísimo tiempo de que dispuso el señor Wallace, en su permanencia en la Capital, privó al Grupo América de recibir en su Casa y de informarle más amplia y precisamente sobre peculiaridades del movimiento cultural ecuatoriano, que pudieron ser de su inmediato interés.

El país recibió, por otra parte, con demostraciones de vivo interés y simpatía, la visita del señor Wallace.

Creemos nosotros que la jira del Vice-Presidente norteamericano es una de las pruebas más fehacientes y eficaces de que, en verdad, principia en estos momentos, para el Continente, una nueva vida de relaciones internacionales, en la que el sentido de la libertad y de la democracia será su principal fuerza motora.

#### EXPOSICION DEL LIBRO VENEZOLANO

Con ocasión de la próxima visita al país del Presidente de Estados Unidos de Venezuela, Excmo. General Isaias Medina Angarita, el Grupo América presentará, en homenaje al distinguido mandatario y amigo venezolano una Exposición del Libro Venezolano, contando principalmente, con la rica Sección venezolana de la Biblioteca de la Institución.

#### INGRESO DE NUEVOS SOCIOS

Particularmente placentero fué para el Grupo América el reingreso del distinguido amigo y compañero doctor Augusto Sacotto Arias, así como también el ingreso del doctor Rafael Quevedo Coronel, médico y escritor destacado, quien ha realizado importantes estudios sociológicos sobre cuestiones de la realidad ecuatoriana.



### LA COMISION DE PROPAGANDA CULTURAL DEL ECUADOR

Merece nuestro cordial y efusivo aplauso este organismo, fundado por el Gobierno, que ha tomado a su cargo la valiosa y ardua empresa de publicación de las obras de los clásicos ecuatorianos, y que, con tanto empeño y entusiasmo viene realizando su misión. Una muestra de su labor es la aparición del tomo correspondiente a Espejo, que comprende "El Nuevo Luciano de Quito", una de las obras más importantes del precursor americano.

La obra que realice esta Comisión será de trascendental valor para la restauración de la verdadera historia de la literatura ecuatoriana.

### NUEVA EDICION DE LOS SIETE TRATADOS

Encomiable y alentadora es la labor que ha comenzado a realizar el Concejo Municipal de la ciudad de Ambato, al editar, con fines expresos de divulgación, en opúsculos separados, cada uno de los Siete Tratados del Cosmopolita. Hasta el momento se hallan ya en circulación los tres primeros: "De la Nobleza"; "De la Belleza en el Género Humano", "Réplica a un Sofista Pseudocatólico". Felicitamos al Concejo ambateño por esta valiosa iniciativa, y al Director de la Casa de Montalvo y sus colaboradores, quienes han tomado a su cargo la realización de tan importante trabajo.

### SENSIBLE FALLECIMIENTO

Muy sentida en todos los círculos intelectuales y artísticos del Ecuador y especialmente por el Grupo América, con cuyos miembros mantenía estrechas vinculaciones de amistad, fué la muerte del escritor señor don Enrique Terán, quien venía desempeñando el cargo de Director de la Biblioteca Nacional.

Enrique Terán fué uno de los pioneros del socialismo ecuatoriano. Fué, en la generación contemporánea, uno de sus más destacados escritores. Su labor política y literaria merecen un estudio detenido. Las letras nacionales se han enlutado con la desaparición de uno de sus auténticos y ejemplares exponentes.

### REPRESENTANTES DEL GRUPO EN LOS JURADOS CALIFICADORES DE LOS CONCURSOS LITERARIOS

El Grupo América, a petición del señor Ministro de Educación Pública, nombró a los consocios señores don Oscar Efrén Reyes, Jorge Icaza y Jaime Barrera, para que integren los respectivos Tribunales Calificadores de los Concursos de Biografías de Ecuatorianos Ilustres, de Novela y de Obras Teatrales, que auspicia el Ministerio aludido y que se verificarán en el presente año.

### DONATIVO BIBLIOGRAFICO

Nuestra Institución, a solicitud del Comité 19 de Marzo, integrado por estudiantes del Colegio "Mejía", de esta Capital, tuvo el agrado de contribuir con un modesto aporte bibliográfico, destinados para dos primeros premios que dicho Comité instituyó para los dos mejores trabajos en prosa, en los certámenes literarios, organizados en el presente año, en conmemoración de las festividades del Patrono del Colegio: José Mejía Lequerica.

### AMERICA EN PIE

Para sumarse al unánime y espontáneo movimiento que viene desarrollándose a lo largo y ancho del Continente, en pro de los ideales libertarios y democráticos, ha sido creado en el México de las tradiciones culturales, de la nobleza y la bizarría del espíritu, una nueva Institución, LA UNION DEMOCRATICA CENTROAMERICANA, que laborará hombro a hombro con los demás organismos similares que en América, sintiendo el peso de las responsabilidades históricas, tomando conciencia del destino de nuestros pueblos, llamados a crear la futura civilización, están trabajando en estos precisos momentos por realizar las necesidades de un ideario común para los americanos y para el futuro continental.

Los organizadores de esta entidad son los siguientes distinguidos personajes centroamericanos, que han afianzado sus nombres a través de sus conocidas labores literarias, políticas y sociales: los guatemaltecos doctor José Prado Romaña, licenciado Jorge García Granados, Luis Gardoza Aragón; los hondureños Alfonso Guillén Selaya, doctor Manuel Flores, profesor Rafael Heliodoro Valle, doctor Guillermo Alvarado, Juan José Laboriel; los costarricenses: profesor Vicente Sáenz, profesor Raúl Cordero; los nicaragüenses: doctor Pedro José Cepeda, escritor Francisco Zamora, doctor Angel Puentes, Humberto Herradora; los



salvadoreños: Coronel José Asencio Menéndez, doctor Francisco Lino Ocegueda. El Consejo Ejecutivo está integrado así: Vicente Saénz, Secretario General; Francisco Lino Ocegueda, Subsecretario; Jorge García Granados, Tesorero.

Aplaudimos la creación de este nuevo organismo de carácter americanista, y hacemos los votos más sinceros porque sus postulados, que son en esencia los mismos que nuestra entidad viene propugnando, confirmados ahora ante el problema actual del mundo, y que en la medida de nuestros esfuerzos sabremos hacerlos efectivos en la presente lucha, vigoricen la conciencia de los pueblos de América, cuyo destino, ahora y por siempre, juega a merced de una solidaria y común preocupación histórica.

#### ICONOGRAFIA ECUATORIANA DEL LIBERTADOR

Al tiempo de cerrar este número, nuestro amigo, el Ministro de Venezuela en el Ecuador, doctor Manuel Arocha, entrega a la circulación un libro de la mayor importancia: la Iconografía Ecuatoriana del Libertador. Esa es no solamente una contribución valiosa al estudio predilecto del Libertador, si no también un capítulo de los más atractivos acerca de la historia de arte en nuestro país y un documento de viva elocuencia a propósito de la lealtad ecuatoriana para el culto que en todo tiempo se rindió a Simón Bolívar. El estudio preliminar del Dr. Arocha y las cien estampas que lo completan, da a esta Iconografía Ecuatoriana del Libertador, un significado realmente americanista, la misma que constituye demostración renovada de la amistad ecuatoriano venezolana.

# SEGUNDO CONCURSO LITERARIO LATINOAMERICANO

## VEREDICTO DEL JURADO DE OBRAS EN PROSA DE TEMA NO FICTICIO

Quito, a 14 de Enero de 1943.

Señor don  
Isaac J. Barrera  
Secretario General del Grupo América  
Ciudad.

La comisión que el Grupo América designó para el estudio de las obras presentadas al Segundo Concurso Literario Latinoamericano, y para que dictamine sobre la que merezca ser enviada al Jurado definitivo de Nueva York, de acuerdo con la prórroga concedida, opina:

Se puede agrupar las obras sometidas a nuestro estudio, en tres secciones, por razón de su materia: biografías, estudios sociológicos y jurídicos y ensayos.

Y nos es grato declarar, ante todo, que el valor de estas obras pone muy en alto el crédito literario del Ecuador; pues, en las biografías, en las disertaciones sociológicas y jurídicas, en las relaciones de viaje y en los ensayos, se puede observar madurez en el propósito definido en la investigación, por la precisión de las ideas, la sobriedad de la exposición, y, sobre todo, por el espíritu práctico de encontrar una solución a los problemas planteados.

Las biografías (que suman casi la mitad de las obras del Concurso) perfilan las características de los personajes con rasgos precisos, y sobre la base auténtica de la documentación histórica se ensaya el aspecto novelable de la narración. Solamente que a veces, lo imaginativo toma excesivas proporciones en la descripción del ambiente. Las bases del Concurso aceptan las obras en prosa de "tema no ficticio, o sea, de género no imaginativo"; y que la biografía verse "sobre un hombre representativo". Las obras presentadas en este grupo son: "Orellana, el Caballero de las Amazonas", por Miguel Albornoz; "Argonautas de la Selva. Don Francisco de Orellana", por Leopoldo Benítez Vinuesa; "La Pluma de Acero o la Vida Novelada de Juan Mon-



talvo", por Gustavo Vásconez H.; "Biografía de Honorato Vázquez", por José Alejandro; "Manuela Sáenz", por Alfonso Rumazo González, y "Manuela Sáenz, Libertadora del Libertador", por Jorge Pérez Concha.

En los temas sociológicos y jurídicos ha logrado el Concurso obras maduras en la investigación, fundadas sobre las bases biológicas de la constitución social; o en la dilucidación sobre el Estado ecuatoriano y las formas nacionales que han influido en su estructuración. "Los nuevos Signos de la Cultura en el Mundo de la Post-Guerra. "El Destino de Indoamérica", por Angel Modesto Paredes; y la "Forma Nacional", por Humberto García Ortiz, son las obras de esta sección.

Y se han presentado al Concurso magníficos exponentes del Ensayo, de ese género literario que debe realizar, con difícil facilidad, como definiría la retórica antigua, la síntesis superior de los temas de actualidad, en forma elegante, clara y metódica. Los ensayos sobre "El Indio. Cuestiones de su Vida y de su Pasión", por Luis Monsalve Pozo; "América en Ruta", por Juan Pablo Muñoz", "Itinerario del Trópico", por Jorge Diez; "América Cordial", por Fernán Caballero, y "Lumbre de la Vida", por B. Mantilla, corresponden a esta categoría.

La diversidad de la materia tratada en estas obras, el número de las mismas y su extenso volumen en general, que hizo laborioso y casi insuperable, en corto tiempo su estudio, esta complejidad, sólo ha permitido reseñar en conjunto las características esenciales.

Y debiendo calificar a la obra que sobresale entre todas, opinamos como la mejor, y que debe someterse al Jurado Definitivo de Nueva York, la del Sr. Dr. Dn. Luis Monsalve Pozo. "El Indio. Cuestiones de su vida y su Pasión", contiene la síntesis más completa de cuanto se ha estudiado en este género de investigaciones y adopta una técnica original, para poder llegar con acierto a plantear soluciones en este grave problema. Escrita la obra con estilo fácil, ahonda el estudio con claridad; y, aunque las fuentes de información son muy amplias, ha logrado, sin afán erudito, enfocar cuestiones de fondo, con precisión y acierto evidentes.

Como las bases del Concurso permiten presentar una segunda obra, opinamos que le sigue en mérito a la anterior, "América en Ruta", por Juan Pablo Muñoz. Esta obra representa la superación del esfuerzo intelectual y optimista en la interpretación de América, tema central de estos tiempos, que plumas ejercitadas tratan de superarlo. La obra del señor Muñoz, como la del Dr. Monsalve, tienen una característica común: ensayar sobre un tema al parecer agotado, un nuevo método de investigación, y una nueva interpretación de los fundamentos del problema. "América en Ruta", no se propone sostener una tesis panamericanista, sino crear un concepto integral de América, como Continente, examinado con libertad.

Al expresar nuestra opinión, formulamos también nuestros votos, porque todas las obras enunciadas en este informe sean publicadas, para honor y prestigio de la Literatura Nacional.

Dr. Pío Jaramillo Alvarado

Dr. Carlos Salazar Flor

### VEREDICTO DEL JURADO DE NOVELAS

La Comisión nombrada por el Grupo América de Quito para examinar y dictaminar acerca de las novelas presentadas al Concurso promovido por la Casa Farrar & Rinehart de New York, tiene a bien informar en los siguientes términos:

Se han presentado al Concurso diez y seis novelas que han llegado desde los diversos centros de cultura de esta Nación. Todas las obras reúnen muchas condiciones de laboriosidad y aliento literario; pero como el encargo es el de escoger la que represente un mérito mayor, por la forma, el estilo y las demás condiciones exigidas en un género que ha sustituido en los tiempos modernos la intención épica de la vida, la Comisión determina para el premio ofrecido por la expresada Casa editorial, a la novela **Juyungo**, de Adalberto Ortiz.

Es para los firmantes de este dictamen nuevo el autor; no han conocido otras obras que se señalaran a la atención de los lectores, y por esto mismo, el juicio que la Comisión ha formado sobre la novela presentada al Concurso, proviene de una apreciación ceñida a la realidad del libro. **Juyungo** es el poema de las selvas y de los ríos de Esmeraldas; pero es también el campo grandioso y ciego de dolor, como es la naturaleza para el negro que habita esas regiones, junto al cayapa que viene de los lejanos tiempos y de los blancos que imponen su civilización. **Juyungo** parece ser una voz cayapa con la que se designa al negro que vive la vida airada de las selvas, que es elemento de insurgencia, pero que puede convertirse en agente de progreso, si se lo educa y se lo trata con justicia. Un problema social que se desenvuelve en el cuadro majestuoso de una naturaleza selvática encierra esta novela que trae en sus páginas el murmullo de los bosques y el rugido de las fieras. Novela de técnica y argumentación originales, es, además, de una obra de arte, un patético documento sociológico, arrancado de un tópico sugestivo de realidad ecuatoriana.

No puede menos la Comisión de referirse con entusiasmo a otra obra de valía como la anterior. "Lo que Niega la Vida"; está suscrita por **Guido**. Lleva a cabo, con habilidad y maestría la reposición de la vida de un campesino de la región austral. Pinta el campo; presenta caracteres. El protagonista es un hombre que vive; las escenas



se encuadran en una realidad comprensible. Es una buena novela. Por esto, de acuerdo con el numeral 8 de las Bases del Concurso respectivo, la Comisión elige esta segunda novela para que, con "Juyungo", sea remitida también al Jurado internacional de New York.

La Comisión cumple, asimismo, con el deber de señalar como merecedores de distinción y de aplauso las siguientes novelas:

"Las Cruces Sobre el Agua", de Joaquín Gallegos Lara; "Los Que Viven por sus Manos", de Jorge Fernández; "El Continente de la Esperanza", de Demetrio Aguilera Malta; "Los Hijos", de Alfonso Cuesta y Cuesta; "La Novela Interrumpida" y "Prometeo", de Humberto Salvador.

En general las obras presentadas constituyen un triunfo, no solamente del Concurso, sino de la Literatura ecuatoriana que descubre año tras año que en el Ecuador hay muchos escritores que trabajan con una constancia que hace el enriquecimiento de nuestra literatura y la exaltación de las condiciones intelectuales de esta República.

La Comisión satisface, en estos términos, el honroso encargo recibido.

Quito, a 16 de Diciembre de 1942.

Isaac J. Barrera

Augusto Arias

Antonio Montalvo

## VEREDICTO DEL JURADO DE LECTURAS JUVENILES

("Obras Literarias en prosa para la juventud de 12 a 16 años")

Examinadas por nosotros con atención y cuidadosamente las obras presentadas a este concurso, que son:

La Epopeya de un Naranja, por Alfredo Ricardi D.

Mundo Pequeño, por Alma Fontana

América, Tierra de Libertad y Trabajo, por Tarquino A. Idrobo

Hoy Estamos en la Calle, por Don Gil

América a la Vista, por César Vicente Velásquez

Libro de Lectura, por Luis Pástor C.

Simón Bolívar ante las Juventudes de América, por Héctor Iván.

encontramos que, a pesar de tener algunas de ellas aspectos valiosos e interesantes y una satisfactoria intención, como las presentadas por el señor Alfredo Ricardi, Alma Fontana y el señor Tarquino A. Idrobo, sin embargo, ninguna reúne las características de obra fundamental y permanente, dentro del género de lectura juvenil, como para concurrir a un certamen de dimensiones internacionales.

Este difícil género literario, en el que se han consagrado tan pocas plumas mundiales, requiere en los autores una visión pedagógica, poética, una manera descriptiva sencilla, suave, elegante, y un insensible acomodamiento psicológico a la mentalidad del público lector al que va dirigida, requisitos todos que existen de manera desigual en las obras que hemos examinado.

Esperamos con sincero afán que en años posteriores el Ecuador pueda estar representado en este género que contempla el concurso panamericano, y que hoy, en este año, nos permitimos declarar **DES-TIERRO** por las razones expuestas.

Salvamos, en todo caso, el más acertado criterio del Grupo América.

Quito, 16 de Diciembre de 1942.

Jaime Barrera B.

Emilio Uzcátegui

Francisco Terán

## LITERATURA GENERAL

p o r

### AUGUSTO ARIAS

Texto para los Colegios de Enseñanza  
Secundaria de acuerdo con los programas  
vigentes.

Dirigir los pedidos a Abelardo Flores

Apartado N° 52 — Plaza de la Merced — Quito



# GRUPO AMERICA

FUNDADO EL 13 DE ABRIL DE 1931

## SOCIOS ACTIVOS:

- AGUILERA MALTA, DEMETRIO, en Guayaquil.  
ALBORNOZ MIGUEL ANGEL, en Quito.  
ARIAS, AUGUSTO, Director del Instituto de Cultura Americana, en Quito.  
ARROYO, CESAR E. +  
BARRERA, ISAAC J., Secretario General, en Quito.  
BARRERA B., JAIME, Subdirector de la Biblioteca.  
BOSSANO, LUIS, en Quito.  
BUSTAMANTE, GUILLERMO, en Quito.  
CARDENAS DE BUSTAMANTE, HIPATIA, en Quito.  
CARRERA ANDRADE, JORGE, en Estados Unidos.  
CARRERA ANDRADE, CESAR, Procurador, en Quito.  
CASTILLO, ABEL ROMEO, en Guayaquil.  
CUADRA, JOSE DE LA, +  
ENDARA JULIO, en Quito.  
ESCUDERO, GONZALO, en Uruguay.  
ESCUDERO, JORGE, Director de la revista "América", en Quito.  
ESCALA, VICTOR HUGO, en Panamá.  
ESPINOSA, CARLOS M., en Loja.  
FALCONI VILLAGOMEZ, J. A., en Guayaquil.  
GALLEGOS LARA, JOAQUIN, en Guayaquil.  
GIL GILBERT, ENRIQUE, en Guayaquil.  
GARCIA, AURELIO, en Quito  
ICAZA, JORGE, en Quito.  
JARAMILLO ALVARADO, PIO, en Guayaquil.  
JIMENEZ, NICOLAS, +  
GUARDERAS, FRANCISCO, en Chile.  
LASSO, IGNACIO +  
LEON, MIGUEL ANGEL, +  
LLERENA, JOSE ALFREDO, en Quito.  
MARTINEZ, ALFREDO, Director de la Biblioteca de Autores Americanos, en Quito.  
MONCAYO, HUGO, en Bogotá.  
MORENO, JULIO E., en Quito.

MONTALVO, ANTONIO, Director de la revista "América", en Quito.  
MONSALVE POZO, LUIS, en Cuenca.  
MORA REYES, ALFREDO, en Loja.  
MUÑOZ SANZ, JUAN PABLO, Director de la Editorial América, en Quito.  
MUÑOZ C., MANUEL M., en Cuenca.  
PALLARES ZALDUMBIDE, HERNAN, en Estados Unidos.  
PAREJA DIEZ CANSECO, ALFREDO, en Guayaquil.  
PAREDES, ANGEL MODESTO, en Quito.  
PEREZ CONCHA, JORGE, en Quito.  
QUEVEDO CORONEL RAFAEL, en Quito.  
REYES, OSCAR EFREN, en Quito.  
ROJAS, ANGEL F., en Guayaquil.  
ROSEMBLAT, ANGEL, en Buenos Aires.  
SALAZAR FLOR, CARLOS, en Quito.  
SACOTTO ARIAS AUGUSTO, en Quito.  
SANCHEZ, MANUEL MARIA, +  
UZCATEGUI, EMILIO, Tesorero, en Quito.  
VACA DEL POZO, TELMO, en Guayaquil.  
VELASCO IBARRA, J. M., en Chile.  
ZALDUMBIDE, GONZALO, en Bogotá.

#### SOCIOS REPRESENTANTES:

AGRAMONTE, ROBERTO, cubano, en La Habana.  
ARCINEGA, ROSA, peruana, en Chile.  
ARGUEDAS, ALCIDES, boliviano, en La Paz.  
ARIAS LARRETA, ABRAHAM, peruano, en Lima.  
BEDREGAL, JUAN FRANCISCO, boliviano, en La Paz.  
CANDIOTI, ALBERTO M., argentino, en Bogotá.  
CURT LANGE, FRANCISCO, uruguayo, en Montevideo.  
DIEZ DE MEDINA, FERNANDO, boliviano, en La Paz.  
FRANKLIN, ALBERTO, M., en Estados Unidos.  
SCARONE, ARTURO, uruguayo, en Montevideo.  
ROMERO JAMES, CONCHA, en Washington.  
GARCIA, ANTONIO, colombiano, en Bogotá.  
LIRA GIRON, LUIS F., boliviano, en La Paz.  
MELENDEZ, CONCHA, portorriqueña, en Río Piedras.  
PRENDEZ SALDIAS, CARLOS, chileno, en Santiago.  
TELLEZ, JULIO, boliviano, en La Paz.



**SOCIEDAD COMERCIAL**

**ÁLGODONERA C. A.**

**Almacén en Quito**

Distribución de los artículos de las fábricas  
de La Industrial Algodonera.

Bramantes para sábanas, Alfombras, Telas  
para cortinas, Cotines para colchones, etc.

Calle Guayaquil Nº 51

Teléfono 811

# Calvert



EL WHISKY QUE MAS SE VENDE  
EN EL MUNDO

Distribuidor

**JUAN EMILIO ROCA**

Venezuela y Mejía (Esquina)

---

CEMENTO

EXTRANJERO

GRIS

VENDE:

**"LA COMPETIDORA"**

Cuenca N° 35

Teléfono 17-97



# TODO PARA SU OFICINA

LOS MEJORES PRODUCTOS  
DE LAS MEJORES FABRICAS  
NORTEAMERICANAS

\*

DICCIONARIOS - CINTAS Y PAPEL CARBON  
ENGRAMPADORAS Y GRAMPAS  
TINTAS ESTILOGRAFICAS  
ESTILOGRAFOS Y LAPICEROS  
Y 999 ARTICULOS MAS

\*

ESPECIALISTAS EN SUMINISTROS

## REED & REED

(FRENTE AL TEATRO BOLIVAR)



**OBSEQUIOS**

\*  
LAMPARAS ELECTRICAS  
VAJILLA DE MESA  
\*  
CRISTALERIA  
PERFUMERIA DE CALIDAD  
\*  
JOYAS—PLUMAS DE FUENTE  
\*  
SIEMPRE ARTICULOS  
DE CALIDAD  
\*  
BUSQUE EN EL ALMACEN  
DE MAS CONFIANZA  
EN QUITO



**CASA LOPEZ**





**VENTAJAS**

**DEL CLUB GRUPO 1000**

- 1.—Sorteos semanales de acuerdo con la Lotería de Guayaquil.
- 2.—Cuota de \$ 5,00 semanales.
- 3.—Entrega inmediata de la mercadería.
- 4.—Dos aproximaciones cada semana.
- 5.—TRES GRANDES PREMIOS EXTRAORDINARIOS.
- 6.—Un millón de sucres en mercadería a elección.

**BAZAR ORIENTAL**

Venezuela 68

# **LUCINDO ALMEIDA & CÍA.**

BANQUEROS

**Asociados al Banco Central del  
Ecuador**

Dirección Telegráfica: **ALGAS.**

Dirección Postal: **Casilla 186**

Quito—Ecuador, S. A.

**Toda Clase de Operaciones  
Bancarias**

EL BANCO PRIVADO

MAS ANTIGUO

DE LA REPUBLICA

**CADA CLIENTE UN AMIGO**